

PABLO VIERCI

EL NIÑO QUE HEREDÓ EL SILENCIO

SUDAMERICANA



PABLO VIERCI

EL NIÑO
QUE HEREDÓ
EL SILENCIO

SUDAMERICANA

CAPÍTULO 1

El principio del fin

Sentado en el asiento trasero de la camioneta, con Paco, el corpulento chofer al volante, observo detenidamente la bola de demolición golpeando contra la estructura del Palacio, en la calle Puntas de Santiago. *iBum!... ibum!... ibum!...*, cae la mampostería, las paredes de ladrillo, los ventanales de las gaviotas. Cuando llega a las vigas, la estructura retumba pero no cae, resiste, *ibum!... ibum!... ibum!...*

Así pasé los últimos días, todos los atardeceres, hasta que lograron detener la demolición por los malditos murales del primer piso.

¿Por qué había mandado demoler el Palacio, haciendo que trabajaran hasta de noche, y yo iba a acompañar el derrumbe, al finalizar mi jornada de trabajo en la Corporación, como todos llaman a ese emprendimiento? ¿Por qué insistía en presenciar esas imágenes con la luna al fondo, y una bola de acero golpeando con saña, todo iluminado por focos poderosos que dejaban la escena *a giorno*? Pretendía hacer demoler, en tiempo récord, un caserón añoso de mi propiedad, para construir un hotel y un edificio de oficinas. Sin embargo, un arquitecto reconocido por defender el patrimonio histórico, a quien no le agradaba el vanguardismo de la

nueva obra que yo proyectaba, salió con lo del valor artístico de los murales, presentó un recurso de amparo, y la jueza dio lugar, en espera de informes periciales. Todo se detuvo. La grúa con la bola de acero permaneció congelada junto a la mole a medio derruir, inclinada en el terraplén que formaron los escombros.

Jamás se había dicho, pero con las veleidades de los estilos de moda, parece que el Palacio Morin es considerado ahora como una obra arquitectónica neoclásica, una de las mejores muestras de un arquitecto ignoto que súbitamente saltó a la fama en la Facultad de Arquitectura, con esos frescos aparentemente valiosos, que en verdad el Tío Morin mandó pintar con un deudor, hace ahora cincuenta y siete años, no por su calidad, sino para que pagara la deuda aunque más no fuera que pintando, haciendo malabarismos en un andamio. Y el pintor endeudado, con el tiempo y fundamentalmente tras su muerte por tuberculosis, algo cada vez más curioso, que lo conectaba con los pintores del Romanticismo, se tornó célebre.

Fue así que, de la mano de este hecho aparentemente circunstancial, apareció un tal Mariño, otro personaje de mi infancia, resucitando recuerdos que estaban sepultados, creía yo que para siempre.

Una de mis secretarias, Sofía, me llamó por el intercomunicador, en el piso doce del World Trade Center, y me dijo que había un hombre al teléfono insistiendo en hablar conmigo, repitiendo que si le decía esta frase, “un conocido del Mariño Bar”, yo lo atendería.

—¿Le digo que no puede atenderlo, que me deje su mensaje? —preguntó.

Algo me golpeó.

–Pásemelo –le dije.

–¿Andrés Pardos? –oí desde el otro lado de la línea.

–Sí, habla él –respondí, expectante.

–Disculpe la molestia... Nos conocemos pero de hace mucho tiempo, y nuestros padres también se conocían.

–¿Mencionó el Mariño Bar? –dije, como si esa palabra estuviera contaminada, como si se tratara de la llave de algo misterioso.

–¿Se acuerda de nuestros padres, en el boliche? –insistió.

Sí, claro que fue eso lo que me produjo el *shock*, algo que podía estallar por los aires y destruir todo resto de vida; dejar el planeta yermo, convertido en un desierto de polvo estéril.

–Soy Pipo Mariño. Mi padre, Manolo Mariño, Manuel en realidad, era el dueño del bar en tiempos de su padre, y usted también lo acompañó varias veces. De ahí nos conocemos.

Hablaba como ahogado, como si no tuviera aire, como si lo hiciera desde el fondo del mar, sin poder ascender, y le entrara agua a borbotones cuando abría la boca.

La imagen se fue aclarando, cada vez más nítida: dos niños de la misma edad, en la trastienda del Mariño Bar, que operaba de depósito, junto a los casilleros de botellas de gaseosas, de cerveza, de caña Ancap, de botellas de *whisky* nacional Dunbar, de damajuanas de vino, jugando con soldaditos de plomo, una bolita y un bochón, volteándolos, los soldados alineados de un lado y del otro, a dos metros de distancia, en el piso de baldosas heladas, húmedas, blancas y negras, flojas, sueltas, rotas, donde las bolitas se atascaban, se desviaban. Un disparo de bolita, otro de bochón.

–Sí, claro que me acuerdo –le dije al fin, luego de un prolongado silencio—. ¿Y qué se le ofrece?... O mejor dicho –me corregí, con esa

maldita frialdad que me impedía ser afable—, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Querría hablar con usted...

El bochón sigue de largo, raudo, y destruye mi mejor batallón, dos piezas de artillería y tres de caballería, mientras el niño de enfrente, Pipo, muestra los dientes, ríe. “¡Te gané, Andy!”.

—En verdad quiero entregarle algo, pero debe ser en sus manos, no lo tome a mal. No es mío, es de mi padre.

—Sí, por supuesto que podemos hablar —le respondí—. Pásame la dirección, que la anoto... Sí... sí... ¿Qué barrio es?... Perfecto... En un rato estoy ahí, ya salgo.

Me puse el saco y el sobretodo que estaban en el vestidor, salí del despacho de prisa y ansioso, lo que sorprendió a todos: mis dos secretarías, los asesores, los administrativos. Cuando bajé en el ascensor, me miré en el espejo y advertí que mi frente sudaba gotitas brillantes que asomaban mientras yo las borraba con el pañuelo.

Todo, absolutamente todo empezó a cambiar desde entonces, a trastabillar, prosiguiendo, ahora en mi interior, el derrumbe que había comenzado con el Palacio.

Apenas llegué a la planta baja, el chofer me estaba esperando. Mi secretaria le habría anunciado que bajaba, sin entender qué sucedía, porque advirtió que iba nervioso y apurado. El Andrés Pardos expeditivo, maniático pero sereno, requería la implacable disciplina de siempre, sin tiempo para ambigüedades ni palabras vanas, con los modales justos, manteniendo distancia; ni una palabra o un gesto de más ni de menos. Pero ¿ansiedad? No, eso era

desconocido: mi estado usual era la insensibilidad del témpano de hielo, mis proverbiales nervios de acero.

Me senté atrás en la camioneta y le pasé a Paco el papelito con la dirección.

No hizo ninguna pregunta, como siempre. Él me conocía mejor que nadie. Abrió la guantera, tomó el mapa de la ciudad y buscó la calle Mitre, aunque me miró fugazmente por el espejo retrovisor. No usaba el GPS del auto, porque no sabía manejarlo con propiedad, ya lo había confundido antes. Paco era un veterano de la vieja guardia, como yo. Apenas tenía un celular de los primeros, que solo usaba para hablar por teléfono.

–¿Dónde es eso? –le pregunté.

–Cerca del hipódromo, Andrés. Cuarenta minutos, más o menos.

Recorrimos medio Montevideo, en silencio, como siempre, mientras yo cavilaba; intentaba vanamente imaginarme con qué me encontraría. Sí, el hijo de Mariño. Lo recordaba vagamente, tenía pocos recuerdos de aquella época.

Entramos en los alrededores del hipódromo de Maroñas, una zona pobre, poblada con *studs* de caballos, muchos vacíos, y algunos animales vareando.

Al fondo divisé el hipódromo, últimamente en obras. Del gigantesco vallado que lo rodeaba, de donde asomaban las máquinas retroexcavadoras, sobresalía el nombre de uno de los financistas y desarrolladores, Pardos & Morin, la Corporación, yo.

Allí iba de niño, con el Tío Morin, al palco principal. Los caballos, el único vicio que el Tío se permitía. Le llamaba “vicio” porque era una actividad en la que era posible dilapidar dinero, aunque también de cuando en cuando ganaba, como ocurrió con el premio Ramírez de

1967, que lo favoreció. Nunca lo vi tan eufórico, y eso tuvo para mí consecuencias funestas.

Cuando llegamos a la dirección, en una de las calles perpendiculares, a cuarenta metros de la puerta principal del hipódromo, Paco se detuvo. Con la camioneta moderando, volvió a tomar el papel, avanzó diez metros más y se volvió a detener, observando como si no se convenciera; pero tras confirmar el número una vez más, me observó por el espejo retrovisor.

–Sí, es acá –dijo.

Y estacionó.

“Taller mecánico. Especialista en Opel”, rezaba un pequeño cartel de chapa con el esmalte saltado.

Como no había timbre, golpeé la puerta metálica que se zarandeaba; pero nadie salió a recibirme. A su lado había un gran portón corredizo donde podían pasar dos automóviles al mismo tiempo. Al fin moví el picaporte desvencijado y se abrió.

Era un inmenso galpón con paredes de mampostería y techo de chapas muy alto, sostenido por un enjambre de tirantes de pinotea, con pilares de hierro, construido hacía ochenta, noventa años. Todavía había, adentro, automóviles viejos, muy antiguos, casi como chatarra, cubiertos con capas de polvo adheridas a la carrocería.

Caminé entre los vehículos y advertí, al fondo, en el sector de la izquierda, donde el estacionamiento hacía como un codo, que ahí funcionaba el pequeño taller mecánico que anunciaba el cartel de la entrada, el que casi no se leía. El de la especialidad en Opel.

La mente hace asociaciones, vínculos con el pasado tan lejano que podría remontarse a antes de las glaciaciones, pero lo hace en forma

espasmódica, desordenada, con su propia lógica, como si fuera un sueño.

El garaje era de otra época, otrora destinado más que nada a los *habitués* del hipódromo. ¿Acaso no era allí donde el Tío Morin dejaba el “Cadillac de enterrador”, como le llamaba? ¿Acaso allí no permanecería el *chauffeur*, en francés Pascal (Pascual), con su gorra, esperándolo, mientras corrían los caballos del Tío Morin, y aquella conquistadora continental que también ganó en el hipódromo de Palermo, en Buenos Aires, la famosa yegua llamada Reina Madre?

El hipódromo original había sido construido en un tiempo sin automóviles, para estacionar carruajes con caballos, y no había un lugar techado acorde, cómodo para dejar el Cadillac de enterrador.

¿Un garaje en esa zona, que antaño fue distinguida y ahora era casi miserable? Un galpón junto al hipódromo de Maroñas, ¿eso acaso no habría sido de interés para el Tío Morin?

Avanzaba despacio, entre los vehículos antiguos, aproximándome al tallercito donde había dos autos de modelos recientes en reparación, con un foso, y a un costado, una pequeña habitación con ventanas de hierro y vidrio orientadas de modo tal de poder controlar el garaje.

Se me confunden los tiempos, y un pasado olvidado pretende abrirse paso como si se produjera una estampida de animales salvajes: ¿acaso yo ya había estado en este lugar...?

Cuando me aproximé, divisé dos personas en el taller: una mujer en la piecita con vidrios, anotando algo en un papel o en un cuaderno, de espaldas, y de abajo del auto con el capó abierto, rodando sobre una tabla con rulemanes, surgió un hombre con overol azul manchado de aceite. Vino a mi encuentro.

–Doctor Pardos –me dijo una voz ahogada, y se excusó de darme la mano porque la tenía cubierta de aceite y grasa–. Muchas gracias por venir, es usted muy amable.

Efectivamente hablaba sin aire, como lo escuché en el teléfono, como si no tuviera pulmones, con un ronquido, un soplo. Tendría unos cincuenta años pero parecía andar por los setenta.

–Muchas gracias por venir –repitió–. Nos conocimos de niños y nunca más nos vimos. Claro que yo lo he visto en fotos o en la televisión: usted es toda una celebridad.

No había ironía en lo que decía, pero me hablaba de igual a igual, como si los dos hubiéramos nacido en el mismo barrio. Las circunstancias tan distintas de la peripecia posterior de cada vida no apagaban el origen común.

Contra la pared del fondo del taller tenía un asiento doble de auto antiguo, de cuero sobado, colocado como si fuera un sofá, sostenido sobre una banqueta de madera.

El mecánico se limpió las manos con un manojo de estopa mojada con nafta y me pidió que me sentara a su lado.

La mujer no salía de adentro de la cabina, pero ahora nos observaba, con gesto circunspecto, como si supiera perfectamente quién era yo y a qué había ido.

–¿En qué puedo servirte? –le pregunté, en el exacto momento en que me distraje con un vehículo que estaba al fondo mismo del galpón, junto a la pared opuesta de donde estábamos, cubierto por una lona que en algún momento fue azul pero ahora era celeste, desteñida, con polvo que parecía milenario. La trompa del auto que se insinuaba bajo la lona me traía reminiscencias.

–¿Recuerda cuando a veces yo iba al bar de mi padre, y nos encontrábamos, en aquellas noches lluviosas de 1969? ¡Qué tiempos!, ¿no? Jugábamos en la pieza de atrás del bar. Papá nos servía café con leche.

Yo asentía, sin decir palabra, preso de un extraño estupor. Claro que me acordaba de que a veces Mariño traía a su hijo, en el tiempo en que yo iba casi todos los días a acompañar a mi padre, época aciaga aquella... Aquel niño de mi edad me caía bien, aunque no se parecía en nada a este ser decrepito que ahora tenía frente a mí, salvo por los ojos muy oscuros, que aún bailaban en las órbitas. Era cierto: Mariño nos traía el café con leche y los bizcochos que habían sobrado del desayuno, a los que calentaba en el horno para que se ablandaran, porque el Mariño Bar funcionaba como café y restorán, desde las siete de la mañana hasta que se fuera el último borracho en la noche.

–¿Tu padre vive? –le pregunté.

–No, murió hace cinco años. Se preguntará qué me pasa con la voz...

Lo miré, sin decir nada.

–Estoy jodido, muy embromado –me dijo–. Mi viejo murió con noventa y cinco, fumando como una chimenea toda la vida, aunque nunca tomó alcohol, solo servía a los otros... –se quedó mirándome, como se mira al hijo de un borracho–. Y míreme a mí, cáncer al pulmón, con cincuenta y dos años; ya me sacaron uno y pronto me sacarán el otro.

Como lo miré con asombro, agregó:

–Me lo sacarán no, se terminará el aire, el poco que tengo, y además trabajo acá, que no es lo mejor. Pero es lo que me tocó.

La misteriosa mujer no se asomaba ni para saludar.

–Mi esposa me ayuda con los números, los repuestos, porque puedo venir muy pocas horas, y ahora ni siquiera manejar para comprar las piezas, y para peor, o mejor, ya ni sé, tengo tres hijos y un nieto.

Yo seguía sin abrir la boca. ¿A dónde iba? ¿Qué tenía que ver yo con todo esto? ¿Qué era ese vehículo como un inmenso sarcófago, protegido por una lona desteñida, que tanto me atraía, y del que se revelaban, debajo, las curvas de adelante, la insignia solemne, la corona con siete diamantes, la V del motor V8, las formas exuberantes del Cadillac modelo 57, con esas especies de turbinas de cromo y antimonio saliendo del motor?

–Se preguntará qué tendrá que ver usted con todo este desastre, mi cáncer, mis hijos, mi nieto, mi esposa, que quedará viuda en poco tiempo.

Me atajé con las manos, como diciendo “ningún problema”, mientras seguía mirando al vehículo cubierto.

–¿Sabía que este local le pertenece?

–¿Me pertenece? –exclamé, sin ocultar mi sorpresa.

–Es una de las propiedades de la sucesión, que usted no vendió. La Corporación, ¿verdad? ¿No le llaman así? ¿Cuántas de las propiedades de Morin ni siquiera visitó? ¡Qué situación curiosa!

Me hablaba del pasado como si él fuera partícipe. Pero lo que decía era cierto: había propiedades de la sucesión, de hacía cuarenta años, que habían pasado a la sociedad anónima que controlaba la herencia dentro de la Corporación Pardos & Morin y sin embargo no eran utilizadas por nosotros, porque en la auditoría periódica que yo ordenaba las consideraban con “valor potencial”, un rubro singular.

Veinte, treinta propiedades se mantenían en esas condiciones, habían seguido en el mismo estado desde el tiempo del Tío Morin. No se vendieron, como tantas otras, de los más de quinientos inmuebles urbanos de la sucesión, aparte de los campos, incluyendo un porcentaje de propiedades en Argentina.

Lo que decía Mariño tenía sentido: era un galpón pegado al hipódromo, que pronto reabriría. Tenía potencial como terreno, garaje, galpón o lo que fuera. Vaya uno a saber las razones por las que lo compró el Tío Morin. Por eso los auditores lo habrían calificado de esa manera, y seguiría entre los activos de la Corporación.

–Soy su inquilino, ¿lo sabía?

Meneé la cabeza como negativa.

–Lo que pasa es que está a nombre de mi mujer, Cáceres, no de Mariño. Supongo que por eso jamás le llamó la atención. Y cuando abra el hipódromo, bueno, ya lo tengo claro que me desalojarán, no hay *tutía*, de patitas a la calle, esto lo derrumbarán. Aunque usted no creo que esté en la minucia de revisar el nombre de sus inquilinos, por favor.

–No manejo esos temas, Mariño, pero vos no tendrás ningún problema –le dije.

–Claro, claro –roncó y tosió contra un pañuelo sucio y arrugado, manchándolo con gotículas de sangre, que disimuló.

En ese momento algo se destapó definitivamente, como si mi memoria, poco a poco, levantara la lona descolorida que cubría el imponente Cadillac de funebrero de Morin. Estaba ensimismado con la parte de adelante que se insinuaba, porque la podía adivinar.

–Es un Cadillac –dije, como para mí mismo–. La proa, con la insignia... –añadí.

Los dos ornamentos cromados sobre el capó, escapándose como un buque rompehielos que huye atropellando al destino. Ornamentos a los que yo acariciaba de niño, acompañando sus formas. ¿O me estaba confundiendo?

–Este auto... ¿es de la sucesión? –pregunté.

–¿Quiere verlo? No son míos, son del depósito. O sea, estos autos están acá desde siempre, supongo que también son suyos. En la pieza hay un armario cerrado con llave donde deben estar los títulos de propiedad; jamás los vi, en verdad. Hay un cartel que dice “Privado”. Vino con el depósito, como las ventanas, las puertas, y esos tres viejos vehículos... Capaz que tienen valor como reliquias, autos clásicos, como les llaman, no lo sé.

–¿Esto estuvo siempre acá? –agregué con asombro.

–Desde que yo vengo, hace veinte años, siempre. Su padre le alquiló este galpón a mi padre con el aval de Jacques Morin, como garaje, cuando todavía funcionaba el hipódromo, pero luego que terminaron las carreras de caballos no había más clientes y yo puse el taller. Pero se ve que su padre se lo alquiló con algunos coches antiguos arrumbados, como este y esos tres. Su padre murió, y bueno, la sucesión, usted, no me expulsó. Imaginé que incluso fue una deferencia por el vínculo de nuestros padres, si se enteraba de que Cáceres, la nueva inquilina, era mi esposa; no sé, no sé bien.

–¿Podemos verlo?

–¡Si es suyo, claro! ¡Faltaba más!

Tomó un sobre grande manila que había colocado sobre el capó del coche que estaba reparando y caminamos hasta el vehículo,

próximo a unas ventanas con cuadrados de vidrio en marcos de hormigón. Juntos le quitamos la lona, que estaba atada con cuerdas por debajo de los guardabarros.

El impacto que me produjo fue de electrocución. Estaba cubierto de polvo, pero cuando le pasó una estopa por la puerta, la pintura, el color, estaban intactos: el negro funebrero del Tío Morin, con casi siete metros de largo.

Tenía las llantas completamente desinfladas. Atiné a abrir la manija de la puerta trasera y asomé la cabeza: los asientos de cuero, mi otra vida. Cerré los ojos y aspiré el olor, aprehendí el ambiente: Pascal al volante, con la gorra de *chauffeur*. Mi asiento, atrás, junto al de Morin. Me senté. Había telarañas en el techo, donde las puertas y ventanas se unían a la carrocería. Volví a entrecerrar los párpados. Veía pasar los árboles por la vereda, y el Cadillac de funebrero, desplazándose lento como un ave carroñera al acecho. Como decía Morin, “una estampa y un andar que asustan a los acreedores y ahuyentan a los pedigüños”, deteniéndose en alguna vivienda que estén desalojando, y de la que pondrán los muebles en la vereda. “Cerraré las ventanas, que vienen a implorar clemencia”, resuena la voz carrasposa del Tío Morin.

–En verdad es de categoría, y está entero, mire los asientos – mascullaba Mariño, porque parecía que nunca lo hubiera visto.

Se acomodó en el asiento a mi lado, a la derecha, como lo hacía el Tío.

–Pardos... ¿lo puedo llamar Andrés? –roncó Mariño.

Asentí con la cabeza. Cada vez se quedaba con menos aire y parecía que se cansaba sobremanera al hablar.

–Andrés, yo no tengo nada contra usted. En realidad, usted me ha dejado trabajar acá desde hace tanto tiempo... Pero ocurrió esta contingencia, un cáncer que me apareció hace un año, la operación, y ahora hace un mes voy a hacerme la revisión y me entero de la metástasis. “Las tres últimas”, como decía tu padre. ¿Te acordás de eso? ¿Se acuerda de eso? –se corrigió–. ¿Se imagina lo que es mi familia, mi mujer, mis hijos que están mal de dinero? Dos trabajan en la feria, a la otra le va un poco mejor, terminó Secundaria, pero tiene un hijo. Y entonces me vino a la cabeza Andrés Pardos.

“Las tres últimas”. Claro: papá decía “las tres últimas” con la voz de rematador, cuando estaba por ocurrir algo, o muy bueno o espantosamente malo.

–Porque mi padre no me dejó nada, tampoco me dejó deudas. El Mariño Bar era arrendado, vendió la llave hace años, por los setenta, y ahora es un boliche de moda, y vivió muchos años de este garaje. Me dejó una casita en el Cerro, que es donde vivo, a medias con mi hermana, que me la presta porque a ella le va un poco mejor que a mí. Pero lo otro que me dejó mi padre es algo que me resulta muy curioso, por la forma en que me lo dijo cuando me lo entregó. “Si algún día lo precisás, lo precisás muy urgentemente, te doy esto, que es de Andrés Pardos”.

Y Mariño me entregó el sobre, arrugado pero limpio.

Lo abrí y saqué un plano antiguo doblado en infinitas partes, una cianocopia en papel entelado azul, como eran los planos de comienzos del siglo XX. Lo desplegué. Era el Palacio Morin (un palacete, sin lugar a dudas), con sus dos plantas y la torre.

–Me dio esto, “por si lo precisás, por si todo sale mal”, me repetía, hasta el día antes de su muerte, como si fuera un seguro de vida. Y

en efecto todo salió peor, mi enfermedad se está precipitando. Nunca entendí lo que era, hasta que vi en la televisión las imágenes de la demolición del Palacio Morin. ¡Y es este!, ¿verdad? –y me señalaba en el plano con el dedo índice manchado con esa grasa adherida a la piel, la que ya no sale.

Rambla Tomás Berreta 3118, con el año y el nombre del propietario anterior, el que lo mandó construir, un barraquero y estanciero, porque hasta al Palacio el Tío lo compró en un remate judicial, tras la crisis de 1929, a precio de pichincha.

–Lo que le pido, con vergüenza, no es una dádiva; es un préstamo, pagable en cuotas, para este trance.

Mi otro yo, el Andrés Pardos titular de la Corporación, el maniático dueño y creador del Banco de Inversiones Pardos & Morin, con fondos de todo tipo y una parte significativa en inmuebles, ya estaría haciendo cuentas de que la única garantía real, como lo acababa de confesar, la casita del Cerro que heredó, estaría en litigio tras su muerte, con la hermana y los herederos de Pipo Mariño. Pero el yo de ahora, Andy, el niño del año 1963, 64, 65, 66, 67, 68, 69... no hacía cálculos, no especulaba. Estaba desencajado, sufriendo una lenta metamorfosis.

Me focalicé en la guantera del tablero del Cadillac, junto al reloj redondo, detenido desde tiempos inmemoriales. Me extendí sobre los asientos, presioné el botón y se abrió mecánicamente, como si fuera ayer, el cofre donde el Tío Morin guardaba las sorpresas que Pascal me compraba a su pedido, cuando viajábamos en el auto. “Pascal, abrí la guantera a ver si el conejo de la suerte le trajo un regalo a Andy”, y siempre había un pequeño paquete de la Panadería Carrasco, con cuatro muñequitos de chocolate, con los

botones de colores rojos de frambuesa, verdes de manzana, dos de chocolate blanco y dos de chocolate negro.

Pero ahora no había muñequitos, nada: solo polvo, tiempo muerto y un llavero. Pipo Mariño se sorprendió y lo tomó.

–Mirá la categoría del llavero, es el original del Cadillac, esmaltado con la insignia –exclamó, regodeándose con la perfección de las formas, deslizándolas entre los dedos.

Me tuteaba cuando éramos niños iguales y me trataba de usted cuando éramos adultos diferentes.

–No sé cómo decirlo, doctor, pero mi padre me dijo que en cierto sentido, usted y yo somos socios. Claro que nunca lo entendí. Pero cuando vi las imágenes de la demolición, vinculé el plano, que lo tenía en una caja con recuerdos de mi padre, y qué curioso, el mismo Palacio que usted tiraba abajo, ¿qué piensa que es? –preguntó Mariño.

–Es el plano de construcción, pero no sé cuál es el vínculo.

Me concentré en el plano de 1920, con todos los detalles para el constructor, con su planta baja, el primer piso y la torre cuadrada con ventanales, a la que el Tío le agregó, después, las rejas. Una obra imponente, de las principales de la época.

Pipo Mariño también miraba el plano, que yo repasaba con la memoria. Recordé al niño de cabellos negros con quien jugaba en la trastienda del Mariño Bar, uno en cada lado de la habitación, donde habíamos corrido los casilleros y las damajuanas, para poder deslizar las bolitas y el bochón.

Como yo no decía una palabra, Mariño continuó.

–¿Por qué me lo dejó papá...? Un año terrible, el del accidente: 1969.

Hizo una pausa para ver si yo decía algo.

–En verdad siento llamarlo para entregarle esto, porque además sé perfectamente que no es suyo, que es de su padre, como me dijo papá: “Esto es del padre de Andrés Pardos, pero al hijo le va a interesar, y si lo precisás, te va a ayudar, yo sé por qué te lo digo, y él también lo entenderá. Aunque no lo creas, tú y él son socios”. Esta frase, Andrés, la sé de memoria, me la repito una y otra vez. Usted no tiene hijos, ¿verdad, doctor?... No sabe el dolor que significa criarlos con tantas necesidades, y dejarlos sin nada. Morirse y que me tengan que pagar el entierro. Y bueno, ahora le cayó esta oveja negra con este planito de morondanga, dirá usted.

Yo seguía concentrado en el plano. ¿Por qué habría dicho que éramos socios...?

–Qué locura: yo, un pobre diablo, isocio del hombre más rico del planeta!

Entrecierro los párpados y vuelvo a recordarme en el Cadillac, con el Tío Morin, Pascal entrando al garaje, ese garaje; yo con el largavistas del Tío colgado sobre el pecho, porque me sentía importante, y luego caminando de la mano hasta el palco principal. Yo iba vestido de punta en blanco, porque era el paseo preferido del domingo, el hipódromo, sus caballos, la Reina Madre, las crías, la cruce del mejor padrillo con la yegua con las ancas de medidas perfectas.

Un galpón que podía servir de garaje para que la gente importante dejara el automóvil al cuidado de personal responsable... Por eso lo habría comprado en algún remate judicial, alguna bagatela, como todo, cuando se tiene efectivo ilimitado. Él hacía negocios en una escala que nadie podría, hasta que en un momento

prácticamente se quedó sin competidores: si él llegaba al remate, los otros dejaban de pujar y compraba más barato todavía.

Mariño se ahogó en su propia flema y volvió a toser con el pañuelo contra la boca.

–Esta es la llave del baúl, ¿quiere verlo?

Asentí con la cabeza, puse el plano en el sobre y salimos.

Introdujo la llave en la cerradura, la giró y el resorte liberó la tranca, que se abrió con un ruido de metales chirriando.

–Como nuevo –musitó, pasando la estopa sobre las formas alzadas de la cola, de cuando los autos de Estados Unidos querían imitar a los aviones.

El olor era de humedad, de antigüedad, de pasado. En una caja de cartón, que se deshacía cuando la levanté para colocarla sobre el guardabarros, había un montón de diarios viejos, más precisamente, del día del incendio del Palacio Morin y los inmediatamente posteriores. En un pequeño maletín, como el que usaba el Tío para el dinero en efectivo, como los que antes utilizaban los médicos, había un mameluco color azul. Lo recordé en el acto: era el que usaba el *chauffeur* Pascal cuando lavaba el Cadillac de enterrador, a quien yo miraba desde las ventanas del primer piso, o, en el tiempo más infausto, desde la torre. O el que usaba cuando cambiaba de rol y se convertía en jardinero.

–Nunca se me ocurrió abrirlo, una sola vez le quité la capota para lavarlo, ¿puede creerlo? Me parecía estar violando propiedad privada, como entrar a la casa del vecino sin permiso. Siempre pensé que algún día vendría el propietario a llevarse el vehículo, y bueno, ahora sucedió.

Y volvió al tema del seguro, de la ayuda, para que no me olvidara de lo principal.

–Y pensar que, en cierto modo, empezamos juntos, jugando con soldaditos, tomando la leche. ¿Se acuerda de aquel tiempo en el bar de papá?

»Yo estuve en el velorio de su padre, ¿me recuerda?

Negué con la cabeza.

–Su padre era cariñoso, me revolvía los cabellos. Tulio Pardos, el “rematador”, como le llamaban. Se había metido en un berenjenal... Y después la tragedia. Eso me contaba papá.

Lo miré a los ojos. Sentí algo que casi no sabía lo que era: conmiseración.

–Yo me comunico contigo, Mariño –le dije al fin–. No te preocupes por el dinero. O mejor, arreglo con tu mujer, ¿qué te parece? ¿Cuál es el teléfono?

Ahora sentía una urgencia de irme para mirar los diarios húmedos con sus fechas: del 17 de julio de 1969 hasta mediados de agosto, todos los días. La caja de cartón era el embalaje de las latas de aceite que compraban en el Palacio: Óptimo. La levanté con cuidado, poniendo las dos manos en la base, con el sobre del plano en la parte superior. Pipo se ofreció a ayudarme, pero no: tosía y tosía, desde el fondo del pulmón que le restaba, afectado por la humedad que emanaba del cartón y los diarios, y en cada tos parecía que se le iba un pedazo de vida.

Cuando Paco me vio salir del garaje con la caja, se apresuró a ayudarme.

Pipo Mariño me acompañó a la vereda y le di la mano. Me agradecía, una y otra vez. Parecía que la emoción del dinero que le

prometí le hacía toser con más intensidad, la grata noticia lo tornaba ansioso. Había resuelto un pedazo de su vida. O de su muerte.

Paco puso la caja con diarios en el asiento de atrás, contiguo al mío.

La camioneta avanzó y cuando me volví en el asiento, Mariño estaba encorvado, con otro acceso de tos, completamente ahogado, con el hipódromo de fondo.

En el viaje de regreso, ojeé los diarios y pude adivinar la desesperación creciente del *chauffeur* Pascal, a medida que los había ido leyendo. Porque fue él quien los juntó y los repasaba, día tras día, anonadado. A él también le había cambiado la vida en un santiamén. Volvía a ser Pascual, iqué Pascal ni qué ocho cuartos!

Cuando llegué a la Corporación, lo primero que hice fue decirle a Sofía que se pusiera a las órdenes para todo lo que precisara Pipo Mariño a través de su mujer. Me miró sorprendida.

No, ese Andrés Pardos no era de verdad.

—¿Para todo lo que precise? —repitió, para verificarlo.

—Todo.

Luego chequeé las características de esa propiedad con uno de los asesores de la Corporación. Efectivamente, era uno de los tantos inmuebles “hibernando”, con la nota de los auditores. La última referencia tenía tres años, y allí mencionaban que la potencialidad aumentaba por el proyecto de remodelación del hipódromo, licitación que se abriría en pocos meses, en la que la Corporación participó y ganó, con un consorcio, como casi siempre. En una nota anterior se aludía incluso a la presencia de una inquilina, Celia Cáceres, con contrato vencido por una cifra irrisoria, que sin embargo servía para

evitar que la ocuparan los intrusos, una de las obsesiones del Tío Morin.

En los antecedentes, digitalizados, estaba la compra por parte de Morin, el alquiler con la firma semianalfabeta de Mariño padre, Manuel Mariño, y luego la de Celia Cáceres.

Algo había pegado un viraje en mi ánimo. El plano del Palacio, el Cadillac de enterrador y los días posteriores: el principio del fin.

Me incorporé, volví a ponerme el sobretodo y bajé. Le pedí a Paco que me llevara a casa, los últimos dos pisos de un edificio que había construido la Corporación frente al faro de Punta Carretas, junto a la estatua de granito de Jacques Morin, sentado, entregándole un libro a un niño, que lo observa admirado. Yo la había mandado esculpir y logré que se emplazara en ese lugar privilegiado, a cambio de jerarquizar el parque próximo.

Paco bajó la caja con los diarios.

Subimos en el ascensor, en silencio, y entramos.

—¿La pongo acá? —preguntó, señalándome una mesita frente al sofá floreado.

Le pedí que con una de las empleadas del apartamento vaciara alguna de las bibliotecas, colocando los libros en otra habitación, y pusieran los diarios uno al lado del otro, correlativos por las fechas, para que se secaran.

Me siento mirando a la rambla, la estatua, el faro, el mar. Los secretos me corroen: vislumbro otra dimensión, un mundo paralelo.

Entrecierro los ojos y vuelvo a experimentar el aroma del Cadillac, con el Tío Morin a mi lado, recorriendo los barrios de Montevideo, lentamente, porque al Tío le gustaba disfrutar de “una ciudad costera que tiene todos los estilos arquitectónicos del mundo”,

porque era abierta y cosmopolita, ruta de marinos, colonos e inmigrantes, e ir viendo, aquí y allá, sus propiedades, infinitas, a las que conocía como a la palma de su mano; sabía los nombres de los inquilinos, de los intrusos, de los deudores. Una memoria prodigiosa. “Doblá en la próxima, una cuadra chica hacia avenida Renán, Pascal. Mirá, Andy, acá tenemos –porque en un momento empezó a utilizar ese giro verbal, el plural– toda la cuadra”. Y eran las propiedades más diversas, casas buenas o ruinosas, podía haber un almacén y una panadería, un galpón o una estación de servicio, pero todo le pertenecía. Algunos, los menos, se percataban de que pasaba el Cadillac del “enterrador” y nos miraban con animosidad; pero la mayor parte de los vecinos no tenían ni idea de quiénes éramos, ni qué hacíamos: estábamos recorriendo el imperio.

CAPÍTULO 2

El limbo

Paco y Elsa vaciaron diligentemente la biblioteca y colocaron los diarios separados y en orden, de modo que ninguno sobresaliera más que el otro, como Elsa hace con las perchas de las camisas, con los calcetines, con el planchado de los cuellos. Regreso al sofá con el primer diario de la pila, dispuesto a examinarlo a fondo.

La portada de la edición de *El Diario de la Noche* (17 de julio de 1969) vibra en mis manos; acompaño la secuencia de fotos de la nota titulada en cuerpo catástrofe –“Millonario muere devorado por el fuego”–, que se continúa en cuatro páginas, con las fotos del incendio del Palacio.

Publica varias fotos del exterior, al que llama el Palacio Morin, como todo Uruguay lo calificaba, un “Palacio” en un país republicano, sin reyes ni ostentación, con la torre con los vidrios estallados, teñida de negro, humeante, espectral. Al fotógrafo del periódico más popular del país, que vendía cien mil ejemplares cuando ocurría una desgracia calamitosa, le habían franqueado el paso porque logró tomar fotos del primer piso, que en parte se había quemado, pero fundamentalmente le permitieron subir por un instante a la torre, que equivale a un segundo piso, y tomar la foto más truculenta, la principal, en blanco y negro, que el diario publica

en página tres, para que el lector fuera tomando coraje de a poco, enfocada desde la puerta. Adentro se ve a un policía y a un hombre de blanco, con guantes y tapaboca, manipulando algo en el rincón: un bulto en cuclillas. Después que el que lo ve parpadea, advierte que es una persona, una estatua negra de carbón sentada y encogida, con un trozo de algo que sale del abdomen destrozado. Es el Tío Morin calcinado, con un agujero en el vientre.

Todo él había explotado por la combustión del horno que se produjo con el fuego y desparramó las vísceras (el diario exageró con esta leyenda de foto: "El fuego formó un horno infernal de más de mil grados"). Evidentemente, en ese preciso momento, antes de que se quemaran las vísceras asomando del abdomen y se convirtieran en carbón, llegaron los bomberos, arrojando agua desde afuera y desde adentro, porque todavía se ven restos de agua en el piso, y en medio del charco se destaca un médico con sus mangas arremangadas y los dobladillos de los pantalones blancos mojados. "Le estalló el estómago por la combustión, poco antes de que llegaran los bomberos e inundaran el local con agua", señala el cuerpo de la nota.

Entre las manos del occiso, que está como abrazado a ese objeto ahora apoyado en el piso, se pueden ver los restos de un fusil quemado: un trozo de hierro y el caño que se adivina humeante a lo largo del torso y la cabeza. El diario lo explica así: "... un fusil en manos de la víctima, con el que posiblemente se disparó antes de quemarse vivo".

Me tiemblan las hojas como si tuvieran electricidad. Si bien nunca había visto esos diarios, sí sabía de su existencia, porque escuchaba hablar de ellos, cuando el diariero Cholo Cuevas voceaba las noticias

en el Mariño Bar. O cuando papá los traía a la mesa, en aquel interrogatorio demencial, en los días posteriores al incendio. No leía diarios, a los doce años, y menos los hubiera mirado a estos, en los que yo era un involuntario protagonista.

Las fotos abren poco a poco las compuertas de la memoria, de mi infancia en el Palacio Morin. Mi padre trabajaba allí, y yo lo acompañaba a partir de los seis años. ¿Qué funciones cumplía mi padre? El avaro Morin, el "enterrador", por no tener piedad al prestar dinero, el hombre más rico del Río de la Plata, no gastaba en contadores, pero sí en un experto en comprar y vender, un rematador, un tasador avezado, que luego fue ascendiendo, asumiendo más funciones, calculándole los impuestos al mínimo, los pocos que se pagaban en esa época, ocupándose de las cobranzas, y al fin llegó a planificar los negocios con el Tío Morin, haciendo malabarismos, la mayoría de ellos de préstamos hipotecarios, además de las compras en remates judiciales.

"Detrás de cada fortuna hay un crimen", aquella era la frase de Balzac que repetía Morin, y detrás de los negocios de Morin habría infinitos crímenes, aunque no encuadraran en el código penal, ni en el civil, que entonces eran elásticos, más aún para los prohombres de Uruguay, la "Suiza de América", adonde los argentinos siempre hacían fugar dinero de su país, el que iba de bancarrota en bancarrota, con opulencia tragicómica.

Sobre mi falda apoyo el diario, donde solo intuyo la mancha oscura de la fotografía que ocupa la mitad de la portada. Vuelvo a cerrar los ojos, escuchando el ponderado murmullo de Paco explicándole a Elsa cómo poner los otros diarios, porque se les terminó la biblioteca y deben vaciar la de la otra pared.

El otro que estaría perplejo con los periódicos, sin duda, sería el *chauffeur* del Tío Morin, Pascal, porque estaban doblados perfectamente y en orden cronológico, sin faltar ninguno. En muchos casos se trataba de distintos diarios de la misma fecha. Esos días después del incendio los miraría aterrado, incrédulo, sin entender qué había ocurrido, qué sería de su vida, si él tenía algo que ver con la tragedia, con esas precarias estufitas a queroseno, que no se compadecían con semejante mansión. Y como ya no tendría dónde ir en el Cadillac, ni a quién devolverlo, mantuvo los diarios en el maletero. Los miraría y volvería a mirarlos; sin tener a quién llevar, sin saber qué hacer, hasta que mi padre, el otro empleado de Morin, le encontrara un destino, otro trabajo, un lugar donde vivir que no fuera en las habitaciones sobre los garajes, o un despido con indemnización, y se hiciera cargo del vehículo.

La memoria se abre y se cierra en forma involuntaria, aleatoria, como los sueños o las pesadillas. Todo un período de mi vida que mantuve encerrado detrás de una sensación: el limbo.

Los recuerdos duros están más sepultados que los otros, como si empezaran a emerger los que menos me lastiman, dejando los que me perforan el alma para después, para traerlos como tironeando, un tiburón siniestro ensartado en el anzuelo, encabritado, saltando, queriendo devorarse el acero y el cordel, dando todo por sobrevivir.

El "enigma de Jacques Morin": todos hablaban de ello en los días posteriores al incendio. Su muerte convulsionó al Montevideo aldeano durante casi un mes. Y luego, tiempo después, cuando se develó el inextricable misterio de su sucesión, volvió a ocupar las primeras páginas de los diarios. Una historia de folletín, cargada de drama, lascivia, fortuna, terror y muerte.

La evolución de la noticia en los diarios me produce desasosiego. El primer día es el incendio y la trágica muerte del “filántropo”, como le llaman, con el cadáver calcinado en un rincón. El segundo día, el diario *El País* registra la fortuna inconmensurable del “prestamista”, a quien también apodan el “usurero”; ya no era solo el “filántropo que donó los terrenos para construir barrios enteros, fundamentalmente para los sectores trabajadores”. Ese día surge la posibilidad, terrible, de un asesinato, una mera hipótesis, en un pequeño recuadro en la página dos de *El Diario de la Noche*. Una corazonada de algún policía, que no agrega ninguna evidencia, aunque puede ser que la especulación sea del periodista, acicateado por una fuente policial que se mantiene anónima, que lo utiliza para filtrar una información que no podía justificar, para ver si surge alguna revelación nueva, alguna pista que la prensa no tiene más allá de lo circunstancial, alguien que lea la noticia y sepa una verdad oculta que teme confesar. “La policía baraja también la posibilidad de un crimen, aunque faltan elementos, porque la autopsia reveló que la víctima no se disparó con el fusil”. Pero es claro que si bien el Tío Morin estaba lleno de enemigos, de gente que lo odiaba, todos esos en quiebra de los que él se alimentó, y cebó, o todos los endeudados, estos no se beneficiaban con la ausencia (“la muerte del acreedor no cancela ninguna deuda”, puntualiza el artículo), y se fue desvaneciendo la hipótesis del homicidio, retornando a la del accidente, porque eso también tenía espectacularidad: un simple traspié con una víctima extraordinaria.

Toda la novela que se tejía y destejía permitía que se manifestaran las pasiones de la gente común –un viaje abrupto de la gloria al barro–, gente que disfruta al ver cómo la mayor fortuna, la mayor

dicha imaginable –porque así se imaginan a un multimillonario de ese calibre– se puede perder en un instante, por una torpeza, un accidente doméstico, un tropezón en una escalera, que se vuelca una estufa de queroseno, como si se hubiera tirado encima una sartén de aceite hirviendo fritando milanesas, lo que lo iguala con todos los mortales, desde el más desdichado al más poderoso. Y todavía, para redimir a los más resentidos, la muerte terrible, escabrosa: quemado vivo, el más doloroso de los suplicios. Un recuadro informaba, desde el título, lo que muchos pensaban: “El dinero no compra todo”, destilando, en la nota, a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis a los que siempre se refería el Tío Morin: la envidia, el resentimiento, la frustración y el rencor.

Al comienzo ensalzaron tanto a la víctima que luego tuvieron que matizar los elogios y hasta había artículos que se encarnizaban con el encumbrado personaje. Por un lado, era un respetable representante del patriciado nacional, con la imagen que él había promovido, la del filántropo con boato, otro Emilio Reus, otro Francisco Piria, otro Rossell y Rius, que construía barrios, refaccionaba escuelas, fundaba bibliotecas infantiles y colaboraba con institutos de la infancia; pero también estaba el prestamista implacable como una guillotina con los acreedores que no podían cumplir con sus obligaciones, en un tiempo en que surgía algo absolutamente inédito, desconocido: la inflación (de la mano del estancamiento económico) y los préstamos que se tornaban impagables de la noche a la mañana; realidad sumada al fantasma del comunismo internacional que todo lo cubriría con un manto siniestro. Devenía en el “enterrador” o “carroñero”.

El diario *El Día* explicaba que Morin prestaba sobre hipoteca sin más trámite, no era como los dos grandes bancos de la época, que demoraban una eternidad, porque no sabían calcular un fenómeno que recién aparecía en el país como una peste nueva, para la que no había medicina: la moneda se depreciaba todos los días y para la gente común aquello era como una maldición ininteligible. Morin, en cambio, sabía navegar sobre el maremoto como si fuera el que digitara el tamaño y la virulencia de las olas, porque en la letra chica del contrato ataba los préstamos con el valor de las libras esterlinas de oro, las acuñadas entre 1911 y 1927, estratagema que nadie hacía ni imaginaba, una suerte de convertibilidad con “la paridad con el oro” que el país tuvo en el pasado y había abandonado en 1931.

Por eso era confuso encasillarlo en una sola palabra, héroe o villano, filántropo o déspota, visionario o usurero, sanador o sepulturero. El Tío Morin siempre hizo todo lo posible para que prevaleciera la imagen del filántropo, no por orgullo ni vanidad, sino porque era la que mejor se avenía para desarrollar los otros dos roles que él valoraba de verdad: prestamista y “benefactor de la infancia”. El mismo argumento que me llevó a erigir ese monumento al Tío, “educador de niños”, frente a mi residencia. ¡Qué ironía, haberlo puesto hasta en la marca de la Corporación, “Pardos & Morin”!

Desde el comienzo surge como segundo tema, en los diarios de la época, el enigma de la herencia, o la sucesión; de un eventual testamento, sin herederos forzosos, porque Morin no tenía hijos, con una herencia tan cuantiosa que le seguía un enorme signo de interrogación: ¿la mayor fortuna del Río de la Plata quedaría como herencia yacente para el Estado? Al cuarto día del incendio, poco

después del entierro, irrumpe en los diarios, evidentemente a petición de él mismo, la figura del “botarate”, como le llamaba el Tío Morin a su único sobrino, Alfonso Morin, un petimetre enclenque con trajecito y sombrero de fieltro posando como el legítimo heredero de su tío, imitando con torpeza al cantante de la época, Charles Aznavour. En realidad, el heredero era el hermano, Maurice, gravemente enfermo, y Alfonso posaba en su lugar.

Me quito los gemelos y me arremango la camisa. Cierro los ojos e inclino la cabeza, con la barbilla contra el pecho, como si me pesaran los recuerdos. Paco y Elsa terminaron la tarea. Elevo la vista, miro por la persiana abierta y observo la península de Punta Carretas, el faro, rodeado por el Río de la Plata, ancho como mar.

Tomo la pila del quinto día con tres diarios, *El Plata*, *El Diario de la Noche* y un suplemento especial de *El Día*, que presenta un informe más elaborado, donde se cuenta la historia con más detalles. Las fuentes son diversas, entre otras, la de una escribana que figura en muchos de los títulos de propiedad de Morin. Advierto las fuertes presiones de los directores o dueños de los diarios para que prevaleciera la figura del filántropo antes que la del prestamista, o el avaro, o que el prestamista no opacara al visionario, el pionero. ¿Pero cómo podía presionar el Tío Morin a los dueños de los periódicos, cuando eran los únicos que entonces formaban opinión, después de muerto? ¿Abrían el paraguas por si el heredero Alfonso les entablaba un juicio, una demanda civil, la especialidad de Morin, que si bien no era abogado, había ganado el noventa por ciento de los litigios que llevó adelante? Si siempre mantuvo una vida oculta, un segundo pliegue, manipulando vidas y sentimientos ajenos, ¿por

qué no sabría manejarse en las sombras, incluso después de muerto?

CAPÍTULO 3

El árbol genealógico

El Palacio Morin ocupaba una manzana frente al mar, cerca de la avenida Arocena, en Carrasco, entre la rambla Tomás Berreta y las calles Puntas de Santiago, Ligure y Alassio.

Los diarios de los días posteriores al incendio apuntalan la hipótesis del accidente. Él estaba arriba, en su torre, aparentemente se subió a una escalerita metálica para buscar un libro porque ahí tenía una biblioteca, se estiró para tomar uno más distante, trastabilló, cayó, él y la escalera volcaron una estufita de queroseno marca Olympus, con tres patas y un gran tanque de bronce. Se desparramó el combustible, que se prendió fuego de inmediato contra la puerta, a lo largo del piso de parqué, encendiendo toda la torre como una tea, con los inmensos estantes de madera con libros, papeles, cuadernos y fotos, con el techo revestido con cielorraso de pinotea, formando una pared de fuego, la trampa perfecta de la que nunca pudo huir. En los diarios se repetía una foto de gran tamaño de una estufita idéntica: "La causa del siniestro".

Morin era un personaje excéntrico, soltero y solitario. Vivía con relativa austeridad (insólitamente, durante un período había hecho voto de pobreza temporal), aunque lo hacía en un Palacio.

El inicio de la relación del Tío Morín con papá es una nebulosa, aunque tengo recuerdos esporádicos. Papá había sido un rematador relativamente conocido de la tradicional Casa de Remates Echeverría, donde remataban desde joyas, pinturas, muebles, hasta casas y campos. Era un empleado, posiblemente el mejor, pero jamás llegaría demasiado lejos con una familia tradicional como los Echeverría, porque le faltaba el apellido.

Fue durante esa época en que debe de haber conocido a Morin, y posiblemente le facilitó buenos negocios, con información calificada y confidencial de todo tipo de bienes, en especial los inmuebles, con escrituras saneadas. Como él era el que bajaba el martillo, es posible que hubiera una complicidad espuria con el Tío Morin, *habitué* de los remates. ¿Cuántas veces apuró “las tres últimas” sin que nadie advirtiera que siempre era al mismo beneficiario? ¿Cuántas veces sembraría dudas sobre los títulos, sabiendo la verdad? Lo haría bien, sin duda, se detendría en “a la una, a las dos”... y cuando todos esperaban la pausa, bajaría la mirada y el martillo al mismo tiempo, sin advertir que el otro que pujaba se había quedado con la oferta en la punta de la lengua. En otro remate, para disimular, le quitaría a Morin la posibilidad de adquirir una joya que supuestamente le interesaba.

Además estaba el tema de la proximidad. Papá había confeccionado el árbol genealógico con varios colores para explicarle a Jacques Morin Feraud que era un lejano pariente de su mujer, mi madre, aunque ella siempre lo puso en entredicho. Si bien tenía el apellido Feraud (el apellido materno de Morin) en la segunda generación: era Francisca *Quica* Lago Artola Feraud. Era confuso porque no había tías o tíos confiables con quienes confirmar el

vínculo, aunque mi padre, en representación de mi madre, los visitó a todos, para hacer ese famoso árbol genealógico, con casi todas las partidas de nacimiento correspondientes (faltaban algunas, casualmente las más directas), todo un capítulo de mi vida, como si fuera mi título nobiliario. Y fue con ese título y con sus trabajos previos como rematador que mi padre se presentó en el Palacio de Jacques Morin. "Tengo tan vasta parentela, Pardito, que uno más no me hace mella", le decía el potentado.

Porque todos los parientes, para él, eran chupasangres, sanguijuelas. No le cerraba demasiado que un don nadie estuviera casado con una parienta que pertenecía a las familias fundacionales uruguayas: "Pero bueno, ya sabés, Pardito, el patriciado de este país de juguete es de mentira; por eso no te discuto que tengamos algún grado de parentesco". Morin bostezaba con lo de la familia, pero en cambio sí le interesaba cuando papá traía información relevante de la Casa de Remates, porque papá sabía leer los antecedentes de los títulos tan bien y con más minuciosidad que cualquier escribano.

Recuerdo el día en que Morin citó a papá al Palacio por el tema de un remate judicial específico de un campo en la zona lechera del departamento de San José. Precisaba detalles, información confidencial, que papá poseía. Lo recuerdo porque luego del remate lo volvió a invitar al Palacio Morin y le regaló un antiguo reloj de oro Patek Philippe, funcionando, que papá nunca vendió.

En la nebulosa, esto lo visualizo con precisión: papá mirando el reloj de bolsillo, abriéndole la tapa de atrás, pasándoselo a mamá, en la mesa del comedor de nuestra sencilla casa, donde me crie, una propiedad horizontal de bajos, donde arriba había un depósito de una zapatería, en Carrasco Norte, el contrapunto modesto del

suntuoso Carrasco. Yo tenía cinco años. Tiempo después, papá compró las dos plantas (originalmente era una sola casa, que luego dividieron e hicieron la propiedad horizontal) y volvió a integrar la casa original.

Luego, con la colaboración de papá, comenzó a crecer el banco informal del Tío Morin, el que yo formalicé muchos años más tarde como Banco de Inversión y Fomento, y hasta le puse el nombre, para mantener la matriz, de donde provenía el capital inicial, Pardos & Morin, consolidando la imagen del benefactor con una estatua elegíaca en homenaje al pionero, lo que afianzaba el negocio. Con un íntimo cinismo: el Tío con el niño y el libro.

Además de los remates judiciales, la base de los negocios eran préstamos hipotecarios que a veces se negociaban en la casa del deudor. Los acompañé varias veces. La situación era escabrosa, de zozobra, cuando el Tío y papá planteaban siempre el peor escenario imaginable: “Hay poca gente que arriesgue su dinero en préstamos con garantías de poco valor, porque estamos en un tiempo bisagra en que las propiedades inmuebles se vienen abajo, viviendas y campos, amenazados por la crisis y los bolcheviques, con la Tercera Guerra Mundial a la vuelta de la esquina; el mundo quiere liquidez, billetes, para fugarse el día menos pensado, y esto no es un ciclo, es irreversible, un tiempo nuevo de incertidumbre”. Era cierto que los inmuebles valían poco, algunas de las mejores mansiones tenían búnkeres para cuando cayera la bomba atómica. Una enmienda provisoria de la ley de alquileres vigente permitía que los inquilinos se eternizaran en las viviendas, incluso como malos pagadores o como intrusos, y los precios de los productos agropecuarios se habían desplomado.

Comprar joyas o antigüedades, o hacer con ellas préstamos pignoratícios era apenas el cebo, la carnada, porque el verdadero negocio no era el empeño, ni la compraventa de las alhajas, ni el préstamo y cobrar los intereses ("divertimentos", decía Morin), sino concretar la hipoteca y ejecutar la garantía, quedarse con el inmueble por el precio que papá había tasado, un treinta o cuarenta por ciento del valor real. Y luego escuchar la plañidera, como le llamaba el Tío, cuando venían sus conocidos, o los patricios en decadencia, o los primos de otros pelucones, con alguna recomendación, para que le estirara el plazo, que le diera una prórroga, una refinanciación, porque ahora el inmueble valía mucho más de lo que había sido tasado.

En verdad, Morin tenía un permiso para vender antigüedades, que él entreveraba con una suerte de museo con una vasta pinacoteca, licencia que colgaba en una de las paredes, casi como una ironía a la Impositiva, al Estado, que jamás inspeccionaba; solemne residencia palaciega en que sus clientes principales eran integrantes del patriciado nacional que venían a comprar regalos de casamiento a mitad de precio que en una joyería. Sublime hipocresía, porque vendía a las señoras que todavía no se habían fundido, en esos seis años de crisis galopante, en un país que había sido de los más prósperos y equilibrados del mundo, joyas para regalos que habían pertenecido a otros que sí se habían arruinado, de suerte que muchas veces la agraciada que contraía matrimonio recibía, como regalo de boda de una amiga de su madre, algo que había perdido una tía, una prima o hasta su abuela; pero nadie podía decir nada, para no delatar la impostura.

Una vez escuché decir a una mujer muy mayor y pintarrajeada, a quien le habían crecido en forma desmesurada las orejas con la edad, que venía a firmar una hipoteca, a escondidas del marido, de dos bienes dotales, un campo y una casa, y que “si todo sale mal, al fin y al cabo prefiero que quede con un pariente, con alguien de una cierta clase, que con un «judío usurero»”. Clase conformada por los otros competidores de Morin, según sostenía. Y agregó: “Y como siempre la familia pesa, si algún día la suerte mejora, uno tiene la esperanza de que un pariente, con antepasados comunes, como tú, Jacques, nos devuelva lo que perdimos”.

El Tío le golpeteaba la flácida mejilla, mientras me echaba una mirada cómplice, por lo que me fue haciendo partícipe de sus embustes desde muy niño, como diciéndome: “Mirá, Andy, lo tonto que son los ricos uruguayos, tan cándidos que pretenden que uno les pague los lujos, la holgazanería, simplemente porque son elegantes y hablan en francés”. “*Bien sûr*”, murmuraba el Tío, y ella, fascinada, le respondía: “*Bien sûr, mon oncle*”.

Con este negocio de la planta baja, la casa de empeños, el anticuario o el museo Morin (en realidad, los tres eran la misma cosa y se retroalimentaban mutuamente), prestaba con garantía prendaria, mientras en el primer piso cerraba negocios con garantía hipotecaria; pero los dos estaban interconectados, porque muchos clientes empezaban a perder abajo y terminaban de arruinarse arriba. Mientras los contratos y escrituras permanecían en el Palacio Morin, en las bibliotecas del salón de la gigantesca estufa de piedra del primer piso, con los vitrales y el lambriz recubriendo las paredes, una parte considerable de la fortuna la convertía en libras esterlinas de oro —“la única moneda que no se devalúa”—, que guardaba en la

famosa Bóveda Azul, tras una pared falsa que se abría en un inocente despacho del primer piso, un cubículo de dos por dos pintado, solemne, de azul imperial.

Morin mantenía ciertas reglas a rajatabla: no compraba nada robado, o que él sospechara que fuera robado. Pero entonces, cuando las ovejas negras de las familias fundacionales aparecían con algo que él sospechaba, con su ojo clínico, que lo había robado a un pariente, tomaba nota y comenzaba su lenta tarea de atrapar a la mosca en la telaraña.

“No te tomo la joya robada pero podemos negociar un crédito”, le decía, y el hijo descarriado lo escuchaba alucinado, o me miraba a mí, implorando clemencia a un niño, porque Morin no solo había descubierto que no se la había regalado la abuela en el cumpleaños, como juraba, sino que la había robado, posiblemente incriminando a la sirvienta, y al mismo tiempo el negocio le salía mucho mejor de lo que imaginaba. Jacques Morin le prestaría todo el dinero, pero siempre que él firmara la deuda con la garantía de la madre, o la abuela (patrón que se repetía en el noventa por ciento de los casos); pero si Morin descubría que la sola firma del descarriado terminaría afectando al padre, porque la “bala perdida” era uno de los “herederos forzosos”, también le servía. Esa era una de las fórmulas que le daba más placer, porque tenía un objetivo de escarmiento, ya que él se consideraba, más que un educador, un verdugo moral. “¿Entendiste, Andy?”.

Varias veces vi llegar al *paterfamilias* al Palacio (previamente hacía la cita por teléfono, y generalmente atendía papá, o Lesya, la empleada doméstica), preso de intensa angustia, porque no entendía cómo el hijo descarriado había logrado que un

multimillonario de la talla de Morin le diera tan succulento préstamo para semejante desatino; porque las ovejas negras no querían dinero para negocios normales, sino siempre desopilantes, que acapararan la atención en las reuniones de amigos o excompañeros de colegio, que escuchaban anonadados lo que podía terminar siendo una ruina, o una mina de oro.

Recuerdo un hotel majestuoso en la punta del cerro Pan de Azúcar, en Maldonado, a más de trescientos metros de altura, al que se accedería mediante un aerocarril, y también una *boîte* de música en vivo y cantantes internacionales en la isla de las Gaviotas, frente a la playa Malvín, en Montevideo, con un vaporcito que funcionaba las veinticuatro horas. “Confiamos en él, nos mató el candor”. “¿Tu hermano no cantaba tangos cuando se emborrachaba?... Pensé que sería parte del repertorio”, le confesaba Morin, palmeándole el hombro, como se hace cuando el otro confiesa una enfermedad terminal, un muerto en vida; mientras el acaudalado *paterfamilias* lo miraba estupefacto, sin saber si le hablaba en serio o en broma. “¿Pero cómo no me consultaron antes?”, balbuceaba. Y entonces entraba en escena papá, que le decía, siempre aparentando sorpresa, que partían de la base de que toda la familia lo sabía y apoyaba, para que el hijo inservible al fin mostrara su valía con un proyecto de su propia cosecha (el negocio delirante): “Creíamos que era un emprendimiento de reconciliación familiar, por más curioso que fuera”. Entre tanto, Morin accionaba el teclado y la manivela de la calculadora mecánica Addo, hasta cortar el último papelito del rollo con la deuda actualizada, al tiempo que murmuraba: “En realidad no cantaba tan bien, ni siquiera cuando estaba sobrio”.

La salud del que tenían enfrente comenzaba a debilitarse en ese mismo momento, apurando la sucesión, mientras el Tío me guiñaba un ojo, apenas, para que yo grabara su procedimiento a fuego en la memoria.

Me vuelvo a concentrar en la foto del incendio... La torre calcinada, y al fondo, espectral, el carbón encogido: ¿no era más plausible la hipótesis del asesinato?

CAPÍTULO 4

El entierro

“¿Un incendio en el Palacio Morin?”, exclamaban anonadados los parroquianos en el Mariño Bar, en el límite entre Carrasco y Carrasco Norte, sobre la calle Daymán, esquina Cartagena, el 17 de julio de 1969.

Un incendio en el lugar adonde papá me había llevado durante tantos años, y por eso Manolo Mariño y Cholo Cuevas me miraban a mí, el pariente del Tío Morin, para intentar descubrir lo que bullía en mi pecho, porque era allí donde estudiaba después del colegio; mientras yo acompañaba impasible, mirando lo mismo que ellos en la televisión, pero como si no tuviera ningún vínculo especial, como si fuera una película de Roy Rogers, Cisco Kid o El Llanero Solitario.

Papá me había pedido que me sentara frente a él, en la mesa en la que siempre se ubicaba, contra la ventana que daba a la calle Daymán.

—¿Y qué dijo el Tío Morin cuando te fuiste? —preguntó, porque papá siempre le llamaba así, el Tío Morin, incluso en esos primeros días después de muerto, como para que el vínculo nunca se deshiciera.

—Que si quería irme, que me fuera. Algo así me dijo el Viejo Morin —porque después del incendio, yo pasé a llamarle “el Viejo”, jamás

volví con la tontería del "Tío".

Papá me corregía: "el Tío Morin". "No, papá, no es tío ni nada: era un viejo y está muerto".

Cuando esto mismo lo decía en casa, minutos antes, mamá se santiguaba: "¡No hables así de una persona tan buena, que hizo tanto por ti y por esta familia, y además está en el cielo, Dios mío!".

Papá me miró, serio. Eso no podía ser verdad, porque él sabía mejor que nadie que esas ni siquiera parecían palabras de Morin.

—¿Que si querías irte te fueras? ¿Eso te dijo?... —y fruncía el ceño, desconfiado.

A esa altura yo no era un invitado en el Palacio, sino un prisionero, un secuestrado, rodeado de un manto de encubrimiento; pero claro, ya no era un niño como cuando llegué, ni un púber: era un adolescente, que había cumplido doce años.

Esa sería la primera de las muchas veces que acompañé a papá, a partir de entonces, al Mariño Bar. Papá necesitaba embriagarse, desahogarse, intoxicarse, y a la vez quería estar conmigo, cuidarme; no sabía qué hacer, pensó que estaba ante un cristalito que podría deshacerse en mil pedazos.

Morin había estado haciendo un juego durante todos esos años conmigo, desde 1963 a 1969: imaginaba su propio entierro. Lo imaginaba como una fantasía, porque creía que nunca llegaría. Se imaginaba el entierro como cuando se juega de joven con la muerte, alardeando, escupiéndole a la cara. "¿Tú, Andy, me vas a decir quiénes se alegran, quiénes se entristecen, de verdad? ¿Cómo me lo contarás?".

—Por telepatía, Tío, por concentración mental —repetía lo que él quería escuchar.

–Nosotros nos conocemos tanto que nos leemos la mente –y me lo explicaba, y me pedía que lo ejercitara, que entrenáramos juntos, yo en su falda, que cerrara los ojos para poder concentrarme en una sola idea para enviarle un mensaje.

Al fin hice el juego que tanto imaginamos, en el entierro, con el cajón cerrado, primero en la funeraria, porque no se podía hacer en el Palacio ya que no había autorización del juez, y luego en la larga caravana al panteón de su familia, el principal del Cementerio Central, donde se erigía la estatua de su abuelo en tamaño natural, en bronce, con el Código de Comercio de su autoría bajo el brazo.

¿Quiénes estaban tristes? Papá, mamá, por razones prácticas; papá se había quedado sin ingresos. Lesya y Pascual, por los mismos motivos. ¿Pero el resto? Poco o nada, porque todos iban a darle las condolencias al despreciado sobrino Alfonso, pero en realidad más que condolencias, al sobrino de Morin iban a rendirle pleitesía. ¡Qué ironía!, ¿verdad? El sobrino estaba eufórico, y hasta había venido su madre, la *prostitute française*, como Morin la llamaba, o *Poupée*, como también le decía, e incluso su hermano Maurice, que había rejuvenecido y salido de la cama del hospital. Circulaba en una silla de ruedas, empujado por un enfermero, de los que Morin pagaba, un muerto en vida en su último paseo, merodeando por los alrededores de su próxima morada, en el mismo panteón que luego iban a destruir en esa insólita búsqueda del “tesoro de Morin”.

Alfonso se había vestido todo de negro, con los zapatos lustrosos; su madre, escondida tras un sombrero negro con tul, como si fuera la viuda, ostentaba una elegancia impostada, y el hermano parecía un espectro envuelto con una manta que le abrigaba las piernas. Tenía el cuerpo comido por el cáncer pero le quedaba esta última

bocanada, porque en verdad si el trámite de la sucesión se aceleraba, capaz que algo veía, al fin tocaba el cielo con las manos, aunque fuera una simple caricia. Papá dijo, luego, cuando volvimos a casa, que Maurice habría tomado una dosis extra de algún estimulante de caballos, porque ni siquiera parecía un moribundo dolorido, sino un moribundo extasiado por el súbito e inesperado cambio de fortuna.

Sugerí ir a la cafetería de la cochería, como el Tío me había enseñado, para escuchar lo que decían los deudores, las lloronas. Nos sentamos ante una mesa con papá y mamá, que también se había vestido de negro, con dos cafés y un jugo de naranja para mí, en esas sillas de Viena, y como nadie venía a hablar con nosotros, salvo mis compañeros de colegio, yo podía observar a los otros, porque ahí sueltan la lengua, liberan todo su resentimiento, como el Viejo Morin me explicó, porque el muerto no está más para amedrentarlos, “solo ahí conocés a los que se sacaron un peso de encima y disfrutan de la desgracia ajena: el muerto que están velando”, uno menos para competir en la azarosa tarea de sobrevivir.

Lo que se hablaba en la cafetería, lo que comentaban muchos de los asistentes incluso divertidos, sin disimular las sonrisas, dando un paso más de lo que se decía en el Mariño Bar (cómo se puede perder todo por un tropezón, nimio, minúsculo), era que el accidente le ocurrió por avaro, porque los dolientes del velorio, a diferencia del Mariño Bar, sí conocían al Morin amarrete, los entretelones de su vida, los detalles, e imaginaban que cayó por no comprar una escalera como la gente, de mejor calidad, más moderna, o prender la calefacción en lugar de usar esas “estufitas de porquería”. Qué ironía: le echaban la culpa al Viejo por ahorrar en una escalera de

peor calidad o en las estufitas de queroseno. O sea, que se había muerto por avaro. Y tonto. Justamente tú, Morin, el sabio, el omnipotente.

Alfonso, su madre y su exmarido moribundo –que se odiaban– no peleaban más, porque ahora eran socios en la buenaventura (el hijo incluiría a la madre en la cuantiosa herencia), con la corte de alcahuetes que habían copado de tal forma la ceremonia que papá, mamá y yo habíamos quedado relegados al sector de los empleados, para sorpresa de los compañeros de colegio, los profesores, la directora, que imaginaban que tendríamos un rol preponderante en la ceremonia: papá tomando el asa principal del cajón, dirigiendo la columna, y a su lado el hermoso rubiecito de cabello encaracolado vestido con una discreta chaqueta azul marino con botones dorados y corbata de seda. Ambos tomados de la mano, en los pasos finales hasta la última morada del “abuelo”.

Pero fue todo lo contrario.

En un determinado momento, Alfonso mandó llamar a papá con uno de los abogados del Estudio Solsona que lo representaba: “Señor Pardos, ¿me acompaña?”, como si fuera la policía, o papá fuera un empleado menor, y lo condujo hasta un espacio íntimo de la casa mortuoria, un lugar de recogimiento presidido por un enorme crucifijo junto al ataúd, donde Alfonso, sentado como un duque o un príncipe en el día de su coronación, imitando la pose afectada de Charles Aznavour en algún concierto, le pidió que se quedara de pie a su lado y le susurrara al oído quiénes eran los deudores grandes, de los que venían a darle las condolencias, todas esas personas que apenas conocía, o no conocía en absoluto.

Quería que le dijera al oído cuánto debían, aproximadamente; qué garantías tenían, si eran “favoritos” o “perdedores”, en la jerga del *turf* –afición que compartía con el Viejo–, todos esos afligidos que venían ahora como pisando huevos, con la esperanza de que él fuera un poco más indulgente y generoso que su tío, que permitiera estirar el plazo de la deuda con refinanciaciones para no terminar definitivamente en la pavorosa bancarrota. Y papá se humillaba, una vez más, y hacía la tarea, susurrándole al oído cuando se aproximaban. Alfonso, claro, ni siquiera le agradeció cuando le avisaron que estaba por partir el cortejo y se puso de pie para acompañar la caravana hasta el cementerio, dejando a papá parado como un poste. Todo este desaire se lo cobré con intereses poco tiempo después.

Por primera vez sentí que el Viejo me estaba escuchando. Miraba el cajón sobre la cureña, que el sobrino y el hermano Maurice habían contratado a crédito, para que el espectáculo tuviera el boato completo, e imaginaba el carbón, las tripas en descomposición y sentía que desde algún lugar ignoto me escuchaba; un niño de doce años comunicándose con un fantasma.

La cochería, el mejor cajón, la cureña con los caballos negros con arreos con platería los habían alquilado en la Casa de Remates Echevarría, para que se pareciera al funeral de John F. Kennedy. A la postre, claro, nadie pagó todo aquello. Fue, otra vez, un fraude... Esto sí que le haría gracia al Viejo Morin... Me parecía escuchar sus carcajadas...

CAPÍTULO 5

Papá

Papá tenía algunos dones que el Tío Morin admiraba. En primer lugar era inescrupuloso, porque estaba convencido de que el fin justifica los medios. Al comienzo yo no sabía el alcance de esta consigna, que fui descubriendo de a poco.

A la vez papá, hijo de inmigrantes que huían de la hambruna europea de entreguerras, había nacido en un apartamento de fondos del sencillo barrio Sur montevideano; pero era ambicioso. Tenía la imperiosa necesidad de estar a la altura de la familia fundacional pero empobrecida de mi madre, Quica, quien lucía la belleza de unos ojos que se heredaban por estirpe desde el comienzo de los tiempos.

Desde su infancia, o de cuando ayudaba a su padre en un almacencito del barrio Sur, o más tarde, de su tiempo de tasador y rematador, mi padre dominaba el mercado y los precios, y se había convertido en un hábil negociador. Le fascinaba regatear, hasta tal punto que se hacía el difícil, hasta el pendenciero si era necesario, o por el contrario, el desgraciado, de acuerdo a las circunstancias o al que tenía enfrente; duro con los de abajo, respetuoso y temeroso con los de arriba, un sargento a carta cabal, incluso en el aspecto, aficionado al boxeo y buen pegador, según él mismo decía.

Todo lo contrario de mi figura estilizada, que el Tío Morin tanto admiraba. Para ello, en el baño principal del primer piso, próximo a su dormitorio, tenía una antigua báscula de pie con escala para medir la altura de niños y adolescentes, que alcanzaba hasta un metro y sesenta centímetros, para acompañar el desarrollo de mis huesos largos, a efectos de llegar al peso y a la altura ideales, la proporción áurea de mi cuerpo. Milímetro a milímetro, semana a semana, mes a mes. "Ya estás llegando", me decía. Siempre la misma frase. Altura y peso que alcancé a los doce años, a mediados de 1969; un metro y cincuenta y cinco, y cuarenta y un kilos de peso. Aquello significó para mí la hecatombe.

Morin también había advertido que mi padre era muy habilidoso con los números, multiplicaba en el aire con dos y tres dígitos, como un don natural, desde que ayudaba a su propio padre, porque jamás terminó la Secundaria, ya que desde muy niño tuvo que trabajar. No obstante, para el Tío Morin, el principal atributo era que mi padre sabía leer las entrelíneas, los titubeos, sabía ver detrás de las máscaras, identificaba a los hombres con carácter, a los ganadores y los perdedores, don que había incrementado en sus tiempos de rematador (a los compradores decididos los llamaba por el nombre, los adulaba, delante de todos, y a los titubeantes los ignoraba), superando y suplantando, uno por uno, a toda la familia Echeverría, aunque ellos nunca habrían permitido que dejara de ser un empleado.

Debo reconocer que papá ayudó a incrementar la fortuna del Tío, máxime si, como sospecho ahora, lo conoció desde antes de cuando me dijo.

Papá ensalzaba tanto las habilidades de Morin que lo dotaba de todas las virtudes imaginables: "Además de la obstinación y el esfuerzo, tiene el olfato para los negocios, algo que no se compra ni se hereda, como lo tuvo el pionero de Peugeot, Karl Benz, y Daimler, los que crearon la Mercedes Benz".

A su vez le deslumbraba que tanto poder, un señor tan imponente, el principal del país y tal vez el más próspero de Uruguay y Argentina juntos, como siempre se nos conectó desde el tiempo del Virreinato del Río de la Plata en la época colonial, lo hubiera elegido a él para ser su más estrecho colaborador.

Cuando se lo contaba a mamá, conmigo en su presencia, a papá se le henchía el pecho de orgullo. Por todo esto siempre creí, aunque no había fechas precisas, y yo tenía apenas cinco, seis años cuando podía registrar esos hechos, que fue entonces que papá empezó a trabajar más estrechamente con el Tío Morin, en especial después de aquel episodio icónico en que le regaló ese reloj de oro.

Lo que sí sé, o pude confirmar después, sin ningún género de duda, es que todo cambió para papá después que el Tío Morin me conoció. Antes de eso seguramente lo consideraba un comisionista más, con poco volumen de negocios, pero papá recién pasó a ser un hombre de la casa, o del Palacio, de mi mano, llevando los libros contables, haciendo las cobranzas y planificando los negocios. Si el reloj de oro fue un hito anecdótico en mi memoria, esto fue una era diferente, otra glaciación.

Recuerdo que mamá dudó sobre la conveniencia de que papá dejara su trabajo de tantos años con los Echeverría, donde le pagaban poco, además de una mínima comisión, pero que nos permitía vivir con algún decoro, porque mamá jamás pretendió

trabajar, ni tener un segundo hijo, con gastos que no podrían afrontar. Pero papá era suficientemente ambicioso... o se había dado cuenta de que tenía otro empleo seguro, tan estable como trabajar en la centenaria Casa de Remates.

Él creía que había ganado la lotería. Aunque no la había ganado él, la había ganado, o perdido, yo. Mamá, en cambio, nunca se creyó el verso de la lotería y nunca entendió del todo cuál era mi participación en ese sorteo.

Cuando papá me llevó la primera vez al Palacio del Tío Morin, un tiempo después del reloj de oro que Morin le obsequiara, con mi pantaloncito gris, la camisa blanca y la chaqueta azul, con seis años, ¿pensó que entregaba su ángel al demonio? ¿O fue una mera coincidencia? Siempre creí que fue una coincidencia, pero ahora me entra la duda. O algo intermedio: simplemente lo fue a sorprender, solo para que le tuviera más respeto, para que viera lo que él también tenía, porque si la fortuna de Morin era en metálico, la de "Pardito" era en genética. Tal vez papá creía que su riqueza era la descendencia, como las buenas yeguas de Morin, a las que cruzaba con los mejores padrillos y obtenía sangre superior, materia que el Tío Morin dominaba. Ese era su *hobby*; era propietario de varios campeones, algo que no podría lograr con su propia sangre, ya que jamás tendría un hijo. ¿Papá lo tentaba con lo que el Tío no poseía?

Morin era un patricio viejo y feo, de un metro ochenta y cinco, encorvado en su vejez, que tenía como único atributo diferente el color de los ojos. ¿O papá advirtió, cuando lo conoció, que su hijo, Andy, tenía el tono gris verdoso tan singular, porque variaba con la luz del sol pero también con la lumbre de las velas, de los faroles a queroseno o a mantilla, como le gustaban al Tío, dado que era la

iluminación del tiempo en que recorría las estancias, que ahora, más viejo, ya no visitaba? Se clareaban tanto, a veces, que se tornaban translúcidos, como si estuvieran a punto de llorar.

El primer día que nos conocimos, el 9 de marzo de 1963, papá me llevó con la excusa de que no tenía con quién dejarme después de la escuela, pero se trató de algo premeditado, porque antes de ir pasó por casa para vestirme, para darse dique de que el oscuro rematador que vendía "al mejor postor" tenía un hijo que a los seis años ya sabía jugar al ajedrez, que era rubiecito y especialmente bello, según todos decían. Efectivamente, esa tarde jugué y le gané a Morin, quien posiblemente se dejó ganar, porque estaba hechizado con lo que tenía enfrente: "Qué niño más bonito, un *joli garçon*", murmuró.

A lo que se sumó que en esa ocasión ocurrió algo que papá tal vez había previsto: observó que dentro de su fealdad de viejo ogro, el color de sus ojos, el tono, tan peculiar, era exactamente igual al mío, hasta tal punto que Morin no podía dejar de mirarlos; decía que para él era "como ver el mar, el cielo". Lo cierto es que Morin le pidió aquel árbol genealógico, hecho con lápices de colores. "¿Dónde decís, Pardito, que se cruzan nuestras familias?". Y papá, orondo, le dijo que "casualmente lo tengo en el portafolio", y se detenía en el apellido común, allá atrás en el linaje Feraud, mientras se ufanaba de estar conmigo a su lado.

Fue un flechazo, como tantas veces me repitió el Tío, cuando el *joli garçon* pasó a ser el "ahijado", el "sobrino", el "príncipe", el "nieto", el sucesor de sus genes.

Como ese día que lo conocí fue tan afable, tan gentil, me gustó la visita. Me pareció una persona entretenida, afectuosa, y además era

pariente; era mi Tío, y un Tío con un Palacio como el de los cuentos de hadas. Yo era muy niño, con seis años, y sentía una suerte de orgullo de que eso, en parte, perteneciera a mi familia, que había heredado el mismo color de ojos, un lazo intangible que nos unía para la eternidad, un pasado común que se remontaba por siglos y siglos, y que el Tío me relataba, deteniéndose en los ancestros más destacados. ¿Cómo iba a negarme a ir al Palacio cuando me invitó a que repitiera la experiencia, idea que a papá lo desestabilizó?

“Solo quiere acariciarlo como a un osito de peluche”, le decía a mi madre, muchos años después, poco antes de la debacle. “Es el niño que nunca tuvo. Y ahora está viejo, ruinoso, y no quiere morir tan solo”. Y agregaba, en un murmullo: “Tiene un soplo al corazón, en cualquier momento Jesús se lo lleva con él”.

La cocinera Lesya me contó, mucho después, que papá le preguntó un día, no recordaba cuándo ni en qué circunstancia, pero seguro que fue antes de llevarme a mí, cómo era la relación de Morin con los niños. A Lesya le sorprendió la pregunta, porque ella había visto demasiadas atrocidades: “En la guerra se comían niños, eso sí era cruel, no besarlos”. Y eso le debe de haber respondido a mi padre. Sus parámetros estaban descalibrados por el horror, porque desde esa perspectiva, el vínculo de Morin con los niños siempre sería inocente, tierno: no se los quiere comer sino alimentarlos, engordarlos como a lechoncitos, vestirlos, ayudarlos, acariciarlos. Y la empleada lo explicaba en ese español con acento extraño, inconexo, con algunas palabras que le surgían en rumano, que las explicaba con gestos, con la vivacidad de sus ojos claros, tanto cuando eran expresiones de horror: *teoare*, decía (¡terror!), o cuando hablaba de mí, Andy, de amor: *dragoste*.

El día que me conocí, el Tío Morin estaba visiblemente eufórico y evidentemente papá lo percibió de inmediato. Se lo contó a mamá esa tarde y yo lo registré, aunque no me llamó la atención, porque de hecho era lo que me ocurría con las tías de mamá, las pocas veces que las visitaba, en Pocitos, el barrio donde vivía la clase media alta montevideana. Las viejas me besuqueaban, me sentaban en la falda, me llenaban de baba: "Parece un príncipe...", opinaban, zalameras, porque lo de "niño bonito" siempre fue mi karma. ¿Por qué no habría de suceder lo mismo con un viejo, un Tío, a quien le había ganado al ajedrez? "Estaba como loco, nunca lo vi así. Andy lo alteró emocionalmente; es un anciano solitario que al fin de sus días necesita ternura", le susurró papá a mamá.

Lo único que desentonó, en ese primer día en que lo conocí, fue cuando subimos a la torre del Palacio. De un armero repleto de armas largas y pistolas, que antes tenía en sus estancias, tomó un fusil, llenó el cargador con una caja de balas de grueso calibre, "explosivas", me dijo. Abrió la ventana, entró un ventarrón que parecía querer llevarnos consigo; apuntó al mar, algo que evidentemente hacía a menudo, durante minutos, como si estuviera esperando a que algo apareciera, algo que ya había visto previamente desde el ventanal, y comenzó a disparar, una, dos, tres... siete veces, explosiones que me aturdían y sobresaltaban, que me tapaban los oídos y hacían estremecer el firmamento. Hasta que pude ver a qué le disparaba: había surgido un grupo de toninas que nadaban en línea paralela a la costa, emergiendo y sumergiéndose. En el octavo disparo una de las toninas comenzó a saltar por los aires lanzando chijetes de sangre y un líquido oscuro, negruzco. Me

puse a llorar desconsoladamente, mientras el Tío y papá no entendían lo que había sucedido.

En esa época había poca gente en Carrasco, perfectamente podía dispararle al mar y a lo que quisiera.

A partir de determinado momento, que no puedo precisar, el Tío Morin dejó de ser la aventura y pasó a la ambivalencia, de la admiración al miedo, de la atracción al espanto, y por debajo de todo, la culpa.

El Tío apagaba la luz y prendía una vela, miraba el iris de sus ojos y los míos en un espejito con mango de plata, y ciertamente eran de un tono raro, gris verdoso, que cuando acercaba la vela viraban a la misma tonalidad, hasta encenderse un instante después, cuando la pupila se acostumbraba a la luz y se contraía.

Cuando nos preparábamos para irnos, ese primer día, en el auto que papá tenía en esa época, una vieja furgoneta, el Tío Morin le dijo que me llevara de nuevo el jueves, después de la escuela, para jugar la revancha del ajedrez.

—Además es un gusto, una alegría, Pardito —le dijo a papá—. La vida es sombría y este niño bonito es una flor que la embellece.

Papá no podía creerlo, la relación laboral con él era esporádica, de cuando en cuando, porque Morin no la quería de otro modo, pero de pronto, de buenas a primeras, lo citaba dos veces en la misma semana. Eso significaba para papá más trabajo, más comisiones, más dinero, más expectativas.

Esa segunda vez que me invitó, el Tío estaba tan dichoso que le pidió a Lesya que hiciera la torta de naranja, su especialidad, la más barata posible, con frutas del parque y huevos de su gallinero. Cuando Lesya subió con la bandeja de plata, las tazas de té y la

torta, nos vio a los dos jugando al ajedrez, muy concentrados. Cuando salía, Lesya no consiguió evitar pasar sus dedos entre mis cabellos encaracolados, murmurando “pequeño” en rumano: *mic...*

Lesya, que lo cuidaba a Morin desde hacía veinte años, ya era vieja, con cincuenta cuando la conocí, y era viejísima a medida que pasaba el tiempo, pero siempre estaba activa, como una hormiga laboriosa que hablaba poco y pasaba desapercibida. Limpiaba de arriba abajo, lavaba el piso, barría, pero también le hacía la comida, el té, y por añadidura le tendía la cama, lavaba la ropa, planchaba y hasta le cortaba el pelo y le aparaba la barba con un juego de tijeritas que él guardaba en una cajita de plata.

Ella me contaba cómo había huido con una hermana del hambre en el bloque soviético, y por eso, en el fondo del enorme predio del Palacio, que ocupaba toda la manzana, tenía árboles frutales, plantaba una huerta, por si los soviéticos atravesaban el Atlántico y venían a América. Además, tenía un gallinero con treinta ponedoras, huevos que vendía a los vecinos acaudalados envueltos en papel de diario, y de cuando en cuando sacrificaba una gallina para hacer un estofado, torciéndole el pescuezo con un movimiento rápido con las dos manos. Las alimentaba con las sobras de la casa, e incluso con las de la feria vecinal que funcionaba una vez por semana, a seis cuadras del Palacio, donde a veces yo la acompañaba y ella recogía los restos como si fuera una pordiosera. A mí me angustiaba, pero ella no podía creer que en este país todo ese alimento terminara en la basura.

Ese era un negocio particular que Morin permitía, porque al Tío le gustaba esta actitud desesperada, otra persona perseguida por fantasmas, que le agradecería a Morin por la comida, la cama y el

magro salario durante toda la vida. Una vez al mes, Lesya iba a visitar a la hermana, Tania, a San José de Mayo, a cien kilómetros de Montevideo, en los ómnibus interdepartamentales de Onda, porque Tania, de ojos claros y rubia como Lesya, había enganchado a un rústico estanciero, mucho más viejo que ella (trabajaba de niñera de los hijos de su mujer anterior, que el hombre cambió por la rumana), y ahí sí tenía infinitas hectáreas para plantar, para mantener animales, produciendo alimentos para cientos de familias, por si venían los bolcheviques.

Siempre me sorprendió el afecto que me tenía Lesya, desde el primer momento, hasta que un día, mucho después, comprendí que no se trataba de afecto: era piedad. Éramos dos náufragos, atropellados por el destino, huyendo de nuestros perseguidores: ella de los soviéticos, yo de mis padres.

Cuando volví por tercera vez al Palacio, el lunes de la semana siguiente, el Tío me había comprado un regalo: una bicicleta con rueditas que él sugirió dejar en el Palacio, para aprender a andar en el parque, adornado con senderos de granito y ladrillos. En casa quedaron contentos, o mejor dicho, papá quedó extasiado y mamá gratamente sorprendida.

¿Yo también comencé a admirar al Tío Morin? Es posible, yo era un niño y me seducía esa habilidad de leer en el interior de las personas, ver a través de sus ojos, contar historias de todo y de todos, casi siempre con trasfondo cínico, su permanente sarcasmo, esos relatos de sus viajes por el mundo, en su infancia de trotamundos millonario. ¿Me deslumbró, como a papá? Tal vez. El hecho de querer visitarlo en el Palacio, donde recorría el parque en la bicicleta, sin las rueditas, ¿fue mi iniciativa, como él después me

aseguraba? No lo sé, pero me muero de pena de ese Andy de seis años, de siete, de ocho, porque el Tío logró convencerme de que era yo quien le pedía para ir a su casa.

Así fue mi niñez, de la que escondí la mayoría de los otros recuerdos, que ahora, cuarenta años después, me corroen. Lo que sí sé es que en esos primeros tiempos la pasaba bien, me divertía, me parecía una extraña aventura, salvo por los disparos a las toninas, pobres animales indefensos que aparecían al otro día encalladas, muertas e hinchadas sobre la arena. Mientras tanto, las emociones se iban congelando sin que yo me diera cuenta. Entonces hubo un momento en que algo cambió, pero como fue gradual, no sé cuándo ocurrió ni cómo se procesó, y no sé qué es verdad y qué es mentira, si la pasaba bien o la pasaba mal, o ya no sabía pasarla de otra manera. Una mentira cubre otra mentira, que se oculta con otra hasta que la vida se convierte en una mentira permanente.

El 10 de abril de 1963, un mes después de conocerme, cuando yo había ido en siete ocasiones al Palacio, dos veces por semana, fue cuando lo contrató a papá, o lo vinculó de forma estable, aunque era por comisión.

Yo estaba sentado junto al Tío Morin y fui testigo de toda la escena. Primero le preguntó exactamente cuánto ganaba en su trabajo de rematador en la firma Echeverría: "Vendedor al mejor postor no es para vos, Pardito. Ganarás mucho más conmigo y será más interesante". Papá estaba estupefacto.

Lo otro que le pidió, ese mismo día, fue que me llevara con él después de la escuela, tres veces por semana, porque quería ser mi "mentor", ya que "semejante talento debe cultivarse". O sea, en cierto modo, nos contrataba a los dos. Lentamente se iba

acostumbrando a la idea de que los dos teníamos genes comunes, y justo por la rama de su familia que más admiraba: los Feraud, no los Morin, multimillonarios rústicos, mientras los otros eran multimillonarios ilustrados.

Me regaló un juego completo de soldaditos de plomo y un tren eléctrico Marklin, de su casa de empeños, con varios carriles, lleno de puentes, de túneles, de pueblos en miniatura, de modo que ahora alternábamos las lecturas de relatos infantiles clásicos o los paseos en bicicleta, con el juego: dos niños sentados en almohadones en el suelo disfrutando del “traca, traca” y el silbato del ferrocarril. Morin me acariciaba la cabeza, me besaba las mejillas, como demostrando una ternura exultante, mientras papá nos miraba, sonriendo: “el tigre perdió los dientes”.

Al día siguiente papá quedó en ir a la Casa Echeverría a presentar su renuncia.

CAPÍTULO 6

Mi cumpleaños

El comienzo de la duda de papá (sobre si efectivamente “el tigre había perdido los dientes”) debe de haber ocurrido pocos meses después de conocerme, cuando el Tío le dijo que luego de hacer las cuentas con él, fuera a visitar a los clientes que tenían objetos o bienes para empeñar o hipotecar, pero en lugar de llevarme con él, o ir los tres, me dejara con el Tío: que fuera solo, y que me pasara a buscar al Palacio a las siete, para regresar a casa. O sea, eran más de dos horas con el Tío, tres veces por semana, estudiando, haciendo los deberes, tomando chocolate caliente, leyendo, jugando al ajedrez, al tren eléctrico, recorriendo el parque en la bicicleta. “Deberías pagarme por este trabajo extra que hago con tu hijo, Pardito, debería descontarte algo de lo que te doy”. Y para reafirmar la hipótesis de “viejo achacoso”, cuando venía papá, y el Tío y yo estábamos en el suelo, sobre la alfombra, con el tren eléctrico, le pedía ayuda para incorporarse: “Dale una mano a este inválido, Pardito, *ichucu! ichucu!*”.

A comienzos del año siguiente, 1964, un mes antes de iniciar las clases, el Tío Morin le dijo a mi padre que yo no iría más a una escuela pública, donde había ido el primer año, sino al *London College*, el más caro y exclusivo de Montevideo, cuya dueña y

directora, *Miss Martha Smith*, era, además, pariente lejana de Morin, y se sentiría más que reconfortada de que un sobrino, que jamás imaginó que existía, Andy Pardos, fuera su alumno. Cuando la llamó por teléfono en mi presencia, el Tío Morin le aseguró, además, que yo me convertiría en el mejor alumno del colegio de toda su historia. “No es una *boutade*, ya verás, Martha”, y me guiñó un ojo.

Nadie me consultó si quería cambiar de escuela, porque el primer año lo había hecho en la Austria, donde tenía amigos, y mi vida corría de forma natural. Me llevaba bien con la maestra, me gustaba la escuela mixta, el jardín con el gigantesco gomero; pero el Tío Morin había dispuesto pasarme al colegio más distinguido de Montevideo, una inmensa y elegante casona en la calle Divina Comedia, solo de varones, con maestros engominados, con traje y chaleco, muy cerca del Palacio y no demasiado lejos de mi casa en Carrasco Norte. Incluso para terminar de convencerlo, el Tío Morin le dijo a papá que las veces que él no pudiera irme a buscar, lo haría su *chauffeur*, Pascal, y me llevaría a mi casa, cuando en verdad la mayoría de las veces me llevaba al Palacio, esperando a que papá me fuera a buscar al regreso de sus quehaceres.

Así, con siete años, de buenas a primeras, pasé a tener prácticamente dos casas, la de mis padres y el rimbombante Palacio, donde me fui aficionando no solo a la torta de Lesya, o a las actividades junto a la estufa de piedra, sino también a los paseos por el parque, con las caballerizas vacías, el lago artificial, recogiendo frutas de la quinta, o visitando a Lesya, que, siempre inclinada, trabajaba en los atardeceres en su huerta, o estaba juntando huevos o alimentando a las gallinas.

En ese tiempo la escuela pasó a llamarse colegio, tuve que aprender inglés de apuro, porque había perdido un año; pero era un niño aventajado para la edad, con un Tío sabio que oficiaba, cada día más, de mentor, hasta tal punto que desde entonces se cumplió la profecía de Morin y efectivamente pasé a ser el mejor alumno en casi todas las materias.

Al principio salteado, y luego una vez por semana, como mínimo, los que me esperaban afuera del colegio eran el Cadillac de enterrador y el *chauffeur* Pascal.

La fama me precedía, porque antes de que fuera por primera vez a mi nuevo colegio, todos ya sabían que muy pronto llegaría, sin mayores detalles, el sobrino del “hombre más rico del Río de la Plata”, y eso bastaba para convertirme en un ser privilegiado, con una aureola especial, que despertaba curiosidad y admiración, al menos entre los alumnos del colegio, donde se idolatraba al dinero y a la sangre azul. El Tío Morin me compró el uniforme y ropa fina, de entre casa y para los fines de semana, cuando en ocasiones lo acompañaba al hipódromo.

Resultó entonces que Andy Pardos, que tenía el apellido Feraud por el lado materno allá muy atrás, no solo resultó ser el más talentoso, el más bonito, el que obtenía las mejores notas, sino que además tenía una peculiaridad psicológica que entonces no se conocía, y que fui desarrollando progresivamente, una suerte de ensimismamiento, como si fuera un forastero de un país extraño, donde en lugar de hacerme burlas por mi manera peculiar de relacionarme, a los otros les despertaba admiración, porque creían que era mi talento descomunal y el hecho de vivir en otro planeta, o en otra dimensión, lo que me distanciaba de los simples mortales. Y

posiblemente los dos compañeros más salvajes, si en algún momento se vieron tentados de burlarse de mí, fueron disuadidos rápidamente por los maestros o la directora, ya que yo tenía, en todo sentido, coronita. “Con el nieto de Morin no se juega”, advertían, y eso se cumplió a rajatabla. Porque uno no es dueño de la imagen que proyecta, y para no complicarse con un parentesco enredado, muy rápido dejé de ser el “sobrino” y pasé directamente a ser el “nieto” del famoso multimillonario.

A partir de entonces y para siempre, muchos se querían acercar a mí, pero yo no tenía afinidades, y gradualmente me convertí, como Morin, en un solitario, introspectivo, misterioso, que vivía en un mundo paralelo, con Cadillac y *chauffeur*.

Un mes después de entrar al colegio, el Tío Morin le dijo a mi padre que celebraría mi cumpleaños en el Palacio. No lo consultó, sino que se lo comunicó. Ya lo había hablado conmigo y a mí me parecía divertido, ¿por qué no? “Así lo quiere Andy”, agregó. El lugar era deslumbrante, tanto que los autos de entonces que paseaban por la rambla los domingos se detenían para curiosear, para conocer la residencia más señorial de Montevideo. Además, el Tío prometió algo que después tuve la sospecha de que siempre quiso hacer y jamás lo concretó: organizar juegos misteriosos en el Palacio, como “un paseo del terror”, recorriendo las infinitas habitaciones en busca de un tesoro, que el niño que lo encontrara se llevaría. Juego en que él también participaba, como en el libro *La isla del tesoro* que tanto leíamos.

El primer balde de agua fría de ese día dichoso de mi padre lo recibió en casa, cuando le comunicó la buena nueva a mi madre, porque al comienzo ella se negó, rotundamente. No entendía,

porque una cosa era que un pariente lejano y acaudalado me pagara el colegio para “potenciar los genes de la estirpe”, como argumentaba el Tío, apuntalado por la tutoría, la lectura de autores clásicos, las clases de geografía en torno a un inmenso globo terráqueo; pero otra muy distinta era alardear, aparentar lo que no se es, hacer ostentación de algo que no es cierto. “¿Cómo va a celebrar su cumpleaños en un lugar que no es verdad, no es su casa, no somos millonarios, ni ricos ni mucho menos, y solo va a un colegio privado porque Morin lo paga?”.

A mí siempre me costó entender quién mandaba en casa, quién tomaba las decisiones finales. No quién argumentaba mejor, parlotando como un rematador, sino quién tenía la última palabra, quién manejaba los hilos invisibles. Ese día comencé a sospechar que era mi madre, que había estudiado y se había recibido de profesora de Francés pero nunca había ejercido. Mi padre estaba desconsolado, no podía creer que se le desvaneciera la pompa de jabón, cuando recién estaba barruntando lo que sería la estrategia de su vida. Por eso le argumentaba con tanta vehemencia, a sabiendas, tal vez, de que si lograba esta complicidad con mi madre, en lo que refería al Tío Morin, podría seguir desplegando un plan que ni él mismo comprendía, pero su inconsciente presentía, persiguiendo “una forma que no encuentra su estilo”, como el verso del poema de Rubén Darío que Morin me recitaba.

Papá le argumentaba a mamá que visualizara al Palacio como un club campestre que alquilábamos, pero que en lugar de pagar por él nos lo prestaban, que nadie diría que era mi casa, sino la de un pariente. Había algo que papá no decía pero sí sabía: que el Tío Morin no se lo ofreció como una posibilidad, sino como una orden.

Incluso papá llegó a decirle a mamá, en esa catarata de argumentos, que hasta teníamos el mismo color de ojos. Cuando se lo contó, esa primera vez, a ella le pareció ridículo: “¡Qué bobada!”, protestó. Pero se ve que le picó el bichito de la curiosidad, ya que esa noche la vi frente al espejo del baño mirándose el fondo de sus ojos, porque si bien eran de otro tono de verde, podrían ser del mismo linaje. Cuando me descubrió mirándola, mamá intentó disimular.

Al fin, mi padre resolvió preguntarme a mí, sabiendo que estaba de acuerdo, delante de mamá.

–Preguntémosle a Andy, a ver qué opina, al fin y al cabo el cumpleaños es suyo, ¡siete añitos!

–Será entretenido –respondí–, porque el Tío es bueno conmigo y hará unos juegos de búsqueda del tesoro y de terror. Ya me lo adelantó.

La ambigüedad se fue instalando poco a poco en mi vida, arcilla blanda moldeándome al gusto de los adultos que me rodeaban. Porque algo tenía el Tío, en ese primer tiempo, que me atraía. Algo más que el Palacio, o el hecho de que consentía todos mis deseos: algo vinculado a los libros, a su sabiduría, a su imaginación, a nuestros diálogos, a la lectura, a su afán por enseñarme para que siempre me superara, a los juegos, a sus bromas tan irónicas, que me despertaban sonrisas o carcajadas, a su permanente gentileza y afecto, incluidas sus caricias a mis cabellos y a mis mejillas, que yo interpretaba como las manifestaciones de su cariño. Pero más que nada porque no tenía otro ser fuerte, emocionalmente, que me contuviera, o me defendiera, o me mostrara que había un tipo de vínculo diferente. Los otros estaban asustados, como Lesya, o eran

ambiguos, como papá, o ausentes, como mamá. Morin se iba convirtiendo en el eje de mi mundo, el patrón de medida, la autoridad.

Así fue como comencé, a los siete años, a festejar mis cumpleaños en el Palacio del Tío Morin, hasta que cumplí doce, la última celebración, lo que se convirtió en un ritual en el colegio, una corona en el calendario: el mejor cumpleaños, en el que todos, incluso los de las otras clases, querían participar, pero no estaban invitados. El propio colegio mandaba un fotógrafo y las fotos resplandecientes del cumpleaños de Andy Pardos en el Palacio del "abuelo" Morin tenían lugar de destaque en la cartelera del colegio. Los padres de los alumnos del *London College* querían que sus hijos jugaran o interactuaran conmigo, para tener un acercamiento directo con Morin, lo que me resultaba poco interesante y cansino, a pesar de mi aire crecientemente ensimismado, concentrado en abstracciones insondables, como a veces me decía o advertía la directora, *Miss Smith*.

El 7 de junio pasó a ser una fecha esperada, simbólica, cuando todos los padres también iban al Palacio, al principio con la excusa de llevar a sus hijos e irlos a buscar, entrando por el inmenso portón del fondo de la calle Ligure que permanecía abierto, adornado con un par de globos. Llegaban a la explanada de atrás, la de las estatuas de mármol, titubeando sobre si entrar o no, pero allí los interceptaba mamá o Lesya, para recibir a los niños, dejando a los padres junto a los estribos de los autos. Entonces no estaban invitados a pasar más adentro, porque así lo había dispuesto *Monsieur Morin*.

Mamá y Lesya arreglaban dos salas grandes de la planta baja, las que daban a las cocinas, con guirnaldas, piñatas, y como siempre era invierno, encendían varias estufitas de queroseno marca Olympus, porque el Tío había comprado veinte en un remate, cuando quebró la firma que las importaba, y a las que ponían en los rincones, protegiéndolas con muebles adelante para que no se volcaran, porque eran más altas que anchas, con tres patas, por cierto muy peligrosas, como se demostró mucho después.

Había juegos diversos en el parque, pero el momento más esperado y espectacular era la búsqueda del tesoro, en el "paseo del terror", que incluía toda la planta baja, unas diez habitaciones, con la carbonera y los garajes, una construcción separada de la residencia. Se trataba de un juego en el que el propio Tío Morin participaba disfrazado de Drácula, porque le terminaba "clavando los colmillos a un humano", el más distraído de la fila, en alguna habitación de la planta baja, para asustar a los niños en la oscuridad. No sé qué más hacía con ellos, nadie jamás dijo nada al respecto, pero muchos se asustaban y algunos no querían volver a jugar a la búsqueda del tesoro con "el paseo del terror" al año siguiente. El "tesoro" era una medalla y cadenita de oro, de la casa de empeños, que variaba todos los años.

Antes del juego, el Tío Morin, disfrazado, nos miraba desde la torre con el largavistas cuando jugábamos en el parque, y cuando entrábamos, nos observaba desde el sofá del fondo del salón de planta baja, el principal del Palacio, aunque poco se usaba, mientras cortábamos la torta, cantando "cumpleaños feliz". Tres o cuatro años después lo interpreté de una manera diferente: en aquel momento, mirando a la distancia, ¿acaso el Tío Morin no buscaba al niño que

Drácula atraparía? ¿O a algún otro niño, para que eventualmente me suplantara? Al fin me convencí de que esa fue la verdadera razón del festejo de cumpleaños, algo tan inusual en él, que vinieran al Palacio todos los niños de mi clase, con muchos rubiecitos con cabellos ensortijados como el mío. En todo caso, si esa era la intención oculta, nunca me suplantó por otro.

Todo eso hizo que mi fama en el colegio no solo creciera sino que se cargara de misterio. A la vez, mi desinterés, mi creciente apatía por toda esa fastuosidad, le daba más verosimilitud al fraude, me tornaba más enigmático. Tenía una suerte de tedio intrínseco en la mirada, que no era más que otra evidencia del gradual vaciamiento de mis emociones, como si estuviera cansado de tanto lujo, de tantos viajes (imaginarios, porque de la mano del Tío conocía el mundo como si efectivamente lo hubiera recorrido) y la creciente sensación de que todo me daba lo mismo. Así lo interpretaban ellos, y si además le agregaban que pasé a ser el representante del colegio en cuanto certamen hubiera, con mi estampa refinada, la patraña resultaba perfecta, porque de verdad me convertí en la estrella rutilante del *London College*.

CAPÍTULO 7

El Soberano de Oro

Si a la primera época la recuerdo por la bondad, porque el Tío me consentía y admiraba, en la segunda expresaba el cariño con demasiada efusión. Me pedía que leyera un libro, mientras me contemplaba, me revolvía los cabellos, pasándome el dedo por la silueta de la nariz, me besaba las mejillas, se contenía, pero enseguida volvía a acariciarme, y todo lo otro es una niebla difusa, donde no sé divisar lo que en verdad ocurría. Si nunca más lo hubiera experimentado, diría que ese período, la segunda etapa, consistía en algo más que afecto, se había vuelto algo así como una explosión de ternura.

“El niño más bonito que ninguno”, como me decía el Tío, al oído, mojándome la oreja con la lengua, sin poder parar de besarme, y luego, el olor avinagrado que emanaba de su boca y aumentaba con los años, y en la cuarta o quinta etapa, con su lengua áspera en mi garganta que me obligaba a hacer arcadas, y a quitarme la baba de la boca con el dorso de mi mano. “Tendrás que aprender o deberé ponerte en penitencia”, me decía, sin que yo supiera si era en serio o en broma. “Esto es nuestro juego, nuestra travesura”, me señalaba con su índice intimidante. Un día yo me cubrí la boca y el Tío automáticamente me pegó con el revés de su mano, lastimándome

el labio. Me sangró profusamente y se desesperó porque pensó que me había partido un diente. Pero no. A mis padres les dije la excusa que él me dio: que me había tropezado por correr en el salón del primer piso.

Lo que papá fue advirtiéndome, a partir de 1964, era que Morin salía cada vez menos del Palacio, y le daba a papá las tareas que antes él mismo concretaba: desde pequeños negocios como alquileres, cuyos respectivos contratos le traía al Tío para firmar, o reuniones con posibles clientes que querían tomar préstamos, lo que implicaba más comisiones para mi padre. Por esa razón, Morin podía quedarse más tiempo conmigo en esas “veladas literarias”. También esos cambios podían deberse a que el Tío estaba más viejo para andar regateando con clientes en apuros, y había encontrado un excepcional sustituto en quien delegar: mi papá. Como siempre, las dos posibilidades eran plausibles.

Con el nuevo contexto económico de la época, e influido por el ritmo que le impuso papá a los negocios, la fortuna de Morin no paraba de crecer. Si alquilaba sus inmuebles urbanos, con la garantía real de un pariente, o un vecino, porque nada podía quedar sin generar alguna renta, sus estancias las mantenía en producción extensiva, con un peón y su familia, en un sistema productivo como la Vaquería del Mar del tiempo colonial, con ganancia asegurada y la valorización de la tierra cuando pasara la crisis. Compraba las parcelas linderas a medida que se desvalorizaban, de a poco, esperando el momento oportuno para negociar, porque manejaba una escala de dinero en efectivo única en el país, hasta el extremo de que llegó a tener “más de cincuenta mil hectáreas”, como él decía, incluidas las de Argentina. En verdad, sumaban cuarenta y

ocho mil, doscientas treinta y cinco hectáreas, como lo supe después.

Si papá se iba convirtiendo, gradualmente, en el hombre de confianza del Tío (“un día te voy a asociar, no como los chupasangre de los Echeverría”), a medida que su fortuna crecía, yo era parte de la paga. Fue en ese tiempo que papá compró la casa alquilada donde vivíamos, no solo la planta baja sino también la planta alta, que mandó reformar con un albañil que trabajaba con el Tío Morin, para adecuarla a su diseño original.

Por otra parte, le compró a Morin, en cuotas, una casa en el balneario Atlántida, a cincuenta kilómetros de Montevideo, a la que íbamos poco, porque nuestra vida giraba en torno al Tío y el Palacio. Y en marzo de 1965, papá compró un Austin nuevo, lo que para mamá era el sumun de la elegancia inglesa. Dejaba atrás la vieja furgoneta, lo que equivalía a un salto social, ya que en aquel entonces el automóvil era la principal señal de estatus elevado en la sociedad.

—¿Cómo vamos a pagar esas cuotas, además de la casa nueva, si se termina el trabajo con Morin, ya que, para colmo, no hay contrato? —protestaba mamá—. ¡Y renunciaste a un trabajo estable con una firma tradicional como la Casa Echeverría!

Cuando cumplí ocho años, el Tío Morin me hizo un regalo especial, algo que más adelante entendí constituía una verdadera metáfora.

Al principio me regalaba artículos viejos que obtenía en su negocio de empeños (salvo la bicicleta, su primer cebo): el tren eléctrico, una calculadora antigua, una máquina de escribir Olivetti de escritorio, con la que me enseñó dactilografía, un mecano. Hasta que un día me regaló una libra esterlina, un Soberano de Oro, o

Gold Sovereign, para que fuera aprendiendo cuáles eran las claves de la base del ahorro. No era para gastar aquella libra esterlina, sino para tenerla, para “atesorarla”. Atesorar fue un verbo que me enseñó en sus más diversas conjugaciones referidas a la moneda: para sobarla, para pulirla, como hacíamos juntos en esa especie de tesoro que tenía en la Bóveda Azul. Entonces sacaba esas bandejas de caoba como las que se usan para llevar las fichas en los casinos y contábamos y volvíamos a contar, pulsaba los botones de la calculadora, giraba la manivela, frotábamos las monedas y las volvíamos a guardar, más brillantes que nunca, y luego cortaba el papelito con el número en la calculadora, extasiándose con el incremento del patrimonio.

Para mí las monedas y los lingotes eran como fichas de plástico del juego de caja El Millonario; pero para él tenían una carga simbólica especial. Le deslumbraba el brillo y le seducía (luego llegué a pensar que le excitaba) contarlas, ordenarlas por el año de acuñación, ver que se reproducían: todas las semanas papá pasaba los pesos que cobraba de la renta mensual de alquileres y deudores, o alguna venta de un inmueble, porque surgía la oportunidad, a libras, o reunía un buen número de libras esterlinas de oro y las pasaba a lingotes, siempre en un mismo cambio, el Cambio Real, que lo tenía como su principal cliente.

El Montevideo acaudalado, que conocía esa obsesión del Tío Morin, imaginaba que esas monedas las tenía en cofres fort de diversos bancos, distribuidos en toda la ciudad. Nadie supo que jamás tuvo un cofre fort porque no solo no pagaría ese alquiler, sino fundamentalmente porque no confiaba en un banco que algún día le secuestraría el cofre, por ineptitud, avaricia o cleptomanía de sus

dueños, o lo expropiaría el Estado, por impericia de los políticos ante un país en bancarrota, como había sucedido en Argentina, para pagar los platos rotos del *default*.

Ese día de la libra esterlina papá llegó de las cobranzas y los negocios, y subió al salón del primer piso, al que desde hacía un tiempo entraba pidiendo permiso, golpeando tenuemente las manos, para no interrumpir las lecturas, o la concentración del estudio. El Tío Morin lo tomaba con naturalidad y le decía: "Entrá nomás, Pardito, ya te podés llevar a tu hijo". Papá entró, saludó, y el Tío Morin me guiñó el ojo. Cuando íbamos en el Austin, mi padre me preguntó qué habíamos hecho, y le dije lo que siempre le decía: estudiamos, hicimos los deberes, jugamos, leímos *La isla del tesoro*, y el Tío me hizo un regalo. Papá paraba el ojo cuando escuchaba esto. "¿Qué cosa?", preguntaba, haciéndose el indiferente.

—Una moneda de oro.

El efecto era mucho mayor que el esperado, al imaginado por el Tío Morin. Pobre papá, icómo lo mortificaba! Porque clavó los frenos del auto en plena calle Máximo Tajes, que estaba resbaladiza porque llovía, y casi lo chocan de atrás; pero el impacto en su ánimo fue tan grande que no lo pudo evitar.

Estacionó junto a la acera, mientras el otro automovilista pasaba a su lado tocando la bocina y lo insultaba.

—¿Qué te regaló?

Y se la mostré, tal como había quedado en hacerlo con el Tío, en una cajita de joyas, con un fondo mullido.

Pasmado, me arrebató la caja de mis manos, la sacó y la observaba, porque entrevió, esto lo descubrí mucho después, que el Tío Morin comenzaba a desprenderse, conmigo, de lo máspreciado

en su vida, como eran las monedas de oro que acaparaba en su Bóveda Azul. Papá la miraba de los dos lados, anverso y reverso, de canto, porque llegó a pensar que me había regalado una moneda de poca monta; pero no, era una libra de las más valiosas y de las que el Tío más se enorgullecía, el Soberano de Oro acuñado en 1925.

Tal vez papá tenía razón: en la enmarañada e inescrutable psiquis del Tío Morin estaba ocurriendo algo desusado, porque esto era como desprenderse de parte de su cuerpo; esto podía ser el inicio de algo portentoso, posiblemente vinculado con la vejez y la descendencia.

Lo que me dijo esa tarde mi padre, en éxtasis, casi llorando de gozo, no lo olvido:

–Ves, Andy, que todo este esfuerzo comienza a valer la pena...

¿A qué esfuerzo se refería papá? O sea que para él había esfuerzo, había algo más que una tutoría, o un afecto especial.

Creo que la frase se le escapó, porque cuando lo miré fijo, con el Austin detenido, se ruborizó:

–Quiero decir que pasás tanto tiempo con un señor mayor, en lugar de con niños de tu edad; pero ya ves, todo tiene su recompensa, esto es un regalo de verdad, no es un juguete viejo, no es un...

La moneda de oro fue el tema de la mesa de la cena en mi casa. Recuerdo hasta lo que comimos, tortilla de papas, y papá descorchó una botella de vino que había comprado en el Mariño Bar. Como era una celebración, mamá le permitía tomar alcohol en casa, y papá aprovechaba la oportunidad. Mientras brindaban, papá le decía a mi madre que esto era la demostración de que Morin me haría regalos cada vez más importantes, porque no solo me tenía afecto sino que

quería educarme en la carrera del ahorro. Y enumeró la evolución de los regalos con su peculiar interpretación: empezó con una bicicleta, el tren eléctrico –hasta ese momento era un simple niño–, pero luego fueron unos gemelos de oro, “para cuando seas un hombrecito”, una máquina de escribir, una calculadora, para educarme en lo material, un mecano, para manejar estructuras y equilibrio, y ahora esto, que era parte de la fortuna del tío, para educarme en el encare del futuro. En el medio, el ajedrez, la estrategia.

Mamá no entendía cabalmente la euforia de papá, ni la evolución de los afectos de acuerdo a los regalos, a dónde quería llegar. Papá tampoco lo tenía demasiado claro pero lo entreveía: tal vez, tal vez. Fue el primer día en que lo escuché decir: “El Tío Morin no tiene herederos, Quica, tiene un sobrino al que desprecia, odia al Estado, y al fin y al cabo Andy es su pariente. El tren solo pasa una vez en la vida. No es fácil inmiscuirse en un cerebro tan talentoso y especial, pero es una posibilidad, porque lo que más anhela es que su fortuna perdure, se multiplique, y perpetúe su memoria, ¿y quién otro mejor que él?”.

Él, claro, era yo.

Mamá meneó la cabeza como si papá estuviera desvariando.

CAPÍTULO 8

El secuestro

El secuestro de 1965, y todo lo que implicó para mí, fue un antes y un después.

La guerrilla de los tupamaros que comenzó en Uruguay en 1963, cuatro años después de la revolución cubana, a la que imitaba, fue una aliada del Tío Morin, como si fueran socios involuntarios, porque no bien surgía un secuestro, un robo a un millonario, o como decían los guerrilleros, una “expropiación”, cundía el pánico, que se extendía como reguero de pólvora, en un tiempo en que se creía que el camino inexorable llevaba al comunismo, porque la Guerra Fría la perdían los estadounidenses y la ganaban los soviéticos y los chinos todos los días.

El Tío Morin leía *El País* –periódico que dejaba un diariero fuerte y mulato, bien temprano, junto a la puerta metálica de la carbonera, en un buzón–, que en su página editorial pintaba de rojo semana tras semana cómo se expandía el comunismo, en un mapamundi, y me decía: “Ves, Andy, estos son nuestros enemigos, pero a la vez nuestros socios”. Yo no lo entendía, pero siempre me quedó claro que por una razón que comprendería más adelante, de grande, el “colectivismo” era una forma ilusoria de ver la sociedad pero muy conveniente para los negocios del Tío.

Cuanto más crecían los guerrilleros, y se tornaban más audaces y temerarios, con acciones inauditas como el copamiento de la ciudad de Pando, o el asalto a un casino en el balneario Punta del Este, como si fuera una marcha inexorable hacia la toma del Palacio de Invierno ruso, más se convencían los ricos uruguayos de que la mancha roja del diario *El País* crecería y se desparramaría, más temprano que tarde, al remoto Uruguay, al sur del sur, el otrora “pequeño país feliz” que debía servir de ejemplo al mundo, porque no tenía megalomanía, como dijo Albert Einstein cuando nos visitó en 1925.

Entonces muchos adinerados en dificultades preferían venderle a Morin, aunque fuera a un precio menor, con la tasación de mi padre, sacando el dinero del país y enviándolo a Suiza, que quedar a merced de un grupo de revolucionarios radicalizados y fanáticos, que buscaban un modelo a lo cubano o a lo soviético, asesinando el zar y a sus hijos, con expropiaciones y sin propiedad privada, porque eran conscientes de que la policía uruguaya, acostumbrada únicamente a perseguir ladrones de gallinas, no estaba preparada para detenerlos. Para los guerrilleros, que pertenecían a la vasta clase media – universitarios, empleados públicos o bancarios–, era como pescar en una pecera.

En esas aguas turbulentas, de crisis galopante y revolucionarios alucinados, Morin medraba como ninguno, porque se diseminaba el miedo y la premura, la cuenta regresiva, el clima ideal para él, que a esa altura tenía la arrogancia, el desparpajo y la escala de dinero suficiente para comprar cualquier bien, que poco después sería confiscado por la fuerza, sin precio, con un decreto y un grito: “¡expropiése!”, como exclamaba el Tío cuando hacía la opereta de lo

que sería un gobierno revolucionario en Uruguay, delante de la víctima, que lo escuchaba aterrorizada, porque entendía que Morin era ese tipo de persona que hasta hubiera negociado con los nazis, y habría ganado. Mientras “ellos corren a los ricos por un lado, yo los pesco con el calderín por el otro”, me decía. O agitaba el fantasma de que el propio Che Guevara ya estaba en Uruguay, tras cambiarse el rostro con un prestigioso cirujano plástico argentino, exportando la revolución como había anunciado: “Crear uno, dos, tres Vietnam”, según le aseguraron a Morin sus fuentes calificadas en el gobierno.

En el momento de esplendor de la guerrilla –antes de los asesinatos y la declaración del Estado de Guerra Interno, que sumó las Fuerzas Armadas a la Policía– fue cuando más campos e inmuebles urbanos compró, o ejecutó, o canjeó por propiedades menores, “porque solo expropiarán las opulentas”, ya que él aportaba certezas mientras los otros balbuceaban incoherencias. Por eso, cuando mataron al Che Guevara en Bolivia, en 1967, Morin lo lamentó como si fuera un familiar: “Me mataron a la gallina de los huevos de oro”.

Se puede decir que Morin era de las pocas personas en el país que se burlaban de la guerrilla. No tomaba en serio a los tupamaros, le parecía que eran como un sarpullido adolescente, con impronta delincuencial, imberbes violentos a los que tarde o temprano habría que eliminar. Por eso me repetía, mirando el mapamundi cada vez más rojo, que eso era malo y bueno al mismo tiempo. “¿Cómo puede funcionar un sistema donde tienen que hacer un Muro (el de Berlín, que comenzó a construirse pocos años antes, en 1961) para que la gente no se escape de esa «utopía paradisíaca»?”. Cuando décadas después cayó el Muro de Berlín e implosionó la Unión

Soviética, yo observaba las imágenes de cuando bajaban la bandera soviética e izaban la imperial con el águila de dos cabezas, y lo hacía con una sonrisa en los labios, porque el Tío Morin podía ser el más despiadado de los hombres, pero en mucho era más sabio que cualquiera. Y me había adelantado eso mismo bastante tiempo antes: “Los bolcheviques caerán en la misma forma repentina que cayeron los zares: por su propia inoperancia. Los estadounidenses fabrican el Cadillac; los soviéticos el auto Moskvitch”.

En esta línea de escarmiento moral e interpretación de la naturaleza humana se comprende lo que sucedió con el secuestro llevado a cabo por los guerrilleros tupamaros, porque aunque parezca mentira, se vinculaba con todo lo que Morin me explicaba de la historia y la psicología humanas.

En 1965, cuando todavía cultivaban la imagen de Robin Hood, ya que aún no habían asesinado a nadie, solo habían robado bancos, casinos y financieras de la “oligarquía” –que Morin también despreciaba porque a sus representantes los consideraba “vagos engreídos”–, con dos secuestros extorsivos y con fines propagandísticos; cuando medio país creía que eran invencibles, que terminarían controlando todo, como si Uruguay estuviera gobernado por un tirano como Fulgencio Batista y no por un Consejo de Gobierno donde ni siquiera había un presidente de la República, para evitar cualquier antojo autoritario, el Tío Morin no tomó ninguna precaución por si lo atacaban, aunque era cada vez más evidente que constituía un blanco posible. Lo único que hizo fue bajar de la torre un fusil y un revólver calibre 50, “para matar elefantes”. En el salón del primer piso puso el fusil, al que recuerdo apoyado en un rincón con el cargador en un aparador a su lado, y en el dormitorio

el revólver. Esta relativa inconsciencia de Morin no solo era característica de la época (la guerrilla era un fenómeno completamente nuevo y anómalo en el país más democrático del continente) sino propia de su temperamento: autocrático, todopoderoso; no precisaba ayuda de nadie porque él se bastaba solo y se sobraba.

Lo secuestraron de madrugada, cuando yo tenía ocho años. No bien llamó por teléfono Lesya, atragantada, como si hubiera vuelto a hablar en rumano y perdido por completo las nociones del castellano, mi casa se convirtió en un hervidero.

Los secuestradores entraron por la puerta de la carbonera, la que usábamos en el *tour* del terror de mis cumpleaños, que era de hierro, aparentemente infranqueable, pero los asaltantes lograron abrirla tras hacer un boquete de veinte centímetros después de trabajar durante mucho rato con un soplete. Ni Pascal, ni Lesya, que vivían en amplios aposentos sobre el garaje para cuatro automóviles, ni el Tío, que dormía en el primer piso, escucharon nada. A las siete de la mañana, alertada por el diariero, Lesya encontró la puerta de la carbonera abierta de par en par, con el enorme boquete en el lugar donde estaban las cerraduras.

Pascal llamó a la policía y Lesya a papá.

Recorrieron todo el Palacio con los policías, el salón del primer piso, el dormitorio, donde había una gran mancha de sangre en la almohada y la sábana (evidentemente Morin intentó defenderse con el revólver, que tenía en el cajón de su mesa de luz) y la torre, donde habían vaciado el armero.

Ese día no fui al colegio y al poco rato mamá atendió una llamada telefónica de un miembro de la guerrilla, que disimulaba la voz

cubriendo el tubo con un paño, quien le indicó que los secuestradores de Jacques Morin querían hablar con mi padre, y que lo llamarían en una hora, a mi casa. Agregó que si le contaba a la policía, Morin sería ejecutado. Mamá entró en pánico, conmigo a su lado, llamó a papá al Palacio, que estaba con los policías, le pasó el mensaje, y media hora después papá estaba en casa, enloquecido y pidiendo calma al mismo tiempo.

Era obvio que fue el propio Tío Morin el que les dijo a los secuestradores que negociaran con mi padre el rescate, y fue quien les dio el teléfono de casa, con la convicción de que mi padre no llamaría a la policía. Toda la negociación del pago del rescate la llevó adelante mi padre, lo que tensó la soga con que me ahorcaría, porque el vínculo con Morin se estrecharía en forma indisoluble: yo me convertí, en su cabeza, en el rescatista. Y en cierto modo lo fui.

Según papá, al Tío Morin lo habían atrapado desprevenido porque hubo una filtración, ya que ¿cómo sabían de la puerta de la carbonera, aparentemente infranqueable pero donde podían trabajar sin que nadie escuchara? ¿Cómo sabían llegar al dormitorio, en un Palacio de dieciséis habitaciones? ¿Cómo sabían lo de las armas de la torre? Mucho después papá sospechó de un gerente de la sucursal de Carrasco del Banco Atlántico, donde el Tío tenía dos cuentas, una en pesos en conjunto con papá. Ese gerente siempre insistía en recoger la firma de Morin en el Palacio, al que le gustaba recorrer y alabar, y efectivamente, meses después terminó preso por tupamaro.

El comando, como contó después el Tío, lo encontró dormido, por eso ni siquiera tuvo tiempo de manotear el revólver, aunque intentó hacerlo, pero le golpearon la cabeza con un caño envuelto en

papeles de diario y le fisuraron el cráneo, lo que lo dejó semiinconsciente. Solo así podrían haberlo secuestrado. La mesita de luz estaba volcada y el revólver y la caja de balas habían desaparecido, pero no había señales de disparos.

Los guerrilleros tupamaros lo presentaron como un secuestro con motivaciones propagandísticas, no extorsivas, porque para ellos Morin era el exponente más acabado de una "oligarquía" rancia y parásita, con cincuenta mil hectáreas prácticamente improductivas y más de quinientos inmuebles urbanos, como decían, además de ser primo segundo del presidente del Consejo Nacional de Gobierno de ese año. Como fachada, exigían para su liberación que el gobierno soltara a los dieciséis guerrilleros presos hasta entonces, aunque más bien fue un secuestro puramente extorsivo, para "hacer finanzas" y recaudar dinero para la revolución.

Fueron muchas llamadas y luego mensajes que mi padre dejaba y recibía en baños de bares céntricos, adentro de las cisternas, en tubos de plástico de Redoxón, como indicaban los secuestradores, sitios a los que yo siempre concurría con él, porque fui, desde un primer momento, evidentemente por iniciativa del Tío, el reaseguro o el rehén para que los guerrilleros se convencieran de que toda la negociación se haría lejos de la policía: ni Morin ni papá pondrían en riesgo la vida de un niño, hijo de uno y sobrino (o nieto) del otro.

El Tío Morin ni siquiera tomó en serio la amenaza de muerte. Él tenía claro que solo podía ocurrir una masacre en un eventual rescate de la ineficiente policía.

Papá leía y releía las notitas, para ver si encontraba mensajes cifrados en las entrelíneas manuscritas del Tío Morin. Entendimos claramente de los papelitos que cuando el Tío hablaba de retirar del

“cofre fort de los bancos Pan de Azúcar y Comercial”, se estaba refiriendo a la Bóveda Azul. Si bien papá estaba muy asustado, yo imaginaba al Tío, y en cierto sentido, lo veía, una vez más, manipulando a los secuestradores, como si en lugar de ser el prisionero, fuera el carcelero.

El monto final del rescate fue de treinta y un mil dólares de la época. Papá fue a la Bóveda Azul, tras la pared falsa, contó las monedas de oro que correspondían a esa suma, las cargó en el pequeño maletín del Tío en el Austin, y habló directamente con el dueño del Cambio Real, para hacer la operación en sigilo, sin que nadie se enterara, como lo permitía el Uruguay de aquella época. Era claro para nosotros dos, asimismo, que la cifra fue el fruto de una larga negociación, por medio de la cual el Tío le estaba quitando moneda a moneda, no solo para ganar tiempo, sino para llegar a un número redondo, porque equivalía exactamente a cuatrocientas libras esterlinas de oro al cambio de ese día, posiblemente para que el dueño del Cambio Real no se quedara con ningún vuelto. Una cifra exacta, como a él le gustaba. Ni cuatrocientas una ni trescientas noventa y nueve. Yo sonreí: el Tío no dejaba de asombrarme.

Con el maletín con los dólares en el Austin, papá y yo fuimos a hacer el intercambio, quince días después del secuestro. Fue un viaje sinuoso por las afueras de Montevideo, de noche, en las zonas de chacras del departamento de Canelones, entrando a diferentes negocios, en caseríos aislados, donde había nuevas pistas en las cisternas de los baños, en un día invernal de agosto. Al final, le pidieron que detuviera el Austin en una calle de tierra, en medio del campo, ocho kilómetros después de un balneario semidesierto en

invierno, Parque del Plata. Estuvimos más de una hora esperando, hasta que de la soledad que nos rodeaba se aproximaron dos personas encapuchadas, y acto seguido, del otro lado del camino surgieron las luces de un automóvil, un taxímetro robado esa misma noche, como se supo después.

Sin hablar, los encapuchados sacaron el maletín de la cajuela del Austin, que papá dejó abierta, y quince minutos más tarde, después que contaron y verificaron el monto del rescate, bajó, del otro auto, el Tío Morin. Papá fue a su encuentro, lo abrazó y lo ayudó a llegar al auto.

Cuando lo vi, esa noche, con su aspecto imponente, sin ningún temor, caminando con dificultad por el camino de tierra iluminado por los focos enfrentados del Austin y el taxi de los secuestradores, no puedo negar que sentí, en el fondo de mi alma, orgullo, incluso por el hecho de que yo había colaborado para liberarlo. No sentía temor, sino adrenalina, mucho de aventura y algo, también, de admiración. Me impresionaba el golpe en el cráneo, bajo una gasa sanguinolenta. Estaba mucho más delgado, con esa barba de náufrago, con un olor que apestó el auto, porque nunca se había podido bañar durante todo su cautiverio.

Papá maniobró para dar vuelta el Austin en el camino de tierra demasiado estrecho, mientras el otro auto se alejaba hacia el lado opuesto. Los dos encapuchados que se habían aproximado al coche para retirar el maletín se desvanecieron en el campo borroso por la cerrazón.

Regresamos al Palacio, mientras Morin me revolvía el cabello, en el asiento de atrás y decía, con firmeza y complacencia: "Creo que sé dónde me escondieron estos rapiñeros bautizados", porque para

él siempre fueron eso: delincuentes comunes que se escondían detrás de una causa supuestamente idealista.

A poco de llegar, papá llamó a la policía para avisar que lo habían liberado, y los jardines se poblaron de gente, de parientes. Vino el hermano Maurice y su hijo Alfonso. También se pobló de policías, y hasta apareció el presidente del Consejo Nacional de Gobierno, el primo. Fue la segunda vez que el Palacio y su curioso propietario ocuparon todos los diarios e informativos de la época. (La primera fue el día del secuestro).

Morin se atuvo siempre a la misma mentira: lo liberaron encapuchado en una calle del barrio Colón, llamó a mi padre desde un teléfono público. Mi padre lo fue a buscar conmigo y lo trajo al Palacio. Aseguraba que lo trasladaron para liberarlo en un taxímetro posiblemente robado (que luego apareció), porque reconoció el sonido del motor de los Mercedes Benz 190 del año 62, el modelo de casi todos los taxis de Montevideo. Repetía que había sido un secuestro propagandístico, que los guerrilleros lo trataron bien, no había pagado ningún rescate y no guardaba rencor.

Mientras que el gobierno también intentó sacar algún rédito y emitió un comunicado en que sostenía que no se había liberado a ningún tupamaro detenido, ya que "el Estado no negocia con terroristas". Todo mentira, de principio a fin. Después de las primeras declaraciones, Morin fue con Pascal al hospital Samaritano para que le vieran el golpe en la cabeza, pero aunque le recomendaron que permaneciera internado (el cráneo fisurado se estaba soldando aparentemente sin mayores contratiempos, pero un golpe en la cabeza puede dejar secuelas), volvió esa misma noche al Palacio, porque tenía demasiadas cosas que hacer.

Los guerrilleros no podían haber hecho un negocio peor.

Para mí, por el contrario, pese a la zozobra de mi casa, pese a ser el tema diario del colegio, donde me observaban más anonadados que nunca, pese al ajetreo y el nerviosismo, todo ese período fue como unas vacaciones, como el *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne, porque además tenía la convicción de que esto no terminaría mal para el Tío, sino, por el contrario, para los secuestradores.

CAPÍTULO 9

El primer secreto

El Tío Morin no era un millonario cualquiera. Era un constructor, un hacedor de barrios, conocía cómo estaban formadas las tierras y los sustratos rocosos de medio Montevideo, tenía más de quinientas viviendas y de todas sabía sus detalles: a su lado los guerrilleros eran unos niños inescrupulosos con mucha bronca, jugando a los soldaditos de plomo.

Increíblemente, el Tío Morin nos contó que, a pesar del golpe en el costado derecho del hueso frontal del cráneo que durante el secuestro era revisado por un médico encapuchado, demoró las negociaciones del dinero del rescate todo el tiempo necesario hasta que él pudiera reconocer, de la forma más aproximada posible, dónde lo tenían secuestrado. Se trataba de la ya renombrada *Cárcel del Pueblo*, famosa a nivel internacional, no solo porque los tupamaros eran la primera guerrilla de América Latina, imitada luego por otros, como el M-19 de Colombia, o incluso europeos, como los alemanes del Baader-Meinhof, o ensalzados por la ETA española, obnubilados con la creatividad y pericia de los uruguayos, en la disruptiva década del sesenta (la revista *Time* escribió sobre los tupamaros: el “*sentido del humor*” y el “*estilo*”, les “*confieren la imagen de modernos Robin Hood*”, “*exponiendo la corrupción*”), sino

porque la *Cárcel del Pueblo* era la prueba más acabada que tenían los guerrilleros de que ellos ya contaban con una justicia paralela y que faltaba solamente ver qué hacer con el Poder Ejecutivo y el Legislativo, que no debían existir, claro, porque pretendían implantar una dictadura a lo cubana, lo más lejos posible de la “democracia burguesa”.

En esa *Cárcel* ya habían estado los dos secuestrados anteriores, incluido el embajador británico, lo que fue noticia mundial, y el Tío Morin sabía que ese lugar tenía, para los guerrilleros, que darían sus golpes más audaces un tiempo después, un valor simbólico inestimable, muchísimo más que los treinta y un mil dólares que entregó por su libertad (años después llegaron a asesinar al peón rural Pascasio Báez porque había tropezado con una tatucera de casualidad, en medio de una estancia, y los guerrilleros consideraron que ese inmueble y la tatucera, con otro calabozo para secuestrados, tenían más valor que la vida del peón: era la misma lógica que manejaba Morin: la ubicación de la *Cárcel del Pueblo* valía mucho más que el rescate que pagó).

Recién cuando el Tío Morin logró adivinar dónde estaba secuestrado, por el tipo de suelo del túnel que habían excavado (un túnel a lo Vietcong), prolongando el sótano original de la casa todo a lo largo del patio del fondo, así como debajo de parte del patio de la casa vecina, y cuando se enteró, por una indiscreción de los secuestradores, que el plan de fuga que tenían, si llegaba la policía, después de asesinarlo, era a través de la red de alcantarillado, fue cuando dio luz verde para que papá pagara el rescate.

Así, por su propia decisión, el Tío fue liberado.

Mientras se procesó toda esta segunda parte –la recuperación del dinero–, entre papá y el Tío Morin definieron un sistema de blindar puertas, con herrajes de hierro y acero, de modo tal que la planta baja y el primer piso del Palacio quedaron convertidos en una suerte de fortaleza. Trabajaron carpinteros y herreros durante cinco semanas, colocando, además, rejas en todas las ventanas, incluidas las de la torre. (Asimismo, le entregó a Pascal un revólver calibre 38, para que sumara a sus tareas usuales la de guardaespaldas, todo por el mismo precio).

El Tío logró tres informaciones claves para encontrar la *Cárcel del Pueblo*: en primer lugar cerró el círculo en torno a los barrios posibles, porque no era en las afueras de Montevideo como la policía sospechaba sino en el mismo Centro, o en sus inmediaciones, porque en ese entonces Montevideo tenía red de saneamiento solamente en la Ciudad Vieja, Centro, Cordón y los barrios aledaños. Lo segundo eran las campanadas que escuchaba varias veces por día de una iglesia próxima, aunque le habían quitado el reloj, y le hacían escuchar canciones “revolucionarias” todo el día, y lo tercero era el tipo de arcilla, material gredoso y roca granítica del inmenso túnel, que él descubrió quitando unos centímetros de revoque con un botón de nácar de su camisa.

Cuando no estaba en el colegio, los acompañaba en el Cadillac: íbamos el Tío, papá, Pascal al volante, armado con el revólver que llevaba en la canana bajo el brazo izquierdo, como si se sintiera Mike Hammer, y yo.

Al comienzo el Tío pensó que eran las campanas de la iglesia de la calle Tapes, porque en su cautiverio le pareció escuchar algo

parecido a la bocina de un barco. Pero al cabo de escucharla varias veces, se dio cuenta de que estaba en el lugar equivocado.

La segunda campana que analizó fue la de la iglesia del Cordón, pero tampoco de allí provenían las campanadas. La última fue la de la iglesia María Auxiliadora. Hicimos lo mismo: silencio, cerraba los ojos, no volaba una mosca en el Cadillac, hasta que de pronto, a la quinta campanada, se dio vuelta y nos miró, a papá y a mí, extasiado: "Vos siempre me das suerte, Andy. Creo que encontramos a las verdaderas ratas de las alcantarillas".

A partir de entonces, el Tío y papá comenzaron a hacer el inventario de todas las propiedades que tenía en los alrededores de la iglesia: dieciocho. Miraban los planos, el tipo de construcción, deteniéndose en las que tenían sótano: Morin creía que era una casa de una planta de los años veinte o treinta, porque en lo que era el sótano original, podía ver parte de la cimentación de la vivienda.

Luego papá fue a Catastro para ver los tipos de suelos de esa área, porque el Tío sabía que tenían arcilla, greda y roca granítica. Así achicaron el cerco a aproximadamente doce manzanas.

Las reuniones y los estudios se hacían en el salón gigante del primer piso. Mi rol, en ese interregno de mi vida emocional, era acompañar al Tío, para amortiguar la ansiedad irrefrenable que bullía dentro de su pecho, crecientemente eufórico, a medida que se aproximaba a la presa.

Luego, ellos tres a lo largo del día, y conmigo después del colegio, recorriamos incansablemente esas doce manzanas, una por una. Deteníamos el Cadillac en algún lugar discreto, el Tío observaba y escuchaba. Después iba a otro y lo mismo. Once días así.

Hasta que una tarde, estando yo con ellos, el Tío vio entrar una camioneta marca Bedford, que aparentemente pertenecía a la familia que vivía arriba, como fachada, en la calle Joaquín Requena, cuando descubrió algo que no imaginaba: ese era el motor que escuchaba desde abajo, desde el enterradero. El Tío conocía de motores, de sonidos, de campanas. Y la casa, de una planta, construida en los años treinta, era exactamente como la imaginaba, con un gran patio atrás.

Papá fue al anochecer a la casa, con el Cadillac de Morin estacionado en la puerta, con el Tío, Pascal y yo adentro. Quien atendió la puerta, un padre de familia, cuarentón, de bigotes, empleado bancario, claro que no lo hizo pasar a la casa, una bomba de tiempo a punto de detonar, con guerrilleros abajo y su familia arriba. El hombre hacía todo lo posible para disimular el pánico, observando de reojo el Cadillac en la calzada, con dos hombres y un niño. Muy sereno, papá se presentó y le dijo que el señor Morin quería hablar con ellos. El hombre quedó perplejo, y balbuceó las excusas que debería dar ante cualquier visita inesperada, porque hasta tenía dos hijas chicas, de dos y cinco años: “No sé qué se le ofrece, ¿de qué se trata?”. Papá ni escuchó las tontas excusas y directamente le manifestó que el señor Morin (señaló el auto), “con su familia” (yo, que lo observaba desde la ventanilla trasera) los citaba a una reunión en la parte más profunda del gigantesco parque Roosevelt, al día siguiente, a las tres de la tarde, junto a un parador abandonado de una compañía láctea. Nuevamente yo era la prueba y el escudo humano en una operación que no era una celada de la policía: nadie en su sano juicio expondría a un niño de ocho años a una balacera.

Todos estos procedimientos fueron largamente preparados por papá y Morin, y por primera vez participaba Pascal, que recién entonces me enteré de que era un expolicía.

Al día siguiente no concurrí al colegio, porque fuimos en el Cadillac al parque Roosevelt, y media hora después se presentó un Land Rover (robado) con dos jóvenes, que posiblemente eran periféricos de los tupamaros, porque estos temían una emboscada. El que habló fue Morin. Les indicó que tenía muy claro dónde estaba ubicada la *Cárcel del Pueblo*, donde estuvo secuestrado (les pasó una tarjeta personal con un sello entintado con sus iniciales, J. M., y la dirección donde habíamos estado la noche anterior). Por esa información, porque no le interesaba para nada la política, y menos aún la lucha de los guerrilleros contra el gobierno uruguayo, así como el nombre de los dueños de la casa (figuraban incluso en la guía telefónica), y por su silencio, les iba a cobrar una compensación... "Ustedes precisan más de mí de lo que yo preciso de ustedes". Y les entregó un disco de Strauss, para que no "torturaran" a los otros secuestrados con "esas canciones horripilantes", y una docena de huevos de las gallinas de Lesya envueltos en papel de diario, "para que alimenten mejor a sus enemigos", les remató.

A partir de entonces fue la larga negociación de la cantidad, en forma similar a las negociaciones para liberarlo del secuestro, usando el teléfono de casa y los tubos de Redoxón en los baños de bares de mala muerte. "El niño Andrés, que es mi sobrino, es la prueba de mi buena fe", escribía Morin en las notas que enviaba. El monto que él pedía era treinta y tres mil setecientos noventa dólares y cincuenta y cinco pesos, ni uno más, ni uno menos: los treinta y

un mil que les había dado papá, más el seis por ciento de intereses por el tiempo que había transcurrido (veinte días), más tres por ciento por daños y perjuicios (la fisura del cráneo), más el precio de las gasas, los apósitos, los esparadrapos, desinfectantes y una sutura que le hicieron en el hospital, lo que daba un total de cincuenta y cinco pesos. Además de la devolución de todas las armas y las municiones. “El disco de Strauss y los huevos van de regalo”, agregó.

Morin manejó la negociación con tanta serenidad, como si estuviera haciendo uno más de sus infinitos negocios, que los otros, tras un período de incertidumbre e incredulidad, descubrieron que estaban atrapados en un encierro más claustrofóbico y maloliente que la propia *Cárcel del Pueblo*. Y no tenían plan de fuga posible, porque si caía la *Cárcel*, con su valor simbólico, el derrumbe se precipitaría (efectivamente, cuando la *Cárcel del Pueblo* cayó, tiempo más tarde, los guerrilleros fueron completamente aniquilados, nueve meses después). Como los tupamaros se demoraban, porque nunca habían vivido algo parecido, Morin les dio un ultimátum de dos días para decidirse. La situación era trágica.

Papá se quedó en casa junto al teléfono y esa misma noche del ultimátum recibió la llamada telefónica. Una semana después, volvió a arriesgarse, a arriesgarnos en verdad, porque nuevamente yo funcioné como el rehén, o el escudo, de noche, en el Casco Antiguo de la ciudad, próximo al puerto, donde se acercó un coche al Austin. Papá bajó, abrió el baúl, y los guerrilleros entregaron el mismo maletín que él había llevado, así como un envoltorio con frazadas con las armas, que pusieron en el asiento trasero.

Yo estaba en el asiento del copiloto. Me volví y el hombre que las colocaba sobre el asiento, con bufanda y gorro, quedó patitieso al verme, porque yo, ante semejante situación, estaba impertérrito, como si tuviera nervios de acero, a esa edad, mientras él temblaba de pies a cabeza, temiendo una emboscada con balazos tras la entrega del dinero.

Cuando fuimos al Palacio a contarlo, descubrimos que los tupamaros habían completado los intereses y los gastos (vendas, esparadrapos) en pesos, al cambio del día, porque no tenían dólares suficientes. No faltaba ni un centavo, según el papelito que cortó el Tío de la calculadora Addo.

Nunca había visto a Pascal en ese rol, de expolicía, porque tanto él como papá sostenían que ahora debían denunciar el lugar de la *Cárcel del Pueblo*, que sería un golpe fulminante contra los tupamaros; pero al Tío Morin, que obviamente era quien decidía, ni siquiera se le cruzó por la mente. Ese tema le era completamente ajeno: lo que había ocurrido era un negocio, como cualquier otro, como resultado del cual él, como siempre, había ganado nueve por ciento en poco más de un mes. Sabía que si los denunciaba, volvería a ser un blanco potencial, entraba en la espiral de la política y la violencia, en una lucha que no era suya pero de la cual sabía el final, y tenía, todavía, mucho para ganar, mientras los guerrilleros sacudían a las instituciones y a las emociones de los uruguayos. De este modo, en cambio, le puso un broche de oro al tema y los guerrilleros aprendieron una lección: él no era como los timoratos uruguayos, ni como los políticos acomodaticios, ni como los otros millonarios, ni como la Policía muerta de hambre. Él era de otra categoría y punto. "Conmigo no se juega".

Todo esto estrechó aún más la relación con mi padre, quien no solo se arriesgó en las negociaciones sino que fue quien trajo sano y salvo a Morin y al dinero. El Tío lo tenía claro: esa era la mejor versión de papá, con coraje y lealtad. Y afianzó, principalmente, el vínculo conmigo. “Vos me rescataste, Andy”, me repetiría hasta el final. Lo peor era que lo creía de verdad, algo completamente nuevo en su vida, porque yo fui el reaseguro que permitió toda la operación, y por eso agregaba: “Esto es nuestro secreto, que nadie, ni la Policía, ni la sociedad jamás deben saberlo”.

Nuestro primer secreto, de los muchos que vendrían.

¿Cómo confiaron los tupamaros en que, aunque le devolvieran el dinero, Morin no los delataría? Era un código mafioso, entre inescrupulosos que jugaban constantemente en la cornisa, donde nuevamente yo servía de garantía: ¿pondría a un niño de ocho años entre dos fuegos? A Morin no le importaban los guerrilleros y estos no lo volverían a secuestrar ni lo matarían, por ahora. Adivinaron que él estaba más allá de las contingencias políticas, no querían enemistarse con él, ni Morin con ellos. Y él tenía bien claro que el comunismo, y los guerrilleros en particular, eran una planta muerta. El secuestro, a su vez, confundió aún más las causas del incendio de julio del 69, porque abonó la hipótesis de que podría ser otro ataque de los guerrilleros.

CAPÍTULO 10

Fotos de familia

En otro sector de mi apartamento, en el piso superior, busco los álbumes de fotos, acicateado por el reencuentro con el pasado, abriéndome camino entre cadáveres. El Palacio, el Tío, el *tour* del terror, el secuestro, la *Cárcel del Pueblo*, papá... No son muchos, a pesar de que el Tío era aficionado a la fotografía, y en una de las habitaciones del primer piso había acondicionado un cuarto oscuro para revelar. Pero la mayor parte de aquello se quemó en el incendio.

Hay pocas fotos del tiempo previo, mi familia, las que estaban en casa, papá entrenando en el club Avenir, con pantalón y guantes de boxeo; el casamiento, sencillo, en la iglesia San José de la Montaña; la luna de miel en el Hotel Nirvana; yo de bebé en brazos de mi madre, tan bonita; los campamentos; papá gritando “las tres últimas” en mangas de camisa y con corbata, en la Casa de Remates Echeverría. Nuestra casa de Carrasco Norte; mis padres, en 1963, conmigo, en la playa de Carrasco; la casa de Atlántida, con el pasto del jardín crecido y descuidado, donde se destaca una fuente de piedra vacía, con un sapo de donde saldría un chorro de agua, apagado. El resto del álbum está vacío.

En un segundo álbum ya aparece el Palacio Morin, en 1965, mi padre sentado con el Tío, que tiene sesenta y ocho años y mi padre cuarenta y cinco, con corbata y chaleco de lana, sin saco, el otro en salto de cama sobre una camisa y pantalones, y yo en el medio, con ocho años, sin el uniforme del colegio, con prendas de las que tenía en el Palacio, sentados en el sofá de cuero, junto a la estufa de piedra del primer piso. El año y las edades están anotados en el dorso de las fotos, con la letra meticulosa de mi padre. Sobresale una de ese mismo año, del día que papá compró el Austin, orondo, de pie junto a la puerta, mostrándolo como un trofeo, y al fondo, el Palacio.

Un álbum entero se destina a las fotos de cuando Morin regresó del secuestro, escuálido. Se dejó la barba larga durante un tiempo, prolijamente aparada por Lesya. Lo sugestivo de la foto en que estoy con él es que estamos mucho más próximos, el Tío y yo sentados en un banco del jardín, junto a un efebo desnudo de mármol de Carrara. Me llama la atención mi gesto taciturno, triste. La cachorra golden Bruna está sentada a mi lado, sobre la gramilla, mientras yo le acaricio la cabeza. Hay otra foto en la misma posición, idéntica, pero es evidente que me pidieron que sonriera, pero es una sonrisa falsa, me doy cuenta ahora, es una sonrisa impostada; aunque el que tomó la foto, papá, me hizo alguna broma. Esa foto sin fecha es de fines de 1965: Bruna acababa de llegar a mi vida. Las personas y las circunstancias habían cambiado drásticamente.

Poco después el Tío se quitó la barba del secuestro.

No conservo ninguna de las cientos de fotos escabrosas tomadas por Morin, a escondidas, las que se perdieron en el incendio.

Como recompensa por haberle “salvado la vida”, el Tío Morin me regaló una cachorrita golden, a la que llamé Bruna, que me acompañó desde entonces. Fue una verdadera revolución para los que conocían los hábitos del Tío, porque jamás había tenido perro, ni gato, ni un canario, por los gastos inútiles que acarreaban. En verdad el regalo de mi adorada Bruna tenía varios objetivos, porque además del premio por el rescate, afianzó nuestro primer secreto, lo que para él quería decir mucho más de lo que yo imaginaba. El Tío me convenció de que era una maldad dejarla en una casa como la nuestra, que casi no tenía jardín (un pequeño patio), donde estaría buena parte del día entre cuatro paredes, mientras que el Palacio era como un campo para corretear, hasta con lago artificial, que Bruna aprovechaba, como aprovechó la playa de enfrente, donde en verano la llevábamos con Lesya.

Entonces por una vía lateral, el Tío Morin, que sabía de mi amor por todo tipo de animales (cuanto más me aislaba de las personas, más me conectaba con ellos), encontró una fórmula suplementaria para tenerme más atado a su casa, a él, a su entorno. Bruna fue, además, la única testigo de todo lo que sucedió, porque desde que entraba al Palacio, no se despegaba de mí, mientras que al Tío lo observaba con recelo. Al mismo tiempo le pedí a Morin que no disparara más a las toninas, ni a las aves migratorias, a lo que insólitamente accedió, revolviéndome el cabello: “Estás hecho un mariconcito”, me dijo.

El secuestro fue disruptivo, separó dos tiempos, porque a partir de entonces, los juegos corporales del Tío avanzaron a otro ritmo, abrieron las compuertas y aquella admiración que yo le tenía a los

seis, siete y ocho años, fue mutando hacia un sentimiento para mí desconocido.

Recreo las etapas, como si fueran épocas definidas y claras, aunque en realidad son brumosas, las fronteras se diluyen, con una niebla espesa que me impide observar el foco, la esencia, la verdad.

A los seis años me revolvía los cabellos rubios, o me ponía rulos de plástico de mujer para destacar los rizos, me presionaba los hombros, me acariciaba la espalda. Me peinaba con un cepillo con mango de plata para luego mirarnos los dos juntos en un espejo. A los siete creó un juego al que llamaba el “muñeco insolente”, como le decía a su mano derecha, que el Tío la levantaba como si fuera un apéndice y la aproximaba repentinamente a mis axilas, a mi barriga, a mis espaldas, haciéndome cosquillas, mientras yo me moría de risa. Papá, en el despacho contiguo, también sonreía, escuchando mis carcajadas, concentrado en los libros contables y en los números, calculando intereses, preparando contratos.

Pero a medida que pasaba el tiempo, papá sonreía menos. ¿Era o no era un juego ese tal “muñeco insolente” que escuchaba desde la otra habitación?

Mis recuerdos se tornan cada vez más confusos, no registré esos avances, porque siempre estuvieron como bloqueados o taponeados por acontecimientos de lo que vendría. Sé que cuando tenía nueve años, poco después del secuestro, cuando cursaba cuarto de Primaria, y Bruna estaba conmigo, hubo un cambio, el nuevo secreto, la etapa tres.

Morin pasó a colocarme sobre su falda, en el sofá, para leer, de espaldas o de frente a él, pero no me hacía cosquillas sobre la camisa, o el pulóver, sino dentro de la camisa, y me acariciaba la

espalda, en la piel, en mi cuerpito, en mis axilas, mientras yo reía, porque era el mismo “muñeco insolente” pero en la carne, aunque yo no estaba a su lado sino sobre su falda, donde advertía otro hecho nuevo: debajo algo se movía. El Tío le llamaba el “terremoto”, que a mí no me gustaba. Dejaba gradualmente la admiración y la risa e ingresaba en la ambigüedad. Él ponía el dedo en sus labios y decía: “*Shhh, joli garçon, shhh*”.

Fue en esa misma etapa cuando comenzó a preocuparse por mi cuerpo, haciéndome fisioterapia en el cuarto de baño gigantesco, el que solo él y yo usábamos, con la balanza y el medidor de estatura, donde me pesaba y medía regocijándose con mi vertiginoso crecimiento, marcando con un esparadrapo color piel la altura que había alcanzado. Luego me pedía que me recostara en una camilla donde me daba masajes, en particular para desarrollar las caderas. Me decía que me desnudara, boca abajo, pero yo siempre lo hacía con calzoncillos, y me masajeaba. Recuerdo que a veces, al terminar, poníamos una estufita de queroseno Olympus en un rincón y me bañaba en la gigantesca tina, con el juego “fregando al bebé”: él era su madre, Lía, y yo el bebé, Jacques.

Tiempo después, pero no recuerdo exactamente cuándo, pasó a otra etapa, la cuarta; pero esta es muy confusa, no logro concentrarme, cuando me aproximo me produce desasosiego, se escabulle de la memoria como agua entre los dedos. Solo recuerdo que me sentaba en su falda, y no era el “terremoto”, sino que algo bajo mi cola se endurecía y se frotaba, presionaba mi cuerpo contra su falda hasta que comenzaba a suspirar, jadear, y exhalaba con un grito... A ese período le llamó el “volcán travieso”. Recuerdo bien los nombres, pero no los detalles de lo que sucedía.

Yo quedaba absorto, mientras el Tío se recuperaba con los ojos cerrados, antes de pedirme que lo acompañara al cuarto de baño, donde se lavaba, conmigo sentado en la camilla. “*Shhhh*”, y volvía a poner su dedo contra los labios.

Una vez se estaba fregando conmigo en su falda, moviéndome desde los hombros con violencia, y le dije que no me gustaba el juego, que se detuviera, que no lo entendía. Fue la primera vez que explicitó una amenaza, de las muchas que vendrían, cuando yo era todavía demasiado chico para entenderla: “¿Sabés lo que pasa, Andy? Que si no querés tener este secreto conmigo, no podrás venir más a mi casa ni tu papá trabajar conmigo, se quedará sin empleo y tu familia, pobrecitos, pasarán hambre, porque él irá preso”. La frase la puedo recrear como si fuera ayer.

Yo seguía sin entender. “Es un secreto entre nosotros dos para que toda tu familia, tu papá, tu mamá y tú, puedan vivir bien. ¿Entendés?”. Y me mostró una serie de fotos, tomadas con su cámara Leica, desde adentro de la Bóveda Azul: lo que se veía era a papá, tomando seis monedas de oro con gesto nervioso. “Tú sabés que no dejo que nadie toque esas monedas a solas. Pues tu papá me robó esas seis. Pero no se lo digas, no lo acusaré, este es otro de los muchos secretos que ya tenemos y que tendremos tú y yo”. Incluso me llevó a la Bóveda y me mostró cómo instaló la cámara para sacar fotos a quien la abriera, a escondidas, con un dispositivo que se accionaba automáticamente cuando se movía la puerta y la cámara Leica comenzaba a disparar ininterrumpidamente sin que el otro se percatara. “¿Ves qué simple?”, me dijo. Entendí, también, que era una amenaza para mí, como después comprobé: él sacaba

fotos de los momentos más escabrosos de nuestra relación sin que yo lo advirtiera, con un dispositivo remoto.

Quedé desolado: ¿papá era un ladrón?, ¿podría terminar preso, como decía Morin? Porque ya había aprendido el poder que el Tío tenía, cómo hacía temblar a un *paterfamilias*, a los guerrilleros tupamaros, jugando al todo o nada como si tal cosa, como si estuviera más allá de la contingencia de la vida y de la muerte, sin importarle siquiera que le fisuraran el cráneo con un caño envuelto en diarios. ¿Por qué no podría mandar preso a mi padre? Y mi madre y yo, ¿de qué viviríamos? ¿Los niños debían colaborar con sus padres para sobrevivir?

En esta nueva etapa se cortó el vínculo ambivalente de afecto y desconfianza que tenía, del mismo modo que la ambivalencia había terminado con mi admiración previa, y me atrapó en la jaula, así como hacía con el hijo descarriado, o con el deudor, o con los guerrilleros. Me tenía en la ratonera y haría conmigo, como hacía con todos, lo que él quisiera, manipulando mis emociones. Así como de la admiración pasé a la ambivalencia, de la ambivalencia salté al miedo, sin escalas.

Desde que empecé a poner peros, me decía que todo había sido mi iniciativa, y que él no hacía más que complacerme, porque a mí me gustaba, yo tenía esa afición, nací con esa manía, “que me hacía diferente, especial”. Y por si no me quedaban recuerdos, me lo mostraba en fotos, que yo mismo revelaba a su lado, en el cuarto oscuro, las ponía en las cubetas y poco a poco comenzaban a surgir las imágenes, que yo miraba asqueado y perplejo. La situación era tan despareja que logró convencerme, o amedrentarme, muerto de vergüenza. Me hablaba de cosas pretéritas, de hacía uno o dos años,

que yo, justamente, había bloqueado, porque parecía que fueran de otra vida, de otra persona, cuando la mente es tan plástica que puede registrar, pero también puede esconder o borrar lo que sea. ¿Podría ser verdad que había sido mi iniciativa? Porque en aquel entonces yo lo admiraba. Era su palabra firme contra mi memoria alterada. El Tío lo decía con tanta convicción, y él era una persona mayor y tan sabia, con tanta autoridad, y me hablaba tanto de la moral, de la historia de la ética, y además me mostraba las fotografías colgadas, con esa luz roja, crecientemente tenebrosa, que tal vez tuviera razón. ¿Y si eso se lo mostraba a mamá?... No podía ni siquiera imaginar esa situación que me producía escalofríos y ganas de vomitar. El tercero de nuestros secretos: las fotos y la vergüenza.

Cuando yo me sorprendía, él se reía: "Andy, Andy, supongo que estás bromeando", o se enojaba: "No podés mentir, niño bonito", y me amenazaba con el dorso de la mano, como el día que me partió el labio, cuando perdía el control, porque también me asustaba con ello: "Disculpame, Andy, a veces me exaspero y pierdo los estribos". Y de nuevo el Tío comenzaba a jadear, a jadear, cerraba los ojos y exhalaba, dejándome siempre atónito, pidiendo auxilio a las gaviotas que nunca venían. Y en las fotos yo aparecía con los ojos cerrados, al menos las que me mostraba, las que yo mismo revelaba. ¿Lo estaba disfrutando? "¿No ves que tenés el pito duro?", me decía.

Mamá no sabía casi nada de lo que ocurría en el Palacio. Siempre creyó que en ese nuevo esquema de trabajo de papá, él hacía las cobranzas y se entrevistaba con posibles clientes cuando yo estaba en el colegio, y luego se dedicaba a la contabilidad, mientras yo estudiaba o jugaba con el Tío, y cuando él terminaba la tarea, cerca

de las siete, yo me iba con papá. O sea, mamá jamás supo que yo quedaba solo durante horas con Morin. Siempre entendió que en el Palacio quedábamos los tres, y que incluso papá participaba de algunos juegos, como los torneos de ajedrez, aunque ella jamás fue convidada, salvo la invitación al restorán El Águila, años después, que tenía otros objetivos.

Un día se lo dije, aunque ella no lo entendió cabalmente, pero yo siempre creí que fue una suerte de botella que lancé al mar, un pedido de auxilio que jamás encontró eco. Habíamos llegado a casa a las nueve, más tarde de lo usual, y preguntó, como siempre lo hacía, cómo nos había ido.

–Salió todo muy bien, hice dos préstamos con garantía de inmuebles rurales, Quica. Eso es muy bueno. La comisión, si pasan al patrimonio del Tío, será suculenta.

–Pobres –dijo mamá. Y me miró a mí–: ¿Qué creés, Andy, que como dice el malo de Tulio no los podrán pagar, como le sucedió a mi padre con su estancia? Vos sos más inteligente que los dos adultos juntos.

–Yo no fui, mamá, yo no voy a esas negociaciones.

–¿Cómo que no fuiste? –se asustó mamá, cuando interpretó que yo había pasado todo ese tiempo a solas con un viejo.

–Yo no voy, mamá, papá va solo.

–¿Y tú dónde te quedás? –exclamó.

–Con el Tío.

–Quica querida, es el nieto que nunca tuvo, no tiene nada de raro; no entendés, tiene setenta años, ¡por favor! –la atajó mi padre.

Para papá podía ser verosímil, ¿por qué no? ¿Por qué no podía ser un viejo que encuentra, en el ocaso de su vida, perdidas las ínfulas

juveniles de macho cabrío, un nieto donde canalizar el afecto que jamás pudo demostrar con nadie, el reposo del guerrero, un niño tan bonito y talentoso a quien prodigar ternura, algo constitutivo de los seres humanos y de los animales, completamente inofensivo?

Pero mamá no entendía, no entendía y discutía: "Pero no puede ser, no es normal, no es lo natural"...

Papá imaginó o quiso creer que podría controlar las consecuencias, que nada pasaría a mayores, que se afianzaría la hipótesis de la ternura y que jamás se desvirtuaría, porque él, papá, y yo, Andy, podríamos solucionarlo, contener algún desborde eventual. Qué ingenuo fuiste.

Cuando consideré que el ambiente estaba suficientemente caldeado, le susurré a mamá:

—No te preocupes, mañana voy a acompañar a papá.

Una mentira piadosa, de un niño de diez ayudando a su padre de cuarenta y siete.

Papá ya sabía que a Morin le gustaban los niños, pero en la versión edulcorada de su fantasía: le gustaba la infancia, como etapa del desarrollo, o la niñez, o la pubertad, pero no un niño ni un púber en particular. Le fascinaba la infancia como etapa prístina de la vida, la del aprendizaje e ingenuidad, la de la inocencia y la formación, la de la arcilla blanda cuando se generan los genios o los delincuentes, la única en que no se miente, la única etapa de la vida en que las personas no lo quieren robar, ni quieren aprovecharse de su fortuna. La etapa en que él se formó a semejanza de su madre, Lía, y su hermano en el espejo de su padre, que también se llamaba Maurice.

Un argumento a favor de la teoría de papá era que en verdad mis notas en el colegio eran superlativas. Mis padres siempre recibían

cartas de felicitaciones de los profesores, y de la directora y dueña del colegio, *Miss Martha Smith*, lo que en cierto modo era la prueba fehaciente de que yo aprendía. Tenía, a diferencia de todos los otros niños, un mentor de jerarquía, porque el Tío Morin estaba repitiendo, conmigo, lo que hacía en su propia infancia, recorriendo medio mundo con una institutriz francesa, hasta que tuvo que revalidar todas las materias y entrar al Liceo Francés, en Montevideo, a los doce años.

Yo era el mejor de la clase y el mejor del colegio, incluso en gimnasia. ¿Cómo lo lograba? Morin explicaba que a la genética, con la que él había colaborado, se sumaba lo adquirido, que estaba a su cargo, porque poco a poco papá y mamá delegaron todo lo que eran los estudios y formación al “abuelo” que nunca tuve.

—Si al Tío Morin le falta un nieto, a Andy le faltó un abuelo, y este llegó como caído del cielo —le argumentaba papá a mamá—. Si hubiera vivido mi padre, si hubiera sido más disciplinado, o el tuyo, con más cabeza para los negocios, tal vez las cosas hubieran sido diferentes —añadía, echándoles en cara a los abuelos el hecho de haberse muerto en forma prematura, y dejarme en las garras del Tío Morin.

Tuve doble o triple educación, e infinita miseria.

A veces a mamá le volvían las dudas, y me preguntaba, de noche, después de la cena, qué habíamos leído con el Tío, además de hacer los deberes del colegio. Como mamá era una gran lectora y conocía muchos de los libros de los que hablaba, ella traía a colación los personajes para que yo me explayara, pero yo era consciente de que en verdad me estaba tomando la lección, que siempre aprobaba,

aunque le quedaba la pulga detrás de la oreja: “¿Mi hijo me oculta algo?”.

CAPÍTULO 11

Aristóteles

Morin no quería saber nada respecto a su único hermano, su heredero legítimo, ni con el hijo de este, Alfonso, que lo venían a visitar el primer lunes de cada mes, invariablemente, porque los horarios y la agenda del Tío Morin eran rigurosos e inamovibles como rocas. Todos lo sabían, como todos sabían que los fines de semana iba al hipódromo.

Al Tío le divertía tenerlos enfrente, en el salón del primer piso, el de la estufa de piedra, los vitrales y el lambriz, donde sobre la mesa ampulosa, Lesya, silente como un gato, depositaba la bandeja de plata con la tetera, las tazas de porcelana inglesa, la torta y las masitas. Enfrente, junto a la estufa, los días que ellos iban, Pascal colgaba una cuerda donde Lesya hacía una performance, poniendo a secar la ropa interior, adrede, con la mayor naturalidad, porque como les decía el Tío Morin, “no hay que desperdiciar calor, que la leña cuesta dinero”. El hermano y el sobrino sonreían con una mueca, como dándole la razón, siempre con la esperanza pendiendo de un hilo; por eso querían comportarse bien, pero era imposible portarse bien según los códigos de Jacques Morin, mientras Lesya seguía colgando, en la cuerda, delante de ellos, con palillos de madera, los calzoncillos, los calcetines, los pijamas. “Más separadito,

Lesya, para que absorban mejor el calor”, la instruía el Tío. Antes los humillaba, mostrándoles, en las paredes, las nuevas pinturas que había adquirido, en remates, o como prendas de su negocio de empeño. Quería saber la opinión, tanto del hermano Maurice como del sobrino.

La sensación que me dejaba, cuando acompañaba esas veladas, después que cumplí diez años, era que toda la parodia la hacía para divertirse conmigo. A mí ya me había explicado qué era lo que debía apreciar de esos cuadros, cuáles eran originales y cuáles eran copias, o falsificaciones, las capas sobrepuestas del óleo en el lienzo; había aprendido que cuanto más se sabe, más se observa. El objetivo de la cultura, me repetía, era “enriquecer el intelecto y refinar la sensibilidad”. Previo a la visita de “la familia”, me adelantaba las frases que dirían: el hermano se sorprendería con el caballo (“lo único que sabe es de caballos de carrera”, y por eso siempre incluía una pintura con caballo), el sobrino, con lo bien pintados que estaban los ojos o la mirada de la niña, pero en realidad miraba las tetas de las madonas, y por eso siempre agregaba pinturas de mujeres voluptuosas. Y la mayor parte de las veces acertaba: ocurría exactamente como él lo había imaginado, y cuando con ellos recorriamos las paredes del gigantesco salón, con cinco ventanas que daban al jardín del frente sobre la rambla y el mar, con las persianas siempre cerradas, donde había colgado los cuadros nuevos, que luego descolgaba y mandaba con Pascal al Museo de la planta baja, y acertaba en los comentarios, me pellizcaba disimuladamente, y disfrutaba sobremanera de que yo sonriera, con una complicidad de guiñadas y caídas de ojo que a él lo enternecían.

En esas reuniones familiares lo fue insinuando muy lentamente. Un día estábamos en pleno té con la torta y las masitas y el Tío salió con esta *boutade*: “¿Qué les parece este príncipe que tengo? ¿No sienten que yo soy como Aristóteles preparando a Alejandro Magno?”. Ninguno de los dos visitantes tenía la menor idea de quién era Alejandro Magno ni cómo era su vínculo con Aristóteles, de quien solo sabían que era un aburrido filósofo griego que se estudiaba en el liceo, pero sí sabían muy bien lo que significaba “príncipe”, y “príncipe heredero”. Como advirtió el desconcierto, les preguntó: “¿Ustedes recuerdan cómo fue la relación de Aristóteles con Alejandro Magno?”. El hermano asintió con timidez, con temor, para que no repitiera el suplicio de la infancia, de que le pidieran a Maurice que se explayara en algo que solo sabía explicar su hermano superdotado Jacques, y el Tío Morin giraba la vista al sobrino, en quien no había timidez, sino zozobra, porque no tenía la menor idea de lo que hablaba su pariente.

Entonces el Tío pasaba a la humillación explícita, diciéndome:

–Andy, por favor, explícales a mi hermano y a mi sobrino adorado quién era Aristóteles, la base de su pensamiento y por qué Alejandro Magno lo tuvo como tutor; cómo de alguna manera todos nosotros somos herederos de ese período. Bueno... quizás hay excepciones.

Yo lo hacía, porque era uno de los tantos temas que conversábamos con el Tío Morin, en un escabroso periplo que nos llevaba a la moral y a las costumbres de la Grecia Clásica, con el vínculo entre hombres adultos y aprendices varones con la confusa ambigüedad sexual del propio Alejandro. Reconozco que ya sea por mi vocabulario o la dicción casi perfecta, a los diez años, o por la serenidad con que hablaba, con que memorizaba los

acontecimientos históricos encadenándolos de la forma en que lo había explicado el Tío, o con asociaciones que yo mismo elaboraba, y él celebraba, dejaba al hermano y al sobrino embobados, con un odio incipiente que no hizo más que crecer en los dos años que siguieron.

Cuanto más me decía “explicales quién es Figari, el principal pintor del Río de la Plata, y por qué se especializó en negros esclavos y no en blancos cabezones como ustedes”, más me odiaban. Lo hacían con un odio avinagrado que les subía por el rostro, pareciendo mucho más atolondrados de lo que en verdad eran, porque el avasallamiento del Tío les inhibía cualquier razonamiento, por más elemental que fuera, y se limitaban a un “qué interesante”, “imirá vos!”.

Advertía cómo les perturbaba, al hermano y a su hijo, mi presencia, la furia que les generaba mi rostro angelical como los efebos griegos del jardín, cada día más, mientras Morin me acariciaba las rodillas, el muslo por debajo de la mesa, sin que ellos se percataran, dos “rústicos campesinos”, como en una ocasión les dijo, a las carcajadas: “un príncipe y dos rústicos campesinos que lo quieren asesinar”.

Un día nos llevó a un sector del Museo de planta baja donde estaban los retratos y fotografías de sus antepasados, padres, abuelos y bisabuelos, y otros viejos que se suponía que estaban emparentados. Hizo que el hermano Maurice se parara debajo del retrato de su padre, y yo debajo del autorretrato de su madre, Lía. “¿Qué opinás?”, le preguntó al sobrino.

Ruborizado, tuvo que aceptar, a regañadientes: “Se parecen”... El hermano al padre y yo a la madre.

De niño, el menor de los Morin, Jacques, sufrió poliomielitis, y sobrevivió con secuelas, la ligera renguera de la pierna izquierda, pero durante el tiempo de la duda sobre si quedaría tullido, la madre, Lía, dormía con el niño mimado acurrucado en su regazo, y esa consustanciación, ese vínculo fue lo que le dio los anticuerpos para derrotar al virus, según me contó.

En la visita del mes de julio de 1967, la séptima del año, el hermano Maurice no pudo resistirse. No solo porque Morin estaba más recurrente con lo de “príncipe” para acá, “príncipe” para allá, sino porque me había pedido que llevara un pijama, que saqué escondido de casa, que ahora Lesya colgaba de la cuerda junto al pijama del Tío, como le había ordenado Morin, para aprovechar el calor que gastaba con la leña: Maurice tomó coraje y le preguntó qué quería decir con eso del “príncipe”.

—El príncipe es el hijo de un rey —dijo el hermano, con el rostro congestionado—, y este es el hijo del chofer, que creo que era un rematador de baratijas.

Ese día el hermano estaba un poco más achispado de lo usual, eran las seis de la tarde y habría comenzado a beber a las dos, a las tres, preparándose para soportar, con estoicismo y alcohol en la sangre, lo que se había convertido en el suplicio de los lunes primeros de mes.

—No es el hijo del chofer, incluso es pariente de ustedes —le respondió el Tío, con una diabólica sonrisa.

Cada día más, el té con torta que preparaba Lesya y las masas de la confitería Colombo que traían el hermano y el sobrino se les atragantaban a padre e hijo.

Sabían que el Tío Morin era todo lo difícil que se pudiera imaginar, que los despreciaba, y que estaba convencido, en el fondo de su alma, que los dos no solo no enriquecerían el intelecto ni refinarían la sensibilidad sino que derrocharían el fruto de su vida en un par de años ("las fortunas no se pierden por gastar, sino cuando los idiotas se ponen a inventar negocios", solía decir), pero no podían creer que fuera a sustituir lo que indicaba la ley, o la fuerza de la sangre, por ese rubiecito de cabello encaracolado que nada tenía que ver con la familia, o, se enteraban ahora, era un enredado pariente por el lado materno que, en verdad, tenía en común con el Tío el color de los ojos, como él les recordaba, para atormentarlos. Una coincidencia, argumentaban ellos, que podía encontrarla en cualquier hijo o descendiente de un pobre diablo de origen europeo, un comunista ruso, un croata, o un italiano vendedor de fainá.

Yo los escuchaba y observaba la escena surrealista de la cuerda de tender ropa, en pleno Palacio, el pijama inmenso y el mío a su lado; cómo ellos los miraban y sudaban, tragándose lo que querían decir.

Se sabía que el Tío Morin siempre sería un solterón, nunca tuvo una mujer, por lo que se le tomó como alguien sin sexualidad, como un cura o un monje.

Desde que nació su hijo Alfonso, su padre lo celebró como en las monarquías se celebra la llegada del primer varón: por fin podría arrebatarse una tajada a su hermano superdotado, a quien ni siquiera celaba, porque los talentos se habían distribuido de forma tan despareja, y sus padres lo trataron siempre con tanto desdén y al otro con tanto esmero, que Maurice ni siquiera viajaba a Europa con ellos, para cultivarse, como sí hacían con Jacques, porque sería

“darles margaritas a los chanchos”, como reía su padre, a quien tanto despreciaba, mientras idolatraba a su madre, una mujer esbelta e ilustrada, Lía Feraud, aficionada a la pintura y al piano. Su hermano Maurice prefería permanecer en las estancias, en tareas rústicas, de hacendado o cazador, teniendo sexo con las hijas de los peones, como le gustaría a su padre. De la herencia de los padres, trashumantes millonarios, como era de esperarse, Maurice dilapidó su parte en una década, entre otras cosas porque se casó con una “casquivana con veleidades de parecerse a su suegra, Lía”, *Poupée*, que lo obligó a tener un piso en París, en *Île de la Cité*, entre otras excentricidades, donde hacían fiestas para competir con los millonarios locales, porque nunca pudo aproximarse a la realeza europea, de donde le surgió la insólita idea de fundar una fábrica de perfumes en Grasse, para competir con Chanel: el “*Poupée* N° 5”.

Si bien toda esa novela del príncipe Morin la inventó y la utilizaba exclusivamente para enardecer a su familia, como las caricias seguían, y papá se había enterado de lo del “príncipe” de boca del propio Maurice (se lo echó en cara, como si papá lo estuviera insuflando), algún día, más tarde o más temprano, surgiría el tema del heredero.

CAPÍTULO 12

El heredero

Cuando cumplí once años, y llegué a un metro y cuarenta de altura en el medidor de estatura del cuarto de baño (el Tío lo celebró como un logro colosal de su pupilo) apareció un personaje nuevo en mi vida, tal vez el más definitorio, que era a su vez el nuevo secreto: el “Pájaro Loco”, como le llamaba el Tío a su miembro, porque yo debía acostumbrarme a las transformaciones que inexorablemente vendrían con el desarrollo de mi cuerpo. Se cernió una sombra oscura en el cielo de mi cosmos.

Antes se abría la bragueta y se frotaba contra mí, sobre mi pantalón, hasta que comenzaba con el jadeo y la exhalación. Yo sentía que se frotaba algo duro atrás y luego las exclamaciones de gozo. Más adelante me quitaba el pantalón y lo hacía rozándose contra mi cuerpo, colocándolo entre mis piernas, y luego lo acompañaba al baño a que se lavara. Y poco después yo debía tenerlo en mis manos, junto a la suya, sacudiéndolo, no solo lo veía sino que lo sentía levantar vuelo, vibrar. La quinta etapa era explícita.

Papá entró a la sala con una escritura, de corbata y con el pulóver grueso, porque en su despacho hacía mucho frío, caldeado apenas con la estufita Olympus, cuando me vio, sobre la falda de Morin, de

espaldas a él, y advirtió algo nuevo, porque le pareció que el Tío estaba con la bragueta semiabierta, aunque él me acomodó sobre su falda para disimular. Papá sintió como un fogonazo, notó que había algo raro. Se quitó los anteojos de marco de carey, se restregó los ojos, como si no hubiera visto bien, como si los tuviera nublados por la confusión, frotó los cristales en su chaleco de lana, en un gesto mecánico, y se los volvió a colocar, todo un largo proceso para darle tiempo a su alma para asimilar lo que había visto o sospechado. La escena podía ser completamente inocente, si se trataba de un viejo achacoso, o podía no serlo en absoluto. ¿Habría explotado todo? ¿Ahora sí se atrevería a decirle que no me llevaría más a su casa porque no podía distraer mis estudios, porque, porque...? Pero papá no decía nada, absorto.

–¿Qué querías, Pardito? ¿Pasó algo?

Papá perdió por completo la concentración, no sabía cómo seguir, porque no había pensado qué hacer en una situación como esta, y cuando parecía que iba a poner de manifiesto su preocupación, su consternación, iba a exteriorizar su duda con el Tío Morin, su... no sabía cómo llamarle, porque no había encontrado las palabras adecuadas... el tigre no había perdido los dientes, el Tío Morin carraspeó y encontró la fórmula, que no solo anularía la preocupación sino que lo pondría de su lado, sepultándola.

–Pardito, tengo algo importante que decirte, sentate por favor.

Los *tempos* los manejaba a la perfección. Recuerdo a mi padre atónito, con su pose fortachona de exaficionado al boxeo, cuando tomó asiento. Entonces el Tío Morin se cerró la bragueta, como si se acomodara el cinturón, por un malestar estomacal, a la vista de mi padre, me bajó de su regazo, y mientras yo seguía armando las

piezas del mecano sobre la alfombra, lo que estaba haciendo antes de que me subiera a su falda, torres inmensas que permanecían erguidas, a duras penas, al borde del derrumbe, se lo dijo.

–Sabés bien, Pardito, que yo no tengo herederos. Me he pasado la vida pensando qué haré con esta fortuna que he amasado con el sudor de mi frente, para que no se pulverice en infinitas manos inexpertas, sin esfuerzo, sin ningún mérito. Y creo que encontré al príncipe que me sucederá, que, además, tiene allá en el fondo algo de mi misma sangre.

Papá no podía disimular la sorpresa, pero hacía todo por disfrazarla. Venía a blandir la espada y se enfrentaba con semejante escudo. Como si esto fuera un sueño, un ensueño diurno, el final de un camino que imaginaba muy lejos, desde hacía muchísimo tiempo, que no sabía cómo se iba a procesar, pero que de repente se concretaba, se tornaba tangible, real. En el momento más aciago, cuando él estaba por arrojar todo por la borda, justo en ese momento, en este lugar, en este instante, se produce el milagro. Porque si Morin planteaba esto, aquella sospecha de la bragueta no debía, no podía ser verdad.

Lo recuerdo perfectamente porque levanté la vista de la torre del mecano que ya tenía casi un metro de alto y alcancé a verlo. Adiviné en ese momento que papá, desde el día que me llevó por primera vez, ya creía, o quería creer, que esto podía ocurrir.

Pensé, cuando papá lo descubrió, un instante antes, cuando advertí pánico en sus ojos, que iba a poner fin a las visitas, confié en él una vez más. Sentí que me iba a quitar de esa relación que había dejado de ser ambivalente para tornarse confusa, y luego perturbadora, mortificante, llena de culpa y remordimiento. Ya se

había disipado la admiración, la aventura, el juego, en una argamasa emocional en la que yo no sabía si era un niño o una nena, o una mascota, palabra que a mí no me gustaba, un perrito, una perrita, mientras el Tío sonreía, meneando la cabeza: "Cada día más mariconcito". Pero todo se derrumbó, junto con la torre del mecano, que toqué sin querer con la punta del codo.

Primero fue muy sutil, muy hipotético: "estoy pensando en el tema de mi herencia", "sigo pensando, que al no tener herederos, salvo mi hermano y el botarate de mi sobrino, debo buscar otra alternativa" y finalmente "creo, Pardito, que tu hijo puede ser una opción, no digo la única, porque siempre pueden surgir otras alternativas, pero puede ser una posibilidad de convertirse en el destinatario de todo el trabajo que he acumulado, sería un final feliz para mí porque estoy seguro de que no solo no se perderá, sino que germinará. ¿Qué te parece, Pardito?"

Papá sopesó lo que iba a responder.

—Si a usted le parece, Morin (lo llamaba así, pero en casa era siempre Tío Morin), para mí, para nosotros, es todo un honor, no tanto por lo material sino por el homenaje, por la confianza que usted está depositando en nosotros, en...

El Tío Morin lo interrumpió.

—No es ustedes, sino Andy, que allá al fondo tiene el apellido de mi madre, y además el mismo color de mis ojos, mi ADN. Y como te acabo de decir, es una alternativa que estoy barajando, también manejo otras, porque quién te dice que mi sobrino no se enderece, es difícil, pero puedo intentarlo, hay tiempo, hay mucho tiempo... No tengo planeado morirme, ¿y quién te dice que no pase los cien años? Vos, con lo que fumás, posiblemente no estarás vivo.

Mi padre dejó de sentir preocupación por lo que pasaba entre el Tío y yo, como si eso no tuviera consecuencias, o mejor dicho, cerró los ojos por completo y no vio más nada, porque se convenció de lo que más le convenía, interpretó que tal vez no era la bragueta la que tenía abierta sino el cinturón, que le presionaba la cintura, tendría gases, indigestión (cuando se acomodó el cinturón Morin balbuceó: “¡Qué dolor de panza, esta Lesya con sus pucheros de gallina me va a provocar una obstrucción intestinal!”). Y no se preocupó si ingresábamos en otra etapa de la relación, en algo que antes no ocurría, y la forma que encontró fue no darse por enterado, no estar, no ver, no escuchar, no sentir. Los Tres Monos Sabios, el ciego, el sordo y el mudo, la estatuilla que le regaló el Tío Morin, de la casa de empeños.

A partir de ese mismo día, con semejante promesa, el Tío Morin podía demandar todo lo que quisiera, y lo primero que exigió fue que yo concurreniera todos los días hábiles de la semana, incluidos algunos sábados o domingos para ir al hipódromo, aunque este no era un programa íntimo sino social: dejábamos el Cadillac en el garaje de la calle Mitre y llegábamos caminando, yo tomado de su mano, con el largavistas inmenso colgado en el pecho, el ogro feo pavoneándose con un ángel rubio, como los hombres fatuos con las actrices de cine.

Cuando apareció ese secreto nuevo, su miembro, anulado por la promesa del heredero, al Tío Morin ya no le importaba que papá estuviera en el despacho contiguo, simplemente cerraba o entornaba la puerta, como si el salón de la estufa de piedra se hubiera convertido en un reducto íntimo. Y al mismo tiempo se cuidaba de que yo pudiera ratificar de alguna manera las preguntas que papá

me haría en relación al tema del heredero en el viaje de regreso, o en casa, simplemente para no calentarse la cabeza con las tribulaciones del rematador.

Fueron momentos duros en el salón del primer piso, esa habitación poblada de bibliotecas de madera, donde estaba el registro de buena parte de su fortuna, los infinitos títulos de propiedad con sus antecedentes, los contratos, que me mostraba y explicaba, así como me enseñaba la mejor forma de llevar el registro en los biblioratos, pero con la clara intención de que luego, cuando mi padre me preguntara, se lo confirmaría:

–Sí, el Tío me está haciendo un inventario de todos sus bienes.

–¿Y las joyas del anticuario? ¿Y las libras esterlinas de oro?

–También las libras, papá, de la Bóveda.

Faltaban muchos pasos, como se lo contó esa noche a mamá.

–Pero lo primero es lo primero, Quica querida: lo primero es la voluntad, y que lo haya manifestado en voz alta, a mí y en presencia de Andy. ¿Verdad, hijo?

Yo estaba en la mesa haciendo los deberes.

–¿Verdad, Andy? –repetía papá, en voz alta, ansioso, porque yo permanecía en silencio y él quería escuchar mi asentimiento, mi beneplácito, para serenar las aguas turbulentas que entrarían en ebullición cuando le comunicara que a partir de ahora yo debía ir todas las tardes al Palacio para “estudiar”.

–Es verdad –dije al fin, en voz casi inaudible.

El final se precipitaba. Papá había depositado toda la esperanza en una llama tenue que había que mantener siempre encendida, y esa llama tenue, aunque ninguno de los dos lo dijera, o lo pensara conscientemente, era el deseo que Morin tenía de mí.

El paso siguiente, para papá, era que lo del heredero se formalizara, y la única manera sería a través de un testamento, para evitar que, según la ley, recayera en el hermano. “Ya que estás tan ansioso, preparé un borrador por las dudas, sin apuro”, le dijo el Tío, como para sacárselo de encima.

CAPÍTULO 13

El testamento

Mi padre preparó el siguiente diálogo, el del testamento, durante días. Al principio manejaban diversas hipótesis con mamá (yo paraba la oreja, cuando estaba cerca, y los escuchaba), mientras papá contraargumentaba como lo haría Morin, en un ejercicio extenuante, como el ensayo de un examen, hasta que al fin se iban a dormir, cada uno a su dormitorio, porque cuando papá compró la parte de arriba de la casa, nos quedamos con tres habitaciones.

Mamá siempre fue más escéptica, pero papá le explicaba que no había que precipitarse, era necesario ir paso a paso, que se fuera haciendo a una idea de algo a lo que todavía manejaba con liviandad porque le costaría mucho. Una cosa era ser el heredero genérico, en teoría, para cuando se muriera, que él jamás visualizaba como algo real, y otra cosa era ponerlo en un papel, en un testamento, lo que significaba saberse mortal: “Pagamos como treinta cuotas de la casa de Atlántida y sin embargo sigue estando a su nombre”.

Papá comenzó a redactar un borrador de testamento en su Olivetti portátil, que leía y releía constantemente, y lo volvía a retocar, consultando siempre una copia de la planilla de las propiedades.

Después, en el Palacio, yo veía cómo papá titubeaba, conmigo de testigo, porque siempre creyó que mi presencia, cándida, limaba las asperezas y sensibilizaba al Tío Morin. Pero cuando venía la hora, yo había llegado del colegio y estaba junto al Tío en el salón del primer piso, sentados en el sofá de cuero, leyendo frente al fuego, cubiertos con una frazada en las piernas, o sea, perfectamente el Tío podría estar desnudo, o yo. Papá entraba, y yo me daba cuenta de que estaba buscando la oportunidad adecuada, que el Tío estuviera de buen humor, que no estuviera enfadado con algún negocio. Advertía cuando comenzaba un hilo del pensamiento que terminaría en el testamento; pero el Tío Morin desviaba la conversación para que nunca desembocara en un tema que le resultaba hartamente cansino. Pero a la vez le divertía sobremanera, como siempre, atormentarlo, como hacía con su hermano y su sobrino, teniéndome a mí como espectador, porque muchas veces yo sonreía. Por lo que más adelante me carcomía la culpa de haberlo inducido a creer que esa complicidad había sido genuina en toda nuestra relación, que mi vínculo con el Tío, a esa altura, seguía siendo como lo era al comienzo.

En lo que se refería a mí, el testamento abrió definitivamente la bragueta del Tío Morin, la sexta etapa, porque él lo interpretó muy claramente como que “una mano lava la otra” y yo estaba completamente indefenso. Ahora no era en su falda sino que me pedía que jugara con su “Pájaro Loco”, que lo tomara entre mis manos, sin las suyas, que lo frotara y explotara, mojándome. Después me llevaba a su cuarto de baño para lavarme, medirme y darme masajes.

En el Austin de regreso a casa, papá me decía:

–Andy, esto, todo esto será tuyo. ¿Lográs entender la magnitud... del sacrificio?... –esta última palabra la decía como si tuviera fuego, electricidad.

–¿A qué sacrificio te referís? –le preguntaba.

Papá se quedaba sin responder, con la esperanza de que el sacrificio fuera pasarse cinco tardes por semana con un viejo, de tenerlo como mentor, revolviéndome la cabeza, sentándome en la falda de pura ternura, acariciándome la espalda dentro de la camisa, porque fue lo que papá había visto, claramente, o cubrírnos con una manta las piernas por el frío. ¿Y esas exhalaciones, y esos grititos del Tío que escuchaba desde el despacho contiguo? Tal vez eran cosquillas, risas, satisfacción de un logro intelectual de su pupilo, ruidos ignotos que provenían del crepitar de las leñas en el fuego, leña verde, que traía un camión de alguna de sus estancias.

Una semana después, papá pudo decir la palabra envenenada: “testamento”. Esa vez no se amilanó, y largó todo el rollo que sabía de memoria: había que formalizar el tema del “príncipe heredero”, porque sin un testamento, ante cualquier “imponderable” (el único imponderable era la muerte de Morin) todo caería, inexorablemente, en el hermano y el sobrino Alfonso. Ya era hora de formalizarlo en papeles, que él mismo ya había redactado, como borrador, un documento mártir para que Morin destruyera y rehiciera, setenta y cinco páginas, como el mismo Morin le había encomendado.

–¿Ya tenés algo escrito? ¿Yo te lo pedí? ¡Qué impaciente estás, Pardito!

Tomaba los papeles que papá traía en un carpetín gris, echándoles un vistazo:

–¿Setenta y cinco páginas? Mirá que soy longevo, mis padres murieron con más de noventa y mi abuela materna, con ciento dos.

Desde entonces el tema del testamento se convirtió en un diálogo permanente entre mi padre y el Tío, lo que tuvo consecuencias funestas para mí, porque era evidente que el hecho de poder hablarlo explícitamente le daba al Tío Morin la posibilidad de aumentar el contacto conmigo, lo que coincidió (aunque nada del Tío era coincidencia) con que me había medido y pesado y estaba llegando a lo que él llamaba la altura y medidas ideales, porque correlativamente el ano podría dilatarse lo suficiente.

Era una negociación pura y simple, una subasta.

Papá comenzó a corregir infinitas versiones del testamento, que Morin enmendaba a mano, con lapicera fuente. Yo veía a papá escribiendo el documento en casa con la Olivetti y luego lo veía al Tío Morin marcando las correcciones, y en verdad lo hacía de forma tan meticulosa que papá se iba convenciendo de que era en serio, pese a que por regla general era un ir y venir entre las diferentes versiones, como si Morin se arrepintiera de una cláusula y luego la aceptara, para ganar tiempo, que era en verdad lo que estaba haciendo. Pero las correcciones que al Tío Morin le tomaban diez o veinte días, papá las enmendaba en una noche, que la pasaba en vela, y yo desde mi cama del primer piso escuchaba el teclear incansable de su Olivetti, como un piano tenebroso, reescribiendo las hojas corregidas. Al día siguiente el testamento estaba nuevamente redactado, con tres copias con papel carbónico, pronto para su aprobación. Así trascurrieron meses. Hasta que un día, el Tío Morin, ante la insistencia de papá, puso un plazo.

–Cuando Andy cumpla doce lo firmo y registro –dijo.

El objetivo de mi padre, a partir de entonces, fue uno solo: que llegara ese día con el documento firmado para presentarlo en el Estudio de los abogados y notarios Brown & Brown, el más renombrado de la época, quienes eran demasiado prestigiosos como para no comunicarlo al Registro de Testamentos, porque de lo contrario era letra muerta, una simple intención. El principal riesgo, que papá se lo repetía a mamá, conmigo presente como si no estuviera, era que el Tío Morin lo entregara en el estudio de los abogados y notarios Brown & Brown para luego pedirles que lo revocaran sin que papá se enterara. Y cuando mamá abría los brazos, como diciendo “¿y entonces, Tulio?”, papá le respondía que habría que pensar una solución también para esa contingencia: “Tengo conocidos en el Registro, de mi tiempo de rematador, que me lo dirán”. “¿Y volver a empezar de nuevo con la firma de Morin?”, preguntaba mamá. “¿No ves que esto es una locura? ¿Un testamento se puede presentar y anular infinitas veces? Entonces está todo atado con piolines”, se lamentaba. “El testamento es un acto esencialmente revocable, pero el premio es tan gigantesco que vale la pena el riesgo, es un imperio que se puede conquistar en forma incruenta, el trabajo mejor remunerado del mundo”, respondía papá, que se seguía enredando en el ir y venir, sin poder salir más de la jaula.

“El que no arriesga no gana”, le decía a mamá, que interpretaba que el riesgo se refería al trabajo sin horario, sin feriados ni vacaciones de mi padre con Morin. “Y al fin y al cabo, todo depende de Andy, de que lo convenza de que no solo conservará la fortuna sino que la multiplicará”. En paralelo, en esa cuenta regresiva, los masajes en la camilla del baño gigantesco –que cada día se parecía

más a una enfermería— se multiplicaban, pero ahora, antes de la sesión, me agregaba al té un polvillo blanco, “para relajar los músculos”, que me producía como una somnolencia placentera, una borrachera que hacía que incluso no recordara lo que sucedía, hasta quedarme dormido: el “polvo encantado”, lo llamaba.

En septiembre de 1968, papá hizo una pequeña celebración en casa. Yo no entendía el motivo y mi madre a medias. Mi padre blandía en su mano izquierda un manojo de papeles, el remedo de testamento, que Morin al fin había aceptado y aprobado, después de once versiones con correcciones. “¡Lo homologó!”, vociferaba mi padre, “¡lo homologó!”, porque el Tío le había puesto el famoso sello de bronce y tinta con sus iniciales: J. M. No tenía valor jurídico alguno, pero tenía valor simbólico.

Homologarlo, a su vez, quería decir algo terrible para mí, en esa carrera contra el tiempo, porque a partir de ese día, la séptima etapa, no solo debía jugar con el “Pájaro Loco” en mis manos para que explotara, sino que él lo lavaba con un jabón especial (no podía ponerle perfume porque le ardía, me explicaba) y yo tenía que ponerlo en la boca, y me mostraba cómo le gustaba a él, con dos helados de cucurucho que se mandaba traer con Pascal de la heladería Las Delicias, solo y exclusivamente para darme esa clase práctica, que la acompañaba imitándolo con mi propio helado de crema. Él había homologado los papeles (en realidad había homologado el número que alcancé en el medidor del baño) y yo había homologado a su miembro, aunque solía terminar vomitando en el wáter. Además comenzó a acercarse a mi ano: me pedía que yo aflojara mi cola y él se masturbaba tocándome, acariciándome, ampliándolo con los dedos, después que yo se lo había chupado.

En esa época, a la vez, el Tío Morin pretendía atormentarme de otra manera: "Sabés, Andy, que los niños, a determinada edad, se ponen feos, les brota acné en el rostro, desagradables granitos con pus, les crece la nariz, las orejas se separan del cráneo, pero a ti todavía no te ha sucedido, supongo que será el año próximo, cuando ya no te querré tener conmigo". Y entonces lo que más anhelaba era justamente ponerme feo, que surgiera ese acné purulento, que me creciera la nariz, las orejas; pero nada de eso ocurría. O dejaba de comer, o comía lo menos posible, para detener el crecimiento ineluctable y no llegar a la altura y el tamaño que él necesitaba.

En aquel entonces no se hablaba de estas cosas, el abuso sexual, la pedofilia, la pederastia, la corrupción de menores, y toda sospecha terminaba siendo mera especulación, la palabra del niño contra la del señor. Freud quedaba demasiado distante, o les sucedía como a mamá, que con ese catolicismo fervoroso ni lo sospechaba, y el psicoanálisis se convertía en apostasía, todo lo contrario de la fe, que requería culpa y perdón, mientras Freud era diagnóstico y terapia. Aunque ella a veces no terminaba de entender lo que sucedía, siempre culminaba con que las oraciones y el recogimiento eran la forma piadosa que tenía Dios para ayudarnos en nuestras tribulaciones.

Como no me venía el acné que el Tío había pronosticado, y mamá no me dejaba ponerme *brackets* en los dientes (como yo sugerí), tomé una tijera de su costurero, me encerré en el baño y me corté el pelo al rape. Cuando mamá me vio, se asustó, no entendía por qué lo había hecho, incluso me llevó de vuelta al baño y emparejó mi corte alocado.

Pero lo peor ocurrió al otro día, cuando Pascal me fue a buscar al colegio para llevarme al Palacio: al Tío Morin le fascinó mi nueva apariencia: "Sos tan lindo como siempre pero parecés más varón", me dijo.

Así se me fue dilapidando mi infancia, mi juventud, mi personalidad y mi destino. Si bien prácticamente no tenía amigos, al mismo tiempo seguí siendo misterioso y admirado, no solo entre mis compañeros sino con sus padres, que insistían para que sus hijos fueran mis amigos, debían invitarme a sus casas, a sus cumpleaños, de suerte que por una vía indirecta, me convertí en un niño popular, no popular con nadie en particular con quien tuviera amistad, o confidencias, porque siempre fui un sapo de otro pozo, sino popular porque querían invitarme para estar con ellos. Quién sabe, en un futuro podrían ser los abogados y contadores para manejar mi fortuna, o ingenieros y arquitectos para construir mis palacios, o agrónomos y veterinarios para administrar mis estancias...

Yo mantenía las formas cordiales, y cierto humor ácido con el que me defendía y abroquelaba, que todos festejaban, pero me daba cuenta de que la cercanía con mis compañeros tenía un límite, porque no podía permitir que se aproximaran a mi zona inescrutable, que incluso a mí me exasperaba. Me protegía convirtiéndome en sabio, o en cínico, controlando a los monstruos de la cabeza: sabía más que ninguno de todas las disciplinas, especialmente matemáticas, lo que me mantenía reconcentrado, y deslumbraba a mis compañeros, y así evitaba hablar de intimidades, porque podía desviar todos los temas hacia asuntos que a mí me resultaban inocuos.

¿Lo genético o lo adquirido? Morin me aseguraba que era genético, que a mí me gustaba ser transgresor, jugar con el “Pájaro Loco”, con su pito en particular, y yo no sabía si era verdad o era mentira, porque todo fue tan gradual, sin mi aquiescencia, o cuando todavía no sabía lo que era dar o negar mi consentimiento, que permanecía en una zona neutra, gris.

Quince días antes de cumplir doce, la fecha prometida, me llevó al cuarto de baño, me midió, me pesó, y faltaba un centímetro para las medidas que él consideraba perfectas, la octava etapa. Entonces, alborozado, tras cortar con una tijerita la cinta plástica para pegarla en la nueva marca, me hizo tomar el té con el polvillo blanco, me llevó a su dormitorio, una habitación enorme donde estaba su cama de soltero, antigua y señorial, con dosel. Me desnudó suavemente, mientras yo le decía que no, y él respondía “*shhhh, shhhh*, niño bonito”, me untó la cola con una crema y me hizo hacer una pirueta casi de gimnasta, como las del colegio: que me acostara boca arriba, él sobre mí, y pusiera mis piernas sobre sus hombros. Entonces colocó su miembro duro atrás, pero por más fuerza que hiciera en mi ano, no entraba, ni siquiera el glande, y me dolía muchísimo, por lo que gritaba y me puse a llorar, con lo que logré intranquilizarlo y ablandarle el miembro.

—No seas maricón, icarajo! —se irritó el Tío, como el día que me pegó con el revés de la mano.

Todavía no era el momento oportuno.

CAPÍTULO 14

Adolescencia

La celebración de mis doce años fue doble: una íntima, el día anterior, y la otra social, *pour la galerie*, como decía Morin.

La primera fue tan curiosa que nunca la terminé de entender.

Morin invitó "a toda la familia", o sea, incluyó a mamá, al restorán El Águila, el más elegante de Montevideo, en el ala Este del Teatro Solís, una construcción neoclásica de mediados del siglo XIX.

Me sorprendió que mamá aceptara la invitación sin titubear, sin preguntar siquiera de qué se trataba esta novedad.

Nos pasó a buscar en el Cadillac, con Pascal al volante.

Cuando llegamos, había una mesa reservada a mi nombre.

Como era la primera vez que Morin tenía una velada con mamá, advertí que intentaba cautivarla con los temas que a ella le interesaban (antes, en mis cumpleaños, nunca le prestaba demasiada atención) como había hecho conmigo a mis seis y siete años: los viajes infinitos, las anécdotas fastuosas, en los mejores hoteles europeos, los libros, la historia, todo salpicado con palabras o frases en francés.

Mientras comíamos, observaba a papá, orondo, disfrutando de lo que veía, y a mamá completamente embelesada, porque todo transcurría realmente como si fuéramos una familia tierna y

armoniosa, deleitándose con un “nieto” que sucedería a un multimillonario que lo adoraba, y en quien tenía cifradas esperanzas para el porvenir, por el bien de la humanidad, porque ese era el tono de la conversación, cuando el asunto se refería a mí, aunque era un relevo para mucho tiempo después, como si fuera otra etapa de la historia. “Nunca hay que olvidar la caridad cristiana –agregaba Morin–, porque el prójimo nos aporta trascendencia”. Jamás le había escuchado ese tipo de elucubraciones. “Hay que recordar el versículo de San Juan, «ama al prójimo como a ti mismo»”, remataba mamá.

El Tío se había sentado frente a mi madre, y me pidió que me pusiera a su lado, porque quería advertir los rasgos comunes de la familia Feraud, que habían desaparecido por generaciones (“con unas tías viejas que parecen vampiros y amenazaron con torcer el linaje”) y luego se expresaban de forma tan manifiesta no solo en el color de los ojos sino “en la expresión: los dos tienen la sensibilidad de mi madre Lía”, decía, extasiado, “en cambio mi padre era un ogro feo”.

Vino la torta de cumpleaños (dos mozos y una mujer de la cocina cantaron “que los cumplas feliz, Andy”) y a medida que se achispaban con el alcohol, con Morin dictando cátedra sobre los vinos, comenzó a manipular a mi madre ya no con historias, sino con gentilezas, con caballerosidad, con piropos. Los dos hablaban en francés, como si papá y yo no estuviéramos, hasta que, en el momento culminante, introdujo su mano en su chaqueta de *tweed*, sacó una cajita de joyas y se la entregó. Cuando mamá la abrió, me encandiló el brillo de los pequeños diamantes de los pendientes (otra joya de la casa de empeño).

Mamá no lo podía creer. Miraba a Morin, a las joyas, a papá, al antiguo rematador que asentía con disimulo, certificando, con una imperceptible caída de ojos, enmarcada en una sonrisa complaciente, que las joyas no solo eran genuinas sino de las más caras. Creo que nunca había visto a mamá tan dichosa, tan coqueta, tan bella, tan elegante. Se los colocó, quitándose las perlas que habían sido de su madre, para que Morin lo aprobara. “Una Gioconda”, dijo él. En mi cumpleaños, el regalo era para mamá. Incluso el Tío agregó una frase que me resultó enigmática: “Tu madre, Quica, tenía una de las mejores colecciones de diamantes de Montevideo”. ¿A qué se refería? ¿Conocía a mis abuelos?

–Y mañana, la fiesta apoteósica –remató Morin.

Recuerdo que en ese momento fui al baño y vomité, porque el Tío me había servido una copita de vino, que mamá aceptó que probara a regañadientes, con un amable rezongo: “No lo lles por los malos pasos, por favor, Tío”. Los “malos pasos”, claro, era la vieja adicción de mi padre. ¡Mamá tuteándolo, a diferencia de papá, y llamándolo “Tío”!

La segunda celebración, la “presentación en sociedad”, se hizo en el Palacio, como siempre. Como la llegada de la adolescencia es “la culminación de un proceso”, decía Morin, agregó, a los juegos, una función de cine y un espectáculo con una pareja de payasos. Eso fue lo apoteósico.

Pocos días después del cumpleaños, cuando faltaban cuatro milímetros para la altura fetiche que él tanto anhelaba (un metro y cincuenta y cinco), Morin me llevó a la gran torre de piedra. Me pidió que lo ayudara a acondicionarla, con la colaboración de Pascal, que fue quien subió, desarmada, una cama antigua, grande, con un

amplio respaldo de madera, así como una pequeña mesa y un tocadiscos, mientras nosotros nos encargábamos de nuestros papeles, libros, cuadernos, fotos que instalamos en las amplias estanterías de madera que cubrían las dos paredes sin ventanales, quitando lo que había, adornos antiguos, que Pascal llevó abajo y guardó en un arcón de trastos viejos.

Allí había ido el día que lo conocí, cuando les disparaba a las toninas, y otras muchas veces subimos para que les disparara a las aves migratorias que se aventuraban a descansar en el lago artificial del Palacio, comiendo el alimento de las gallinas de Lesya, hasta que le pedí que no matara más animales. Allí se desarrolló la penúltima etapa de mi humillación, nuestro penúltimo secreto.

Cuando la torre estuvo acondicionada como un dormitorio “de aventuras, un faro”, invitó a papá, que estaba escribiendo a máquina contratos en el despacho contiguo al salón de la estufa de piedra.

Papá subió y vio la cama tendida, las dos almohadas, la mesa con una veladora, con dos libros abiertos, los estantes con libros y papeles, un trinchante antiguo con espejos. Como adivinó que Morin y yo nos pasaríamos la tarde ahí, un reducto al que él no accedería (creo que papá solo había subido el primer día, y cuando el secuestro, con agentes de la Policía), se desesperó, y se decidió a plantear un ultimátum.

A partir de ahí, a la torre del Palacio la recuerdo porque quería que las gaviotas me rescataran, que me llevaran con ellas al mar, bien profundo, muy lejos del mundo que se deshacía a mi alrededor. La memoria me bloqueó por completo la secuencia, pero conservo recuerdos aislados, mezclados con fantasías, por lo que no sé qué es real o irreal; la vida se convirtió en bruma, con el “polvillo

encantado” que me confundía y adormecía. Recuerdo días de malabarismos en la cama, con los discos de Strauss, intentando lo que todavía no se podía, mis gritos de dolor, con las gaviotas alrededor, con la permanente penetración de los dedos, para acostumbrarlo, preparando la fiesta definitiva. Sentía que si abríamos las ventanas enormes, las gaviotas entrarían a la torre, y mareadas por el reflejo de los espejos, se estrellarían contra el trinchante, creyendo que el cielo continuaba; entonces quería que entraran y quería que no lo hicieran, porque eran mi rescate pero aquello podía ser la muerte de mis salvadoras, y mi perdición definitiva. No había escapatoria: el futuro siempre sería más sombrío que el presente, en un estado de sonambulismo, flotando entre galaxias.

También recuerdo que el Viejo se tornó hosco, hostil. Ya no eran los secretos lo que nos unía, sino el terror. Posiblemente antes también lo era pero se disipaba a través de amenazas ambiguas, que intercalaba con elogios alambicados y regalos; pero ahora yo me tornaba un adolescente rebelde, y él se volvía más belicoso, para domarme, para seguir manipulándome. Por eso mi mente me protegió y enterró casi todo lo que sucedió para no volverme loco del todo.

Yo me negaba a subir a la torre, porque sabía lo que significaba, hasta que me dijo, cuando papá no estaba, medio en serio y medio en broma, que si no hacía lo que me pedía, mataría a Bruna, la perrita; la mataría no, la quemaría viva. Estaba exasperado, fuera de control. Esto sí lo recuerdo con claridad.

—¿Quemarla, a Bruna? ¿Por qué?

—Porque sos malo y no querés jugar con el Tío...

Por eso la torre fue la etapa más siniestra de mi peripecia, como si subir escalones en el Palacio estuviera directamente asociado a trepar a mi cadalso.

Lo otro que recuerdo con detalles de esos días era la zozobra de papá cuando nos íbamos, preguntándome por qué nos instalaríamos en la torre, si había sido mi iniciativa, como le dijo el Tío. En verdad estaba preparando el ultimátum, porque ya se había cumplido la fecha pactada, mis doce años, aunque demoraba, no cumplía... ¿Por qué?... ¿Él también manejaba el *tempo* de los deseos de Morin?

–Para mirar el mar –respondía–. Las gaviotas quieren entrar en la torre pero se estrellarán contra los espejos.

Papá se asustaba:

–¿Por qué lo hacen?

–Porque están aterrorizadas –le decía.

Papá me miraba con el rabillo del ojo, manejando en el Montevideo anochecido, invernal, ¿de qué estaba hablando? Porque él ya no estaba preocupado: estaba desesperado. ¿Me estaría volviendo loco y él lo había propiciado? Papá y mamá hacía tiempo que murmuraban entre ellos sobre mi cambio de carácter, ellos le llamaban “los nervios de la salida de la pubertad”, pero no eran “nervios”, sino melancolía, rabia, horror.

Papá miraba con el ceño arrugado hacia delante, manejando, y volvía sobre las preguntas, a las que yo respondía de la misma forma, ambigua, impersonal, con monosílabos, o encogiéndome de hombros.

–¿Por qué tienen ese aparato como de hospital en el cuarto de baño?

–Es una báscula, papá.

El planteo del ultimátum fue, como todas las decisiones difíciles de papá, en mi presencia. Había pasado el día haciendo negocios en la calle. Lo que recuerdo fue que se aferró a mi cumpleaños: yo había llegado a los doce, la adolescencia, hacía más de un mes, y esa era la fecha en que el Tío se había comprometido a presentar el testamento, y como no se había hecho nada, no había cumplido su palabra, yo, Andy, el pupilo, el talentoso, el que "le había salvado la vida", Alejandro Magno, el "nieto", no concurriría más al Palacio. Punto. Fin de la historia, se terminó un proceso que duró seis años: ya no es un púber y a partir de ahora andará con jóvenes de su edad, varones y nenas, como todos los niños del mundo. Papá terminó su discurso demudado, exánime, en el salón de la estufa de piedra, el de los vitrales con figuras que ahora me resultaban siniestras, imágenes amenazantes. "Con Quica, su sobrina, creemos que es lo mejor para él".

Por primera vez en su vida papá perdió toda la ponderación que había cultivado en tanto tiempo de titubeos, porque nunca lo escuché con ese tono tan asertivo, como cuando en su tiempo de rematador daba "las tres últimas": era evidente que papá cumpliría la amenaza, mientras el otro lo miraba fijo, con ojos de halcón, de ave depredadora, encarnizándose con el ratón al que va a engullir. ¿Pensaban, los dos, que yo era un niño que no registraba, que no almacenaba todo, cada cosa en un cajón de mi psiquis: acá lo recordable, allá lo inconfesable?

Tras un largo silencio, el Tío habló, porque se dio cuenta de que esta vez lo decía en serio.

—Pardito, hoy sí que te vino la viaraza. ¿Por qué dudás de que no voy a cumplir lo que prometí?

Papá trastabilló por un momento.

–Tranquilo, todo se hará según lo acordado –agregó, antes de que papá respondiera–. No muerdas la mano que te da de comer.

Porque claro, papá ignoraba que Morin estaba por consumir su objetivo largamente preparado, fantaseado hasta la náusea, con el tamaño adecuado que yo aún no había alcanzado y él no iba a dar el brazo a torcer justo ahora, en el momento culminante.

En realidad, comprendí que a papá le asustó más el hecho de que yo estuviera perdiendo la cordura que la virginidad con un viejo degenerado, lo que al fin y al cabo no tendría consecuencias visibles.

–A partir de ahora, Andy no viene más –concluyó papá, y, en efecto, nos fuimos, no sin antes decirme que recogiera mi ropa, la que tenía en el Palacio.

Yo no lo podía creer, bajé las escaleras exultante. En el auto le agradecí a papá, lo besé mientras manejaba, le acaricié la cabeza, por primera vez desde hacía muchos años, del tiempo de los campamentos. Me sorprendió descubrir una calvicie incipiente sobre la nuca: su angustia lo envejecía.

Pasé cuatro días sin que me llevara de vuelta, poco antes del incendio, tal vez los más dichosos de mi vida, porque en medio de la melancolía, volvía a sentir que mis padres eran mis afectos incondicionales, lo que podía restañar la fractura de mi vida: en ellos encontraba un rumbo, un sentido.

Papá, en esos días en que no fui al Palacio, estaba más ansioso que nunca, yendo y viniendo, porque sus tareas laborales con Morin continuaban: el corte era exclusivamente con el niño, yo.

Comencé a disfrutar de asistir al colegio y hasta trabé diálogos más extensos con mis compañeros, que me miraban extrañados:

“Cómo cambiaste, Andy, qué suerte que te dignás a ser nuestro amigo”.

Pero el ultimátum de papá no dio resultado, porque una vez más Morin lo convenció de que sí, de que presentaría el testamento, o lo que fuere para dejarlo tranquilo, que accedería a sus demandas, por lo que yo debería volver al Palacio “solo para que apruebe con sobresaliente los exámenes de julio”, como exigió Morin, la manipulación definitiva, la última etapa. “Además la perra lo extraña. No come, lo espera echada junto a la puerta”.

Papá me pidió que me sentara frente a él en la mesa del comedor de nuestra casa (mamá estaba bordando en su dormitorio) y me repitió tantas veces y con tanta vehemencia de que era por uno o dos días más, y se acabó, definitivamente, como lo había “hablado con el Tío”, que incluso le creí, confié en él una última vez. Necesitaba vislumbrar un cambio radical y definitivo que me permitiera ver una luz al final del túnel de mi vida, por eso me aferraba a cualquier promesa de mis padres.

Y, efectivamente, el lunes siguiente volví a los brazos del Viejo, y a la tragedia: la inauguración de la torre.

Cuando llegué, Morin me midió, y había superado la medida fatídica en dos milímetros, cosa que lo trastocó por completo.

La torre estaba construida como una coronación del Palacio, frente al mar, en un lugar elevado, el punto más alto de las inmediaciones, en una curva de la rambla que se adentraba en el Río de la Plata, de modo que parecía que estuviéramos sobrevolando la arena de la playa, con las olas invernales y furiosas golpeando debajo, como en un buque, que dejaban su estela de espuma, salpicando agua helada.

La penetración fue lo que detonó todo, la muerte por dentro, como la intrusión de un puñal en mis vísceras. Si no hubiera ocurrido, en la cama de la torre, con la sola presencia de Bruna, nada de lo que siguió habría sucedido. Tal vez hubiera transcurrido más tiempo, y cuando ya fuera mayor, me hubiera rebelado, habría huido, no sé adónde, no sé cómo, pero me hubiera fugado. Pero estaba en esa edad intermedia, cuando podía rebelarme por dentro pero no podía hacerlo del todo. O tal vez, en poco tiempo, yo dejaría de ser apetecible para el Viejo, dejaría de ser un niño, o un púber, o un adolescente, y me transformaría en un joven, con vello en el bigote, con la nariz más grande y las orejas separadas del cráneo, como me había adelantado. En verdad no sé qué hubiera ocurrido, y es absurdo intentar imaginarlo.

Lo que terminó de definir la penetración fue lo que ocurrió con Bruna, que ya tenía tres años. Ese día que papá me llevó de nuevo, dos días antes del incendio, Morin trajo a Bruna a la torre, con el tacho de queroseno, el que Pascal usaba para cargar las estufitas Olympus. Papá recién había salido a cumplir con sus tareas.

–¿Seguís sin querer que el Tío juegue con tu cola, después de todo lo que tú jugaste conmigo? –me preguntó.

Porque ese era el argumento: yo había “jugado con él”, y ahora era su turno.

Yo asentí con la cabeza.

Entonces ensopó un paño con queroseno y se lo refregó por el rabo peludo a Bruna, y antes de que yo pudiera reaccionar, lo prendió fuego con un fósforo y la cola ardió de inmediato y se propagó hasta el ano, aunque logré apagarla con una colcha, desesperado, mientras ella chillaba y gemía como nunca había

escuchado llorar en mi vida, ni a un animal, ni a un niño. No era solo por el dolor, sino porque no entendía qué había sucedido, escondiéndose entre mis piernas, con la cola como un tubo en carne viva, con un olor a quemado que me quedó impregnado en el olfato hasta el día de hoy. La perrita... era yo. La curé con una pomada que me dio Lesya (que ni siquiera preguntó qué había ocurrido con esa perrita que no paraba de gemir cuando le pasaba delicadamente la pomada), la vendé con gasas, y a partir de entonces Bruna se pasó todo el tiempo debajo de mis piernas, sin comer, sin tomar agua, gimiendo de tanto en tanto, mirando a Morin con los ojos entornados, mientras él me pedía disculpas:

–Me enloquecí, sabés que a veces pierdo el control, tú me trastornás, Andy, isos tú, fue tu culpa!

O sea, como él lo relataba, yo también era responsable de que hubiera perdido los estribos, porque había propiciado algo que luego no supe culminar.

–Si no me das este pequeño reembolso, la llevo al patio de abajo, la rocío con queroseno y la prendo fuego...

Y luego:

–Es una broma, Andy. Sabés que a mí me gusta asustar niños y reír, disfrazado de Drácula.

Me explicó que sería nuestro último secreto, que poco a poco me dejaría de doler y me gustaría, cada vez más. “Es mucho más normal y frecuente de lo que pensás”.

No dije que sí ni que no, pero comprendí por qué me había regalado la perrita, con el tiempo adecuado para que yo la quisiera más que a nadie en mi vida: con ella de rehén, yo haría todo lo que él quería.

Me puso el doble del polvillo blanco en el té, para aflojar los músculos que tenía agarrotados, me llevó a la camilla para darme masajes, adormecido, y luego a la torre. Colocó un disco y me volvió a mostrar la forma de hacerlo, que para eso era la amplia cama, con aquel malabarismo de gimnasta.

Bruna se refugió debajo de la cama.

Yo debía acostarme sin calzoncillos boca arriba, él subía sobre mí, desnudo, yo colocaba las piernas y los pies sobre sus hombros, para abrir lo más posible el pequeño orificio, "porque tu culito sigue siendo diminuto", mientras él lo untaba con vaselina, y luego la penetración, el vaivén, el jadeo, su explosión...

La violación del 16 de julio de 1969 fue demasiado dolorosa, y fundamentalmente anteví lo que representaba para el Viejo: la verdadera apoteosis, el placer supremo; o sea, eso se prolongaría por un tiempo indefinido, que para mí era infinito, porque lo que me había asegurado mi padre, lo de "un día o dos" era, definitivamente, otra mentira.

El alarido placentero del Viejo Morin fue estentóreo, estremeció al firmamento, hasta tal punto que todas las gaviotas de las inmediaciones acudieron a mirarme, porque los ventanales de la torre no tenían cortinas, ni persianas, era a cielo abierto, sobre el mar, como un faro, un mirador.

Morin me consolaba, mientras yo lloraba, diciéndome que no lo había hecho antes de bueno que era, para no lastimarme, porque yo era demasiado niño, demasiado pequeño, demasiado estrecho, pero ahora había crecido y esta conexión de los cuerpos nos uniría para siempre.

Esa nohcecita, cuando regresábamos en el Austin con papá, y me preguntó, titubeando, qué habíamos hecho, le dije:

–Una gaviota entró a la torre por la ventana abierta y se estrelló contra un espejo y permaneció tirada, muerta.

Papá pensó que estaba definitivamente loco.

–No vuelvo más –le agregué, seco, cortante, con un tono y una firmeza que jamás había tenido.

No le expliqué el motivo. Me moría de culpa y vergüenza pero ya no tenía temor. Ni siquiera tenía miedo de morirme: vivir o morir me era indiferente. O mejor dicho: me seducía desaparecer en el cosmos, si Bruna se fuera conmigo. Papá se dio cuenta de que esto era distinto, advirtió algo nuevo, aunque no sabía lo que era.

Entonces ocurrió algo que me costó mucho tiempo entender, porque papá hizo lo que jamás había hecho. Dio media vuelta con el auto, con ímpetu desusado, y regresó al Palacio, preso de intenso furor, de determinación. Incluso fue diferente porque no me hizo bajar con él para enternecer al Tío sino que quedé en el Austin, a las ocho de la noche. Habló con Morin, quince minutos, y regresó satisfecho, jactancioso, pero lleno de misterios. Era un papá que nunca había conocido.

–Un día más, Andy, uno solo. Te lo juro por Dios.

CAPÍTULO 15

El incendio

¿Nadie se dio cuenta de que yo podía reaccionar?

Nadie supo jamás todo lo que intenté. Cuando quise irme, fugarme del país, sin nada más que la ropa. Cómo analizaba el manual de química y buscaba en el laboratorio del colegio toda suerte de sustancias que pudieran envenenarlo, para ponerle en el té, antes de que Lesya lo trajera, como él hacía conmigo con el “polvillo encantado” para adormecerme. No hubiera sido imposible, pero sí difícil, porque Morin tenía una salud de hierro y era desconfiado, olía toda la comida o la bebida y sabía identificar aromas curiosos, era paranoico con relación a los alimentos descompuestos, o con la fecha vencida, cuando nadie lo hacía. Yo había encontrado unas sustancias que, combinadas, producían intoxicación; estudié todo lo que pude al respecto y las dosis. Incluso quise probarlas antes en ratas, en mi casa, pero llegué a la conclusión de que Morin lo advertiría. Incluso fui consciente de que el Tío tampoco estaba del todo seguro de mí; él advertía que yo a veces le seguía la corriente pero que no era enteramente genuino, ya que él mismo me había enseñado, con el ejemplo, los infinitos pliegues de la mentira.

Yo ya no tenía seis, siete, ocho, la infancia cándida; nueve, diez, once, la pubertad ambigua, confusa y crecientemente atemorizada, que en mi caso fue un infierno; sino doce, la incipiente rebeldía. ¿Nadie se apercibió de que yo podría reaccionar? ¿No se percataron de que a esa edad ya tenía no solo más tamaño sino también más conciencia y, fundamentalmente, más voluntad? ¿Él no pensó que las amenazas, aquel remordimiento que quería inocularme de que era mi iniciativa, ahora no surtiría tanto efecto, y podría actuar igual, aunque me siguiera perturbando desde el inconsciente? ¿Acaso el propio Morin no me había enseñado a planificar, a hacer jugadas con antelación, a articular minuciosamente los pasos a seguir, con el ajedrez como modelo, tomando en cuenta todos los posibles movimientos del contrincante? ¿No me repetía, siempre, aquella frase de Robert Louis Stevenson, uno de nuestros autores preferidos, que “las mentiras más crueles a menudo se dicen en silencio”?

Morin llegó a pensar algo más, aunque no estaba del todo convencido: supuso que me había subyugado. ¿Creyó, de verdad, que yo era su criatura; su narcisismo lo llevó a pensar que yo era él mismo, su proyección, que nuestros múltiples secretos nos fusionaban en uno solo? ¿Que apenas faltaba doblegarme la voluntad en este último trance?

Mi padre me volvió a entregar el 17 de julio a las cuatro y diez de la tarde, después del colegio. Papá no bajó y me anunció que me iría a buscar de tardecita, antes de que se hiciera la noche. “Te lo juro por Dios”, blasfemó desde el auto cuando bajaba, por segunda vez.

Pero yo no estaba dispuesto a permitir que sucediera de nuevo y me fui antes de que él me viniera a buscar, caminando las casi

treinta cuerdas hasta mi casa, bajo la lluvia.

Llegué a casa a las cinco y media y mamá encendió la radio a las siete, cuando solo hablaban del incendio. “Gracias a Dios, gracias a Dios hoy no fuiste”, exclamaba mamá, boquiabierta, abrazándome, besándome, llorando, mojándose con las lágrimas, mientras escuchaba los pormenores truculentos, con la mano en la boca. “¡Es un milagro, es un milagro que estés aquí!”, gritaba. “¿Andy querido, tú alguna vez subiste a esa torre?”, “sí mamá”, y más se asustaba, “tenés olor a pelo quemado”, me decía. “Estás sugestionada”, le respondía, mientras el periodista de la radio relataba lo que veía, y hacía todo lo posible para pintar de la forma más vívida y truculenta, como si se tratara de un radioteatro del horror, lo que veía, porque todavía vivíamos en la era de oro de la radio: insistía en describir el cuerpo calcinado del multimillonario acurrucado en un rincón, con una mancha roja en el estómago hinchado y un armazón de metal apoyado en el suelo y cruzado entre sus manos: un fusil. No faltaba nada para que el relato se convirtiera en folletín de una tragedia espeluznante.

Los bomberos andaban con cuidado, porque las municiones siguieron detonando durante mucho rato, en particular las que estaban acondicionadas en cajas metálicas, a medida que se llegaba a la temperatura de ochocientos grados de un horno, y las balas podían disparar para cualquier lado. Y, para mayor espanto, cada tanto se escuchaba en la radio una explosión, lo que le daba más emoción al relato, ya de por sí por demás fantasmagórico.

Papá llegó a casa poco después de las ocho y traía la primera edición de *El Diario de la Noche*, porque en aquel tiempo los diarios competían por velocidad, a cuál llegaba primero, *El Diario de la*

Noche o El Plata, mientras la radio seguía, sin moverse del lugar, porque no había ni habría una noticia más horrorosa, salvo a las ocho y treinta, cuando pasaban los números ganadores de la quiniela, pero luego continuaba como si estuvieran relatando un partido de fútbol, de los que Uruguay había sido campeón mundial dos veces y dos en las Olimpiadas, además de varias veces campeón de América. Y esto era como un campeonato, pero al revés: la venganza de los perdedores, el "repechaje".

No bien entró, papá me miró con zozobra, me abrazó, temblando como una hoja y se puso a llorar, moqueando, mojándome. Comenzó a confundirse desde un primer momento: "¿A qué hora llegaste, Andy?", porque el susto, la adrenalina lo llevaban a mezclarse en un fárrago de contradicciones, de emociones cruzadas, de terror, mientras mamá lo miraba absorta, sin entender lo que decía. Al fin yo le fui dando forma a la mentira: "Yo estaba contigo, papá, hoy no fui a lo del Tío; tras el colegio te acompañé a una cobranza y luego me dejaste en la esquina de casa porque te faltaban otras dos, ¿te acordás?". "Claro, claro", decía papá. "Es que esta tragedia me confundió, Dios mío, qué locura". Y mamá metía el dedo en la llaga: "Tulio, estás loco, ¿estuviste tomando de nuevo en el Mariño Bar? ¿Justo hoy?". Demostraba estar todavía más asustada que su marido, porque se daba cuenta de la inconsistencia de mi padre, constataba una vez más que, en momentos de zozobra, el hombre con el que se había casado no servía para nada. "No sé, no sé, pero Pascal podía haberlo llevado al Palacio, iqué sé yo!", argumentaba mi padre. Se atragantaba, se atoraba, se confundía. Entre el fuego y el humo no veía nada con claridad y no decía nada coherente, como si las llamas y las explosiones no fueran en el

Palacio sino en casa, en su mente, en el *living* helado, sin la estufa de leña que ese día nadie tuvo tiempo ni ánimo de prender, porque no querían ver más fuego, hasta un extremo tal que mamá sentía que yo tenía el pelo chamuscado.

Papá había llegado al Palacio a las seis y cuarenta y cinco, había cerrado dos préstamos e hizo una cobranza, y cuando se aproximaba con el auto, vio, por encima de los árboles de la calle Puntas de Santiago, la humareda que ascendía y se perdía entre las nubes, en el comienzo de la noche, encapotada y con lluvia. Aceleró con el corazón en la boca, a punto de estallar, y se encontró con dos carros de bomberos, un patrullero, policías corriendo de un lado al otro y vecinos en la vereda y en la calle. Algunos periodistas habían entrado por los fondos del parque, donde estaban las caballerizas, pero los bomberos no permitían aproximarse, salvo a uno o dos, de los más populares, porque temían que se desmoronara la torre, o cayeran las rejas, los ventanales, o la mampostería, como efectivamente se desprendieron unas gárgolas esculpidas en la altura, afectadas por el calor. Bajó del auto, corriendo aturdido, empujando para que le dejaran entrar los bomberos y los policías, a quienes atropellaba, fuera de sí, pero no lo dejaban, y gritaba, “¡Andy, Andy!”, y quería introducirse entre las llamas cubriéndose la cabeza con el impermeable. Lesya, que acababa de llegar con Pascal, en ómnibus, y estaban afuera, aterrorizados, me contó después que papá fue detenido por los bomberos y los policías, mientras lloraba y gritaba desesperado.

Hasta que en determinado momento papá se iluminó, vio los agujeros explosivos en la pérgola, en los que nadie repararía, salvo alguien que conociera que eso no existía, las dos estatuas de los

efebos destruidas, con los trozos de mármol desparramados alrededor, los rostros angelicales hechos añicos, los pedazos partidos de los macetones entre las gárgolas destrozadas, y miró desde allí a la torre, y entendió algo que nadie jamás entendería. Entonces la mente le hizo un chisporroteo y cayó en la cuenta de su verdad, al menos de un aspecto de la verdad. Puede ser que en un primer momento papá se hubiera confundido, y efectivamente pensó que yo estaría adentro y quería entrar a quemarse él para rescatarme a mí, algo épico, irracional, el amor que jamás me explicitó desde que yo era muy niño; pero de repente todo se le aclaró, fue algo más que una corazonada. Y entonces, en lugar de correr hacia el fuego, prepoteando a los policías, poniendo de manifiesto la fuerza del boxeador *amateur* que fue, corrió hacia el otro lado, a la casa vecina, en la manzana del costado, donde lo conocían, la familia Valentín, que a veces pedía para que un viejito en silla de ruedas con un enfermero uniformado de blanco recorriera el parque, quien siempre traía una bolsa de maíz para entretenerse dándoles de comer a las gallinas, y pidió para usar el teléfono.

Llamó a casa destemplado, lo atendió mamá, que todavía no sabía nada. Papá preguntó por mí, anhelante, como si la vida se le fuera en un suspiro, "¿Tulio, qué te pasa?", y confirmó su sospecha, sí, yo estaba en casa: "Está acá a mi lado leyendo, ¿quieres hablar con él?". "No, no", decía papá, "no, no... hay un incendio en el Palacio". "¿Un qué...?". Entonces mamá prendió la radio y yo paré la oreja. "¡Un incendio!", gritó mamá. "¿Un qué?"...

Tras un momento de hesitación, cuando quería atravesar las llamas, ahora papá se enteraba de que yo estaba en casa, o sea que no, que no había sido un accidente, como todos en la vereda decían,

o un asalto. “¡Pobre viejo chiflado!”, se comentaba en conversaciones cruzadas, alucinadas.

Por eso, a mi padre se le fue el miedo de golpe y lo sustituyó el espanto, la incredulidad de que su hijo, el de los bucles dorados, hubiera cometido semejante desmesura. ¿Entonces la relación del Tío Morin conmigo no solo no era inocente como él creía sino que era truculenta, despiadada? ¿Se había equivocado de cabo a rabo?

Se fue dando cuenta, gradualmente, para su desesperación, de que él, en el fondo, había encendido la chispa del fuego que consumió la torre y una parte del Palacio. ¿Verdad que sí, papá? Era eso lo que yo pensaba, abrazado, estrujado, ahogado entre sus brazos, mojado por sus lágrimas.

Era cierta la posibilidad que mencionaba papá en su confusión, mintiéndole a mamá: Pascal me había venido a buscar a casa, por órdenes del Viejo, unas cuantas veces, cuando papá no estaba. Morin llamaba a mamá por teléfono y mandaba al *chauffeur* a buscarme, y todas las veces mamá me acicaló muy bien, hasta me perfumó con su colonia francesa, mientras le servía a Pascal un café o un té en la cocina. No, no era tan raro, tan extraordinario.

¿Nadie percibió mi frialdad? Papá sí notó perfectamente que ni siquiera miré el diario que trajo, uno idéntico a la primera edición que ahora tengo conmigo, en la biblioteca de mi apartamento, observando la estatua imponente de granito, el Viejo entregándole un libro a un niño de pantalón corto. Sublime cinismo, Andy... Anoto títulos en una agenda con tapas de cuero: El principio del fin, El limbo, El árbol genealógico, El entierro, Papá, Mi cumpleaños, El Soberano de Oro...

“Un incendio en un Palacio de un país republicano, sin castillos ni nobleza”, decía el informativista de radio Carve, desde el estudio, aportando contexto al melodrama, floreándose con su dicción alambicada, mientras el reportero, desde el lugar de los hechos, enardecido, con los ojos rojos y la voz ronca por el humo, entrecortada por la emoción, con el sonido ambiente del lugar, aportaba el ribete macabro, hacía el verdadero radioteatro, la redención para la gente común, porque no todos los días muere un multimillonario en un accidente tan pedestre, calcinado por un tropezón. Justamente Jacques Morin, el famoso prestamista al que medio mundo le debía dinero. Y cuando descubrieron que lo que tenía cruzado sobre el cuerpo era un fusil, con el que al principio se especuló que se había suicidado para evitar el suplicio del fuego, más melodrama todavía.

Los bomberos no habían logrado extinguir el incendio del todo, porque solo podían aproximarse al lugar con las mangueras desde afuera, o desde un ángulo muy estrecho próximo a la puerta de la torre, por las explosiones, como si alguien, desde el interior, se estuviera defendiendo de la Parca a balazos, como decía el reportero.

Los bomberos y los policías dedujeron, como primera hipótesis, que él había subido a la escalera de metal que el chofer y Lesya aseguraron que había, para llegar a los anaqueles más altos, donde estaban los libros, los cuadernos, los papeles; habría trastabillado y caído aparatosamente con la escalera, más de cien kilos de peso, uno ochenta y cinco de estatura, fuera de forma, con más de setenta años, volcando la estufita, de la que sobraba la estructura de metal, que desparramó el combustible formando una llamarada que

lo alejó de la puerta. De la escalera metálica solo restaba el esqueleto, los herrajes y los tornillos.

Cuando papá escuchaba las especulaciones: que tal vez se habría volcado una estufa de queroseno, me miraba...

Al día siguiente, cuando tuvo que ir a la comisaría, papá mintió, de principio a fin, porque sabía que tenía que preservar a su cómplice, yo. No dijo a la policía que me había llevado al Palacio, ni siquiera me mencionó, pero sí aseguró que él había ido, o sea él era el único sospechoso, si se incrementaba la hipótesis del homicidio, porque era muy confuso lo del fusil de Morin entre sus manos. Papá además tenía una buena coartada, las cobranzas, las horas en que estuvo con los clientes, con ellos como testigos, con los documentos firmados y fechados.

A la postre la policía no le pidió para probar la coartada, ni habló con los clientes, que, si lo hubiera hecho, la habrían confirmado. Tampoco les dijo que yo estaba con él cuando hizo la primera cobranza, esa mentira la reservó para mamá.

Papá me miraba, desviaba la vista y seguía mirándome, de soslayo, porque yo estaba con una serenidad pasmosa, que no se compadecía con la tragedia.

Era un sobreviviente y estaba disfrutando de haberlo logrado. Salía herido, con huellas indelebles en mi alma, pero estaba liberado para crear una realidad alternativa.

La interpretación que hicieron en el primer momento, de que se quiso pegar un tiro para evitar el dolor de quemarse vivo, se anuló al segundo día, cuando hicieron la autopsia, porque el cráneo estaba entero, y entre el resto calcinado del torso no había un orificio de

bala: Morin había muerto, efectivamente, de asfixia y por las quemaduras terribles en todo el cuerpo.

Radio Carve manejó ese primer día otra especulación de la policía: un atentado de los guerrilleros tupamaros, que ya lo habían secuestrado, y que ahora lo asaltaban. Pero en este caso Morin se habría defendido con el fusil, porque el prestamista tenía armas y sabía usarlas. Pero los bomberos afirmaron que las puertas exteriores estaban cerradas con llave, tuvieron que abrir la gran puerta del fondo con un hacha, y los empleados, el chofer Pascual y la empleada doméstica, la rumana Lesya, aseguraban que no se habían llevado nada. ¿Se trataría de una venganza...?

Los guerrilleros desmintieron la noticia en el acto, con un comunicado que tenía su sello, la "T" envuelta en la estrella de cinco puntas, como el logotipo de Texaco. Todavía no habían matado a nadie (como harían poco después), y Morin no sería el primero, porque quién sabe si el Viejo habría dejado en algún lugar secreto la información confidencial que tenía de la guerrilla, si lo mataban: la ubicación exacta de la *Cárcel del Pueblo*... Ellos también tenían miedo de Morin, incluso después de muerto.

¡Cómo te faltó un confidente, papá! El único que encontraste fue la botella, en el Mariño Bar, conmigo a tu lado.

Papá me miraba fijo, con sus ojos castaño oscuro al centro de mis pupilas, que no titubeaban, como repasando la mentira, que no se fuera a confundir nunca más, con ningún otro interlocutor: él me fue a buscar al liceo, y en lugar de dejarme en el Palacio, lo acompañé a hacer una cobranza, justo el día en que se produce la tragedia, el incendio que se llevó consigo, calcinado, al Tío Morin. Qué mala suerte para el Tío, porque yo podría haberlo salvado, y al mismo

tiempo qué buena suerte para mí, porque me podía haber quemado con él. Una mentira para la policía (papá me había ido a buscar al colegio y me dejó en casa, a las cuatro y veinte) y otra mentira para mamá.

Como mamá a veces dudaba, yo le puse el broche de oro a la coartada, en un murmullo a su oído, mientras papá me miraba azorado, como si leyera mis labios: "Me dejó en casa porque quería tomarse una copa en el Mariño Bar, no era por las cobranzas". Y mamá meneaba la cabeza, como diciendo: "¡Justo hoy, Tulio, qué hombre inútil!".

CAPÍTULO 16

Airearse

Poco antes de las nueve, papá le dijo a mamá en voz baja que quería consolarme. “La muerte del Tío, te imaginás qué golpe para Andy, voy a sacarlo para que se airee”.

En verdad, papá quería hablarme a solas, por eso me pidió que lo acompañara a dar una vuelta. Mamá no quería moverse de la radio, y menos aún de un programa especial que darían a las nueve en la televisión, sobre el incendio y la vida del fallecido ilustre; pero cuando subimos al auto, y abrimos la puerta del garaje, nos acompañó hasta afuera, cuando recrudecía la llovizna, y nos dijo, como nunca antes: “Tengan cuidado, manejá despacio, Tulio, llueve, las calles están resbaladizas, no se ve nada, ¡qué oscuridad! ¡Dios mío, el Tío Morin!”. La vida era frágil, una pluma en un vendaval.

A partir de ese día comencé a ir casi todas las noches al Mariño Bar, a acompañarlo a que papá se desahogara, como me pedía.

Diez minutos después, con la noche brumosa de julio, pasando el Carrasco Norte empobrecido, en el límite con Carrasco, el verdadero, el espléndido, el suntuoso, con grandes casas enjardinadas y techos de tejas coloniales, llegamos al bar que él frecuentaba, el Mariño, pobretón, muy frío, donde un canillita ponía afuera, en una terraza techada con chapas, sobre una silla de metal, la pila del diario más

popular de la época, *El Diario de la Noche*. Eran muchos los vecinos de Carrasco Sur que venían a comprarle el diario, en auto, a pie, a veces en bicicleta. Incluso algunos, los más sofisticados, venían a caballo, porque salían a cabalgar de nohecita, luego de llegar del trabajo, ya que próximo estaba el Club de Polo, donde había caballerizas y pistas de equitación, y Carrasco era como un balneario alejado en esa Montevideo que fue plácida, con vehículos que circulaban sin apuro, aunque ahora la ciudad estaba conturbada por la guerrilla, que se había encarnizado con la "oligarquía" del barrio más adinerado de Uruguay.

Esa noche, como nunca antes, buena parte de los que compraban el diario con la noticia bomba se quedaron a leerlo en el Mariño, tomándose una copa, porque el bar estaba a unas quince cuadras del Palacio, y era como una parte física de la noticia, hasta tal punto que algunos incluso montaban al auto e iban al Palacio para ver cómo había quedado, y regresaban al bar para contarlo.

Hacía como ocho años, a ese diariero, Cholo Cuevas, lo mordió un perro dóberman, y terminó en casa, para que papá y mamá le curaran la pantorrilla. Fue entonces que se trabó la relación con papá, o al menos fue cuando yo lo conocí, porque lo curaron entre los dos, mientras yo miraba y escuchaba: papá le levantaba el pantalón y mamá lo curaba. El canillita contaba que ese dóberman lo perseguía todos los días, cuando él hacía la entrega de los diarios vespertinos a domicilio en bicicleta, en la noche opaca de Carrasco, con calles de balasto encharcadas, sin ninguna iluminación. Primero hacía la entrega a los suscriptores y luego esperaba, en el Mariño Bar, a los que quisieran comprarlo ese día, en particular, por la habilidad que tenía ese periódico para titular, en especial las noticias

policiales, que en los últimos tiempos habían sido sustituidas por las andanzas de los guerrilleros, los “sediciosos”, como les llamaba.

En ese momento entendí que entre papá y él planificaron la forma de solucionar el problema. Siempre pensé que lo habían envenenado, pero nunca supe nada más del asunto, hasta que un día escuché que lo habían hecho sin que nadie se enterara, de noche, en la furgoneta, papá y Cholo Cuevas. ¿Habrían envenenado al perro dóberman, y lo planearon en el Mariño Bar?

Luego volví a ver al canillita en un par de oportunidades, cuando pasaba a cobrar una vez al mes el diario *El País* que dejaba en el Palacio todas las mañanas, cuando Lesya le pagaba.

Entramos al bar y papá le dio la mano a Cholo Cuevas, quien murmuró algo que no entendí, pero advertí claramente que me echó una mirada compasiva.

Manolo Mariño estaba pegado a la radio, como todos los parroquianos. Le palmeó el hombro a mi padre, como dándole el pésame, porque claro, donde se estaba incendiando era donde trabajaba, qué desgracia, qué mala suerte que tenían los pobres, parecía decirle con la mirada de perro apaleado, con un ancho bigote encanecido y el pelo raleado, con un saco blanco como de enfermero, con manchas negras, de humedad, pero era como si fueran de sangre y de pus, como si viniera de la guerra por la supervivencia.

Yo había ido un par de veces antes con papá a ese bar que permanecía casi siempre vacío, pero que ahora estaba repleto de parroquianos, que seguían llegando, ocupando todas las mesas de mármol, lo que hizo que Manolo Mariño trajera más mesas de la trastienda, las que estaban rotas, reparadas a medias, con sillas

desvencijadas o remendadas sin esmero, y más gente entraba, hasta transformar el boliche en un loquero de gritos, ruidos de vasos, charlas cruzadas, porque Mariño tenía la radio prendida a todo volumen detrás del mostrador y la televisión contra la pared del otro lado anunciaba el inicio del programa especial, con noticias complementarias o contradictorias sobre el mismo tema, porque todo era un caos.

Cuando comenzó el programa a las nueve, Manolo bajó el volumen de la radio con todos hipnotizados mirando el televisor, un RCA Víctor de los mejores que vinieron al país, que era la mayor gloria de Manolo Mariño, y que, casualmente, lo había comprado unos días antes, ¡qué coincidencia! En realidad lo que hacía el programa especial de Canal 10 era leer noticias, con unas pocas imágenes, que muchas veces eran fotos, con pocas películas en 16 milímetros, casi veinte años antes del video (aunque pocos días después, el domingo 20, se vería en directo la llegada del hombre a la Luna).

Manolo Mariño le trajo a papá lo de siempre, sin siquiera consultarlo, un *whisky* nacional Dunbar con hielo, y a mí un café con leche, como papá le pidió, que venía con nata y una taza que parecía sucia. Para distender el duelo, Mariño me dijo que el café con leche a partir de entonces nunca más tendría nata porque acababa de comprar una máquina para hacer cortados y capuchinos, pero que todavía no sabía cómo hacer funcionar la boquilla de vapor que espuma la leche.

En el televisor blanco y negro, de buen tamaño, mostraban una y otra vez las pocas imágenes del incendio en el Palacio de Carrasco, así lo llamaban, complementando con imágenes del otro monumento

del barrio, el Hotel Casino Carrasco. Cuando mostraban un viejo film del barrio costero, con la playa con bañistas en verano –estábamos en pleno invierno–, varios aplaudían o silbaban, porque era donde vivían, o gritaban “¡mi casa!”, o “allí vive Caco”, cuando mostraban las opulentas fachadas detrás de los jardines florecidos.

La hipótesis central era la del accidente, apuntalada por la versión de Lesya y Pascal, entrevistados por el canal de televisión. Ambos empleados del millonario mencionaron y mostraron las estufitas, que el reportero calificó de peligrosas y antiquísimas, de tres patas, peligro sumado a la cantidad de libros, papeles y bibliotecas de madera, como lo relató Pascal, porque él mismo había ayudado a subirlos, y cuando le preguntaron, lo ratificó: dijo que el Viejo Morin trepaba a los estantes, a pesar de su edad, con una “vieja escalera” (eso lo recalcó el reportero), que habíamos llevado en la mudanza a la torre, todo lo cual habría propiciado el desastre.

Cholo Cuevas estaba afuera entregando un diario tras otro, y yo me concentraba en las monedas –aquellas plateadas de un peso con la imagen de un puma esculpido–, en cómo las guardaba en una cartuchera de cuero sobado que tenía colgada del cinturón, similar a las que también usaban en esa época los lecheros. De pronto se le terminaron los diarios, porque los clientes hacían aspaviento con las manos, lamentándose, y entraban al bar a ver la televisión, pidiendo el diario prestado a otro parroquiano. Cholo Cuevas desapareció y volvió un rato después, con la bicicleta con el canasto de atrás lleno de la segunda edición de *El Diario de la Noche*.

Cuando finalizó el programa especial de la televisión, aquello explotó en una vocinglería. En el bar de las baldosas blancas y negras, desparejas, todos se apiñaban en las mesas para mirar la

segunda edición del diario, porque ahí estaba el detalle macabro: no solo la foto del cadáver calcinado, con las vísceras para afuera, que la televisión no se atrevía a exhibir, sino que en esa nueva edición le habían pintado con una segunda tinta una pequeña mancha roja, y si bien quedaba evidente el emplasto, funcionaba, para que no quedaran dudas: eran las vísceras del muerto.

No había otra noticia nacional de esa magnitud en el día, en el mes, en el año. Porque en cierto modo, como siempre decía Morin, muchos de los desgraciados de Uruguay, o incluso los agraciados, se alegraban de que el hombre más afortunado se hubiera muerto de forma tan ordinaria, con tan poca jerarquía.

Un abogado divorciado y bastante desaliñado, que vivía en el límite entre los dos barrios y parecía cenar todos los días en el Mariño, comentaba las noticias, y decía como para sí mismo pero para que todos lo escucharan, las frases que muchos pensaban: "No ves que tener la mayor cantidad de guita del mundo no sirve para nada; si das un paso en falso, adiós mi plata".

Yo ya sabía que papá bebía, pero no en la forma compulsiva con que empezó a hacerlo ese mismo día, aunque había tenido, en el pasado, episodios de alcoholismo, que se creían superados, y que yo nunca conocí. Pero a partir de aquellos días sería cada vez peor, y ese era su reducto secreto, ya que no podía hacerlo en el Palacio Morin, ni en casa. El Viejo no lo hubiera tolerado, papá no podía tener el menor vestigio de bebida ni de cigarrillo. Por eso bebía de noche, fumaba fuera del Palacio, donde jamás tomaba nada más que agua y té. Morin lo recriminaba de forma constante por el olor a cigarrillo, "un gasto inútil", como decía, "y un olor a mierda".

Esperé a que la nata estuviera dura, como una telaraña sobre la superficie del café con leche, la quité, entera, con los dedos, la dejé en el platito sucio sobre el que estaba la taza y agregué tres cucharadas de un azucarero, con gruesos grumos manchados por el café de otras cucharas.

Papá fumaba sin parar sus cigarrillos Lucky Strike, encendiendo uno con la colilla del anterior, y pidiendo un vaso de *whisky* tras otro, que Mariño servía sin moderación, porque ese día todo fue desorbitado.

No podía dejar de formularme la pregunta que tenía en la punta de la lengua desde que tuvo ese descubrimiento fugaz, tras los primeros instantes de desesperación al llegar al Palacio y ver la humareda saliendo por las ventanas de la torre. Se estiró hacia adelante, como para que nadie lo escuchara, aunque no había nadie que pudiera oírlo, porque aquello volvió a ser una batahola.

–¿Qué pasó, Andy? –susurró, con mirada extraviada.

Lo miré con la frialdad habitual.

–No lo sé, papá –y señalé el televisor, la radio, el diario sobre la mesa.

Papá me miraba, anonadado por mi desenfado, por mi sangre fría.

Tal vez porque en verdad me era indiferente lo que había ocurrido.

–¿Pero tú estabas ahí cuando empezó?

–Yo ya me había ido, papá, porque me sentía mal –repetí, por tercera vez, la tercera de las doce veces que se lo dije, porque a partir de ese momento las contaría, y cuando le mencioné: “¿Sabés, papá, que me hiciste la misma pregunta doce veces?”, no la formuló más.

Le temblaba la barbilla, estaba borracho pero lo disimulaba; en realidad quería anesthesiarse con alcohol, todo el alcohol posible.

Por supuesto que era raro por donde se lo mirara. Jamás me había ido caminando, aunque mi casa no estaba tan distante, casi treinta cuadras, pero llovía, por momentos diluviaba.

Papá miraba las fotos del diario sobre la mesa de mármol, helada, como todo en el Mariño, bebiendo su *whisky*, y yo con mi café con leche por la mitad, porque me daban náuseas. No sé si era por la nata, el lugar, el ver a mi papá hundido en el alcohol, o la foto, imaginando el olor que sin duda habría en la torre, porque uno de los policías se tapaba la nariz y el médico tenía un pañuelo sobre la boca.

—¿Tú encerraste a la perra en el patio de abajo? —me preguntó entonces, arrugando el entrecejo—. ¿Qué le pasó en la cola?

Él no la llamaba Bruna, sino “la perra”.

—El Viejo la quemó.

Los parroquianos seguían gritando, algunos incluso celebrando.

—Se mancó el millonario, tan vivo para sacar plata ajena y tan abombado para caerse de una escalera —gritaba un hombre obeso, que tomaba caña y picaba salamín y queso Colonia.

—Respeto por el finado —imploraba Manolo Mariño, echando una mirada oblicua a papá, en la mesa alejada de la ventana que daba a la calle Daymán, sin saber si debía venir a consolarlo otra vez, pero lo veía tan entreverado con su hijo, que no se acercó.

—¿Tú subiste la estufita? —me interrogó mi padre.

—El Viejo me pidió que lo hiciera —respondí—. Que antes de irme la encendiera, porque él estaba arreglando los estantes, y que encerrara a Bruna en la galería de abajo, hasta que llegara Lesya.

–¿Te viniste a casa caminando? Son como treinta cuadras – murmuró papá, con llamas en los ojos–. ¿Y a qué hora saliste?

–A las cinco menos cuarto, llegué a casa a las cinco y media.

Papá ya había bebido cuatro vasos de *whisky*.

Ahora, recién ahora me acuerdo del rostro severo de Manolo Mariño esa noche, y más severo todavía el de Cholo Cuevas, que voceaba afuera y cada tanto nos miraba. El resto no nos prestaba atención, éramos dos más del boliche, que trabajó esa noche como no lo hizo nunca en su historia, porque si bien era el bar más modesto de Carrasco, por estar en el límite, también atraía a gente de Carrasco Norte, mucho más pobre, y a diferencia de otro bar y del restorán de Carrasco Sur, en su calle principal, este contaba con *El Diario de la Noche* de Cholo Cuevas, porque los otros no permitirían que un exboxeador mulato voceara noticias escabrosas en la entrada, que podían escandalizar a las mujeres y los niños.

–¿Y no había nadie en el Palacio? –me siguió preguntando papá.

–Es jueves 17, el día que Lesya no está, Pascal tampoco, no había nadie. Tú lo sabés tan bien como yo.

Papá se bebió de un sorbo todo el *whisky* que le quedaba y el bolichero, Mariño, que advirtió un gesto que ni yo mismo percibí, llegó con la botella y le sirvió otra dosis, hasta derramar una gotita sobre la mesa de mármol, que secó con un trapo sucio que colgaba de su hombro.

Mi padre tomó coraje con el *whisky* y escupió lo que tenía atorado en la garganta:

–Te entiendo, Andy, entiendo incluso que no quieras hablar de esto, que me culpes ahora y hasta el fin de los días; pero debo hacerte una pregunta porque yo tengo llaves del Palacio... ¿Podés

haber dejado alguna huella, algo de tu pasaje por la casa, un cuaderno con tu nombre, tu boletín con las notas del colegio?

Lo miré a los ojos: el iris castaño temblaba. Negué con la cabeza. Él sabía que la ropa que tenía en el Palacio me la había llevado unos días antes, cuando el ultimátum. Pero tal vez hubiera quedado algo.

Tras terminar hasta la última gota de su octavo o noveno vaso de *whisky*, papá se puso el impermeable, yo el sobretodo, el viejo, le pidió al bolichero que pusiera en la cuenta lo que habíamos tomado, y salimos hasta el Austin. El diariero acababa de vender el último ejemplar de *El Diario de la Noche*. Eran las once y cuarto, y Manolo Mariño limpiaba las baldosas del bar con el trapo de piso y el lampazo, antes de cerrar. Estacionada detrás del Austin, lo esperaba su extraña camioneta de tres ruedas.

Papá encendió el motor del auto y nos dirigimos a casa.

CAPÍTULO 17

Imaginar

Papá imaginaba lo que había ocurrido, y yo dejaba que lo hiciera.

Él estaba reconcentrado en los focos del Austin iluminando la calzada, como con temor de la lluvia y la pista resbaladiza.

Cerré los ojos. Imaginé mi venganza.

Todo debía coincidir de tal modo que tenía que hacerlo ese día, justamente el día en que papá me volvió a llevar, el jueves 17 de julio, el único del mes en que Lesya y Pascal tenían libre, hasta el otro día. Pascal había ido con ella a San José de Mayo, como lo hacía desde hacía un tiempo, porque habían formado una extraña pareja, un romance otoñal que disimulaban frente a Morin (aunque curiosamente pidieron para tener el mismo día franco), porque no sabían cómo podría reaccionar, ya que los había contratado solteros.

No bien llegué al primer piso, el Viejo me llamó desde la torre, a los gritos, donde me estaba esperando.

Subí despacio. Al verme se iluminó. Estaba sentado en la cama, con una bata de seda sobre el cuerpo desnudo, con calzoncillos y pantuflas. Tenía toda la tarde para repetir la dosis, la segunda penetración, el éxtasis. Puso un disco de Strauss y descorchó una botella de *champagne*, "hoy vas a tomar alcohol". Estaba tan enardecido que no se percataba del frío.

Recuerdo perfectamente la estufita, la marca, Olympus, celeste, con forma de torre. Tenía varias iguales, era la manera más barata de caldear un Palacio tan desmesurado, de dos pisos y la torre, más de ochocientos metros cuadrados contruidos. Tenía calefacción central a carbón, con una enorme caldera, había sido construida como una de las mejores residencias uruguayas en la década del treinta, cuando se hicieron las principales obras de Montevideo, la Rambla Sur, el Palacio Legislativo, el Estadio Centenario, pero, como me relató, jamás prendió la calefacción. O quizá la encendió alguna vez para saber si funcionaban todos los radiadores, y tras confirmarlo, la apagó y nunca más lo repitió. Al menos yo nunca la vi prendida, y él se jactaba de que prefería morirse de frío antes que gastar dinero inútil para caldear habitaciones que no usaría. Que Lesya y Pascal se arreglaran con otras estufitas de queroseno, que combustible nunca faltaba. Además había estufas de leña, tres en la planta baja y una en el salón principal del piso superior, pero no había en la torre, que era un mirador para ver el mar y la isla de Flores, a veinte kilómetros, para practicar tiro al blanco en el Río de la Plata, o destrozar aves migratorias que se posaban en su lago artificial.

En la planta baja, en una habitación que funcionaba de depósito, estaba el tambor de queroseno de doscientos litros, con grifo, que venían a sustituir cada vez que se terminaba, en el invierno. El propio Pascal era el que llenaba un tacho de veinte litros, y, con un embudo, cargaba las estufitas del primer piso, que él, papá o yo encendíamos. Como habíamos estado poco tiempo en la torre, nunca habíamos subido una estufita.

Me senté a su lado, en la cama. Empezó a manosearme, me puso en los labios su copa de *champagne*. Hasta que le dije que hacía frío, porque me había quitado la chaqueta del uniforme. Le pregunté si podía traer la estufa. Nunca lo había hecho antes, pero él ya se había excitado, ya estaba entregado a la pasión, que era demasiado poderosa, lo estaba esperando hacía demasiado tiempo, por eso esa tremenda exaltación, como si tuviera veinte, treinta años. Hasta que cometió la increíble imprudencia de permitirme traer la estufa. Él sabía que eran peligrosas, que no podían caerse porque se prenderían fuego, pero yo ya no era un niño, era un adolescente, había cumplido doce. Jamás se lo hubiera permitido al niño ni al púber, pero por qué no al Andy adolescente.

–Cuidado, que no se vaya a volcar.

Me incorporé y me acerqué a la puerta de la torre, y cuando llegaba al umbral, en el espejo del trinchante del costado lo vi reflejado, mirándome, excitado como un padriño joven.

Salí a buscar la estufita celeste; ya sabía lo que haría. Lo había ensayado en mi imaginación infinitas veces.

Sabía exactamente la cantidad de pasos que debía dar, la cantidad de segundos que podía demorar para no levantar la menor sospecha.

Bajé al primer piso, agarré la estufita, y volví a subir.

Entré a la torre. La coloqué junto a la puerta y le quité el quemador para encenderla. Lo vi tumbado en la cama, en el otro extremo. Se volvió. ¿Me miró con desconfianza? Estaba pletórico, hoy sería la segunda vez. Ya lo sabíamos los dos, aunque me dolía el ano, que quedó en carne viva y dilatado.

A Bruna no la quemaría otra vez, yo ya había aprendido la dura lección. Había escarmentado.

—¿Por qué le quemó la cola a la perra? —preguntó papá en el auto. Me encogí de hombros.

Papá me miró de reojo y no volvió a preguntar.

Primero le chuparía el miembro, como ayer, para que le volvieran los bríos, me embadurnaría con vaselina en pasta, y luego me penetraría. Mi ano estrecho, el dolor, los bramidos de placer del anciano, y luego yo ni podría sentarme, porque me sangraría mucho más que ayer, una hemorragia que habría que detener, por eso tiene una lata redonda de gasas junto a la cama.

Pero en el instante en que encendía la estufita con un fósforo, se me ensombreció la vida al ver que, a sus pies, estaba Bruna. Jamás, en todas las veces que había imaginado ese momento, esa situación, con el frío adecuado de julio, la torre helada, la vista esplendorosa, y yo con la estufita encendida, cargada hasta el borde de queroseno, imaginé que todo se terminaría porque Bruna estaba esperándome debajo de la cama, sobresalían su hocico y sus patas delanteras, no me había acompañado como siempre lo hacía, y yo no me había dado cuenta. ¿Él lo sabía? ¿El Viejo imaginaba que mi amor por Bruna, que compensaba mi eventual odio contra él, era otro salvoconducto, ella era una rehén, como yo lo era para él, desde el primer día que me la regaló?

Observé su mirada y vi el destello en sus ojos, miró y descubrió, recóndita, muy escondida, mi intención, o mi eventual intención, mi deseo oculto, muy oculto, porque jamás lo había sospechado. Y cuando Bruna salió de debajo de la cama para venir hasta mí, automáticamente él la tomó del collar de cuero, para inmovilizarla.

Permanecí petrificado en la puerta. Cuando advertí lo que sucedía, de buenas a primeras toda la decisión y energía que traía, la falta de miedo, el arrojo, desaparecieron por completo, y me transformé, una vez más, en la víctima indefensa e impotente de Morin, el mismo desgraciado de hacía siete años, día tras día, humillación tras humillación, buscando llegar al fondo del pozo que no tenía fondo.

En el instante en que tras la hesitación tomé la decisión contraria, o sea seguir e instalar la estufita junto a la cama, dejando mi deseo más recóndito para la fantasía, como siempre, sin incendio, con penetración, sangre, semen y gemidos, de placer y de dolor, surgió, providencial, algo que cambió completamente el curso de la vida, la órbita de los astros, el sentido del universo. Cuando vio que, con la estufita en la mano derecha, avancé, el Viejo se dio cuenta de que se había equivocado, que su amor prisionero no era su rehén sino su amor de verdad, su yo joven, su yo niño, su reflejo, su proyección.

Mientras él la sostenía del collar, Bruna me miraba anhelante, para venir hacia mí, pero él no la dejaba, aprisionada; pero cuando en esa micra de segundo él aflojó la tensión de los dedos en el collar de cuero, porque no había una amenaza, ella tironeó, se le escabulló por milímetros y se alejó rumbo a mí. Y entonces el Viejo, desesperado, atinó a manotearla para volver a atraparla, pero solo alcanzó a agarrarle la cola que él había quemado, cubierta con las gasas untadas con la pomada resbaladiza, sin ningún pelo, que se le deslizó en la mano.

—¿Qué crema le pusieron a la cola de la perra? —preguntó papá, que conducía ensimismado, como enajenado, en la noche tenebrosa.

—Una que me dio Lesya, papá.

Una gota de baba se le formó en el labio inferior a Morin, una gota de miedo, de descubrimiento fugaz, muchas sensaciones simultáneas, de que aquello era una trampa, y todavía enrejada, que le impediría incluso tirarse por la ventana para morir estrellado contra el piso de piedras de granito y ladrillo, entre los inmensos macetones de plantas y las estatuas de mármol de Carrara que adornaban el parque. El Viejo observaba en su mano un trozo de gasa y la pomada de la cola, mientras la gota de baba crecía, y crecía, y caía, lentamente, como una explosión, sobre su miembro tumefacto.

En lugar de seguir avanzando, me detuve y retrocedí.

El Viejo Morin se dio cuenta de que se había equivocado, definitivamente, que todo lo que había hecho por mí había sido una violación, una violenta vejación, reiterada, recurrente, que yo no solo no lo amaba sino que lo odiaba, como nunca nadie odió en la vida.

Bruna se había escapado e interpretó mis pulsiones, por eso continuó hasta donde yo estaba, y cuando Morin se terminó de incorporar, yo ya había retrocedido, uno, dos pasos, mucho más ágil que él, un atleta y un anciano. Volví al vano de la puerta, y cuando él dio el primer paso para detenerme, envuelto en la bata violeta, desnudo, ya todo era demasiado tarde. La torre rodeada de ventanales que miran a la rambla y al mar era una celada inexpugnable. Me echó una última mirada pavorosa, de súplica, porque entendía lo que iba a hacer: volcar la estufita en la puerta, echando los siete litros de combustible, que convertiría en una tea en llamas a la torre repleta de maderas, libros, cartapacios, cuadernos y fotos, el cielorraso de pinotea, con él adentro como

principal combustible: una bolsa de grasa en una bata inflamable de seda.

Ahora papá miraba mis pies en el auto, a su lado, que yo movía rítmicamente en el suelo del Austin, como acompasando un vals imaginario en mi mente.

¿Yo hesitaría en el momento definitivo?... No titubeé. Cuando Bruna llegó a mí, pateé violentamente la estufita en la misma puerta, pegándole en la parte superior, con la suela del zapato que el Viejo me había comprado. El queroseno se desparramó en una llamarada instantánea, como una explosión; incluso el fuego súbito me golpeó el rostro y me chamuscó el cabello, mientras Bruna salió corriendo despavorida por las llamas, otra vez el fuego, y se sentó al pie de las escaleras, esperándome, temblando, mientras yo observaba al Viejo y escuchaba sus alaridos.

Morin empezó a prenderse fuego envuelto en la bata que se le pegó al cuerpo, porque intentó vanamente llegar a mí, que me había alejado un metro de la puerta, porque quería estrangularme, arrancarme los ojos verdes, mis ojos con los dedos, los suyos, los de su madre Lía; pero no me podía alcanzar porque la llamarada era una imponente pared de fuego que llegaba hasta el techo, una pared translúcida pero infranqueable, cuando comenzaron a encenderse furiosamente los anaqueles de madera, los libros, los cuadernos de los niños, los papeles y las cajas de fotos. Gritó desquiciado que trajera agua, la manguera, como si quisiera creer que todo era un accidente, que no había pateado la estufita, sino que se había volcado por una imprudencia.

Pero no era un error, porque vio a través del fuego, desde el centro mismo de las llamas, mi mirada serena, mientras sonaba *El*

Danubio Azul desde el tocadiscos. Hasta que no quise mirar más, di media vuelta y bajé con Bruna hasta la planta baja. Los gritos y alaridos desesperados del Viejo no solo no me inquietaron sino que me daban placidez. Dejé a Bruna en una de las galerías cerradas, con agua y comida, bajo techo, donde jamás llegaría el fuego ni el humo, para simular que yo no estaba en el Palacio, y me fui caminado hacia mi casa.

No sospeché que el Viejo tuviera tiempo y temple para tomar un fusil del armero y dispararme cuando salí al jardín de atrás, porque no bien caminé por el amplio parque, bajo la lluvia intensa, junto con las explosiones de las cajas de municiones comencé a sentir los disparos del fusil Mauser. Miré por un instante a la torre y vi la escena macabra, exactamente lo que imaginó papá desde el parque cuando llegó al Palacio, y que ahora recreaba, ensimismado en los focos del Austin: al Viejo prendido fuego, con los restos de la bata pegados al cuerpo, apuntándome con el fusil, disparándome.

No corrí, no me protegí, sino que seguí caminando como si tal cosa. Y si bien sabía de su puntería, ahora no era el Viejo Morin en sus cabales, sino otra gárgola en llamas, de las que se desprendían de las paredes, con el fusil hirviendo, y las balas silbaban sobre mi cabeza y destruían las macetas, hacían estallar la pérgola, deshacían las estatuas de mármol de Carrara, los efebos con sus rostros angelicales, pero no me alcanzaban. Tampoco me importaba.

Poco antes, cuando abrió las ventanas para gritar, y disparar, entró oxígeno y el fuego se expandió aún más. Pero no había nadie. El viento del mar siniestro, la tormenta y los truenos se llevaban los alaridos, y las detonaciones de las balas explosivas. Y murió

atrapado al fondo, contra la cama donde en esos días había terminado de vejarme.

Todo el episodio del incendio y su muerte fue lento, muy lento, cinco minutos, diez, hasta que sus gritos cesaron. Llegué a la esquina, caminando por la calle Puntas de Santiago, solitaria y lluviosa, en el momento en que una vecina se asomó por la puerta, vio la humareda desde la ventana y gritó: “¡El Palacio se prende fuego, el Palacio se prende fuego!”, y de inmediato corrió adentro para llamar a los bomberos.

Como siempre en ese barrio, no me crucé con nadie. Cuando me volví, miré la torre, los vidrios estallando como explosiones de fin de año, las cajas de municiones que se encadenaban como si fueran los disparos de una ametralladora, las llamas y el humo negro que brotaban y se expandían con furia, con terrible furor.

Aparecieron más vecinos corriendo hacia el Palacio, dos empleadas domésticas –sirvientas, como las llamaba el Viejo– de celeste y delantal blanco, un jardinero. Sin embargo, nadie reparó en un adolescente que caminaba con su uniforme de liceo, en sentido contrario, con un paraguas que el viento desarmaba. Nadie ni siquiera se sorprendió de que no me asustaran las explosiones. Como siempre, yo no existía para los otros.

Los bomberos no demoraron en aparecer porque había un cuartelillo en Carrasco y lograron salvar el resto del Palacio, derribando la puerta del fondo porque estaba cerrada con llave, como yo la había dejado, pero quedaron abiertas todas las puertas blindadas hasta el primer piso, simplemente porque me olvidé de cerrarlas.

–¿Y ningún vecino te vio?

–No, papá, nadie. Diluviaba.

Llegamos a casa y bajé para abrir la puerta del garaje.

CAPÍTULO 18

Pipo Mariño

Al día siguiente, papá apareció en casa con Bruna en el asiento de atrás del Austin, como yo le había pedido (nunca más le creció pelo en el rabo), y después de darle comida y agua, y acomodarla en mi dormitorio (enseguida se trepó a mi cama, que a partir de entonces compartimos), regresamos al Mariño Bar, donde había surgido otro personaje: Pipo, el hijo de Manolo Mariño, que tenía mi edad y a partir de entonces jugaríamos juntos en la trastienda, y de cuando en cuando, lo ayudaría a estudiar.

Ese segundo día más temprano, papá se encontró en el Palacio con Lesya y Pascal, porque los tres tuvieron que ir a la comisaría a declarar. Sería una formalidad, y él los llevó hasta la de Carrasco. Los tres tenían la coartada perfecta: no estaban en la casa, era el día libre de Pascal y Lesya. Ellos habían ido a casa de la hermana de Lesya en San José de Mayo. Y papá estaba de cobranzas, tenía el nombre de los deudores y los clientes que visitó, y los vecinos lo vieron llegar en el Austin cuando los bomberos estaban apagando el incendio.

Lesya lo miraba con ojos grandes y asustados, había regresado a su Rumania natal, donde se carneaban y se comían niños en la guerra, con campesinos sin tierra que morían desnutridos,

congelados. ¿Ella no desconfió de nada? Para ella era una pérdida, sin duda; se quedaba sin trabajo, tras veinte años, y tenía más de cincuenta. ¿Quién le pagaría el despido? Esto sí la retrotraía a las tragedias de su infancia. Lo otro, los mimos, la ternura, las travesuras de un viejo con niños no importaban, lo que sí importaba era tener lo suficiente para comer, que no te maten de un tiro los nazis, como a la madre, ni los bolcheviques, como al abuelo, ni los vándalos por una bolsa de patatas, como al hermano. Mi padre la serenó, así como a Pascal, asegurándoles que el pago lo dictaminaría el juez, echando mano del dinero que tenía papá en el Banco Atlántico, una cuenta conjunta de Morin y él para pagar gastos menores, luz, agua, empleados, comisiones, y papá sería muy escrupuloso con los números, no quería levantar la más mínima sospecha. Pero igual Lesya lloraba y se santiguaba por la mala suerte que tenía.

El relato de Lesya sobre el incendio no apuntalaba ni una versión ni la otra. Ella contó que cuando llegó de San José de Mayo, de nohecita, con Pascal, porque regresaron a Montevideo de apuro no bien se enteraron de la noticia, un poco antes que papá, cuando al fin la dejaron entrar los bomberos, advirtió que la perrita Bruna estaba en una de las galerías de abajo, con agua, comida y bajo techo, donde tenía su cucha. Los bomberos le habían dicho que la puerta grande del fondo estaba cerrada, por lo que tuvieron que tirarla abajo a hachazos (al día siguiente papá mandó poner otra puerta con un carpintero), y Lesya comprobó después que todas las otras puertas interiores estaban abiertas y las llaves correspondientes en sus lugares. Por allí subieron los bomberos, o sea, el siniestro no había sido causado por un comando guerrillero ni

por una intrusión de ladrones, sino que todo indicaba que se trataría de un accidente.

Fue Lesya quien le mencionó a papá que tal vez fui yo quien encerró a la perra antes de irme, y dejé la puerta exterior cerrada con llave y las otras abiertas, como era habitual, en plena tarde; pero eso no lo dijo a la policía, porque desde Rumania se había habituado a decir lo menos posible cuando ocurría una desgracia, máxime ante los gendarmes, porque sabía que en esos momentos extremos todos se ponen a buscar chivos expiatorios para calmar a sus superiores y cerrar el caso en la forma más expeditiva posible: un cura dando la extremaunción y un pelotón de fusilamiento.

Lo mismo Pascal, que ahora temía que saliera a flote el menjunje de la negociación con los secuestradores tupamaros, el tema verdaderamente álgido del momento, el ataque de los sediciosos.

La Policía en ese entonces estaba enredada en asuntos mucho más complejos: un grupo de guerrilleros escurridizos que se había alzado en armas, como un virus desconocido e incontrolable, que pretendía cambiar las reglas de juego democráticas, por lo que no importaba demasiado un accidente, un millonario muerto. La pedofilia ni existía, tenía que ver con un juego íntimo en que nadie quedaba tullido o lastimado. En todo caso, no era más que un desborde de amor y afecto que no se podía contener, un desahogo, una pulsión donde no había sangre ni magullones exteriores: solo mentiras en silencio.

Los tupamaros los tenían en jaque y los policías andaban temerosos. Cada golpe era más espectacular que el anterior; pero lo peor era que mucha gente los apoyaba, como si se hubiera invertido

la ecuación y las autoridades fueran los villanos y los alzados los héroes filantrópicos.

—Andy, para evitar complicaciones a tu edad, para que tu nombre no figure en los periódicos —mirá el sensacionalismo de Cholo Cuevas—, diremos que hace días que no vas al Palacio —y mi padre señalaba al diariero afuera, voceando los diarios que se vendían como pan caliente en la tarde helada.

El universo de papá estaba basado en una promesa que se había marchitado. Era como esos padres que depositan todas sus esperanzas, de ellos y de sus familias, en que el hijo será un jugador de fútbol famoso y millonario, que los llenará de gloria y de dinero... y al niño dios se le parte una pierna, o en el minuto final del campeonato erra un penal y todo se diluye, porque toda la fantasía estaba depositada en algo demasiado frágil, y fundamentalmente, en algo que no estaba en sus manos, sino en los huesitos de un niño.

En ese momento, Pipo Mariño vino a nuestra mesa y nos interrumpió para invitarme a jugar atrás, en la trastienda.

Las dos filas de soldaditos de plomo, con piezas de infantería, artillería, caballería, nosotros sentados sobre cartones de cajas de alimentos para lanzar el bochón y la bolita, alternados, por las baldosas irregulares, de un lado al otro, para destruir la mayor cantidad de soldados enemigos.

Si bien previamente su padre lo llevaba de tiempo en tiempo al bar (lo veía cuando esporádicamente yo iba con papá), fue después del incendio en el Palacio que Mariño comenzó a llevar a su hijo todos los días, nunca supe por qué, y fue cuando en verdad trabé un vínculo con él.

Mientras yo iba en el Austin con papá, después del colegio, Pipo venía caminando desde el liceo público número quince y se quedaba en el bar para jugar y estudiar conmigo. En aquel momento interpreté que Manolo Mariño pretendía que yo lo ayudara en las materias en las que iba muy mal, para que no perdiera el año (yo era el mejor y él el peor alumno). Funcionó hasta el punto de que esos exámenes los salvó a todos, lo que jamás había logrado.

En esos días había mucha humedad, recuerdo que no paraba de llover o de lloviznar, recuerdo días grises, toda la gente mojada y tosiendo, menos yo, que ese invierno no tuve ni un resfriado. Para colmo, un par de días después del accidente cayó una tormenta única, con un rayo que volteó decenas de pinos en Carrasco.

El balneario y la zona residencial amanecieron como después de un bombardeo, con los árboles atravesados en las calles, o recostados contra los techos de las casas, algunas de ellas semiderruidas. Los añosos troncos habían aplastado un taxi Mercedes Benz del año cincuenta, lo que testimoniaba otra foto de portada de *El Diario de la Noche*.

En el colegio yo me había convertido, para los otros, en una suerte de alma en pena, que había perdido a su abuelo, a su pariente dilecto, en un incendio atroz, aunque mis compañeros de clase, adoctrinados por los docentes, no me preguntaban detalles, porque pensaban que el tema me atormentaba sobremanera y me dejaría un trauma indeleble. Los profesores, por su parte, me trataban con deferencia, para que hiciera el duelo, me llamaban a reuniones discretas en la sala de profesores para hablarme de la vida y de la muerte, tema que, en verdad, poco me interesaba.

A medida que pasaban los días, había algo que nadie en el colegio terminaba de procesar y me lo hacían saber con las miradas: si yo era el nieto del Tío Morin, ¿por qué los diarios solo hablaban de un tal Alfonso Morin, que se presentaba como el legítimo heredero, y ni siquiera me nombraban, ni a mí ni a mis padres? Esto mismo se insinuó al segundo día del incendio, durante el entierro. Incluso la directora y dueña del colegio, *Miss Martha Smith*, salió dos veces a hablar con papá, cuando me dejaba en la mañana, y por lo que veía a la distancia, no era una charla amigable, más bien quería confirmar a quién le pasaría la cuenta de las mensualidades que antes enviaba a Morin.

CAPÍTULO 19

El hurto

Sentado en un sillón del apartamento frente a Punta Carretas, al amanecer, vislumbro la estatua de Morin entregando el libro a un niño, pintándose con los claroscuros del alba, y detrás, los botecitos de pescadores que se internan mar adentro. Me sucede algo nuevo, que no conocía: estoy insomne, entreverado, con los diarios viejos del Cadillac, el plano, donde repaso los detalles, los intersticios del Palacio, buscando algo que no sé lo que es. ¿Por qué tenía este plano Pipo Mariño, y fundamentalmente, por qué papá se lo había dado a su padre? Lo único diferente es que en este plano no está la habitación falsa, la Bóveda, que el Viejo Morin mandó construir muchos años después. Tampoco están las rejas, ni en las dos plantas ni en la torre. ¿El plano sería para robar la Bóveda?

Con meticulosidad anoto en la agenda una nueva secuencia de aquellos años, hasta 1969, día por día, hora por hora; la tachó, la enmiendo, la rehago. Nada cierra, nada confluye; estoy ante un caos que mi mente sistemáticamente necesita reordenar, de un período que está en blanco, porque mi cerebro requiere lógica matemática, como el aire para respirar, y en cambio lo que surge es fuego, detonaciones de balas explosivas, mientras Elsa se sorprende al verme despierto a las seis, con los ojos enrojecidos, despeinado, con

la barba sin rasurar, en bata, esperando, ansioso, a que salga el sol, huyendo de la noche, cuando siempre dormí como un bebé, todo como un relojito. Reformulo el universo: El secuestro, El primer secreto, Fotos de familia, Aristóteles, El heredero, El testamento, Adolescencia...

Papá, que siempre bebió, y que había concurrido en algunas ocasiones a Alcohólicos Anónimos, se había convertido en un borracho empedernido.

En ese entonces pensé que estaba desesperado, primero porque se le había secado la fuente de ingresos, de la peor manera, pero sobre todo porque estaba en la duda atroz de si su hijo había atravesado el umbral entre la vida y la muerte.

Lo que también creía, desde el segundo día, era que mi padre vivía la otra duda tenebrosa: si se atrevían o no a robar las libras esterlinas de oro y los lingotes con Manolo Mariño y Cholo Cuevas, para resarcirse, en algo, de la tragedia que estaba viviendo. Por eso se lo veía con el rostro desencajado, como si no terminara de convencerse de lo que había sucedido.

Los veía murmurar, conspirar en la mesa del rincón del Mariño Bar, cuando yo me iba a jugar a la trastienda con Pipo. Siempre creí que estaban planificando el golpe. Los miraba de reojo y cuando papá me descubría, ocultaba la vista, como con vergüenza. Claro, está planeando el robo al Viejo Morin, iera la confirmación de que papá siempre fue un ladrón!

En todo caso, esas monedas y esos lingotes atesorados en la habitación escondida tras una pared de piedras falsa, que el Viejo Morin había mandado construir hacía décadas con un albañil de una de sus estancias que ya había muerto, y que nadie sabía que

existían, se iban a perder, o los adquiriría el destinatario de esa sucesión, el botarate Alfonso, o el Estado, o vaya a saberse quién. Y si nadie encontraba el tesoro, un día derrumbarían el palacete y se perderían, relleno un bañado con oro entreverado con escombros.

La duda de los tres complotados era encontrar el momento adecuado. Los observaba con curiosidad, porque me preguntaba: ¿se atreverán?, ¿se comprobará la tesis del Viejo Morin de que todos, absolutamente todos, quieren sacarle un pedazo a su cuerpo?

Una noche, mientras yo jugaba a los soldaditos con Pipo, entré al salón, que estaba sin clientes, para ir al cuarto de baño, y los vi a los tres; pero ahora no parecían apesadumbrados, sino reflexionando, articulando, hablando en murmullos: papá con su vaso de *whisky*, el nudo flojo de la corbata, Mariño con un cortado sin nata y Cholo Cuevas con un cigarrillo de armar entre los labios; picaba tabaco en rama con una navaja y lo envolvía en una hoja de chala, atada con tiritas de la misma hoja.

¿Quién habría sido el de la idea?... Sin duda que fue mi padre, pero él tenía un temor que Cholo Cuevas no tenía. Entonces uno puso la idea, el otro la audacia y el tercero la camioneta. "Yo tengo las llaves", le dijo mi padre a Cholo Cuevas, que conocía el Palacio desde afuera, cuando dejaba el diario, pero jamás había entrado a la casa del *Monsieur*. Manolo Mariño pondría el transporte, la camioneta, el tercer cómplice imprescindible, y tal vez algún lugar donde ocultar el botín, posiblemente en el sótano del Mariño Bar, debajo de la trastienda. El único que no podía ir, porque era conocido del barrio, y estaba con miedo, era papá.

Pero tenían que hacerlo cuanto antes. En esos días yo veía la zozobra, porque se les terminaba el tiempo, una cuenta regresiva tenebrosa, ya que el heredero aparente, Alfonso Morin, tomaría medidas, ya había hecho infinitas declaraciones, grotescas, imprudentes, atendiendo a la prensa con la certeza de que en cualquier momento lograría que un juez, o la policía de Carrasco, le permitiría cambiar las cerraduras, y las llaves de papá no servirían de nada. O contrataría un guardia de seguridad, e incluso pondría un par de perros mastines afuera para ahuyentar a los ladrones. O tal vez mandaría tapiar las entradas sin pedirle permiso a nadie, cuidando su propiedad, porque nadie en todo Montevideo sabía cuántos objetos de valor tenía. Había pinturas como en un museo, alhajas como en una joyería... O cuántas escrituras albergaba el Palacio de habitaciones infinitas.

Y papá no quería que al misterioso incendio se sumara luego un robo, tirando abajo puertas o violando cerraduras. O sea, el robo debería ocurrir sin que nadie se enterara, una entrada furtiva que pasara inadvertida, en los días inmediatamente posteriores al incendio.

En las entrevistas, Alfonso prometía todo lo que haría para continuar honrando la memoria de su tío, enlazando un delirio detrás de otro. Parecía como si la súbita fortuna, tan inconmensurable, le hubiera suministrado una sobredosis de tontería. Quería poner los millones al servicio de un nuevo país, con una fábrica de fertilizantes que multiplicara por diez los rendimientos agrícolas, agregando productos exóticos a los tradicionales, una industria cárnica como la del Anglo a comienzos del siglo XX, que alimentó a los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial, para exportar a la

recientemente creada Comunidad Económica Europea, con latas de carne envasada diferenciada por país, con sus sabores característicos y sus banderas, una sarta de necesidades que anunciaba para presionar y apurar a la justicia, al tiempo que también cuidaba del espíritu, y ofrecía misas y responsos en la catedral.

Sin embargo, pasaba un día, otro, y nada, todo seguía igual en el Mariño Bar, con los tres amigos conspirando. Hasta yo quería ir a decirles: "Tienen que hacerlo ahora o no lo harán nunca más en sus vidas, miedosos". Debería entrar Cholo Cuevas, con el apoyo de Manolo Mariño, o, incluso... Pipo Mariño, el hijo.

En verdad, si lo hacían antes de que se tomaran medidas nuevas de seguridad, era relativamente sencillo: había que entrar con las llaves de papá, de madrugada, llegar al primer piso con la carretilla de la carbonera, porque papá sabía dónde se escondían las llaves de las puertas blindadas para entrar desde afuera, que Lesya, que se había marchado junto con Pascal luego del accidente, había cerrado tras el incendio (en la sopera del aparador de la izquierda, detrás del portarretrato de plata, adentro de la pieza de cristal de Bohemia), porque creía que el Palacio seguiría a cargo de papá por un tiempo; subir, de acuerdo a lo que veían en el plano, mover la pared falsa y abrir la puerta de la Bóveda Azul con la llave que papá sabía dónde estaba; sacar la mayor cantidad o todas las libras esterlinas de oro y los lingotes que estaban acondicionados en cajas cubiertas con fieltro; volver a cerrar la puerta de la Bóveda, transportar la carretilla, cerrar con las llaves, salir y cargar todo en la camioneta de tres ruedas de Manolo Mariño, que lo estaría esperando escondido

en la arboleda de la caballeriza, en un parque sin luces ni faroles. Sería incluso como robar a un ladrón, “cien años de perdón”.

Pero nada de eso ocurrió. O si iba a ocurrir, papá murió antes, y se llevó a la tumba las llaves y el plan. Qué mala suerte para los complotados. Primero la muerte del Viejo Morin, luego la muerte de mi padre.

En esas tardes funestas, cuando papá y sus socios titubeaban, un día le pregunté algo que tenía atorado desde hacía tres años, y que imaginé que serviría para que al fin se decidiera.

–¿Tú sabías que el Viejo Morin te había puesto una trampa?

–¿Qué trampa? –preguntó, con la mirada descompuesta.

–Cuando quisiste robarlo.

Papá estaba completamente desconcertado.

–¿De qué hablás, Andy?

Y le conté lo de la cámara fotográfica, la secuencia de fotos de papá sacando las monedas de la Bóveda, “le robabas de a poquitas para que no se diera cuenta”.

Fue una puñalada por la espalda. Porque evidentemente papá comprendió que esa había sido otra de las patrañas que el Viejo Morin usaba para manipularme.

–Qué infamia, qué siniestro –murmuró—. Él me pedía que buscara las monedas, determinada cantidad, de una bandeja en particular, para convertirlas en el Cambio Real, y me sacaba esas fotos sin que yo lo supiera, para mostrártelas a ti.

Nunca lo había escuchado blasfemar contra el Viejo, pero en realidad jamás imaginé que tuviera tanto rencor acumulado. Entonces toda esa admiración que le profesaba, ¿era falsa?, ¿era un simulacro? ¿Acaso todos mentimos sobre todo, todo el tiempo?

Papá meneaba la cabeza, incrédulo. El Viejo le pedía que buscara seis monedas en la Bóveda para que las pasara a dólares o pesos en el Cambio Real para pagar unas cuentas, o hacer una compra, porque no alcanzaba lo que tenía en el Banco Atlántico –tenía lo justo porque el peso se depreciaba todos los días–, le ponía la trampa para ver si caía, si sacaba más monedas de las seis que había pedido. Pero papá no caía, no era tonto, si sabría que las tenía contadas..., aunque curioseaba deslumbrado por la abundancia. Y después el Viejo me mostraba las fotos para probar el robo, porque era cierto que papá tenía un gesto sospechoso, como si dudara, miraba otras bandejas, las toqueteaba, las contaba, pero al fin solo sacaba las seis que le había pedido.

Los días que yo no iba al Mariño Bar con papá era peor: él se emborrachaba sin ningún control, e invariablemente lo traía Manolo Mariño, a medianoche, cuando cerraba el boliche, en su camionetita donde cargaba las damajuanas de vino o los casilleros de bebidas. Cuando él lo traía, papá estaba al borde del sueño o del desmayo; muchas veces le vomitaba la cabina, porque Mariño le pedía a mamá un balde de agua y un trapo de piso con jabón para lavarla. Al día siguiente, papá iba a buscar el Austin al bar, caminando.

Recuerdo la escena: mi madre y yo nos despertábamos con el timbre, a medianoche, y siempre era Mariño con papá en el asiento del copiloto, dormido o desmayado. La mitad de las veces vomitado encima. Otras veces, no bien lo movíamos, vomitaba, despidiendo un nauseabundo olor a alcohol. Y éramos los tres los que lo bajábamos y lo dejábamos en el sofá junto a la entrada del garaje que comunicaba con la cocina y el *living*. Mamá no podía creerlo: papá había vuelto a ser el borracho que había conocido (y que

aparentemente se había enmendado antes de casarse, como si hubiera hecho una promesa solemne).

PAPÁ Y YO MIRANDO LA LUNA JUNTO AL ARROYO CANELÓN. DETRÁS, LA CARPA. MAMÁ JUNTO AL FUEGO, LEYENDO O BORDANDO MANTELES O SERVILLETAS, CON DELICADAS FLORCITAS DE COLORES. HABÍAMOS PUESTO UN ESPINEL PARA INTENTAR PESCAR PARA EL ALMUERZO DEL DÍA SIGUIENTE.

PAPÁ ERA HABILIDOSO, METICULOSO CON LOS ANZUELOS Y LAS CARNADAS. LE GUSTABA LA NATURALEZA. ME INSPIRABA TERNURA. DISIMULANDO, APENITAS, SE LLEVABA UNA PETACA DE WHISKY A LOS LABIOS, HACIÉNDOME UN MOHÍN CÓMPlice. LO ADMIRABA COMO NUNCA ADMIRÉ A NADIE EN MI VIDA...

¿Por qué me traicionaste, papá?

CAPÍTULO 20

Accidente o asesinato

El incendio significó el acabose en mi casa. Papá y mamá ya dormían en camas separadas, desde que tengo memoria, y pasaron a dormir en cuartos separados cuando papá compró la casa de arriba y la unió a la de abajo.

Al tercer día, *El Diario de la Noche* ampliaba la hipótesis que manejaba la policía desde el segundo día: el incendio en el Palacio no fue un accidente, sino un posible atentado, o un homicidio. La foto que ilustraba la noticia de primera plana (que el día del incendio estaba en la página tres) era otro ángulo menos truculento del carbón encogido con un hierro cruzado, apretado entre sus piernas y abrazado entre sus brazos: “La autopsia desmintió el suicidio: podría tratarse de un asesinato”, titulaba, titula, entre mis manos. Quien ampliaba esta hipótesis era un detective de Homicidios de apellido Castro, que andaba haciendo preguntas, y que volvió a hablar con papá, Pascal y Lesya.

¿Entonces era un homicidio, un robo, un asalto del que él se defendió? ¿Pero qué habían robado? Eso era lo que la policía no sabía, ni entendía. Faltaba el móvil, aunque el Palacio era tan misterioso, tan lleno de escondrijos, que nadie sabía a ciencia cierta, salvo papá, que sostenía que él solo conocía los libros contables, qué

fortuna tenía el “excéntrico Morin”. Ya no era el filántropo del primer día, ni el prestamista del segundo, sino “el excéntrico”.

Recuerdo ese día claramente porque había mucha tensión en el Mariño Bar, mucha tensión en papá, en Manolo, muchísima tensión en Cholo Cuevas, que no voceaba los diarios ni gritaba a voz en cuello ante los clientes, cuando surgió la noticia del posible asesinato, que ya se había barajado al día siguiente pero que ahora cobraba otra fuerza, y era el título de portada. Cholo Cuevas voceaba todas las noticias, todas las noches, ¿por qué no anunciaba a viva voz esto tan trascendente, este nudo misterioso, este giro de tuerca cinematográfico?

La novedad del presunto homicidio eran los disparos, el fusil que Morin tenía entre los brazos se había disparado quince veces, que eran los casquillos que encontraron entre las cenizas mojadas.

Papá estaba conmocionado con la noticia, con mi frialdad, con la posibilidad de que la policía avanzara, que encontrara pistas, que yo terminara preso, en un reformatorio de menores.

Balbuceaba, como dando respuestas a sí mismo de las preguntas que se haría la policía, a través del diario. “¿Un asalto? ¿Pero qué se llevaron, si ya les dije que no robaron nada?”. Porque era cierto, él había declarado que, según le constaba –y esto no incluía la Bóveda, que todavía nadie había mencionado ni descubierto–, no faltaba nada, y para ello estaban los cuadernos con el inventario en la casa de empeño, el anticuario o el famoso Museo, que tenían seguro, y las escrituras estaban debidamente asentadas en el registro de inmuebles. Entonces faltaba un móvil. ¿Y una venganza de los tupamaros, que hacía cuatro años lo tuvieron secuestrado, con un

final incierto, que ahora resultaba sospechoso? Todo podía ser, nada podía ser.

Lo que se opinaba en el diario era que nunca se había visto que la víctima de un accidente se defendiera a balazos.

No obstante, el rumor del eventual asesinato se fue desinflando porque no surgían elementos nuevos. Incluso el hipotético asalto de los guerrilleros terminó descartándose por completo, mientras ellos seguían desvinculándose del caso, en los días siguientes, a través de un sector de la prensa que solapadamente los apoyaba.

Solo papá vio los destrozos que provocaron los disparos con balas explosivas contra la pérgola, contra los maceteros, las estatuas blancas; vio los trozos de mármol desparramados, entre las gárgolas desprendidas, imaginando al Viejo prendido fuego, meciéndose para un lado y para el otro, intentando hacer puntería. Trozos de pérgola, de macetas y estatuas que solo nosotros sabíamos que estaban sanos el día anterior. Pero también podían haberse roto por los desprendimientos de la mampostería de la torre, o por el despliegue de los carros de los bomberos en el caos del incendio. Todo podía ser, nada podía ser.

Además, surgió otro elemento providencial para apuntalar la hipótesis del accidente: el sobrino Alfonso, el aparente heredero, asesorado por el Estudio Solsona, armó su estrategia, porque, indirectamente, se vería perjudicado con la alternativa de un asesinato, ya que un homicidio equivalía a una investigación engorrosa, que podría demorar años, entorpeciendo la sucesión, y el padre de Alfonso, el hermano de Morin, Maurice, estaba apurado, porque se estaba muriendo.

Lo que planteaban los abogados del bufete Solsona, que representaban a Maurice y a su hijo, fue simple pero eficaz. Deslizaron a la prensa que los disparos no fueron para suicidarse ni para defenderse, sino para pedir ayuda, para que lo vinieran a rescatar, porque la torre no tenía teléfono. Pero nadie lo escuchó, nadie vino. Por eso se detuvieron en el tipo de arma que tenía Morin entre las manos, un Mauser de guerra, con las balas explosivas, que hacían un estruendo como un cañonazo, como lo consultaron con un prestigioso armero: por esa razón habría elegido ese fusil y no alguno de los otros, las escopetas, los rifles o las armas cortas, más útiles en caso de un asalto. Lo demás eran fantasías de gente a la que le gusta el chismorreio, el morbo de la crónica policial sanguinolenta, ensañándose con un prohombre respetable, como le gusta hacer al populacho.

Asimismo, agregaban que había un par de botellas de *champagne* en la torre (insinuando que estaba ebrio) y sacaron a relucir estudios clínicos en los que se mencionaba que Morin había sufrido de polio en la infancia, "con graves secuelas", ambientando el accidente, poniendo en contexto la imprudencia de que un "inválido muy ilustrado" (porque así lo llamaron), con más de setenta años de edad, con una grave afección cardíaca (primera vez que se mencionaba), subiera alcoholizado a una escalera para buscar un libro.

Y para completar el desbarajuste, la noche del 20 de julio en el Mariño Bar todos acompañamos, boquiabiertos, la llegada del hombre a la Luna, en directo, en el televisor RCA Víctor, algo tan exorbitante que todas las otras tribulaciones humanas cobraban una escala menor, insignificante. ¿Cómo seguiría la vida en la Tierra a

partir de la conquista de la Luna? ¿Surgía, al fin, una realidad alternativa?

CAPÍTULO 21

P. L.

Elsa me sirve el jugo, el café, dos tostadas y un pote con mermelada en la bandeja de plata, que deja sobre la mesa a mi lado.

–El chofer ya llegó –me dice.

–Gracias.

El sueño, aunque sea atribulado y escaso, sacude la memoria, la alborota, trae a la superficie recuerdos que antes no estaban, ni existían, los que a su vez mueven los engranajes del inconsciente trayendo, enganchadas, otras memorias.

Estoy concentrado en el diario del quinto día, 21 de julio de 1969, haciendo anotaciones en mi agenda, tachando, sorteando incongruencias, agujeros negros. Reordeno con títulos las etapas de mi vida, despedazadas: El incendio, Airearse, Imaginar, Pipo Mariño, El hurto, Accidente o asesinato...

Ese día toda la portada se destina a las fotos de Neil Armstrong caminando sobre la superficie blanca de la Luna. Recién en la tercera página vuelven al tema de Morin, ampliando la noticia de que el sobrino Alfonso y el hermano Maurice se presentan, formalmente, como los sucesores del accidentado.

Pero las novedades del caso, opacado ahora por “la conquista de la Luna”, incluyen otro ingrediente, no el más espectacular, sino el que pegó un mayor cimbronazo en papá. Al verlo ahora, me produce electricidad, destapa otras conexiones en la memoria con recuerdos que surgen como un terremoto, lo que hace que me instale en el pasado, en ese momento particular: un parroquiano de Carrasco, que venía de andar a caballo en el Club de Polo, entra al bar con polainas y campera de gamuza, extasiado con el recuadro de la página cinco del diario, la noticia más curiosa de todas las que traerían los periódicos en esos días. Se trata de un artículo pequeño, que recién leo ahora, con el antetítulo “*In fraganti*”, y debajo: “El millonario fue acusado de atentado violento al pudor”. Es una acusación de una eventual pedofilia, un término que no se utilizaba en la época y que involucraba, muchos años antes, al Viejo Morin. Era una denuncia de hacía dieciséis años, 1953, que uno de los periodistas que escriben sobre el incendio de 1969, Aníbal Puentes, con memoria de sabueso, recordaba, buscó puntillosamente en los archivos del diario, como se estilaba entonces, y la reflató.

El artículo está firmado por ese periodista de las páginas policiales, pero a partir de ese día, si bien publicaba siempre crónicas firmadas, nunca más apareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. Lo que escribe el 21 de julio de 1969 es que en 1953, el 19 de agosto, en la plaza La Aurora del barrio Maroñas, a las once de la noche, un agente de policía de la Seccional Dieciséis advirtió un coche estacionado con un pasajero en actitud sospechosa, porque creyó que lo estaba robando. Cuando se aproximó, “con discreción”, como subraya el artículo, iluminó con su linterna “al interior de un vehículo Lincoln del año 1933 y se

encontró *in fraganti* con una escena de atentado violento al pudor, con dos masculinos, uno mayor y el otro menor. Llevados a la comisaría el hombre resultó ser Jacques Morin Feraud, de cincuenta y seis años, de profesión anticuario". En el parte policial, de acuerdo al artículo, el oficial relata que cuando iluminó con la linterna, el acusado estaba sin pantalones, y encima de él, "practicando gestos impúdicos con la boca", un varón de once años, de iniciales P. L. Si bien la denuncia está registrada en la Comisaría Dieciséis, con todos los detalles aportados por el agente policial a cargo, luego de convocada la familia del niño P. L., esta, sorprendentemente, no presentó una denuncia, el señor Morin explicó que lo que vio el agente era toda una fantasía, una alucinación.

El periodista que reflota el artículo el 21 de julio de 1969 se pregunta, tras el incendio, si puede haber alguna conexión entre la muerte del "anticuario" de ahora y el "atentado violento al pudor" de 1953. Lo deja apenas como una interrogante: "¿crimen pasional?", que esconde otro ribete escabroso: "¿cosa de «degenerados»", de "corrupción de menores", de ese mundo que nadie sabe lo que es, pero que se lo imaginan como sórdido, peligroso, lleno de misterios, dinero, extorsión, libertinos y aprovechadores pobres, o sus padres, que cobran por el servicio y matan como revancha o remordimiento si tienen la oportunidad?

Estoy perplejo, mirando el artículo, y alternando la vista con la del monumento de Morin. ¿Qué quería decir esto que estaba viendo ahora, cuarenta años después, en uno de los viejos diarios del maletero del Cadillac?

El "incidente", como lo definía el artículo, había ocurrido diez años antes de que yo fuera al Palacio del Tío Morin, y nueve antes de que

papá lo conociera, según lo que me contaron en casa, porque siempre creí que a papá lo había contratado en 1963, en razón de su experiencia como rematador, sumado al parentesco de los Feraud. ¿Era así? Esto era una historia de la que jamás tuve dudas, de la que jamás sospeché, porque fue lo que siempre me dijeron y antes yo ni siquiera había nacido; pero ahora toda esa estructura crujía. Yo nací en esa misma casa de Carrasco Norte, en 1957, seis años antes de 1963, cuando conocí al Viejo Morin. Pero ahora surgía una noticia de varios años antes de que yo naciera, 1953... y casualmente, el *modus operandi*, la forma en que los hechos se procesaron, y cómo la noticia desapareció, me traían directas reminiscencias de Morin y de mi padre.

El mundo me daba vueltas.

Jamás había visto este diario, ni esta noticia. En realidad, jamás había visto los diarios de esa época, cuando apenas tenía doce años y menos para leer especulaciones de un período tan atribulado de mi vida.

Elsa vuelve a entrar, le hago un gesto con la mano y le agrego: "Que el chofer se vaya, hoy no salgo. Gracias".

Retira la bandeja, de la que no toqué nada.

Lo habían descubierto *in fraganti*, en pleno barrio de Maroñas, cerca del hipódromo, en un auto, y lo había pescado un simple guardia civil, de casualidad, que no tenía la menor idea de quién era Morin, porque en ese entonces era mucho menos rico, no imponía el respeto que después impondría. Lo vio un agente que estaba cumpliendo escrupulosamente con su trabajo, porque evidentemente detuvieron al hombre del auto, a pesar de sus airadas protestas. El artículo relata que el "hombre se desacató, por lo que el agente lo

llevó encañonado hasta la Seccional, que quedaba a pocas cuadras. El menor permaneció en la Comisaría hasta que lo vinieron a buscar sus padres". Pero esa fue la única noticia que se publicó, en tiempos de buenos cronistas policiales, que recorrían o llamaban a todas las comisarías de Montevideo, buscando un título para la noche.

Experimenté una detonación en el pecho: sin sus pantalones, sentado en el asiento trasero de un auto antiguo y ostentoso, como decía el artículo, un masculino de cincuenta y seis años con un niño, descubierto por accidente, cuando en Uruguay y Montevideo casi no había asaltos ni homicidios, pero había aparecido la mosca en la sopa, un "atentado violento al pudor".

Vuelvo a cerrar los ojos y me retrotraigo a las sensaciones en el Mariño Bar, a los comentarios sarcásticos del parroquiano de polainas y chaqueta de gamuza, cuarenta años antes (creo que le decían Toño, y jugaba en un equipo de polo), al aroma de hipoclorito de sodio, al saco manchado de Manolo, la mirada nerviosa de mi padre, al abogado taciturno que cenaba solo, todos los días. Pedemonte, sí, ahora el apellido surge claramente: Pedemonte. Como si fuera ayer. Sobresale en mi memoria aquel personaje de cabello gris peinado hacia atrás, con gomina, de indumentaria tan peculiar, a las nueve de la noche, que venía a comprar el diario antes de volver a casa, dejando el auto con las luces encendidas porque en el Club de Polo se rumoreó la noticia bomba: el calcinado ilustre tenía una denuncia previa, por degenerado.

¿Por qué este recuerdo estuvo completamente enterrado en mi memoria durante todo este tiempo? Yo no había visto el diario, pero sí había escuchado a Toño, con sus bromas estentóreas, llevándose el mundo por delante. Ahora lo recreo con una nitidez asombrosa,

porque evidentemente eso sí lo registré, y luego lo sepulté: “¡El viejo se hacía mamar por un menor en el auto!”. Y daba más informaciones: “¡En la plaza de Maroñas, qué hijo de puta, al lado del convento!”, riéndose a carcajadas. Recuerdo que otros le pedían recato: “Toño, Toñito, hay niños”. Estaba yo, estaba Pipo, había un muerto, mientras otro, el circunspecto abogado que comía chuletas y puré de papas, Pedemonte, se llenaba de lascivia: “¿Y qué más dice? ¿Niño o niña?”.

En ese momento me llamó la atención la frase, pero luego se esfumó, o me refugiaba en ese viaje a la Luna, un personaje de Julio Verne de verdad, y quería ser astronauta, para irme lo más lejos posible con Neil Armstrong, escondidos con Bruna en la bodega del Apolo, para no regresar nunca más.

Como si fuera un sueño, con recuerdos sepultados durante décadas, resucitados por una explosión que hace volar por los aires todas las esclusas que los contienen: ahora surgen los detalles, las minucias, la expresión nerviosa de papá, que parecía un pájaro asustado, estirando el cuello para buscar hacia dónde huir, hacia dónde remontar vuelo, antes de que lo destruyan a cartuchazos, porque se siente perseguido por amenazas invisibles. Surge en mi memoria la mirada opaca de Cholo Cuevas, en la galería, vendiendo tantos diarios como todos esos días desde el incendio, ahora por las fotos de Armstrong en la Luna, con la funda de cuero llenándose de monedas, con el añadido que Toño cuenta a los gritos. “Se hacía mamar por un chiquilín”, aclara, no era una niña.

Entonces podía ser cierto aquello que leía sobre los traumas y los duelos, que quienes los sufren, para poder sobrevivir, dejan puertas entreabiertas o completamente cerradas, para que no los lastimen,

pero que algo, algún día, puede llevar a entreabrir las y fisgonear qué es lo que ocultan, o entierran.

Lo más inquietante surge al día siguiente, en un pequeño artículo, en la misma página, en la misma ubicación, titulado: "Nos equivocamos", donde se da cuenta de que la noticia de la víspera sobre un aparente "atentado violento al pudor en 1953 fue una engañifa". No habría habido tal delito, fue un error del agente policial, que se confundió, un malentendido, lo que creyó ver no era verdad, no hubo ninguna denuncia de los familiares del menor, y el secretario de Redacción del diario termina pidiendo disculpas a sus lectores, del mismo modo que lo había hecho el 20 de agosto de 1953, al día siguiente. La espectacularidad del hombre pisando la Luna tenía a todos alterados, y se aflojaron los controles de los editores, que no se percataron de la mentira, obnubilados por la irrupción del hombre en el cosmos.

Fin del tema. En el 53 y en el 69, solo que en 1969 el periodista hizo una picardía, para ver si alguien mordía el anzuelo, pero no: se asomó y le cortaron la cabeza.

Busco ansioso en los diarios posteriores, amarillentos, y no hay ninguna referencia a la noticia. Desapareció hasta el periodista, Aníbal Puentes. Miro a las ventanas, la península de Punta Carretas, con las gaviotas volando sobre un bote de pesca que regresa a la orilla.

¿Pero entonces papá trabajaba con Morin mucho antes de que este me conociera? ¿Y ya había colaborado con este tipo de escándalos? ¿Con ese *modus operandi* de "arreglador"?

A partir de esa correría temeraria, el Viejo nunca más lo hizo en la calle, en un auto aparatoso, el Lincoln del 33, que yo conocía de

fotos, de noche, al descubierto. Imagino el fastidio del Viejo Morin, la incredulidad, los llamados al ministro del Interior de la época, al jefe de Policía. Y las amenazas al periódico, para que diera marcha atrás al día siguiente. ¿Le entabló un juicio por difamación e injurias? ¿Se lo ganó? Posiblemente la sentencia final impidió hablar del tema, se tornó confidencial y agregó una indemnización... Algo cobró por el disgusto, y mucho más de lo que les pagó a los padres de P. L. por no hacer la denuncia.

Todo me da vueltas. Vuelvo a hacer cuentas, muevo los años, mi nacimiento, el supuesto parentesco, fechas que anoto en mi agenda, tacho, enmiendo, corrijo, agrego capítulos a mi vida. ¿Cómo arreglaron con esa familia? ¿Cómo se lograron tantos encubrimientos?

Añado otro título a mi agenda: P. L.

Aquello que me contó Lesya que papá le preguntó, cómo era la relación de Morin con los niños, era de mucho antes, ella no me dijo la fecha, ¿papá habrá pensado que con la edad, la vejez, el Viejo había perdido el vigor? ¿Habría sublimado la pasión anterior con ternura? Que el Viejo era un “degenerado”, ¿era un secreto a voces?

LA BOYA EN EL ARROYO CANELÓN, JUNTO AL PUENTE, PESCANDO A LA ENCANDILADA CON UN FAROL A MANTILLA. PAPÁ ME DICE QUE PRONTO TENDREMOS MUCHO DINERO, QUE NO HABRÁ MÁS CAMPAMENTOS, FAROLES, INCÓMODOS CATRES DESARMABLES, SINO ESTANCIAS GENEROSAS. QUE RECUPERARÍAMOS TODOS ESOS CAMPOS DE LOS ALREDEDORES QUE HABÍAN PERTENECIDO A MI ABUELO MATERNO, Y AHORA LOS ATESORABA UN PRESTAMISTA. ¿DE QUÉ HABLA? ¿QUÉ ESTÁ PLANIFICANDO? LA BOYA SE HUNDE Y NO VUELVE A APARECER NUNCA MÁS. SE LA

LLEVAN A LO MÁS PROFUNDO DEL ARROYO, DONDE HABITAN MONSTRUOS SUBMARINOS.

CAPÍTULO 22

El sobrino

Poco después del incendio, antes de que el sobrino Alfonso se presentara formalmente como el heredero, comenzaron a llegar a casa, sin previo aviso, las personas más disímiles, porque se tornó público que papá era el principal asesor del fallecido: buena parte de las personas o representantes de entidades a los que Morin había dicho, o escrito, en alguna ocasión, que heredarían parte de la fortuna, o recibirían donaciones, o, incluso, personas que perdieron sus bienes a manos de Morin, quien les había prometido que se los devolvería con el tiempo, a cambio de algún tipo de compensación, pasaron por nuestra modesta casa de Carrasco Norte. Así desfilaron representantes de clubes sociales, entidades filantrópicas, parientes lejanos, a quienes papá recibía en el pequeño *living* (lo que menos quería era despertar rencores, que podían desembocar en otro tipo de indagaciones o sospechas), con la mayor aflicción, porque lo trataban como si fuera un mayordomo, un siervo, que podía tener la llave de la fortuna que Morin les prometió.

Cuando volvía del colegio me gustaba escucharlos, porque era consciente de que el Viejo tenía una historia mucho más enrevesada de la que yo le conocí, porque cada persona que venía tenía fundadas razones para creer que era un agraciado de la fortuna. Uno

traía una carta, otra un recibo, una foto, o una notita, donde Morin escribía cosas insólitas, como “esto vale por un inmueble en el barrio Pocitos para mi prima Amalia”, y debajo el famoso sello, “J. M.”. Y la tal Amalia consideraba que ese papelito era oro en polvo. “¡Está firmado, está firmado!”, le decía a papá, que tenía que explicarle que no, que el sello no era la firma, y aunque fuera la firma eso no quería decir nada, y como la otra no le creía, o pensaba que papá le ocultaba algo, porque quería robarse el bien que le pertenecía, montaba en cólera, y papá tenía que serenarla, y volverle a explicar.

Cada uno de los que venían tenía un pedazo, ínfimo, indemostrable, de una verdad mayor, inasible. Algunos solo tenían promesas orales, frases sueltas, malinterpretaciones, mentiras, falacias, cosas indemostrables que el *Monsieur* (como muchos le llamaban) decía para ganarse favores, negocios, niños. Y todos le prometían a papá que si él les entregaba los bienes, una parte sustanciosa de lo que ellos heredarían iría para él, a modo de comisión. O sea, con muchos, con innumerables hacía lo mismo que con papá: los tenía atrapados en la ratonera de una promesa. Una tía segunda o tercera de Morin, que también era pariente de mamá, de casi cien años, que vino con su nieto, traía una carta del Viejo donde le prometía que “un cuadro de Figari será para la tía Ofelia”. Papá la observaba boquiabierto, mientras la tía Ofelia le tomaba la mano a la “sobrina Quica”, mi madre, para que papá se apiadara de ella. “Es solo tomarlo del anticuario”, decía el nieto. “Nadie tiene por qué enterarse, elegimos uno pequeñito y cumplimos con el deseo del finado”.

Recuerdo uno de los diálogos de una señora que traía el vale para su hijito que el Viejo le entregó cuando tenía siete, y ahora tenía

treinta: "Vale por un lago en la zona de Carrasco", y firmaba "Jacques M.". Papá lo miraba y no podía creer que eso fuera verdad, que su vida terminara en este lodazal. La mujer, la madre, le preguntaba a qué lago se refería, y papá le decía que no tenía la menor idea, que Morin poseía terrenos en catorce lagos, veinte hectáreas de areneras que convirtió en cien lotes, ¿cómo podía saberlo? "No es un contrato, es una expresión de deseos", le explicaba papá, y "fíjese, señora", que el *Monsieur* tenía dos firmas, una que es la que aparece en todos sus documentos, y otra que era la de fantasía, la de los regalos, la de las promesas, que decía "Jacques M.", o el sello. "¿Por qué no se lo pidió al señor Morin cuando estaba vivo?", añadía.

Y los aparentes beneficiarios o los parientes no se consolaban con las explicaciones y se retiraban de casa dando un portazo, las más de las veces, o anunciaban que regresarían con un abogado, y papá se seguía enterrando, cada vez más, mientras yo me preguntaba: ¿y el Viejo siguió viendo a ese niño de siete años, por eso la madre está tan convencida de que se le debe una recompensa? ¿Hasta cuándo lo siguió frecuentando?

A la zozobra propia de la situación que vivía, se le agregaba toda esa gente que le revolvía la herida, porque papá se daba cuenta de que él era uno más de esos papelitos, esos vales, una foto velada, esas promesas, "un lago en algún lugar", un paraíso en el fin del mundo, un terreno en la Luna recién conquistada.

Ocho días después del incendio, el sobrino Alfonso llamó a papá para concertar una reunión en el estudio jurídico del doctor Solsona.

Papá estaba ansioso, máxime que mamá le decía que ahí estaba la oportunidad de otro trabajo, capaz que hasta con una persona

más normal que el Tío Morin, mucho mejor que volver a ser un simple rematador.

En la reunión, en la pomposa mesa de directorio con el doctor Solsona, estaban su socio y el sobrino Alfonso con su madre, que se hacía llamar Madeleine (*Poupée*), quien había regresado de apuro de París, donde tenía un novio mucho más joven, de la edad de su hijo, profesor de gimnasia.

El padre de Alfonso no vino porque estaba internado.

Ante todos esos testigos, el sobrino ofreció contratarlo, por boca de sus abogados, porque Alfonso no sabría ni siquiera expresar una fórmula tan sencilla sin meter la pata, para hacer "la transición". Porque Alfonso y sus abogados ya consideraban que era el heredero (en realidad, su padre moribundo y luego él), y precisaban de alguien de adentro del Palacio, de la intimidad, un confidente del finado, que les diera algunas pistas sobre lo que se encontraría, qué había, qué pinturas eran falsas u originales, dónde tenía depositada o escondida su fortuna en dinero, antes de que ellos mismos obtuvieran la información tras un largo peregrinaje por los bancos y sus cofres fort o recorriendo los registros y el Palacio. Creían que todo estaba asegurado, salvo lo que estaba oculto, que podía ser otra fortuna, y precisaban pistas, desentrañar el "enigma Morin".

Cuando papá lo contó en casa, después de aflojarse la corbata y sacarse los zapatos negros más nuevos que tenía, creí que había encontrado algo de sosiego, unos meses con trabajo, posiblemente mal pagos, pero algo era algo. Y, quién sabe, si las cosas salían bien, podría seguir siendo empleado de Alfonso toda la vida, como le repetía mamá, que estaba mucho más entusiasmada con la reunión que mi padre.

Papá la cortó en seco:

–Ya me avisaron, él y el bufete, que será un contrato temporario, de unos tres meses, para la transición, porque luego el Estudio Solsona con sus profesionales se ocuparán directamente del manejo de la fortuna, como ya estaba estipulado y documentado con Maurice y Alfonso Morin.

Lo que querían contratar, en verdad, era un espía, decía papá, un buchón, que les informara cuanto antes qué propiedades tenía, dónde estaban los títulos de propiedad, los contratos, las joyas, las cuentas bancarias, y fundamentalmente, los cofres fort con sus llaves, para que nada se perdiera.

Por primera vez, contó papá, surgió lo del “tesoro de Morin”, algo mitológico, que el hermano y el sobrino sabían que existía pero ignoraban dónde estaba y en qué consistía, pero inmediatamente comprendí que era parte del juego del Viejo con su familia: hablar de algo enigmático, posible, fabuloso, como la cueva de *Ali Babá y los Cuarenta Ladrones*. La única intervención de Alfonso fue justamente esa: “¿Sabés dónde escondió el tesoro mi tío?”. A continuación, el doctor Solsona lo interrumpió y volvió a tomar la posta, para seguir conversando entre gente adulta y seria.

Como lo señalaron delante de papá, el doctor Solsona ya le había aconsejado al señor Morin, como le llamaban al sobrino, que no apareciera más en la prensa, ni diera entrevistas en las ediciones dominicales de los periódicos, alimentando chismorreos. O sea, no querían que el botarate siguiera diciendo necedades, promesas infundadas que jamás cumpliría, porque, entre otras cosas, ya se le estaba formando una corte de pedigüeños, desde fundaciones de beneficencia hasta toda la parentela, la misma que se pasó la vida

yendo a peregrinar a lo del Viejo Morin, que siempre estaba “indispuesto” para recibirlos. A partir de ahora, a todos ellos los recibirían en el Estudio Solsona y no hablarían directamente con Alfonso. Buenos modales y un portazo.

En otras palabras, afirmó el propio doctor Solsona, se terminaron los derroches de dinero, y en ese derroche computó, indirectamente, el salario de papá (“se evitarán todos los gastos en servicios que el propio Estudio pueda brindar en forma profesional”), por eso se establecía un contrato de solo tres meses, que entraría en vigor no bien el juez decretara que la muerte de Morin había sido intestada, como ellos daban por sentado, porque todo aquel juego de Morin con el “príncipe”, yo, había terminado abruptamente con un accidente tan conveniente.

Algo es algo, decía mamá, y papá la miraba incrédulo, como diciendo “no puedo creer que me estés diciendo esto”.

Entre los derroches a los que se refería el doctor Solsona, se contabilizaba, también, la fiesta surrealista que hicieron Maurice y Alfonso, a la semana del incendio, “con el cadáver todavía fresco”, contó papá, en el Jockey Club, para festejar el cumpleaños cuarenta y uno de Alfonso, con canilla libre de *champagne* francés, como se publicó en la sección de *Sociales* del diario *El País*, con los detalles de todos los invitados, la sociedad elegante del Uruguay de la época. Parecía un cambio de era, porque si el viejo millonario era austero, reprimido, y jamás había hecho una fiesta ni celebrado su cumpleaños (salvo los míos, con los compañeros del colegio), la generación siguiente, “la sangre nueva”, como decía el artículo, era manirrota, repartiría dinero a diestra y siniestra, generando trabajo y divisas, en un país que en ese momento brindaba escasas

oportunidades, donde todo o casi todo dependía de la producción agropecuaria, los estancieros y los negocios colaterales. Al padre, Maurice, en silla de ruedas, devorado por el cáncer, que le impedía moverse y hablar, le obligaron a hacer un discurso panegírico sobre su hermano Jacques, que el diario reprodujo: una serie de sonidos guturales desconectados, ininteligibles, con un micrófono que su hijo le presionaba contra la boca, desplazándole la dentadura postiza, donde solo se destacaba que "mi hermano fue un caballo campeón" y otras sandeces, que los invitados celebraron con algarabía y un interminable aplauso ante las oportunidades de negocios que se abrían.

El Jockey Club, como los abogados, la cochera con los caballos y la cureña, así como los arreos con platería criolla de los rematadores Echeverría, no cobraban las cuentas de inmediato, sino que las pasaban para más adelante, porque de buenas a primeras, Alfonso y su padre moribundo tenían crédito ilimitado en todos lados.

Cuando lo leían en el diario, con la galería de fotos, papá, Cholo Cuevas y Manolo Mariño, en la mesa del rincón del Mariño Bar, ensimismados, mientras yo esperaba a que llegara Pipo Mariño, pensaban: ¿cuántos días nos queda para hacerlo? Es ahora o nunca... Pero no se decidían y yo no podía decírselo. Entendí que tenían miedo de caer en una trampa, como aquella de la cámara fotográfica del Viejo Morin: de pronto había un arma apuntando a quien entrara a la Bóveda, que se dispararía por un mecanismo oculto accionado al abrirla de manera directa, sin algún seguro, tal vez, tal vez... Al Viejo le gustaban las armas, y, fundamentalmente, le fascinaban los engranajes secretos y complicados, físicos y psíquicos, las maquinaciones.

CAPÍTULO 23

El final

Papá se desequilibró y se tornó paranoico. Quería volver al Palacio para ver si no había quedado alguna otra huella mía, mis guantes ingleses, mi gorra, algo más que mis anotaciones, o mis cuadernos, propios de un pupilo.

Claro que podía haber algo en el salón del primer piso, aunque toda la ropa la llevé tras el ultimátum y mis cuadernos (y fundamentalmente las fotos) se quemaron en la torre.

Papá creyó que había dejado rastros, porque no estaba preparado para ser cómplice de un asesinato, no estaba preparado más que para entregar, eventualmente, a su hijo en una ofrenda brumosa por una promesa monumental; pero lo otro lo desbordaba.

Daba la impresión de que siempre creía que la policía golpearía la puerta de nuestra casa a altas horas de la noche, con él insomne, para preguntar por Andrés Pardos, para interrogarme, para llevarme a un reformatorio de menores. Y él, ¿qué haría?, ¿diría que era todo su culpa, que él me había inducido a cometer el asesinato?

Mamá se había encarnizado con él y se lo hacía saber, todos esos días siniestros, de forma solapada, porque fue en ese período, ante el desasosiego de papá, que mamá sospechó algo, o mejor dicho, su inconsciente se destrabó, y lo que había enterrado con mentiras

salió a la luz, y cayó en la cuenta de que mi padre, y ella, sí, y ella, me habían sacrificado por una quimera.

Pobre papá, lo carcomía la culpa y quería entregarse. Un día me lo dijo, tres antes de que se ahorcara.

–Andrés, me quiero entregar.

–¿Por qué, papá?

–Me querría entregar, pero no puedo.

–¿Qué hiciste, papá?

Pero permanecía en silencio.

“Arruiné tu vida, arruiné la mía. Pero no puedo contar nada a la policía, quiero pagar, pero no puedo”. Eso no lo decía, pero lo pensaba.

Pobre papá, ni siquiera podía entregarse, porque me delataría a mí. No había forma de expiar la culpa, de lavar la mala conciencia, y la vida se le transformó en una pesadilla insoportable.

Una de esas noches mamá vino a mi cuarto. Papá estaba con Pascal y Lesya, organizando los despidos, las indemnizaciones, con la cuenta corriente de Morin que también estaba a su nombre en el Banco Atlántico de Carrasco.

Mamá estaba preocupada y sorprendida con el comportamiento de papá. Una cosa era quedarse sin trabajo, y tener que buscar otro, pero otra muy diferente era ese estado de desasosiego, de sonambulismo, mezclado con alcohol, como nunca lo había visto. Había algo nuevo que ella no terminaba de descifrar, y quería saberlo.

Mamá nunca me había hablado de este tema en forma tan precisa, tan explícita. Antes eran todos subterfugios, frases escondidas que no se sabía a dónde querían llegar. Habían pasado

nueve días del incendio. Quería saber, por primera vez, sin pelos en la lengua, exactamente qué hacía yo en casa del Tío, en esos siete años, aparte del estudio, de la caligrafía, del ajedrez, de las lecturas, de los juegos, de andar en bicicleta, de aprender de caballos de carrera.

–Quiero saber los detalles, Andy, para ayudarte, para ayudarnos –decía.

Las veces que antes me hablaba del tema eran sobre el repaso de las lecciones, pero ahora había una duda diferente, una pulga nueva y rencorosa detrás de la oreja. Ya no era qué estudiaba, sino cómo me enseñaba, y además me lo repetía, con los detalles.

Yo me levantaba de hombros, acariciando a Bruna, que descansaba su hocico sobre mi pierna.

–No hay nada, mamá.

–Al Tío Morin, ¿lo extrañas?

–No, mamá, no lo extraño.

–Pero te ayudaba a estudiar, eso sí, ¿verdad? Podía ser extremadamente gentil, como lo fue conmigo, los pendientes de brillantes...

–Igual me iría bien estudiando yo solo.

–¿Y por qué entonces ibas siempre?

–Yo no iba, mamá, papá me llevaba.

Me irritó descubrir que mamá también lo reprimía, que todo lo que se refería al Viejo lo enviaba al inconsciente.

–¿Cómo que te llevaba, Andrés, qué querés decir? ¡Tú lo pedías, tú querías ir! –se desesperó.

–Eso fue al principio. Después fue al revés.

Mamá me miró a los ojos. ¿Yo me habría convertido, como mi padre, en un mentiroso, en un estafador, que con la misma seguridad dice indistintamente la verdad o la mentira? La situación era similar, pero los ojos del interrogador eran diferentes: en unos había fragilidad, titubeo; en otros, determinación, firmeza. Mamá tenía las riendas de la casa.

El penúltimo día, de noche, después de cenar, papá me pidió que lo acompañara, una vez más, al Mariño Bar.

Me puse el sobretodo ordinario, porque había tirado el que me había regalado Morin, toda la ropa que había traído del Palacio.

–¿Por qué usás el sobretodo viejo, Andy?

–Es el único que tengo.

–Tenés el inglés, el de Brighton.

Ya ni siquiera decía el que te compró el Tío.

–Ese lo tiré.

Papá empalideció, en el garaje, aferrado al volante, mientras el motor se calentaba.

Claro que quería preguntarme si también había tirado las libras esterlinas de oro que el Viejo me iba regalando, de a una, en cajitas de joyas, que yo guardaba sin mayor esmero en mi *placard*. Ni siquiera sabía cuántas tenía, aunque era evidente que papá sí las había contado. Yo suponía que él tendría que echar mano de ese resguardo para seguir viviendo hasta encontrar un empleo, aunque también creía que a la postre terminaría aceptando el trabajo provisorio que le ofrecía el sobrino Alfonso. Pero todavía no me las había pedido, no se había atrevido. Y en realidad yo las había arrojado, sin contarlas, cada una en su cajita, al tacho de basura.

Cuando llegamos al bar, Cholo Cuevas asintió con la cabeza, bajando la mirada, lo que en su estilo era un saludo, y cuando entramos, Mariño se aproximó y me dio un beso, como siempre lo hacía.

Mariño había preparado de cena las usuales chuletas a la plancha, que los parroquianos comían con puré y vino de la casa, rosado o tinto.

Papá se tomó medio vaso de *whisky* de un sorbo.

Sus ojos oscuros se tornaron acuosos.

–Te pido que me perdones, Andy...

Como permanecía en silencio, me suplicaba con la mirada.

–Por favor... –imploró.

Yo, la flor de sus ojos, demasiado bello y talentoso, la fuerza de la naturaleza a la que él había mancillado.

Se puso a llorar, cubriéndose el rostro con las manos. Nunca imaginé que pudiera llorar de esa manera, nunca vi un llanto tan intenso, tan profundo, tan dolorido.

–¿Te acordás de los campamentos en el arroyo Canelón, la pesca, la luna, el tiempo maravilloso?... –farfullaba–. ¿La naturaleza, nuestros gustos comunes, planeando el futuro?

Mariño nos miraba de reojo, atendiendo distraído las chuletas a la plancha, que chirriaban y largaban más humo y más grasa de lo acostumbrado.

Me puse de pie y papá creyó que le iba a dar un beso, que lo iba a perdonar, enternecido por el relato y el llanto. La boya que se hundió en el arroyo sacudió la caña y el anzuelo traía una tararira plateada, a la que él le cortaba la cabeza con el cuchillo de monte, le abría la

panza y le sacaba las tripas que arrojaba al agua, donde saltitaban las mojarritas.

Pero lo que hice fue dirigirme a la trastienda, donde Pipo ya había alineado las dos filas de soldaditos.

Sin ningún ingreso, sin ningún ahorro, porque todo lo había depositado en la compra de la casa de Atlántida, que seguía a nombre de Morin, salvo las monedas de oro que creía que yo tenía, y los pendientes de brillantes de mamá, papá se fue ahogando en alcohol.

Lo otro que hacía en esos últimos días era leer mil y una veces la copia del testamento redactado por él, sin firmar, donde el "príncipe", el "heredero", se hacía con la fortuna del Tío Morin. Lo manoseaba, lo dejaba sobre su falda, pensativo, volvía a leer la infinita enumeración de los bienes, lo cambiaba en la imaginación, mejorando la redacción, como si tuviera una revancha en el más allá. Mamá no dejaba de reprimirlo, con medias palabras, lo culpaba de todo lo que había sucedido, tantos años en vano.

Nuestra casa tenía un garaje al que se accedía desde la cocina, donde papá guardaba el Austin, su bien máspreciado. Y ahí se ahorcó, ahí colocó una soga de la roldana que colgaba de una viga del techo, que sostenía un pequeño altillo de madera, donde entre otras cosas se guardaban la carpa y los enseres de los campamentos, pretéritos, que hacía siete años no hacíamos, como si pertenecieran a otra familia. Se subió al capó del Austin con un banquito, lo pateó y se colgó, un mes después del incendio.

Lo encontró mamá, que pegó un alarido, a las once de la noche, porque papá no subía a su cuarto. Yo bajé cuando escuché los gritos

pero mamá me detuvo en la puerta, tomándome entre sus brazos, temblando como una hoja: “¡No entres, no entres!”.

Mamá lloraba. “Pero alguien tiene que bajarlo y comprobar si está vivo o muerto”, le dije, con firmeza, para calmar su histeria, porque entreveía sus piernas colgando sobre el capó del Austin.

Como no podíamos sacar el lazo de la palanca de la morsa en la mesa de herramientas, que estaba demasiado apretado por el peso, pusimos un banquito sobre el capó, como había hecho él, para cortar la soga. Mamá subió porque era más alta que yo, cortó la soga con una cuchilla, pero no pude sostenerlo, y el cuerpo cayó pesadamente sobre el auto y rodó al suelo, con un golpe seco de la cabeza contra el piso de hormigón.

Mamá gritaba: “Cuidado, cuidado Andrés”. Y yo le respondía: “¡Está muerto, mamá!”.

Cuando lo pusimos recostado en el suelo, mamá lo tapó con una manta, de los pies al cuello, como si tuviera frío, y entró para llamar por teléfono al hospital, pero la guía telefónica se le deslizaba de las manos, no conseguía pasar las hojas, hasta que yo la tomé, me senté en el sofá y busqué el número.

Mamá me miraba estupefacta.

Parecía un final predestinado, que se fue preparando lentamente, con la borrachera, con la depresión, porque a medida que pasaban los días, cuando yo no lo acompañaba al Mariño Bar, papá volvía cada vez más ebrio. Por eso mamá prefería que yo fuera con él, para que regresara más temprano y así evitar que apareciera Manolo Mariño en su extraña camioneta, para traer a papá en estado de inconsciencia.

Tras el hospital, mamá llamó a la policía. Vino un médico y un enfermero, certificaron la muerte y lo llevaron a su cama, y un poco más tarde pasó un policía, que llegó en bicicleta, anotó lo que dijo mamá y se fue. Yo busqué en sus ropas, en su portafolios y en el auto por si había dejado una nota, o una despedida, pero no la encontré. Tal vez no podría hacerlo, porque equivaldría a una confesión.

El velorio se hizo en casa. Vinieron dos primas de mi padre del interior, vino Manolo Mariño, el diariero, Cholo Cuevas, tres primas de mamá (y de Morin), Lesya, Pascal, dos excompañeros de la Casa Echeverría, y sanseacabó. No recordaba que también estuvo Pipo Mariño.

Mamá no avisó al colegio, a ninguno de mis compañeros, porque le daba vergüenza el desenlace, la casa, el suicidio, el bochorno. Era nuestra otra vida, la verdadera, la cara oscura de la Luna. Me sorprendió, porque siempre creí que para mamá las simulaciones eran cosa de una clase inferior; para ella, que se consideraba de familia fundacional, aunque empobrecida, lo que era mucho mejor que ser "un nuevo rico".

Dos días después, mamá fue en el Austin a hablar al colegio, conmigo. *Miss Smith*, aquella dueña y directora que tanto me admiraba, que tan orgullosa se sentía de tenerme como alumno, que publicaba en la cartelera las fotos de mi cumpleaños como si fuera de la nobleza europea, ahora se preocupaba sobremanera por algo mucho más rudimentario que el progreso académico o espiritual de sus alumnos: las cuotas mensuales, porque mamá directamente le dijo que no podría pagar ese colegio, mencionó algo confuso sobre la muerte de papá "por neurastenia", insinuando que me becara, en

razón de las notas sobresalientes. Martha Smith aceptó becarme hasta fin de año, segundo de liceo, anunciando que a partir del año siguiente fuera buscando otro colegio, si no podía pagar. Y todavía mamá se enteró de que todos en el colegio sabían que papá se había suicidado. Un cataclismo. Y lo de las notas sobresalientes *Miss* Smith ni siquiera lo mencionó.

Al colegio yo lo vivía con la mayor ambigüedad, como si me hubiera desdoblado. Por un lado volvía a sentirme una persona normal, iba y regresaba en ómnibus, reencontrándome con aquel niño que fui hasta los seis años. Y al mismo tiempo, mis compañeros, los profesores, la directora, todos me miraban diferente: había dejado de ser especial, el multimillonario, el iluminado, el “príncipe”, en una fracción de segundo, sin hacer nada para merecerlo, o dejar de merecerlo. Sobresalir sin dinero requería otros atributos, además de los sobresalientes.

CAPÍTULO 24

Brown & Brown

Veinte días después del suicidio de papá, el 7 de septiembre, nos llamaron a mi madre y a mí del famoso bufete de abogados y notarios Brown & Brown.

—¿Para qué nos llaman? —se preguntaba mamá, concentrada en el volante del Austin, mientras yo me encogía de hombros—. ¿Tu padre no habrá dejado además algún problema, alguna deuda?

Cuando llegamos, me sorprendió que nos trataran como a gente importante. Eso no ocurría sin el Viejo Morin, mucho menos en lugares tan prestigiosos como ese bufete, con una entrada garbosa, en la Ciudad Vieja, con cuadros originales y mullidas alfombras de tonos discretos, que solo trataba con gente acaudalada, para quienes los demás eran poco menos que parte del decorado, salvo si uno les sirviera de algo, si representara un interés. Y nosotros nos habíamos convertido en inservibles.

No bien llegamos, quince minutos antes de lo acordado (mamá quería hacer tiempo en la esquina y yo la convencí de entrar a un lugar sin frío), sin hacernos esperar, nos hicieron pasar al despacho principal, una sala de reuniones elegantísima, con una mesa rectangular como para diez personas, en el segundo de los tres pisos que ocupaba el Estudio. Me acerqué a la ventana: al fondo, la bahía

de Montevideo, con sus buques, sus depósitos, algunos de los cuales sabía que pertenecían al Viejo Morin.

Nos ofrecieron agua, café, jugo de naranja. Mamá, muy nerviosa, pidió café, yo jugo de naranja. Entonces entró una secretaria muy atildada, que nos dio un beso a mí y a mamá y puso varias bandejas de sándwiches de la confitería Colombo, que evidentemente habían comprado para la ocasión.

A los tres minutos exactos, el tiempo acordado entre ellos, Brown padre (hijo del fundador), Brown hijo y el doctor Lopardo, los tres de trajes azul marino, dos muy veteranos y el otro, el hijo, más joven, entre treinta y cuarenta, aparecieron con mucha pompa, como si lo hubieran ensayado.

Lo primero que hicieron, tras los saludos, fue darnos el pésame por mi padre y por Morin, a mamá por el parentesco, y a mí por lo del "tío", "tío y tutor", apuntó Brown padre, porque lo de papá, con la vergüenza del suicidio, quedó en un segundo plano muy pronto.

—Tú, Andrés, con tus cualidades que tanto resaltaba el señor Morin, sabrás sobrellevarlo, la vida puede ser dura, pero uno aprende a superar hasta los peores tropezones y ese aprendizaje es muy valioso.

Pidieron café para ellos tres y Brown padre manejó la reunión, sacando un grueso manojo de papeles encuadernados de una carpeta de cuero.

—No sé si ustedes ya lo saben, o si es una sorpresa del señor Jacques Morin. El joven Andrés Pardos Lago... —y me señaló con la mano— es el heredero de todos sus bienes, muebles e inmuebles, en Uruguay y Argentina, como lo dejó claramente establecido en este testamento solemne, debidamente comunicado y asentado en el

Registro de Testamentos de la Inspección de Registros Notariales. Demoramos en agendar esta reunión porque queríamos cotejar muy pero muy concienzudamente que no hubiera otro testamento, o alguna revocación y, efectivamente, ayer nos terminaron de confirmar que el único válido es este.

Mi madre lo escuchó estupefacta, incluso no pudo evitar ponerse una mano en la boca, hiperventilándose, como si le faltara la respiración, o como si no pudiera creer lo que estaban diciendo, o como si fuera una broma, o una mentira.

Brown padre se sorprendió, en verdad se sorprendieron los tres de que la noticia le provocara tanto asombro, porque creían que lo sabíamos.

–Por tener doce años, Andrés no podrá tomar posesión de los bienes hasta la mayoría de edad, dieciocho, por lo que usted será su albacea hasta entonces –añadió, dirigiéndose a mi madre.

Y nos mostró el manojó, unas cien páginas que incluían toda la nómina de bienes inmuebles, las setenta y cinco páginas que papá había redactado, con la comunicación al Registro de Testamentos, el lugar y la fecha de otorgamiento, con la serie y número del papel notarial en que se extendió y autorizó.

La reunión siguió por más de una hora, porque si bien yo no preguntaba nada, mamá, luego de superar la conmoción, de repente se transformó en otra persona: perdió todas las dudas que siempre tuvo, y se tornó concreta, detallista, importante, quería saber los pasos a seguir, la nómina de los principales bienes que estaban enumerados en el testamento, con el número de padrón, por eso tenía tantas páginas, que ella –ahora lo advertía– lo había leído en

las copias y el borrador de papá. Y hablaba del Tío para acá, el Tío para allá.

El bufete se ofrecía para manejar todo el tema legal y notarial, la sucesión, “el frangollo de los títulos”, las propiedades, las hipotecas, los bancos, los litigios pendientes de las últimas adquisiciones en remates judiciales, eventuales intentos de impugnación, incluso manejar los bienes de Argentina, con un bufete socio con el que siempre trabajaban.

–Salvo dos cuentitas en el Atlántico, no hay bancos, está todo en el Palacio –dije yo, asombrándolos, asustándolos, porque fue lo primero que dije.

Contra todos los pronósticos, mamá se tomó unos segundos, concentrada en su taza de café, que no había tocado, revolviendo despacito, y dijo, muy lentamente, desgranando cada palabra como si la fuera meditando letra por letra, que se tomaría un tiempo para decidirlo, que la sorpresa era grande, el trabajo también. No quería precipitarse al elegir, en ese momento cargado de ansiedad y de tristeza, el estudio jurídico y notarial más adecuado, ya que, como albacea, debía tomar la mejor decisión, porque el monto era cuantioso, y estas resoluciones requieren madurarlas, consultarlas con la almohada. Ni siquiera me miraba cuando respondía. ¿Esta era mamá o me la habían cambiado por otra?

Los tres abogados no se esperaban esta respuesta. Si ya habían soportado durante años la locura y los desplantes del Viejo Morin, no podían creer que la parienta lejana, la madre del heredero, la bella Quica, también fuera maniática, insufrible, como si hubiera un gen perverso en la estirpe de los Morin Feraud.

Lo cierto es que mamá mostró ese día todo el temple que tenía, y que yo, por estar entreverado en otros asuntos, ni siquiera sabía que existía.

El abogado más joven se molestó por esto que consideró un desaire, una desconfianza de parte de mamá, pero los otros dos, con mucha más experiencia, tras la sorpresa, se restablecieron rápidamente y volvieron a los buenos modos, los más elegantes imaginables, incluso Brown padre se dio cuenta en el acto de que el vínculo, en ese caso, no era tanto con mi madre, la albacea circunstancial, sino conmigo, el "príncipe". Que la millonaria repentina y provisoria era mi madre, pero el que estaba acostumbrado a vivir con la fortuna de Morin, que ahora me pertenecía hasta la eternidad, era yo. Súbitamente empezó a hablarme a mí, o a mamá pero también dirigiéndose a mí, un cambio muy sutil, y creo que se extrañó que estuviera tan impávido, como si la noticia no fuera una sorpresa o, peor o más extraño, como si me fuera indiferente.

—Andrés, ¿qué opinás de todo esto?

Yo asentí con la cabeza.

—No lo sabía... pero fue una promesa de Morin.

Aunque la pregunta, ahora, no era sobre el testamento en sí, sino sobre el trabajo del bufete, o sea yo pasaba a convertirme de buenas a primeras en el cliente más apetecido del país, y querían seducirme.

—No me parece mal seguir con ustedes. El Estudio ya está interiorizado de muchos de los negocios de Morin, no creo que haya problema. Mejor dicho, me parece bien contratarlos a ustedes.

En un santiamén, dije exactamente lo contrario de mamá, la desautoricé, quien quedó helada, perdió repentinamente la solvencia que había demostrado en esos setenta minutos, mientras ellos veían en mí, pese a mis doce años, el aplomo, la certidumbre con la que enmascaraba un torbellino interior que ni sospechaban.

Cuando salimos, mamá intentó recriminarme, entonces yo la miré firme... y con esa sola mirada captó que había cometido un error.

–Tu padre se murió sin saberlo –repetía, meneando la cabeza, cuando nos íbamos en el Austin con una copia simple debidamente autenticada del testamento.

Yo estaba confundido, mamá estaba confundida, el suicidio de papá... ¿Entonces papá no sabía nada del registro? ¿Ocurrió lo del pastor mentiroso, con Morin, que miente tantas veces, que cuando dice la verdad, nadie le cree? Y, en todo caso, el incendio había ocurrido antes de que el Viejo se pudiera arrepentir.

Al día siguiente, mamá quiso vengarse de la directora y dueña del *London College*, Miss Smith, y fue ella personalmente a decirle que no se preocupara, que anulara la beca, que ella pagaría puntualmente todo, porque yo, Andy, era el niño más rico del colegio. Miss Smith no entendía lo que había sucedido pero se acobardó con el desplante de mamá. Yo no sabía que a mamá le gustaba avasallar a las personas, ¿un atisbo del recóndito parentesco con el Viejo Morin, por el lado de los Feraud? “Si Andy quiere, hoy les compra el colegio por un precio al que vos y tus hermanos no podrán negarse y a vos te despide”, le remató.

Mamá fue durante meses a contarle a mi padre al cementerio. Como ahora tenía dinero infinito, porque pudo hacerse enseguida de las cuentas bancarias de Morin en el Banco Atlántico, así como de

las libras esterlinas de oro y los lingotes de la Bóveda (vendió el Austin porque le traía malos recuerdos: papá se había suicidado en vano subiéndose al capó), tomaba un taxi y luego compró un coche y contrató a un *chauffeur*, le pedía que la esperara en la entrada, y pasaba horas hablando con papá, en su tumba, contándole lo que había ocurrido, el error que había cometido.

En beneficio de mamá, debo decir que ella se ocupó de todo hasta que cumplí dieciocho, con ese bufete, y luego cuando pasé a estudiar en el exterior, ya bajo mi batuta, pero lo hizo con una diligencia, con una puntillosidad tal, que la miraba y no podía dejar de pensar que los genes de Morin se habían desparramado a través de generaciones, jugando a las escondidas, salteando a unos y agraciando a otros, sin beneficio de inventario, porque heredaban sus virtudes y también sus peores defectos.

CAPÍTULO 25

Cero

Mi padre había puesto un ultimátum de verdad, porque interpretó, sin saber exactamente qué estaba ocurriendo en la torre del Palacio, que yo no resistiría mucho más. Y jamás imaginó que Morin había presentado el testamento y comunicado al Registro, a través del bufete de abogados y notarios más prestigioso de Montevideo, que haría todo como correspondía, sin ninguna chicana. Pero fue todo cuestión de días, de coincidencias, casualidades. Tenía sentido: Morin lo presentó pero se lo diría a papá cuando se le antojara a él, o sea, se sometía al ultimátum pero a su manera, con sus *tempos*. “Estoy en eso, estoy en eso”, le decía Morin a papá en esos últimos días, mientras a mí me guiñaba un ojo, o me hacía un mohín cómplice.

Efectivamente, Morin había hecho lo que papá siempre deseó. Es decir, papá se mató porque nunca se enteró. Y jamás tendría la absoluta convicción de que el testamento se había registrado, o se mantenía registrado: tal vez Morin lo había mandado sacar del Registro con una mera llamada telefónica al Estudio Brown & Brown el mismo día que lo presentó.

“Morin, ¿pero usted lo presentó?”, le preguntó papá la última vez. “Estoy en eso, estoy en eso, Pardito”, le repitió, pero no se lo

confirmaba, encarnizándose con él. Fue esa última semana tenebrosa, en que el documento estaba y no estaba, entraba o no entraba, porque yo iba y no iba a que me penetrara, no entraba, me dolía, me ardía, sangraba, con mis piernas haciendo piruetas sobre sus hombros, y él sobre mí, su pecho sobre el mío, besándome la boca, llenándome de baba. Era su cría, sus genes, mientras yo me sentía responsable, culpable, porque de alguna manera, sin saber cómo, lo había propiciado porque yo había superado la marca en la escala graduada del baño.

Al mismo tiempo, el hecho de que Morin me dejara la fortuna no era solamente por cumplir la palabra empeñada con mi padre. A medida que yo crecía, él me enseñaba lo que debía hacer para conservarla, para multiplicarla, con esas fórmulas que debía grabar a fuego en mi espíritu: "nunca creer en nadie", "los patricios son vagos, porque todo lo heredaron, a diferencia de los laboriosos burgueses, por eso están propensos a perder todo", "los de la familia son los peores, porque las mentiras más crueles se dicen en silencio".

¿Podría ser que me la quisiera dejar de verdad? Yo era él, su reflejo, y él era yo, por eso hablaba de consustanciación carnal y espiritual. Si me la dejaba a mí, se la estaba dejando a él. Y la penetración no era algo accesorio: era la manifestación explícita de que éramos un solo cuerpo.

Lo que fue irónico, además, es que el testamento, unas cien páginas, incluía la nómina de bienes que papá había preparado, y cuyas copias con papel carbónico estuvieron en casa durante tanto tiempo, hasta que mamá las quemó, tras la muerte de papá, porque creía que traía malas vibraciones, que era la causa de todos nuestros

infortunios. Allí estaba la planilla pormenorizada de los bienes inmuebles, cuyos títulos de propiedad Morin y yo habíamos registrado en los biblioratos contables, y acondicionado, con el método maniático del Viejo, en las bibliotecas del salón del primer piso, ordenándolos por barrios, en el caso de inmuebles urbanos, o departamentos, en el caso de los campos, o países, en el caso de los de Argentina.

Yo heredaba, también, todos los bienes muebles existentes en el domicilio de la Rambla Tomás Berreta 3118, el Palacio Morin, las joyas, antigüedades y pinturas, y también las monedas de oro y los lingotes de la Bóveda, que, para mi sorpresa, mamá sabía que existían, con la cantidad aproximada, porque papá le había contado, y que sin demora ella trasladó a cofres fort de varios bancos (para “no poner todos los huevos en la misma canasta”), escoltada por un policía, mientras mandaba refaccionar lo que destruyó el incendio.

Lo que siguió fue una larga disputa sucesoria, que yo adiviné desde el día de la reunión en el bufete Brown & Brown, y por eso mantuve el vínculo con ellos para que estuvieran alertas para defenderme. Ya habría tiempo para cambiar de bufete y, en cierto modo, traicionarlos. A veces, a lo largo de toda mi vida, me asombraba de la forma en que había seguido, escrupulosamente, algunas enseñanzas del Viejo Morin, como si me las reiterara todos los días desde el más allá: “En los negocios la traición no existe, solo importa el interés: el que traiciona es el que quedó afuera, porque te estaba robando”.

El terremoto ocurrió al día siguiente, cuando el sobrino Alfonso (su padre ya estaba desahuciado en el sanatorio) se enteró de la novedad a través del Estudio Solsona, tradicional adversario del

bufete Brown & Brown. O tal vez lo sabían de antes y por eso hicieron todo por impugnar el testamento, aduciendo primero que había sido redactado cuando Morin estaba incapacitado, "senil", o que había sido coaccionado por mi padre, o hasta por mí, obtenido mediante "prácticas inadecuadas" (este fue el eufemismo más cercano a la pedofilia, porque en verdad tenían una demanda de nuestra parte, ahora que era multimillonario, demanda que incluiría al Estudio Solsona). Hablaban de fraude o chantaje sobre la voluntad del testador, ya que Morin les había asegurado, al hermano y al sobrino, lo que además estaba escrito en una notita con su sello, "J. M.", que jamás haría un testamento fuera de la familia, y que si aparecía uno, este era falso, y debían impugnarlo.

La disputa abonaba la hipótesis de que la fortuna era inconmensurable, y se hablaba de que efectivamente había un "tesoro" oculto, mito alimentado por el propio Morin (como el jamás encontrado de las hermanas Clara y Laura Masilotti, en el Cementerio Central de Montevideo, parte del folklore nacional) que sin duda era la Bóveda, pero como nadie la conocía llegaron a decir que, como las hermanas Masilotti, Morin había escondido el tesoro en el panteón familiar (sin duda el Viejo se lo había insinuado en algún momento al hermano y sobrino, a modo de chanza). Por eso, Alfonso lo mandó dismantelar, cavando entre huesos y carne podrida durante meses, convocando a la prensa, porque eso también les pertenecía y tenían derecho a hacerlo, y yo, como copropietario, no me opuse, a sabiendas de que el Viejo jamás dejaría ni un centavo en un bien indiviso y al alcance de cualquiera.

La disputa sucesoria hizo historia en la chismografía, así como en los anales jurídicos y la crónica periodística.

En una de las tantas reuniones en el bufete, mamá les preguntó a los abogados, cuando ya les hablaba de igual a igual, o de cliente privilegiado a sus empleados, qué quiso decir la demanda contraria con “prácticas inadecuadas”.

El que respondió fue Brown padre:

—Nada, señora Pardos, chicanas, argucias. El juez podrá preguntar qué es, pero estamos atentos, si surge algo iniciamos una demanda por daño moral, difamación e injurias, y seguro la ganamos. Eso está perfectamente controlado.

—¿Daño moral? —repitió mi madre, asustada.

Claro, no había testigos y las pruebas (las fotos) se habían quemado. Además esas prácticas, si se demostraran, no querían decir nada, al contrario: la víctima no era él, sino yo. Lo que ellos querían, más bien, era chantajearme, para que yo pagara por el silencio. Mamá no entendía nada, o se hacía la que no entendía.

Es posible que en la demanda, que yo no leí, porque no me interesaba, aludieran solapadamente al caso de “P. L.”, publicado en el diario, pero la denuncia del año 53 se había retirado, no había cargos, no había nada más que rumores y un presunto error periodístico.

Tampoco prosperó el intento de reflotar la hipótesis del homicidio, porque por las dudas o porque sí, lo primero que hizo mamá, apenas tomó posesión del Palacio, adonde nos mudamos, fue mandar restaurar la pérgola, quitar los escombros de los macetones y las estatuas, las gárgolas que se desprendieron de la torre, así como limpiar las caballerizas, el lago, mandó deshacer la huerta de Lesya y regaló las gallinas a una pollería, ya que aquello parecía “un conventillo”.

La mano firme y para mí desconocida de mamá se manifestó, también, en su actitud ante Lesya y Pascal, que ahora se llamaba Pascual. Si bien ya habían obtenido la indemnización que papá les había abonado, pudieron tramitar una mísera jubilación, (Morin casi nunca les aportó a la Caja de Jubilaciones), y se fueron a vivir donde la hermana en la estancia próxima a San José de Mayo (el viejo hacendado ya había muerto). Un día vinieron de visita al Palacio. Querían saber si mamá requería sus servicios, como antes, porque les seducía volver a vivir, ahora como pareja formal (incluso habían contraído matrimonio), en las amplias dependencias sobre los garajes, ya que la hermana los había alojado en el área de los peones, y hasta les exigía crecientes tareas a cambio del hospedaje y la comida.

Mamá los recibió en el salón principal del primer piso, el de la estufa de piedra, con la calefacción prendida. Les dijo que no, que ya había tomado personal nuevo, más joven, que cuando "hay que renovar, hay que renovar todo", y de ese modo mandó a los dos viejos al trasto de los desperdicios. Aprovechó (porque mamá ahora siempre aprovechaba para recibir alguna ventaja, aunque fuera mínima) para preguntarle a Lesya qué eran unos ganchos que había en las paredes de ese despacho, con un rollo de sogas y palillos de colgar la ropa apoyados en el antepecho de una ventana. Cuando le explicó que a veces el señor Morin colgaba ropa (no especificó que era ropa interior) para que se secara con el fuego de la estufa, mamá llamó de inmediato a un arquitecto para que mandara deshacer semejante inmundicia.

Mi única tregua emocional, durante ese período, era jugar con Bruna en el parque del Palacio.

A Pascal –Pascual– lo volví a ver una sola vez, muchos años después, cuando murió Lesya. Estaba muy golpeado por la muerte de su mujer, pero lo que retuve fue el abrazo: ¿por qué Pascal no podía desprenderse de mi cuerpo, llorando sin parar, en medio de un sendero de paraísos? ¿Era por él... o por mí?

El litigio de Alfonso y el Estudio Solsona contra el testamento continuó durante meses. Pero a medida que pasaba el tiempo, me daba cuenta –otro aprendizaje de Morin– de que si estaban tan desesperados, era porque sabían que perderían. Al mes, el doctor Solsona con su socio, Aznárez, marcaron una audiencia de conciliación, que se hizo en el Estudio Brown & Brown. Acompañé a mamá, a pedido de los abogados. Lo que ellos argumentaban, porque Alfonso no participó y Maurice ya había muerto, lo que se precipitó con los nuevos disgustos (habían cavado hasta seis metros de profundidad en el panteón familiar del Cementerio Central, con un permiso especial de la Intendencia Municipal, buscando el “tesoro de Morin”, y solo habían encontrado una extraordinaria cantidad de huesos y un manantial contaminado por los restos humanos, que convirtió todo en un fangal), es que querían llegar a un “acuerdo decoroso”, como le llamaban, un “arreglo extrajudicial”, que tal vez era lo único que siempre pretendieron, a sabiendas de que habría un misterioso testamento. Argumentaban que aunque el juez fallara a mi favor, ellos apelarían, una vez, dos veces, todas las que fueran necesarias, lo que demoraría años, décadas de litigios, costosísimos, engorrosos, “donde todos saldrían salpicados”, hasta llegar a la Suprema Corte de Justicia.

Al principio el acuerdo que proponían, y hasta yo percibí que Solsona había intentado disuadirlos, era el cincuenta por ciento para

retirar la demanda. Claro que mamá y yo nos negamos, con lo que bajó a cuarenta, y en la tercera reunión, al mes siguiente, a veinte. Fue entonces, después que Solsona y Aznárez se retiraron de la reunión, que mamá les sugirió a Brown & Brown que aceptáramos un diez, para sacarnos “ese lastre de encima”. Pero una vez más la dejé con el pie cambiado y dije, seco y rotundo: “Cero”.

Mamá me había argumentado que igual no sabríamos en qué gastar tanto dinero, pero fundamentalmente, aunque siempre lo decía con medias palabras, era para no escarbar, no hacer olas con un tema delicado, no hurgar en algo que había salido tan pero tan bien, y menos con esa insinuación de “salir salpicados”.

–¿Qué es lo que no se debe escudriñar? –le preguntaba, haciéndome el tonto, delante de los abogados.

Y mamá disimulaba.

–Nada, nada, Andy, viste cómo son los jueces, los tribunales, cómo se dan vuelta, uno nunca los puede predecir, y capaz, capaz, porque no lo tengo claro, es mejor pájaro en mano que cien volando, con esa extraña notita con el sello del Tío Morin –buscando la complicidad de Brown padre, a quien miraba de soslayo, hasta para seducirlo con la belleza que el dinero le había devuelto.

–Cero –le repetí, fórmula que también había aprendido del Viejo Morin.

Los abogados estaban en cierto modo de acuerdo con mamá, como si hubiera algo turbio en la raíz del asunto, porque el Estudio Solsona, perdido por perdido, contrató detectives y pericias privadas y trajeron a colación nuevamente la posibilidad del homicidio (exactamente lo contrario de lo que hicieron al comienzo), con elementos nuevos, mucho más contundentes que los de la policía.

Así fue que descubrieron las reparaciones en la pérgola, la desaparición de las estatuas y los macetones, que comparaban con las fotos previas que no sabíamos de dónde habían obtenido (posiblemente de la prensa, del tiempo del secuestro), con los destrozos después del incendio, las gárgolas desprendidas, como si hubiera habido una batalla campal, que también podía deberse al ajetreo de los bomberos, a lo que ahora los abogados llamaban “escena del crimen”. Pero cuando le preguntaron a Pascal y Lesya si eso estaba destrozado así desde hacía más tiempo, o si había sido producto de una balacera, o del accionar de los bomberos, ellos dijeron que en verdad no lo recordaban, no sabían cuántos adornos había en el parque, que tal vez sí, o tal vez no, siguiendo la estrategia de siempre, de pasar desapercibidos cuando se trataban temas escabrosos.

Un argumento que usaron nuestros abogados de Brown & Brown es que el testamento resultó tan inesperado para nuestra familia, que actuó de tan buena fe, que el señor Pardos, estrecho colaborador de Morin, el primer albacea, se suicidó de tristeza en el ínterin (así lo señalaba la partida de defunción), al quedarse repentinamente sin ingresos por una tragedia, la muerte de su patrón, que también era su amigo. Si lo hubiera sabido, jamás habría tomado una medida tan extrema, máxime que debía gestionar los bienes de su hijo, una tarea tan encomiable como gigantesca, del mismo modo que mi madre le había pedido una beca a la dueña del *London College* porque ignoraba por completo lo de la herencia.

Yo, como siempre, acompañaba todo con indiferencia. ¿Cuándo se me iría ese estado? Del todo jamás se fue, hasta ahora, cuarenta

años después, más precisamente hasta el día en que Pipo Mariño me llamó por teléfono. ¿Cómo podía estar todo tan anestesiado? ¿Por qué había mantenido incluso el nombre Pardos & Morin? ¿Culpa o cinismo? ¿El Viejo había caído, también, en mi trampa, como yo caí en la suya?

A medida que Alfonso perdía el litigio, más se enloquecía, y quería llegar a cualquier acuerdo, hasta que al fin lo único que pedía, por la memoria de su tío, era que yo pagara los gastos extraordinarios que había tenido en el último período, y le dejara veinte mil dólares para poder montar aunque más no fuera que un criadero de caballos, el "Haras Morin", en su homenaje. "Cero", le mandaba decir.

Fue un cataclismo en el universo de Alfonso, sostenido psicológicamente por su madre, *Poupée*. Desde el día de la muerte del tío, Alfonso había comenzado a gastar a cuenta, a derrochar como si no hubiera mañana, porque todos, incluido el Estudio Solsona, le daban crédito infinito, aunque al fin los abogados le pasaron unos honorarios descomunales, calculando que algo recibiría de la herencia: aunque solo fuera el diez por ciento, la cifra era colosal. Y a medida que perdía el juicio conmigo, perdía su propio juicio, el poco que le restaba, hasta un extremo tal que un día sintió la tentación de matarme.

El episodio ocurrió en el Palacio. Había ido en taxi, porque hasta el automóvil había perdido. Mamá estaba en el estudio Brown & Brown, firmando rescisiones de contratos de alquileres demasiado baratos, con sus correspondientes desalojos.

Las nuevas empleadas domésticas me anunciaron que tenía una visita sin agenda, un tal Alfonso Morin. Me preguntaron si lo recibiría.

Lo hice pasar al salón del primer piso. Estaba completamente trastornado y parecía no darse cuenta de que hablaba con un niño de doce años, aunque en verdad yo ya había perdido la edad, no tenía ninguna. Era un niño, un adolescente, un hombre, un viejo, sostenido por una perrita con la cola quemada, que me acompañaba dormitando sobre la alfombra.

–Puedo imaginar lo que pasó acá, que entre vos y tu padre mataron a mi tío, o algo hicieron para provocar un accidente, porque acá hay gato encerrado. Y ese testamento es completamente falso. Vos manipulaste a un anciano vulnerable.

No lo convidé con té, ni con agua, ni con nada. Cuando terminó de despacharse, como vio que a mí no se me movía un pelo, se puso a llorar. Bruna se despertó. Alfonso me pidió un préstamo, quería pagar las cuentas, pagar el pasaje de su madre de vuelta a París, para “sacármela de encima”, lo que fuera, algo para seguir viviendo, porque hasta el apartamento donde vivía estaba hipotecado y lo estaban por desalojar (él no sabía que la sociedad anónima propietaria de ese edificio de lujo en el Centro pertenecía a la sucesión, y su tío no lo expulsó antes para que no molestara con llantos y mocos, o para no tener a un pariente directo que portaba su mismo apellido viviendo como un linyera).

–Cero –le repetí.

Vibró de indignación. Vi el ardor en sus ojos, fuego en su mirada, con los puños crispados. Se me quería tirar encima, estrangularme, mirando de soslayo a la estufa, un petimetre de cuarenta y un años contra un niño de doce. Dudaba, dudaba, con la mirada descompuesta, mientras yo lo observaba, hierático, a la pupila de sus ojos.

–¿Querés matarme? –le pregunté, como si tal cosa, mientras Bruna se me acercaba para que la acariciara, o para defenderme.

Lo desacomodó de tal modo... que titubeó (claro que quería reventarme la cabeza con el atizador de la estufa), se mordió los labios, se puso de pie, dio media vuelta y se marchó, con una puteada histérica. Nunca lo volví a ver. Sé que terminó trabajando en un *stud* próximo al hipódromo, juntando bosta de caballo. Y su madre, con las deudas contraídas, logró volver a París, pero ahora sin el novio y prácticamente de *clochard*, porque la angustia le opacó la belleza que le restaba y los años se le vinieron encima de golpe como en un acarreo.

Yo seguía el liceo, donde ahora no me iba a buscar Pascal en el Cadillac de enterrador, porque había otro chofer (idea de mamá, quien también le llamaba *chauffeur*), y otro auto (jamás supe, hasta ahora, que papá había mandado al Cadillac al garaje de la calle Mitre), para dar vuelta la pisada, sin reminiscencias, como ella decía, y donde volví a ser la estrella del colegio, en lo que hacía a las notas y la distinción. La vergüenza y el odio los enterré tan profundo que los perdí de vista por completo, y pude trabar relaciones un poco más normales, sin jamás profundizar demasiado: había un dique ahí nomás, donde se estrellaban todas las emociones. Luego entré en preparatorios y fui a estudiar Derecho en Estados Unidos, y un MBA y un doctorado de Finanzas en Suiza. Me seducía sobremanera que nadie conociera mi pasado.

Seguía siendo un solitario, que ahora se dedicaba a estudiar, mi única pasión, porque me mantenía ocupado y concentrado, anestesiándome con conocimientos que me embotaban el cerebro. No tenía pareja, no tenía novia. Tampoco me gustaban los hombres,

aunque siempre dudé sobre mi sexualidad, por aquello que me decía Morin, en la niñez y pubertad. Lo único claro era el cortocircuito que me producían los niños, desde los dos, tres años. A los hijos de compañeros de facultad, de trabajo, no sabía cómo sostenerlos, de dónde tomarlos, cómo evitar tocarles sin querer los genitales, o cuando se sentaban en mi falda, o a caballito sobre mi pierna, cómo evitar que se frotaran, y me daba cuenta de que jamás tendría un hijo, porque no podría mirarlo a los ojos. Además detestaba la alternativa de lloriquear o lamentarme del pasado.

Mamá, sorprendentemente, en todos esos años, hasta que regresé, cuando cumplí veinticuatro, fue una administradora excepcional de los bienes de Morin, apoyada por el bufete de abogados. Parecía que hubiera nacido de nuevo, y se pasaba el día dedicada a los negocios, sin arriesgar pero con la firme voluntad de que la torta creciera, posicionándose, principalmente, en el Real Estate, como ella lo llamaba (Morin le decía simplemente "inmuebles"). Siguió viviendo en el Palacio durante años, donde se sentía a sus anchas. Lo mandó remozar, lo tornó alegre, lo pintó de *beige* y blanco, los baños quedaron sin ningún rastro del pasado, regaló la balanza con el medidor de estatura y la camilla de enfermería a un hospital, y cambió los muebles. Mandó tirar todos los frutales y puso plantas ornamentales, con estilo de jardín inglés, y hasta andadores de colores en el lago artificial. Un gusto que se daba era invitar, una vez por semana, a aquellas tías que antes la miraban por encima del hombro, como a la sobrina pobre, que ahora acudían entusiastas al Palacio, a tomar el té con escones y sándwiches de la mejor confitería, y a jugar al rummy canasta.

Asimismo, organizado por mi madre, venían colegios o escuelas de visita todas las semanas, recorrían el Museo de la Plata y el Oro de la Colonia, que mamá había reorganizado (vendió todas las joyas de la casa de empeño), con la pinacoteca y los murales históricos, subiendo hasta la torre donde mamá les hacía una suerte de visita guiada del barrio Carrasco, explicaba el diseño del urbanista Carlos Thays, señalando los íconos del barrio, el hotel, la iglesia, los Portones, antes de navegar en los andadores del lago. Ese era el curioso homenaje que mamá quería hacerle al Viejo, que nos había dejado tan vasta fortuna: visitas infantiles sin el *tour* del terror, ni la presencia de Drácula.

Lo otro que asumió con especial dedicación fue reacondicionar la estancia El Hornero, atravesada por el famoso arroyo Canelón de mi infancia, en el departamento de Soriano, que había pertenecido a su padre, quien la había perdido, como tantos, a manos de Morin, lo que le precipitó un infarto letal a los cuarenta y nueve años. ¿Morin se habría encarnizado también con mi abuelo, su pariente lejano, por “sanguijuela”, en su rol de guillotina moral? Mamá remodeló el casco y transformó la producción extensiva en una cabaña modelo, que pasó a criar toros Hereford que durante muchos años fueron los campeones en la raza Polled en la Exposición Rural del Prado, con presencia asegurada en las páginas de *Sociales* de los diarios, no solo por la alcurnia sino también por su apuesta al progreso.

¿Mamá también escondía un pretérito resentimiento contra el Viejo Morin? Su padre había sido rico pero demasiado desprendido y desordenado, hasta que terminó en la ruina tras caer en las garras de un “usurero”, como me contaban en la infancia, en los campamentos junto al puente del arroyo Canelón, pero jamás, hasta

mucho tiempo después asocié al usurero con el Viejo Morin. Como tampoco asocié el tema del parentesco y un eventual resentimiento.

Mamá viajó para visitarme cuando estudiaba en Estados Unidos, y luego a Suiza, alojándose en un hotel cercano a mi apartamento, siempre el más lujoso posible.

Cuando tomé las riendas de la fortuna, a ella la fui desplazando poco a poco, hasta dejarla en el papel de “vieja millonaria”, que tampoco le sentó mal. Abrí la Zona Franca, fundé el banco de inversiones, que para eso estudié en Suiza y consolidé la Corporación, cuyo primer local fue, curiosamente, el Palacio Morin. Mamá se dio el gusto de comprar la elegante casona del *London College* (propiedad de Martha Smith y sus hermanos), que mandó remodelar por completo para ella, convirtiéndola en una de las mejores mansiones de Carrasco.

CAPÍTULO 26

Destellos

Poco después de volver a verlo en el garaje de la calle Mitre, a cuarenta años del incendio, Pipo Mariño estaba desahuciado.

Lo fui a visitar al mejor sanatorio de Uruguay, donde yo lo había internado.

En la sala de visitas estaban su mujer, con quien había gestionado toda la ayuda económica, para el trance de Pipo y el después, y su hija con un bebé, de uno o dos años, que me lo quiso poner en brazos, lo que, como siempre, me intranquilizó.

El final era cuestión de días. Su mujer me dijo que entrara, porque a Pipo le hacía bien verme, “usted es el único amigo de la infancia”. Una frase inédita en mi vida.

Había envejecido diez años, veinte, estaba irreconocible. Pálido, sin cabello, respiraba con penosa dificultad, con un gruñido.

Me aproximé y sonrió al verme. Me senté a su lado.

–Gracias por venir –susurró.

Asentí con la cabeza, mirando por encima de su cama, a la ventana. No quedaba mucho tiempo para formularle mis aflicciones. En cualquier momento comenzarían a aumentarle la dosis de morfina.

–¿Te puedo hacer una pregunta, Pipo?

Asintió con la cabeza.

–Todo lo que quieras, Andrés –musitó, ahogándose.

–Tú me dijiste la palabra “socios”... que tu padre te decía...

–“Son socios”, eso decía. De desgracia, supongo. “Cómplices”, en verdad, ¡qué vergüenza decírtelo! –y esbozó una mueca como una sonrisa.

–¿Cómplices?...

–En el plano que te di... –se refería al plano del Palacio, eso es seguro–. Gracias por todo, Andrés... mi mujer, mis hijos...

En medio de las tinieblas de la mente surgió como un resplandor, eso que ocurre en el cerebro cuando se produce una ignición, una idea vigorosa se hizo camino en el caos y llegó a la conciencia, como una tromba, caballos desbocados que no se consiguen detener. Todo se deshacía, y todo surgía de nuevo.

De repente me instalé en el pasado pretérito, y el escenario cambió por completo. Me transportó, no con la mente sino con las emociones. Mi yo niño se manifestó.

Quedé acariciándole la cabeza y cerró los ojos. Pronto se durmió.

Cuando salí tenía un nudo en la garganta. Su mujer me abrazó, lo mismo que su hija.

Bajé hasta la entrada del hospital, como en sueños, apretando la agenda con el plano del Palacio. “Cómplices”.

Relámpagos, destellos de la mente. ¿Qué otros pedazos del pasado estarían enterrados vivos, pujando por asomar? ¿Qué otras mentiras enturbiaban el firmamento, mi universo? La crónica de mi vida era apenas una versión, la más superficial e inofensiva posible, que me dejó sobrevivir. ¿Cuántas historias hay más abajo, ocultas,

como estratos milenarios, que antes me atormentarían, me quitarían el aire, pero que ahora me atrevo a develar?

Cuando llegué a la vereda, visiblemente alterado, vi a la camioneta negra con Paco, estacionada a cincuenta metros, que encendía el motor y venía hacia mí.

No bien entré, Paco sospechó algo, tal vez advirtió mi palidez, mi desasosiego, porque me preguntó si me sentía bien.

–Sí, sí –le murmuré.

Pero no, no me sentía nada bien.

–¿Seguro?

–Al Estudio Brown & Brown –le dije.

El auto avanzó hacia la Ciudad Vieja, con Paco mirándome intermitentemente por el espejo retrovisor.

Me dejó en la puerta y se dirigió al estacionamiento del bufete, en el subsuelo. Bajé como un autómatas y me presenté en la entrada.

Si bien no trabajábamos con ellos desde hacía muchos años, me sorprendió que todo fuera igual, congelados en el pasado, con el mismo esplendor, el Uruguay aristocrático, pequeñito, de pacotilla, como diría el Viejo.

Las dos recepcionistas me reconocieron y se pusieron muy nerviosas, rompiendo todo el protocolo que se hacía con las visitas sin agenda, llevándome hasta una elegante sala en un entreseno, donde se presentó un abogado muy joven, cuyo nombre no registré.

–Buenos días, doctor Pardos, me alegra mucho de verlo, y que tenga la deferencia de visitarnos. Soy uno de sus tantos admiradores.

–Muchas gracias –balbuceé.

Pero no podía perder tiempo.

–¿Quién queda de la vieja guardia, alguno de los Brown?

–Brown padre y el doctor Lopardo fallecieron, como usted bien sabe, pero Brown hijo está, sí.

–Necesito hablar con él.

Me llevó a la sala principal de reuniones, la misma de hacía cuarenta años. Elegante, idéntica, con otros sillones Chesterfield de cuero junto a las ventanas, similares a los anteriores, la misma serie de cuadros de Juan Manuel Blanes, a la que se habían agregado tres Barradas, y la enorme mesa rectangular. El país había cambiado, el mundo era otro, pero esto se mantenía intacto.

Quedé solo en la sala, y como aquella vez del testamento, se me ocurrió mirar al puerto, el principal apostadero naval de la España colonial, que abarcaba todo el Sur, la costa atlántica hasta las Malvinas y enfrente, África, hasta Guinea. Era otro mundo, otro ciclo de la historia. Veía los depósitos y almacenes pero ahora con el nombre altisonante de la Corporación, y el logotipo señorial, sobre un fondo azul imperial: Pardos & Morin.

Un par de minutos después, apareció el doctor Brown, abrochándose los botones del saco, acomodándose los gemelos de la camisa. Esto era un imprevisto, pero un feliz imprevisto, por la ancha sonrisa. Tenía más de setenta años pero estaba increíblemente entero, impecable.

–¡Doctor Pardos, qué honor!

Cerró la puerta, susurrándole algo a la secretaria: que nadie entrara, que no molestaran.

–¿Le pido un café?

–No, no, nada, gracias.

Hacía años que no lo veía. No frecuentábamos los mismos círculos, él se había especializado en los clientes tradicionales, las sucesiones, los grandes pleitos, los estancieros, las empresas agroindustriales, los exportadores de *commodities*, mientras que nosotros habíamos volado a los negocios globales, las zonas francas, el banco de inversiones, la logística, la tecnología, y fue entonces, hacía muchos años, que cambiamos de Estudio de abogados, uno sin abolengo, meritocrático, sin apellidos patricios que se duermen en los laureles.

Nos sentamos en los sillones de cuero.

Recordé el sobrenombre, Willy, todos le llamaban Willy.

–Willy, vengo por algo viejo, muy viejo.

No tenía por qué disimular mi desesperación. Todo era desesperado, y Willy, en cierto sentido, como viejo abogado, estaba acostumbrado a momentos sobresaltados de sus clientes: el día que tiene que decirle que perdió el juicio y entró en bancarrota o que debe llamar a concordato; el día que su mujer lo abandona, y debe entregarle la mitad del patrimonio, más la pensión alimenticia, que incluye mantener, disimulado, a su nuevo amante. ¿Yo sería un caso más de ese tipo de catálogo?

–Lo que guste, Andrés, para nosotros siempre es un placer servirle.

Me trataba de usted y yo de tú.

–Es algo que tiene cuarenta años, pero parece mentira con lo metódico que soy –y mostré la agenda abierta en determinada página, con mi caligrafía minúscula y perfecta–. Recién hoy se me ocurrió que hubo algo que me salteé, que se me pasó, no entiendo

bien por qué, y ustedes supongo que no me lo dijeron porque no lo pregunté.

—¿A qué se refiere, Andrés? —dijo, sin entender qué era lo que le faltaba a ese minucioso punteo que yo le señalaba en mi agenda, con una sucesión de títulos con letra mayúscula.

—Cuando Jacques Morin hizo el testamento, tan completo, tan inusitado... ¿tú estabas? Recuerdo que cuando ustedes me convocaron, con mi madre, estaban los tres en esa mesa.

—Lo recuerdo vagamente, pero sí, sin duda que estábamos los tres, los tres lo recibimos. Era el cliente más importante, como bien sabe. Mi padre era escribano y abogado y los otros dos oficiamos de testigos. Y discutimos entre los tres todo lo que sucedió. Era un hecho muy relevante. ¿Qué es lo que necesita saber?

—¿Cómo fue esa reunión?

—Nosotros llevamos actas de todo, así que con la ayuda del acta, lo podremos rehacer. Me perdona pero no tengo tanta memoria. Además, los años no vienen solos.

Se incorporó, desde la gran mesa llamó por el intercomunicador y enseguida vino el mismo abogado joven que me había recibido. Willy le ordenó que buscara la fecha del testamento de Jacques Morin y el acta correspondiente al día que lo presentó.

—Debe haber sido en el año...

—1969 —lo interrumpí, sentándome junto a él ante la mesa, señalando lo que tenía anotado en mi agenda—. Ustedes nos llamaron el 7 de septiembre de ese año. Tiene que haber sido antes del 17 de julio, que fue el día que murió.

—El accidente, claro. Por favor busque en ese año, unos días o meses antes debe de estar el acta de cuando Jacques Morin realizó

el testamento.

El abogado tomó nota en una libretita y salió.

Mientras esperamos, casi diez minutos, quiso ser todo lo gentil que pudo, pero advirtió que yo estaba abstraído en otro tema, en otra galaxia, ensimismado, haciendo gala de la fama que había desarrollado: un maniático, una especie de autista, como se le llamaba ahora, aunque los psiquiatras decían que si bien tenía síntomas semejantes, la etiología era completamente diferente. “Un día deberíamos jugar al tenis, sé que usted ganó varios campeonatos”, me decía, intentando llenar con algo el vacío del silencio.

En ese momento el joven abogado irrumpió en el salón, caminando ligerito, con una carpeta en sus manos, mostrando una diligencia ejemplar.

Willy se colocó los anteojos, comenzó a repasar el acta, asintiendo, aparentando recordar algo que había sucedido hacía tanto tiempo.

–Me quedan algunas lagunas, pero ahora sí, lo visualizo mejor. Fue en esta misma sala, porque así se establece acá, la reunión con Jacques Morin Feraud, documento de identidad tal y tal, el 17 de julio de 1969... o sea, no fue antes, como usted dijo, sino que fue el mismo 17... ¿Usted mencionó que ese fue el día del incendio?

Asentí con la cabeza, sorprendido. ¿El mismo día?

–¿Morin vino solo? –lo interrumpí.

Ahora Willy observaba el acta, ocho hojas escritas a máquina, ni siquiera la habían digitalizado, porque era demasiado antigua.

–No, no vino solo. Vino con otro hombre, a las nueve de la mañana.

—¿Qué papel cumplía ese hombre? Quiero decir, ¿era el chofer, un amigo, un secretario?

Volvió a mirar el acta, poniendo su lapicera Mont Blanc debajo de cada línea, para no perder detalle.

—Acá está, acá esta —y Brown iba leyendo en voz baja, mencionando una palabra aquí y otra allá, pasando por alto lo que no era relevante, mientras el otro abogado lo observaba de pie, por si necesitaba ayuda—. Acá dice que Morin lo presentó como su “asesor”, quien quedó en el fondo, sentado, allá —y movió la mano, señalando los sofás de cuero— observando, o sea no estuvo en la mesa.

Lo recordé: cuando Morin quería disimular el nombre de papá, lo llamaba Pardito, sin el nombre de pila. Y si no quería dar su nombre, lo llamaba el asesor. O el rematador.

Brown continuaba con el acta, leyendo por arriba, pasando las hojas para atrás y para adelante. Ahora el abogado joven miraba sobre su hombro, por si al veterano se le escapaba algo.

—Sabe bien que al señor Morin no se le podía contradecir, si lo sabrá usted. —De pronto se sorprendió con lo que vio—: Vea lo que dice acá, al pie: el doctor Lopardo le pregunta el nombre del asesor, y Morin responde, “pardito”... mire usted.

Una explosión.

Todo comenzó a darse vueltas a mi alrededor, preso de una ansiedad tan intensa que no sabía si podría controlarla, porque nunca me había sucedido. La coraza que me abroquelaba cedía, se abrían fisuras y no tenía la menor idea de con qué me iba a encontrar. Yo, el témpano de hielo, con la boca entreabierta, lívido, mientras el abogado seguía leyendo.

–Usted comprende, Morin era Morin, y no tomamos demasiado en cuenta a esa persona a la que él presentó como un simple asesor, no dice ni el nombre de pila, y lo presentó por el apodo. De lo contrario constaría en el acta.

En ese momento, el abogado joven y diligente le señaló algo más abajo, para que no continuara equivocándose, con discreción, porque no quería delatarlo. El doctor Brown estaba perdiendo los reflejos...

–Mire, acá hay una nota interesante. Gracias, Juan Antonio, porque quien labra el acta debe registrar todo lo que le llama la atención: “Estaba aparentemente ansioso, se ponía y quitaba los anteojos, fumó seis cigarrillos Lucky Strike”. Evidentemente después contó las colillas –levantó la vista Willy–, y “preguntó cuándo se comunica al Registro. «Hoy», respondió el doctor Lopardo, «en el día de hoy se inscribe el resumen con la fecha de otorgamiento, nombre del testador, del escribano y los testigos»”.

»Yo no recuerdo estos detalles, Andrés, solo recuerdo la sorpresa que nos provocó que por fin Morin hubiera hecho un testamento, porque sabíamos de sus diferencias con el hermano y el sobrino, pero sí, me corrijo respecto a lo que dije hace un minuto, como bien me apunta el doctor Juan Antonio, le dimos su importancia a ese “asesor”. Y después recuerdo todo aquel proceso, con el “tesoro de Morin” en el Cementerio Central, ¡qué época! Hoy se buscaría con un detector de metales más preciso, sin cavar un cráter gigante en semejante lugar, derrumbando panteones vecinos, estropicio que usted terminó pagando.

Ahora yo escuchaba una tempestad, truenos lejanos entre las nubes. Mi padre, Morin, mamá, Bruna, Lesya, Pascal. Mi padre, mi

padre...

Willy advirtió mi palidez y el joven me sirvió un vaso de agua, e incluso me preguntó si me sentía bien con la mirada, porque advirtió un leve temblor en mi mano.

–Continuá, por favor –supliqué.

Willy se concentraba en el papel, pero ahora me miraba de soslayo, por encima de la hoja. El joven abogado salió y volvió con un café con terrones de azúcar, sirviéndome otro vaso de agua.

–Sin duda que ese asesor sabía lo que estaba pasando, porque si lo pusimos en el acta, un acta interna, para nosotros, era porque conocía minuciosamente lo que sucedía –iba y venía, se contradecía, improvisando–. Si no, si fuera un amigo, un acompañante, por decir algo, que viene casualmente con un cliente, jamás hubiéramos puesto en el acta que era un “asesor”, y la pregunta que hizo. Son fórmulas del Estudio: quiere decir que para nosotros esa persona podía llegar a ser un interlocutor válido sobre algún tema vinculado con la materia, en este caso el testamento, y si pusimos solo ese apelativo, “pardito”, es porque Morin no quiso decir el nombre de pila ni el apellido, porque la fórmula del Estudio es poner el nombre completo. El acta no la hizo una secretaria sino un abogado, acá está el nombre, Dr. N. Terra.

–También falleció –apuntó el abogado joven–, el doctor Nicolás Terra.

–Sí, desgraciadamente –añadió Willy.

Lo escuchaba como una voz remota, con las gaviotas que vienen en mi socorro, porque ahora, después de cuarenta años, necesito, nuevamente, que alguien me auxilie.

Tomé la foto de papá de esa época que tenía en la agenda, que la había retirado del álbum, papá junto al Austin. Estiré el brazo y se la mostré. Willy la tomó entre sus manos.

–¿Era este?

Brown la miró atentamente.

–No lo puedo asegurar... Ese bigote, el porte, me suena que sí, pero si se lo aseguro, le miento. Lástima que no lo podemos confirmar con los otros dos. Aunque si me fuera a jugar, diría que sí, porque me resulta familiar. Nos llamó la atención, por eso le digo: mire todas las referencias en el acta, asesor, fumaba, ansioso, “acompañaba lo que se decía anotando en una libreta, parecía saber de Derecho”. ¿Sabe quién es?

–Tulio –balbuceé.

–¿Tulio?

–Tulio, mi padre –repetí–. Simplemente estoy recreando el pasado. Se sorprendió, dejó los anteojos sobre la mesa.

–Ah, ¿Pardito? ¿Pardos?... Disculpe, Andrés, qué imprudente soy... Nosotros hicimos todo con la debida reserva, como correspondía a una situación tan delicada... Sobre eso puede estar completamente tranquilo. ¿Está por escribir sus memorias? –añadió, señalando mi agenda con la mirada–. No sabíamos que su padre tenía un vínculo tan estrecho con Morin. Bueno, ese sí que era un hombre misterioso, icómo para conocer todos sus entresijos! ¿Esta no es la casona de Morin? –volvió a señalar la foto–. Una buena idea, sus memorias, Andrés, sería bueno como un *case* de estudio de éxito, éxito a todos los niveles, orgullo para el país y la clase empresarial. Nosotros tenemos muy buenos contactos con el *Harvard Business Review*.

Me tomé el resto del agua del vaso –no había tocado el café– y me incorporé. Me puse la gabardina, ayudado por el joven abogado. Sin duda que ahora los dos habían advertido que estaba blanco como un papel.

Tomé el ascensor hasta el subsuelo, acompañado de Willy Brown. Cuando vio que la camioneta negra se puso en marcha, como a treinta metros, me dio la mano para despedirse.

–Como siempre, Andrés, a las órdenes para cualquier cosa que necesite. Un gustazo verlo de nuevo, todo un honor.

Se dio media vuelta y subió en el ascensor. Tampoco quería parecer un arrastrado.

Me dirigí a la camioneta, que había estacionado a quince metros, porque no podía llegar hasta donde yo estaba. Caminaba como en sueños, como si estuviera a punto de desfallecer. Me había dado cuenta de algo que tergiversaba completamente la historia de mi vida, la secuencia de los acontecimientos. La coraza perforada se desintegraba, mientras asomaba algo aplastado entre cadáveres, como el fantasioso “Tesoro de Morin”.

Paco me vio tan alterado que salió del auto, y corrió cuando me vio tropezar y caer al suelo, protegiéndome el rostro con las manos. La agenda voló lejos y la foto de mi padre más lejos todavía. Me incorporé con dificultad. ¿Nunca me había visto tropezar en mi vida?... No, nunca, con mi porte atlético, esbelto, eximio jugador de tenis. Miré hacia atrás para ver contra qué me había tropezado, algo en el suelo del garaje subterráneo, un escalón que sobresaliera del piso... pero no había nada. Me había tropezado con mi pasado, con un recuerdo, y no me lastimé porque reaccioné protegiéndome con mis manos.

–¿Se siente bien, Andrés? –exclamó Paco, asustado, mientras me tocaba delicadamente el cuello para contar los latidos que se habían desbocado.

Un vahído, un pequeño desmayo, pensé.

Paco me tomó del brazo mientras me incorporaba.

–Está pálido, Andrés, descanse en mi cuerpo.

Hice lo que él me decía. Medía como un metro noventa, diez centímetros más que yo, y efectivamente me descansé tomándole el brazo. Una escena rara, solos entre los automóviles, en el garaje subterráneo, de pie, yo tomando aliento.

–Despacito, doctor.

Pero en verdad a él le asustaba mi taquicardia, el sudor de mi frente, el temblor de mis manos. Me ayudó a llegar hasta la camioneta, aunque me daba cuenta de que prácticamente me llevaba en vilo, tomándome el torso por debajo del brazo, yo casi no posaba los pies en el piso, porque no tenía fuerzas. ¿Estaba desmayado? No, porque recuerdo exactamente todo, pero sin energía, muerto en vida, un cadáver con conciencia.

En ese momento llegó, en un Porsche, uno de los socios jóvenes del bufete, Porciúncula, que me reconoció de lejos. Detuvo el auto en el medio del estacionamiento, dejó la puerta abierta y vino corriendo para auxiliarme.

–¿Qué pasa, doctor Pardos, se siente bien? ¿Llamo a emergencias? Déjeme que ayude...

Pero ya habíamos llegado a la camioneta.

–¿Llamo a la ambulancia, doctor? –me seguía mirando Porciúncula con ansiedad, mientras yo meneaba la cabeza.

–Yo lo llevo ahora mismo –dijo Paco.

Imaginé a Porciúncula, anonadado, mientras nos entregaba la agenda y la foto tiradas en el suelo: ¿qué hacía allí el doctor Pardos, herido, golpeado en algo muy íntimo, qué fue lo que le pasó? Ya lo hablaría con Willy Brown y harían mil especulaciones con lo que el otro me había contado, el acta de 1969. La habrán leído otra vez, con las observaciones del joven abogado Juan Antonio: tal vez era una buena noticia porque yo volvía con toda la Corporación al Estudio Brown & Brown... quién sabe.

Paco me puso el cinturón de seguridad en el asiento trasero y me llevó a velocidades desacostumbradas a la Clínica del Ombú, donde conocí a la médica que estaba de guardia, de unos cincuenta años.

Me quité los zapatos, me acosté en la camilla, me pidió que levantara las piernas, abrí la camisa y me serenó con la mirada.

–Respire despacio... aspire profundo... y exhale... –susurró, mientras las enfermeras me colocaban electrodos en el pecho y ella me daba un tranquilizante para poner bajo la lengua.

Sentí una sensación rara, la miré a los ojos: serenidad.

–¿Le sucedió algo, una noticia, algo fuerte en su ánimo? –murmuraba como para sí misma, mecánicamente, mientras miraba el electrocardiograma.

–Sí. Me transporté.

Quedó mirándome intensamente. No esperaba esa respuesta.

–Ya tiene mejor cara, mire qué rápido reaccionó... Siga respirando así, lo hace muy bien...

Cerré los ojos. Las gaviotas se aproximaban, pacíficamente, por el Río de la Plata.

Supe que no me reconocía, que no sabía quién era.

En su túnica leí el nombre: Luisa, Dra. Luisa; pero no reparé en el apellido.

Creo que me dormí, pero no mucho, diez, quince minutos. Cuando desperté, ella estaba a mi lado, observándome.

–¿Se siente mejor? –dijo–. Vamos a hacer algunos análisis. Las pulsaciones se normalizaron.

–Mucho mejor. Pero me tengo que ir.

Me incorporé, me ajusté el cinturón, me abroché la camisa. Ella se sorprendió, porque debía hacer los análisis, seguir el protocolo médico, como hacen todos los pacientes.

Pero yo ya estaba saliendo. Entonces me dijo:

–Algo le afectó, puede consultar para trabajar esas ideas que repercutieron en su organismo. El electro está normal. Regrese cuanto antes para hacer el chequeo –y me entregó las recetas de los análisis, que ya tenía preparadas.

¿Qué era esa sensación que me producía esta mujer?

–¿Te puedo preguntar algo? –dije.

–Sí, lo que quiera.

Pero cuando iba a hablar, vacilé.

–No, nada. Disculpe... Me confundí.

Meneó la cabeza, sonriendo.

Cuando estaba saliendo, me volví. Sonrió de nuevo, moviendo la cabeza para los lados, como si no lo pudiera creer. No obedecía al médico, no hacía lo que me pedía y encima esa turbación. Sí, estaba sola. Y yo era un niño.

Paco me estaba esperando en la sala de espera. Como me vio restablecido, no me dio el brazo, para no denunciar mi debilidad,

pero se puso discretamente junto a mí, no fuera a ser cosa que tropezara otra vez.

Mientras caminaba hacia el auto, sentí algo nuevo. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué era esa cosquilla interior con una mujer?

Subí al auto. Recordé la escena de Willy Brown con el acta. El mismo día del incendio, a las nueve de la mañana, Morin con un ilustre desconocido, con bigote, ansioso, fumador. Tulio Pardos estuvo presente cuando el Viejo hizo el testamento: ese fue el acuerdo que hicieron, para que papá se asegurara de que era verdad.

Entonces todo lo que sabía de mi vida, desde los doce años, estaba equivocado...

El plano azul ahora cobraba otro sentido. Los cómplices... Manolo Mariño estaba muerto, papá estaba muerto... tal vez quedaba Cholo Cuevas.

CAPÍTULO 27

Cholo Cuevas

En esos últimos tiempos de mi padre, las tardes que fui al Mariño Bar, después del accidente, papá solía levantarse de nuestra mesa, y dejando su vaso de *whisky* con hielo junto a mi capuchino y bizcochos de la mañana, duros y secos, se iba a la última mesa de la ventana de la calle Cartagena, donde estaba Cholo Cuevas –próxima a la pila de diarios–, cuando el frío y la lluvia lo obligaban a entrar. Luego se aproximaba Manolo Mariño, que iba y venía, porque debía atender a los parroquianos, a la fritanga de la cocina, y yo sentía que murmuraban, complotaban.

Papá me lo presentó con orgullo, la segunda vez que lo vi, en el bar, después que lo mordió aquel perro dóberman, cuando en casa le curaron la pantorrilla. Cholo me dio una mano inmensa, arrugada, fuerte como una tenaza. Era un moreno con la nariz partida y chata, que mantenía un físico privilegiado. Tenía unos cuarenta años pero parecía sin edad, molido a golpes. Era como una sombra oscura en el rincón.

–Cholo fue campeón de boxeo de peso pesado de Uruguay, bailoteaba como Cassius Clay mucho antes que él, fue quien me enseñó a boxear en el Avenir, y miralo ahora, un canillita, eso es este país.

Cuando me lo presentó, hacía trece años que había sido campeón. Papá agregó que no pudo retener el título porque perdió una pelea por puntos, ya que un día dio un golpe prohibido que le partió el hígado al rival. Cosas del boxeo. Ahí se le terminó la carrera a Cholo Cuevas, y al otro lo convirtió en inválido.

Muchos de los que entraban al Mariño Bar a comprarle *El Diario de la Noche* le llamaban “campeón”, o “Cassius Clay”, pero con el mismo ademán con que se saluda a una mascota. Era más negro que mulato, en un país con escaso porcentaje de descendientes africanos. Una rareza, una singularidad. Y a nadie se le pasaba por la cabeza, en ese lugar, en ese bar periférico del barrio más acaudalado de Uruguay, que el campeón podría haber tenido otro destino. Los campeones de boxeo de esa época, en un país de dos millones y medio de habitantes, si no competían en el exterior, terminaban en la calle, o de canillitas, como él.

Pedí a Sofía, mi secretaria de la Corporación, que averiguara en algún club de boxeo si estaba vivo Cholo Cuevas, no sabía el nombre de pila. A los diez minutos llegó con una nota: había hablado con la Mutual de Boxeo, y tenía la dirección de Cholo Cuevas, que en verdad se llamaba Basilio y vivía en la zona nordeste de Montevideo.

Tomé el ascensor. Paco me estaba esperando con el auto en marcha, en el garaje del subsuelo. Me senté atrás y le pasé la dirección. Antes de partir tomó el mapa de la guantera y buscó.

—La calle no aparece, pero no será muy difícil, es en Flor de Maroñas.

En el viaje repasaba la agenda... esto está mal, esto sucedió antes, esto después... Me angustiaba no encontrar la lógica, la secuencia, los hilos que conectaban la urdimbre verdadera.

Cuarenta minutos más tarde, nos introducíamos en un barrio de casitas pequeñas, muy humilde, con zonas de cantegriles y otras viviendas más dignas, sencillas e iguales, los Núcleos Básicos Evolutivos contruidos en los años sesenta, que a Morin no le gustaban porque competían con uno de sus negocios más promisorios: arrendar viviendas a los pobres.

Como la calle que buscábamos no aparecía en el mapa, Paco bajaba en los bares, en los almacenes de barrio, pero nadie la conocía.

Hasta que al fin preguntó en una verdulería y regresó con una sonrisa.

–Es acá a dos cuadras. La calle cambió de nombre.

Llegamos a una callecita de tierra, de poco más de dos cuadras, Oficial 2 o Santa Lucía. Faltaba poco para las cinco de la tarde.

Manejó más despacio, hasta que estacionó y me señaló con la mano. Un galpón con techo de chapas que decía *Boxing Club*, así, en inglés, y al costado, un portoncito con marco de madera y alambrado, con un pasadizo que llevaba a una pequeña casa, al fondo.

Miré desde dentro del auto.

–¿Prefiere que lo acompañe? –me preguntó.

En ese momento, cuando yo todavía no había salido de la camioneta, un joven de dieciséis, diecisiete años, con una mochila, llegó con la bicicleta y manipuló el candado del galpón del *Boxing Club*. Abrió las puertas de par en par y entró la bicicleta. Permanecí mirando. Adentro acondicionó algo, prendió las luces, encendió una estufa de supergás.

Luego llegó otro, dos más. Eran las cinco en punto.

Abrí la puerta del auto antes de darle tiempo a que Paco lo hiciera.

Cuando bajé, ya eran seis, siete adolescentes, todos de edades similares, que llegaban muy abrigados, pobremente vestidos. Adentro, en equipos de gimnasia, se entrenaban, uno saltaba a la cuerda con un cable, otros pegaban a una bolsa y a una pera con guantes de boxeo, o con los puños envueltos en vendas.

–No, no, esperá acá –le dije a Paco.

Atravesé la calle de balasto y tierra poblada de charcos de agua barrosa.

Abrí el portoncito de madera y alambre, que tenía una rústica tranca de hierro, y enseguida aparecieron dos perros flacos que venían del fondo, uno me ladraba y el otro olía mis zapatos.

Caminé diez pasos y me detuve, observando la pequeña vivienda de material, pegada a otra similar, separadas por un tejido de alambre.

Llegué hasta la puerta de chapa y golpeé las manos, una vez, dos veces... Nadie respondía, pero adentro había luz, que se filtraba por debajo. Me volví y observé a Paco. Había salido de la camioneta y se apoyaba contra la puerta, del otro lado de la calle, observándome cejijunto, con los brazos cruzados, con su impecable traje negro, la corbata del mismo color y la gorra.

Algunos muchachos que llegaban caminando o en bicicleta miraban sorprendidos al automóvil, completamente inusual en ese tipo de barrio. Uno le hizo una broma: “¡Qué goma tenés, veterano!”. Paco no se inmutó.

Volví a golpear las manos. Estaba fuera de lugar, con mi gabardina inglesa y mis zapatos italianos sobre ese barrial, donde habían colocado piedras espaciadas para poder pisar sin enchastrarse. A la

cuarta vez que golpeé las manos se asomó en la puerta... Cholo Cuevas.

Era la misma figura de mi infancia, no parecía tener ochenta años, sino la misma edad que en el Mariño Bar. Estaba un poco más encorvado, alto, fuerte, con el cabello completamente blanco y las mismas facciones duras, el rostro curtido con cicatrices. Demoró en reconocermme, aunque no dijo nada, ni mencionó una palabra. Tenía esa aureola clara en los ojos, esas que se les forman a las personas de edad, más cuando han sido molidas a golpes.

–¿Cholo Cuevas? –dije.

Asintió con la cabeza.

–No sé si recuerda quién soy –agregué, sin moverme de donde estaba.

Cholo frunció el ceño, como pensando muchas cosas al mismo tiempo. Primero que sí, que me reconoció, aunque demoró un poquito en salir del asombro de verme. Segundo, qué mierda hacía ahí.

–Andrés Pardos, el hijo de Tulio, ¿se acuerda del Mariño Bar? Quería conversar con usted un instante, Cholo. Si me lo permite.

Vestía un suéter viejo y gastado, el cuello de la camisa de franela azul cerrada, pantalones de fieltro con un cinturón grueso bajo las hebillas y unas viejas pantuflas marrones.

–¿Podemos entrar, o lo puedo invitar a tomar una copa a algún lado? –le pregunté.

Dio un paso hacia atrás y me hizo pasar, a desgano.

La casita era muy modesta, calentada por una estufa de leña encendida, con el revoque agrietado por el calor. Había cajones de feria por doquier, con los que prendía el fuego, y un montoncito de

astillas de eucalipto junto a la estufa. Se adivinaba una habitación detrás, a oscuras, con la puerta entreabierta, y el baño. El resto del mobiliario eran dos sillas en torno a una mesa de madera, de las de campaña, de antes. Las puso frente a frente y cerró la puerta de la entrada.

Se sentó en una de las dos sillas y yo me acomodé en la otra.

–Me da gusto verlo, saber que está bien –dije, pero él seguía escrutándome a los ojos para ver a qué había venido–. Hace cuarenta años que no nos vemos.

–Es cierto, Pardos.

Al fin abría la boca.

Pardos. Me tenía muy claro en la memoria.

–¿Qué se le ofrece? –me preguntó de repente, con gesto adusto, casi hostil.

–Usted está igual, Cholo, como si no hubiera pasado... tanto tiempo.

Me miraba serio. No había otra expresión más que curiosidad. ¿Qué hacía yo ahí?

Y algo, en el fondo, que podía ser rencor.

–Veo que prepara boxeadores...

–No preparo nada –gruñó.

Tenía que moverme con cautela.

–Estoy haciendo un viaje por el tiempo, Cholo, trayendo a la memoria algunos episodios del pasado... –moví la agenda de cuero–, y bueno, me acordé de todo aquel tiempo de mi padre.

No, no me iba a ayudar en lo más mínimo.

–¿Se acuerda de Mariño, el del bar?

Asintió apenas.

–¿Lo siguió viendo?

Negó con la cabeza.

Sí, todo debía sacarlo con tirabuzón.

–No sé en qué puedo ayudarlo.

–¿Sabía que al fin yo fui el heredero de Morin?

No movió el rostro.

Sí, lo sabía, claro que lo sabía.

–La muerte de mi padre, fue todo tan abrupto...

Ahora su rostro se tornaba, gradualmente, más agrio, tal vez más agresivo. Al fin y al cabo fue boxeador toda la vida, hasta ahora, con ochenta años, entrenando a esos jóvenes en el *Boxing Club*. No debía cobrar mucho, o mejor dicho, no debía cobrar nada...

Me sorprendió y me distraje, por un instante, al ver que el único adorno de la casa era una lámpara antigua, la pantalla de cristal sobre un león rampante de bronce, que la recordaba perfectamente, de las que Morin tenía en su negocio de préstamos pignoratícios. ¡Si era mi padre quien los avaluaba, por un décimo de su valor, solo por el peso del bronce! El león rampante, con la insignia debajo: "Waterloo".

Eso jamás lo podía haber comprado, se lo dio papá. Morin no tenía la menor idea de quién era el diariero que le dejaba *El País* todas las mañanas, que luego recalaba en el Mariño Bar.

Papá me había contado que Cholo había estado preso por agresión, de joven, que lo había salvado el boxeo, había logrado canalizar la furia contra la vida. El diálogo en el bar, mirándolo a Cholo afuera, ahora es preciso, lo estoy viendo, lo estoy sintiendo, penetra en mi memoria el aroma a Agua Jane con que Mariño acababa de limpiar el baño, el olor a frito de las chuletas, que ahora

me produce náuseas. Está afuera, entregando diarios, con la vieja campera de cuero y la bicicleta apoyada contra la pared.

¿Es lo que hace ahora con estos niños y adolescentes, canaliza la furia contra la vida?

Papá consideraba que era un hombre desdichado, y algo, en este caso el deporte, el boxeo, lo salvó. Papá admiraba a los deportistas: dan todo por ganar, sin claudicar jamás. La fuerza de su puño era como la patada de un caballo, no pudo competir en el exterior porque nadie lo patrocinaba, le partió el hígado al contendiente, y terminó así, pero hizo algo con su vida. "Ahora vende diarios hasta que se pueda jubilar con lo mínimo", me contaba papá.

Al fin resolví actuar en la forma más directa posible. Abrí la agenda y saqué el diario doblado, de 1969, con la noticia de 1953. Abajo, pequeño, el artículo de P. L., con el subtítulo y el título:

"In fraganti. El millonario fue acusado de atentado violento al pudor".

Le pasé la hoja y le señalé el artículo.

–¿Lo conociste? –pregunté, tuteándolo sin querer.

Se puso unos anteojos de carey claro con una sola pata que estaban sobre la mesa y noté que arrugó el entrecejo. No veía bien, ni con anteojos, pero alcanzó a entender de qué se trataba.

Su rostro se transformó, se descompuso, se quitó los anteojos y vi claramente cómo esa aureola se tornó más densa, como formando una nube alrededor de los ojos oscuros.

–Cholo... siempre creí que usted conoció a mi padre cuando yo tenía cinco años, cuando lo mordió aquel perro, pero en verdad usted fue campeón en 1951, y perdió el título un año después.

Un huracán en su mente: odio, furia, rencor. Advertí sus enormes puños crispados sobre sus rodillas, ¿querría matarme de un golpe?

–Cholo, nada de esto tiene sentido hoy, han pasado décadas, todo ha terminado. Pero necesito saber algo, personal, porque para mí, es muy importante. Tan importante como respirar.

Me miró intensamente. Ahora no quería pegarme, sino seguir escuchando lo que tenía que decir, que desembuchara, que vomitara.

–Lo que necesito saber es cuándo conoció a mi padre... Siempre pensé que fue cuando lo mordió aquel perro dóberman, pero ahora creo que fue antes.

–No lo sé –murmuró.

–Este artículo es de 1953, es un caso de atentado violento al pudor, de Jacques Morin... con un niño, con las iniciales P. L., en Maroñas, el barrio del hipódromo, donde él generalmente iba, porque tenía los *studs*. Pegados a este barrio.

El odio, la furia... pero él quería seguir escuchando.

–Lo que quiero, Cholo, es saber si mi padre ya trabajaba con Morin, con usted, si mi padre solucionó ese problema del Viejo, en ese año, con ese niño, como habrá solucionado tantos, pagando a la familia, limpiándole el nombre, demandando al periódico.

Comenzó a temblarle el labio inferior. Sí, tenía como un párkinson, y lo que estaba escuchando se lo agudizaba. Adiviné que le faltaban varias muelas y un diente, abajo.

Decidí continuar, ahora o nunca.

–Supongo que alguien lo ayudaba, en algo que mi padre no podría hacer solo... Encontrar niños, posiblemente pobres... en estos barrios.

Sentí un trompazo en el medio de la frente, con la fuerza de la patada de un caballo... Cerré los ojos, un parpadeo, pero no era un golpe: era la mirada. Apretó los labios.

—¿Usted sabe algo de esto, este caso, “P. L.”? ¿Mi papá estuvo involucrado?

Le temblaban los labios, cada vez más. Pero había algo que lo controlaba, y era... papá, respeto a papá... ¿agradecimiento? ¿lástima?

—¿Por qué tiene esta casa, y ese club? Averigüé que es de su propiedad, está a su nombre, es un club para ayudar a los niños de este barrio. Me parece... encomiable... Si precisa, puedo colaborar, económicamente, todo lo necesario. Lo que me pida.

Antes de ir a su casa, le pedí a Paco para recorrer el barrio de Maroñas, en torno al hipódromo, el barrio contiguo al que estábamos. Le dije que se detuviera en la plaza La Aurora, con la Fuente del Rosario, como decía el diario, en el artículo de 1953, reproducido en 1969.

—Estacioná acá.

Cerré los ojos. Se hizo de noche. El lugar está desolado. El Viejo Morin está en el coche, el Lincoln del año 33, en el asiento de atrás, como yo estoy ahora. Le da golosinas al niño, muñequitos de chocolate que compraba en la Panadería Carrasco. Le dice que le reserva el regalo principal para después, el que tiene en una caja de cartón en la guantera, un juego de soldaditos de plomo. Comienza a desvestirse, a sacarse los pantalones. Atrae al niño hacia él. Se baja los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas, más, más. Morin es joven, se siente bien, las ansias son como bríos de animal salvaje, se desembaraza de los pantalones y los calzoncillos y se los quita

completamente, anhelante, sin siquiera quitarse los zapatos, para abrir las piernas. El niño se sienta junto a él, lo toca, como sabe que tiene que hacer, hasta que él le presiona la cabeza hacia abajo, cierra los ojos... y por eso no ve el haz de luz de la linterna de un guardia civil que se aproxima, hasta que de repente todo se trastoca cuando le golpean la ventanilla trasera con el cabo de la linterna y lo iluminan. El haz de luz permite ver perfectamente lo que ocurre. El niño abre los ojos muy grandes y hace pucheros como para ponerse a llorar. Morin maldice, ni siquiera intenta levantarse los pantalones, porque se los quitó con los zapatos puestos, abre la ventanilla y comienza a insultar al agente, como si hubiera golpeado en la puerta de su casa, en su intimidad, porque los policías de la época no imponían respeto. Pero este no lo conoce, no le impresiona el automóvil señorial. Entonces Morin, desnudo de la cintura hacia abajo, desciende del auto, lo empuja, lo patotea, fuera de sí, amenaza con agredir al pobre diablo. El agente da un par de pasos de espaldas, sorprendido con la reacción del degenerado, en pelotas, saca el revólver y lo encañona. "¡Las manos en alto!", le ordena, mientras el niño vomita, y sigue vomitando, con la cabeza asomando por el estribo del auto. Morin no entiende lo que pasa, qué mierda es esto, pero el otro está impertérrito, apuntándole. Le ordena que se ponga los pantalones. Morin maldice, entra al auto, se quita los zapatos, se viste. Vuelve a salir, iluminado por la linterna. Saca la billetera, intenta sobornarlo con un billete de poco valor. Busca otro mayor, dos, tres.

Tiré el último dardo.

—No estoy queriendo culparlo, Cholo... Es una información que necesito saber... ¿Usted le llevaba niños a Morin, con la ayuda de mi

padre?

¿*Touché*? ¿Tenía razón? ¿Había acertado?

Quedó petrificado: yo me concentraba en el temblequeo del labio inferior y la aureola, la nube en los ojos oscuros. Yo no era valiente, pero ya jugaba en el filo de la navaja. Me había muerto una vez, a los doce años, y no temía hacerlo de nuevo. Nunca lo temí.

Se incorpora pero no es para golpearme, ni para expulsarme... porque se dirige resuelto a lo que es el dormitorio, sin encender la lamparilla, diez segundos, quince, abre y cierra un cajón, posiblemente de un *placard*, y regresa con algo en la mano. Me lo entrega, con fuerza, aplastándolo en la mesa, como diciéndome: "Ahora andate, desaparecé de mi vista, antes de que te mate".

Lo tomo entre mis manos: es el mismo plano doblado en infinitas partes que me había entregado Pipo Mariño. Pero este no está nuevo, sino mucho más manoseado, más arrugado, más sobado. Y al igual que el otro, está mal doblado, por alguien que jamás dobló un plano, porque jamás tuvo una propiedad con planos.

Abrió la puerta con fuerza, la chapa de metal se sacudió con el golpe, un chiflón de aire helado entró como una tromba. Quería empujarme, tirarme afuera, aplastarme con esa mano como una maceta antigua.

Miré afuera y vi al corpulento Paco caminando apresurado hasta el portoncito de alambrado semiderruido. Se había quitado la gorra, como los que se aprontan para pelear y previamente se quitan los anteojos, el reloj.

Cholo Cuevas no me empujaba con sus brazos gigantescos, sino con la mirada.

—¿Pasa algo, doctor? —grita Paco, para que Cholo Cuevas lo escuche.

Eran dos pesos pesados, uno viejo y decrepito, el otro entero.

—No, Paco, es un antiguo amigo de mi padre.

Salí de la casa, con el plano doblado en la mano, y él permaneció en la puerta, mirándome. Cuando llegué a la vereda, seguido de los perros que me olfateaban los zapatos, me volví, y seguía en el mismo lugar, con el gesto misterioso que le veía en la terraza del Mariño Bar, en mi niñez partida. Respiré pausado, como me dijo la médica.

Atravesé la calle cubierta de charcos y me senté en el asiento trasero de la camioneta. Abrí la ventanilla: me faltaba el aire.

Ahora, en el *Boxing Club*, a las cinco y media, había quince, veinte jóvenes entrenando, gritando. Encendieron una radio con música. Claro, no era un club para preparar boxeadores profesionales, sino un club para sacar niños de la delincuencia y encauzarles la furia contenida a través del deporte. Y Cholo Cuevas era el facilitador, el inductor.

Paco permanecía en silencio. Los jóvenes miraban la camioneta de lujo con extrañeza, algunos continuaban las bromas: “¿Me la prestás, viejo?”.

Sentí una opresión en el pecho, ganas de llorar, llorar, llorar... No me había dicho que sí ni que no, pero la respuesta era sí.

Cholo Cuevas le conseguía niños pobres a Morin, a pedido de mi padre, el intermediario, cuando era más joven. Morin conocía a papá de mucho antes, del tiempo de las tramoyas en la Casa de Remates, cuando le bajaba el martillo antes de tiempo. Pero Andy sustituyó con creces a los otros morochitos, cuando papá imaginó que Morin

ya era un "viejo retirado", un "tigre sin dientes", porque hacía tiempo que no pedía más niños. Y era mi padre, con su furgoneta, el que los iba a buscar, y el que le pagaba a la familia por el servicio. O sea que mi padre era un ser conocido y detestado en este vecindario, un perverso y un benefactor al mismo tiempo, porque en aquel entonces se podía ser las dos cosas, donde Cholo Cuevas era el hacedor, y mi padre el intermediario, el que daba "las tres últimas". El tasador, el que acordaba el precio de acuerdo a la mercancía, el que pagaba, el que traía los regalos, los jamones y los quesos comprados más baratos en Subsistencias, además del sobre con dinero. Exactamente lo que hizo después cuando negoció el rescate con los tupamaros.

¿A qué iban a lo de un señor millonario?, ¿a dónde los llevaba de paseo?, preguntaban los padres, que recibían la misma excusa que yo: a leer, a aprender aritmética, a acompañar a un señor solitario, a hacer los deberes de la escuela, que efectivamente hacían, a agradecer, porque Morin también era un filántropo, que colaboraba con dinero con la biblioteca del barrio, con el merendero, con la construcción de complejos habitacionales, viviendas que después alquilaba por monedas, pero eran centenares, y sumaban: "grano a grano se llena el buche la gallina".

¿Y nadie preguntaba más?... En esa época no se preguntaba, era un benefactor de niños y jóvenes. Se recibía dinero, regalos y a los niños les iba mejor en la escuela o el liceo. Y no dejaba secuelas aparentes, porque eran varoncitos.

Yo lo conocí cuando el Viejo tenía sesenta y seis años, pero esto lo hacía desde siempre. ¿Cuántos niños, cuántas víctimas?

Estaba tan conmovido que permanecí en ese lugar anocheado, mirando cómo entrenaban los jovencitos. Llorar, llorar... Pero me tocaba las mejillas, y no había lágrimas...

CAPÍTULO 28

El plano

Me volví para mirar a Cholo Cuevas, que seguía observándome, con la puerta entreabierta. ¿Estaba esperando a que desplegara el plano?

No podía creer lo que tenía en mis manos. Una detonación en cadena, un curso nuevo de los astros en el cosmos.

Era el plano de la "sociedad", de Manolo Mariño, Cholo Cuevas y papá. Y Pipo Mariño... y yo. El mismo plano que me entregó Pipo Mariño, pero este estaba completo, repleto de anotaciones con la letra meticulosa, minúscula e inconfundible de mi padre, la que corregía contratos, la que etiquetaba alhajas, con sus detalles, el valor de su tasación y un número. Lo recorro con la memoria, el mismo plano del Palacio pero al que papá le ha agregado, con su letra, dos rutas, de dos colores, la del ladrón o la del asesino.

Estoy como hipnotizado, sudo y me tiemblan las manos: ¿volvió la taquicardia que me había diagnosticado la médica de la Clínica del Ombú? Mi organismo quiere llorar pero no puede, no sabe. Miro a mi costado, al fondo, y advierto que Cholo Cuevas me echa otra mirada, espera a que entren los dos perros y vuelve a cerrar. Estoy concentrado en el plano con los agregados de mi padre, con líneas punteadas, con anotaciones en los márgenes, con colores, sobre el

plano real de la construcción del Palacio, el que hicieron los ingenieros y arquitectos y luego utilizaron los constructores, con líneas blancas sobre azul. Se puntea en rojo y en verde una trayectoria que arranca en la puerta exterior de la carbonera, que da al costado del Palacio, le sigue un largo itinerario, con la indicación exacta de dónde están las llaves de todas las puertas blindadas, señaladas con cruces pequeñas, que están escondidas, porque de otra forma no podrían acceder Lesya, ni Pascal, ni papá, ni yo.

El hábitat del Viejo, al final de su vida, era fundamentalmente arriba, el primer piso y en algunos ratos, eventualmente, la torre. Y esa trayectoria roja y verde lleva directamente al dormitorio del Viejo, señalando claramente la posición de la cama, con un rectángulo, y la mesa de luz a su lado, con un cuadrado, donde estaba el revólver para matar elefantes, calibre 50. Donde dice, en el borde, "anulado", no dice "revólver anulado", sino solo "anulado"... ¿Papá le había quitado las balas? ¿Ese mismo día? Además, en lo que sería el cajón de la mesa de luz, dice "llavero B", la llave de la Bóveda. Luego del dormitorio, con el Viejo golpeado antes de que tomara el revólver, atrapado por atrás, con una llave de luchador, con los brazos trabados en la espalda, llevado por alguien muy fuerte, un campeón de boxeo, sigue el punteado rojo (no el verde) hasta el pie de la escalera de mármol, donde están contados los quince escalones: "15", solo el número, escueto pero rotundo, para arrojarlo con fuerza, y simular un accidente. Se levantó en la noche para ir a su cuarto de baño, con la balanza, el medidor de estatura y la camilla de enfermería, junto a la escalera, completamente a oscuras para ahorrar luz. Se confundió... tuvo un vahído, un mareo...

y cayó, escalón tras escalón, golpe tras golpe. Un viejo rengo, de pijama, que sufrió polio en la infancia.

El asesinato lo haría el boxeador peso pesado; por eso tenía el plano con los detalles, mientras que Mariño tenía la copia sencilla, sin anotaciones, porque él no debería entrar, sino esperar con su camioneta de tres ruedas afuera. El único que debía conocer todos los vericuetos de ese laberinto, para evitar sorpresas, era Cholo Cuevas. Observo su puerta, su casita en penumbras... Qué tristeza, Cholo... qué forma más penosa de redimirnos.

El asesinato y el eventual atraco, lo que jamás ocurrió, con Cholo Cuevas, Manolo Mariño y papá.

Anohecía y se iban encendiendo lucecitas tenues, en un laberinto de calles de balasto irregulares, destruidas, un mar de pozos encharcados.

Súbitamente la música del *Boxing Club* retumba con estridencia.

El plano me vibra entre las manos, mientras, incrédulo, lo sigo recreando, reviviendo mi niñez rota, mi juventud, mi vida de verdad.

Vuelvo a seguir las líneas punteadas con mi dedo índice, porque tengo que entrar en la cabeza de mi padre, instalarme en su pensamiento; porque él ideó todo, los otros dos eran los socios, los operadores, los cómplices, pero era su obra. ¿Por qué el punteado tenía dos colores, rojo y verde, como si fueran dos rutas diferentes, dos posibilidades distintas, dos alternativas, dos planes? El primer plan, el preferido, el punteado rojo, era que pareciera un accidente, arrojarlo por la escalera, y si quedaba vivo, rematarlo con un golpe en la cabeza. Bastaba un puñetazo de Cholo Cuevas como una patada de caballo. Sería un acto de misericordia, para terminar con la agonía de un desdichado que jamás se imaginó que lo era, porque

no se conocía de otra manera: un perro rabioso. Un hombre viejo, una persona que vive prácticamente sola, con una deficiencia en el andar, cae por las escaleras en un Palacio gigante en penumbras. Era verosímil.

Pero si por alguna razón surgía un inconveniente, y parecía un homicidio y no un accidente (si se resistía, si cargaba el arma), entonces que pareciera un asalto, un robo: el plan punteado en verde, si fallaba el rojo, tomando la llave de la mesa de luz y pasando por la Bóveda. El plan verde incluía el asesinato, posiblemente en el dormitorio, por eso una parte del punteado verde acompañaba al rojo, pero luego se bifurcaba porque incluía también y fundamentalmente el móvil: el robo tras una pared falsa, que nadie, salvo Morin, papá, y yo, sabía que existía. El punteado verde se dirige al otro lado, donde estaba la puerta de la Bóveda, que como no figura en el plano original, está representada por un cuadradito señalado con una flecha al margen, con la letra B, mayúscula, en su interior, al fondo de una habitación. Una ruta en verde, la otra en rojo. Si uno no conoce las entrelíneas de la historia, no entiende nada, el plano es completamente inofensivo.

Si hay accidente no hay robo: si hay homicidio hay, necesariamente, robo. ¿Y cuánto había en esa suerte de inmenso cofre fort, la Bóveda, monedas y lingotes de oro, el "tesoro de las Masilotti" en su misma casa? ¿Debían dejar abierta la pared falsa y la puerta de la Bóveda para confirmar que era un robo? Si el accidente fracasaba, y había que asesinarlo con un fierrazo en la cabeza, el robo debía ser ostentoso, explícito: había que vaciar la Bóveda y dejar la puerta abierta, con la llave, algunas monedas tiradas por la escalera, que se habrían caído por la prisa de los

ladrones. Si no funcionaba lo del accidente, en realidad hubiera sido copamiento, asesinato y robo, porque el asaltado se habría resistido, como ya lo había hecho con los tupamaros, que tuvieron que golpearle la cabeza con un caño envuelto en papel de diario.

Luego el asesino o el asesino y ladrón desanda el camino por la escalera, y sale por la misma puerta, que es la más discreta de las cinco exteriores, la de la carbonera, entre árboles, la misma que usaron los guerrilleros para secuestrarlo: pero si es robo y asesinato, debían forzar la puerta metálica con una ganzúa, torcerla, arrancarle las cerraduras suplementarias que se pusieron tras el secuestro con el gato hidráulico de la camioneta y la fuerza descomunal del boxeador. Por eso hay un redondel verde en torno a las cerraduras, en la ruta verde. Si era apenas un accidente, la ruta roja, la cerradura quedaba intacta, porque habrían abierto con las llaves de papá. La línea punteada sigue en el amplio terreno por las zonas más disimuladas, a pesar de que esto sería de madrugada y en pleno invierno, sin faroles, hasta el lugar donde espera la camioneta de Mariño, que sale por la puerta del fondo de las caballerizas, donde había, enfrente, solo dos casas enormes, la del estanciero Morales, siempre vacía, y la de la familia Galdoz. Esta ruta es la misma, en rojo y en verde, con líneas paralelas. De madrugada nadie los vería.

¿Papá qué ganaba? Protegía la sucesión, el bendito testamento a mi nombre, registrado ese mismo día, matándolo antes de que pudiera arrepentirse con una mera llamada telefónica al Estudio Brown & Brown y revocarlo en el Registro. Y fundamentalmente evitaba lo que sabía pero no quería saber: que me siguiera violando. O que me violara por primera vez. ¿Y los otros dos? El pago que

papá les haría con las libras esterlinas de oro, cuando viniera la sucesión... ¿Y para los tres?... La justicia, algo parecido a la revancha, la redención de una vida de humillaciones, no solo a ellos, sino a todos los niños...

Si bien el testamento se había presentado ese mismo día, la voluntad del testador era antigua y recurrente: papá guardaba en casa una copia de todas las versiones que fueron corrigiendo con el Viejo.

Morin tenía atrapado a papá, pero papá también tenía atrapado a Morin: el rematador sabía demasiado, de tiempo atrás, no solo de tantos enjuagues sino también de sus tareas de “arreglador”, los dos jugaban en la cornisa, en el borde del abismo. No era cierto, como siempre creí, desde aquel día de Los Tres Monos Sabios, el ciego, el mudo y el sordo, que papá se hubiera negado a ver la bragueta abierta del Viejo. A partir de entonces empezó a planificar una salida de emergencia, sin dejar cabos sueltos, en una dolorosa carrera contra el tiempo.

Todo sucedería el mismo día, el 17 de julio del incendio. La noche anterior había ocurrido aquello tan curioso, cuando en el auto le dije a mi padre que no volvía más: frenó, dio media vuelta y retornó al Palacio. Yo permanecí en el Austin y cuando papá regresó, parecía otra persona, segura de sí: “Un día más, Andy, te lo juro por Dios”. Nunca lo había escuchado usar a “Dios” en vano. Porque al día siguiente, a las nueve de la mañana, entregarían el testamento, que el Estudio Brown & Brown comunicó al Registro ese mismo día. De tarde me llevaría al Palacio y esa noche, esa misma noche, para no darle tiempo de arrepentirse, ni de violarme otra vez, se “accidentaría”, o lo matarían.

En este último caso papá tendría la coartada perfecta: estaría en casa durmiendo y el beneficiario del testamento era yo, un niño inocente, con todo el colegio como testigo de que era su "nieto".

Si no funcionaba lo del accidente, la culpa se la llevarían, otra vez, los tupamaros, los irreconciliables enemigos del oligarca, que lo asaltaron el día en que no estaba el personal de servicio, entrando por la misma puerta, aunque ahora estuviera mucho más fortificada, porque los guerrilleros tenían un servicio de inteligencia superior al de la policía. Los tupamaros eran, también, "socios involuntarios" de mi padre.

Todo cerraba a la perfección.

Paco enciende las luces de posición de la camioneta porque anochece. Miro al costado y aparece Cholo Cuevas, con su andar felino, el de Cassius Clay, con otra ropa, como de entrenador. Me echa una mirada desde la puerta del club: no me he ido. Frunce el ceño, entra y cierra, con un golpe de chapas y hierro.

Siempre pensé que tras el incendio papá estaba desolado y que la única solución que le quedaba era el robo de la Bóveda, antes de que el sobrino Alfonso tapiara las entradas y pusiera una garita con un guardia. Me equivoqué, siempre me equivoqué, porque era demasiado niño para entender, y no me atreví a develar lo que estaba oculto. Lo que ocurría era que Mariño y Cholo Cuevas, sus amigos, sus socios de tantos desvelos, no estaban complotando, planificando un asalto, sino que lo estaban consolando, no porque se hubiera quedado sin trabajo, y malogrado esa suerte de herencia del príncipe heredero, sino que lo consolaban porque papá creía que había inducido a que su hijo, de doce años, se convirtiera en asesino. Por eso las palabras tiernas de Mariño conmigo, en esos

días, con el capuchino, la nata, las miradas de Cholo Cuevas: me tenían compasión, piedad. Y papá les decía que me estaba volviendo loco, y más misericordia todavía, pero no sabían cómo manejar esa situación, “se volvió loco de repente, perdió completamente la razón”. Ellos estaban disponibles para los trabajos duros, eventualmente un robo, un asesinato a un violador de niños, como hacen en las cárceles, pero eso, ¿un niño vejado convertido en asesino? ¿Cómo tratarlo? Lo único que se les ocurrió fue traer a un niño común y corriente, Pipo Mariño, para jugar conmigo, para protegerme de mí mismo, para que yo me olvidara de tantas locuras y empezara a vivir una vida normal, que ni en el *London College* tenía, donde todo era, también, una impostura. Pipo Mariño sería mi bálsamo, mi medicación, mi tutor: yo no era su mentor, él lo era.

Por eso Mariño estaba gastando a cuenta, hasta compró unos días antes del incendio la máquina de los capuchinos, que recién la pudo hacer funcionar dos o tres días después, o el televisor RCA Víctor, el teléfono de disco giratorio, que colocaba junto a la caja registradora, algo raro en esa época, como un servicio complementario a los parroquianos, y papá le alquiló el garaje de Maroñas, por dos vintenes, como mucho antes le habían comprado este galpón y esta casita a Cholo Cuevas, cuando trabajaba para Morin. Pero papá se ahorcó y dejó un tendal por el camino.

Eso sí que fue imprevisible para ellos. Sabían que papá estaba mal, pero no como para llegar a esa medida de locura extrema, porque ellos eran, como me lo dijo Pipo Mariño, “sus socios”, “sus cómplices”. Y el socio principal los había traicionado. Por eso Mariño le dejó el “seguro de vida”, el plano, a Pipo, su hijo. Heredé a Morin pero también las deudas de mi padre.

Cuando tras el suicidio busqué un mensaje, una despedida, solo encontré el llavero del Palacio Morin.

Ese día de la entrega del testamento al Estudio Brown & Brown debe haber sido muy tenso para papá. Porque había logrado la primera parte del plan, pero faltaba la segunda, más difícil y mucho más arriesgada que la primera, porque sin ella, la primera no tenía el menor valor: papá sabía que Morin podía revocar el testamento de un minuto a otro, que simplemente lo había presentado porque papá lo había amenazado, lo había chantajeado con el metejón de Morin con el niño, el príncipe entre sus piernas, yo. Andy. ¿Se habría dado cuenta que el Viejo no estaba decrepito, como a veces aparentaba, sino que seguía siendo un depredador? Sin duda: también quería evitar la violación, ese exceso que no deja evidencias. Y de eventuales consecuencias psicológicas, en esa época no se hablaba, como si no existieran. A esa altura, ¿qué sería más importante para él?

Ese día hizo todo con normalidad, aunque en su interior vivía un torbellino. Permaneció toda la jornada con Morin, me fue a buscar al colegio, me llevó al Palacio, para que yo entretuviera al Viejo y evitara que llamara por teléfono a los abogados (por eso era clave que yo estuviera con él hasta que cerraran las oficinas del bufete), y siguió con las tareas en la calle antes de irme a buscar, para no levantar ninguna sospecha, la más mínima suspicacia. En la mañana, en lo de Brown & Brown había resuelto la mitad de su vida. En la noche rematarían el plan.

La semana anterior, la del ultimátum, papá no me llevó al Palacio, porque estaba “jugando al póker” con el Viejo Morin, faroleando, como el eximio vendedor que era. Cuando yo pensé que el suplicio

había terminado, porque la amenaza era en serio, me llevó de vuelta, porque Morin seguía manipulándolo como siempre, hasta que yo dije “no voy más”. No más...

¿Podría atravesar la rambla sin mirar, sin preocuparme de que me atropellaran? ¿Eso era el “no más”? Papá lo entendió: el 16 de julio, a las ocho de la noche, dio media vuelta y regresó al Palacio, dejándome en el auto: “no más”, y el Viejo cedió: “Mañana a las nueve lo presentamos en lo de Brown & Brown”.

En verdad se desesperó Morin con este ultimátum, porque hubo dos ultimátums: uno blando y otro firme, el del 16 de julio. Se desesperó porque se quedaba sin el culo dorado, justo cuando había llegado al tamaño perfecto, la ansiada proporción áurea, y accedió con el pobre diablo: llevamos el testamento, Andy viene mañana, y en cualquier momento, el día menos pensado, voy y lo revoco, y eso Pardito jamás de los jamases se enterará. No era más que un trámite menor para obtener un logro mucho mayor, como siempre.

Agrego títulos a la agenda: El sobrino, El final, Brown & Brown, Cero, Destellos, Cholo Cuevas, El plano...

CAPÍTULO 29

Mamá

Le pedí a Paco que apagara la luz de atrás.

Volví a cerrar los ojos, para respirar con profundidad... aspirar... contar... exhalar...

Cuando los abrí, vi que Cholo Cuevas nos observaba desde la puerta del *Boxing Club*. ¿Por qué no me había ido, si ya me había dicho todo? Era noche cerrada. Hizo el ademán de "¡andate!".

–Vamos a casa de mi madre –le dije a Paco.

Cuando la camioneta arrancó, Cholo Cuevas cerró la puerta.

Doblé el plano. La mano no me temblaba. Solo estaba extenuado, como si no me quedara una sola gota de sangre en el cuerpo.

El viaje fue largo. Salimos de Flor de Maroñas, accedimos a la rambla, como yo prefería, y seguimos rumbo a Carrasco, a una de las casas más amplias y elegantes, lo que antaño fue el *London College*, adonde mamá se había mudado hacía mucho tiempo. En el trayecto miraba hacia fuera: la noche, el frío, la humedad, el Río de la Plata con sus gaviotas ensombrecidas.

¿Qué otros pedazos del pasado quedaban solapados, escondidos en pliegues más y más disimulados, una historia editada, tachada, enmendada? ¿Cuántas puertas de mi inconsciente seguían entornadas, o completamente bloqueadas?

La camioneta entró por la calle Puntas de Santiago, la del Palacio Morin, cerca de lo de mi madre, que quedaba diez cuadras después. A mi lado, el Palacio a medio derruir, con la grúa detenida sobre un montón de escombros.

–Paco, entrá en Ligure, la de atrás del Palacio.

Dobló a la derecha, lento, porque no sabía lo que yo quería y me vio demasiado conmovido para preguntarme.

–Acá, detenete acá.

Frenó y apagó el motor.

A mi derecha, la parte posterior del parque del Palacio, que ocupaba toda la manzana, ahora rodeado de grandes y elegantes muros de ladrillos, alternados con columnas con faroles, que antes no tenía. A la izquierda, uno de los caserones del otro lado, el de Morales, que lo tengo enfrente, y el de Galdoz, contiguo, de media manzana cada uno. Dirijo la vista a la parte más alta, allá, como a treinta metros, en el caserón que pertenecía al estanciero Morales, donde estaba el tanque de agua destrozado...

Ahora está muy iluminado, a diferencia de aquellos años, en que estaba prácticamente deshabitado, en pleno invierno, porque la familia vivía en la estancia y esta era la casa de veraneo. Ahora está entero, los ladrillos prolijos, perfectos. Pero cuando volví, varios días después del incendio, el tanque de agua, muy alto, estaba semiderruido... Pero nadie lo vio, pensaron que estaba así por el rayo del 3 de agosto, porque le había caído un pino encima del techo, como a tantas casas del barrio. Pero no era el rayo, ni el pino.

Los disparos de Morin fueron desesperados, cuando descubrió que yo me había ido, para alertar a alguien de que lo fuera a rescatar y varios de esos tiros destrozaron el tanque de agua de Morales, ya

que el Viejo solitario ignoraba que esa casa casi siempre estaba vacía, y partió la copa de un pino, que quedó colgada, sin desprenderse del todo, hasta que un par de días después, cayó con la tempestad. Porque si no podían escucharlo, que lo vieran, sin arriesgarse a disparar donde hubiera gente. Pero nadie lo escuchó, ni lo vio, ni advirtió el agua cayendo del tanque porque diluviaba. Ni en ese momento ni después. No lo vio papá, ni la policía, ni el detective Castro, ni los investigadores que contrató el Estudio Solsona, cuando hablaban de la "escena del crimen", porque no se les ocurrió mirar fuera del perímetro del parque del Palacio. El Viejo seguía aullando y disparando y nadie lo escuchaba.

Yo me había ido hacía rato, antes de que ocurriera la segunda violación. Le dije que me sentía mal, porque en verdad no paraba de vomitar, no podía ni sentarme, con el ano dilatado, con un ardor que ninguna pomada mitigaba, ni la que Lesya le puso al rabo de Bruna. Me sangraba, le mostraba los calzoncillos manchados que después debía arrojar al tacho de basura. Me dijo que esperara a papá, que me haría masajes en la camilla del baño, pero yo quería irme a mi casa. Y lloraba cuando se lo decía, lloraba tanto, que fue el último llanto de mi vida. El "no más" era de verdad. No sabía qué hacer. Miré la rambla por la ventana, cómo circulaban raudos los automóviles. ¿Me atrevería?

Al fin se hartó de mis lamentos y me dijo que si tenía tanta necesidad de irme, si tanto me desagradaba su presencia, que me fuera: "Sos un mariquita, siempre lo fuiste". Pero antes me pidió que le subiera la estufita, porque quería terminar de acomodar los libros en los anaqueles de la torre, los papeles, las fotos. La dejé en la puerta, encendida, en lugar de en el fondo. ¿Por qué? ¿Pensé que

podría ocurrir lo que al fin sucedió? Posiblemente subió a la escalera, y sí, era antigua y frágil, ya lo sabíamos, generalmente subía yo que tenía poco peso, no él con más de cien kilos. Pero ese día estaba furioso, completamente trastornado, desencajado, fuera de sí, como nunca lo había visto. "Si no querés ayudarme lo hago solo, Andy, ¡andate, andate, carajo, dejá a la perra abajo para que no me joda! Llevate una llave". Encaprichado como un niño egoísta al que le quitaron el juguete preferido. Y probablemente con toda esa exasperación que lo desbordaba perdió el equilibrio, cayó sobre la estufa y se produjo el incendio, como lo dedujeron los peritos. Indirectamente, yo lo induje a caerse. Lo único que pudo hacer, con la tormenta y los truenos, que apagaban sus gritos, sin un teléfono en la torre, fue disparar para alertar con las balas explosivas, las que retumbaban como bombas, para que lo rescataran de la trampa. Primero disparó a las estatuas del parque para avisarme a mí, pero yo me había ido de verdad, hacía pocos minutos. No estaba abajo, ni en la cocina, ni en la galería, jugando con Bruna, esperando a papá, como él suponía, como él estaba seguro, porque el "mariconcito" no se atrevería a irse solo. Pero yo me había ido de verdad, como nunca antes.

Si hubiera estado, ¿lo habría rescatado?... Tal vez, posiblemente hubiera subido la manguera y apagado el incendio... Primero disparó al aire... pero luego a lugares que hicieran ruido y que se vieran: la pérgola, los macetones, esos eran mensajes para mí, y luego al tanque de agua de la casa de Morales, al que le disparó varias veces porque prácticamente lo derrumbó, el pino que partió, y tal vez a otros blancos, que ni siquiera busqué. Esos mensajes eran para los vecinos. Pero nadie lo escuchó. Y yo no fui hacia la rambla, para

atravesarla sin mirar, con los autos a ochenta kilómetros por hora, los bólidos de la época, porque no me atreví, sino hacia el otro lado, a mi casa, con un paraguas antiguo que se desarmaba con el viento.

–Vamos, Paco...

Avanzamos diez cuabras y entramos al amplio jardín de la casa de mi madre por el portón de rejas, que nos abrieron desde la casa cuando reconocieron la camioneta. El mayordomo de traje oscuro me recibió en la puerta. Mi madre estaba en sus aposentos. ¿Hacía cuánto que ella había perdido la cordura? ¿O sabía lo que pasaba? ¿Estaba senil o escuchaba y entendía? ¿En qué consistía el derrame que había sufrido?

Entré a la recepción, el *living* gigantesco, imponente, como fue toda su vida después de la herencia, una fortuna que no le correspondía, ni se merecía. Me dirigí a su habitación, pasando por la gran biblioteca, con la pinacoteca. No bien me vio la enfermera, saludó y salió. Entré y cerré la puerta. Eran las nueve de la noche.

Habíamos instalado una especie de CTI en la habitación de mamá, poblada de monitores, de sonidos rítmicos, música fúnebre.

Me siento en el sillón a su lado, mientras ella mira a la nada con sus ojos entre grises y verdosos, los mismos de Morin y los míos. El televisor está encendido, porque las enfermeras aseguran que la distrae.

Dirige la vista a la lámpara de caireles del techo, como si los contara, veinte, veintiuno, veintidós... para luego alejarse, nerviosa.

De pronto baja su mirada y sus ojos se cruzan con los míos, una micra de segundo, y huyen, a ocultarse en su demencia senil, en su derrame cerebral. ¿Es cierto o es mentira?

¿Me escuchás?

Papá llega tarde del Mariño Bar. Está completamente borracho, pero ha venido manejando, haciendo eses por las calles enjabonadas. Toca la bocina, porque ni siquiera consigue salir solo. Tú y yo lo ayudamos a guardar el auto en el garaje, marcha atrás, como siempre, lo bajamos y lo sentamos en el sillón junto a la cocina, próximo a la puerta que comunica con el garaje, donde se duerme, roncando.

–¿Por qué no te vas a bañar, Andy? –me preguntás, mamá, pero no fue una pregunta, fue una orden. ¿Verdad?

Comienzo a subir los escalones, mirando abajo, a mamá, y a papá como desvanecido, postrado en el sofá. Mi familia, mi familia tullida.

¿Tú le habías advertido que algo así podía suceder?... Probablemente. “No tires de la piola más de la cuenta, Tulio”, pero él siguió tirando...

Lo tenías todo calculado. En el garaje, con la escalera, colocás la sogá en la roldana, en el travesaño de madera. Guardás la escalera en su lugar. Apagás la luz. Atás la otra punta de la sogá al paragolpes de atrás del Austin. Le colocás la sogá con el nudo alrededor del cuello, subís al auto y avanzás, despacio, saliendo del garaje con la puerta abierta.

Papá despierta cuando cae del sofá, arrastrado, no entiende nada pero no puede quitarse la sogá del cuello que lo impulsa, no comprende de dónde cinchan con semejante fuerza, una máquina lo tironea y no la puede detener, camino al cadalso. Cuando ves que papá llega al garaje arrastrado, tomándose la sogá del cuello, acelerás un poco más, para que se eleve: te detenés, te volvés, y lo ves colgado de la roldana, moviéndose de un lado al otro, en la penumbra, intentando tomar la sogá del cuello para quitársela, como

bailoteando, morado, con la lengua afuera, pateando al vacío, pero no lo logra, el nudo está demasiado apretado y él está colgado y borracho, con todo su peso de exboxeador aficionado. Dejás el auto encendido, dos minutos, tres, cuatro, hasta que estira una pierna en el último estertor. Bajás del auto y enganchás el lazo que habías hecho previamente en la soga a la palanca de la morsa en la mesa de herramientas: pesa mucho, demasiado, hacés un esfuerzo sobrehumano, hasta que lo conseguís. Te criaste en el campo, en la estancia de tu padre y estás habituada a esos esfuerzos. Regresás con el auto al garaje, cerrás la puerta, encendés la luz, desatás la soga del paragolpes, nadie te ha visto, no hay nadie a esa hora, tirás el banquito a su lado y levantás el sillón volcado junto a la cocina. Iniciás el griterío, cuando yo salgo del baño en dirección a mi dormitorio. Bajo corriendo, a medio vestir y veo la escena. Tú no querés entrar al garaje, estás en un ataque de nervios. Hay que ver si está muerto, hay que bajarlo, digo. Intentamos sacar el lazo de la palanca de la morsa pero no lo conseguimos, por lo que cortás la cuerda, aunque no logro sostenerlo, y cae pesadamente sobre el Austin, y al suelo, de cabeza. *iBum!*

Le tomo el pulso, porque tú no te animás. Se te resbala la guía telefónica de las manos, pero yo encuentro los números, porque tú estás histérica y yo soy el témpano de hielo. Llamás a la ambulancia, y a la policía. Me sorprende que el motor del Austin esté caliente, porque papá había llegado hacía como cuarenta y cinco minutos. Busco en el auto para ver si hay una carta, una despedida. Vuelvo a tocar el capó, una y otra vez. ¿Por qué está caliente?

Incluso con el aparente suicidio te asegurabas de que no llamara la atención el hecho de que Morin muriera el mismo día que

presentó el testamento. Sí, el suicidio aventaría cualquier sospecha. El único cabo suelto que quedaba. Y tras su muerte no ibas al cementerio a “conversar”: ibas a pedirle perdón.

¿Me escuchaste, mamá?...

Ella mira por la ventana, para refugiarse en la noche opaca, el jardín esplendoroso, y se vuelve hacia mí, con la mirada asustada, huidiza. Mueve los labios, apenas. ¿Querés decirme algo? Según los médicos, tu mente está desconectada, la mancha oscura de la sangre derramada del ACV te bloqueó la comprensión. No lo creo. Yo siento que sí, que me escuchás, y que sí, que querés decirme algo.

Pero te tengo otra pregunta.

Me incorporo y saco el plano de Cholo Cuevas de la agenda de cuero y lo despliego, te lo muestro, inmenso, sobre tu falda...

Tus ojos se distraen en las formas, pero tus pupilas brillan atraídas por los colores, centellean. ¿Verdad que lo conocés, mamá?... ¿Que lo sabés, que simulaste todo, absolutamente todo?... Los ojos se te tornan aun más nerviosos, y huís, te escondés, pero lo volvés a mirar, como cerciorándote, y te volvés a asustar.

Me siento junto a ti en tu cama hospitalaria. Entornás los ojos, como para cerrarlos.

–Dormí, dormí –te digo.

Reclinar tu cabeza en mi falda... y presionar mi pañuelo de seda en tu nariz y tu boca más y más fuerte, hasta que te detengas...

Pero no... simplemente dejo que te duermas, yo ya me voy. Jamás mataría ni una mosca.

Cierro la cortina.

En la televisión encendida, como una música de fondo, con el volumen muy bajo, pasan la noticia de que la jueza ha denegado el

recurso de amparo, y que seguirá la demolición del Palacio Morin, donde se construirá un hotel de lujo y un edificio de oficinas, del grupo Pardos & Morin. “Habrá que cambiar ese nombre”, pienso. “Y quitar la estatua del frente de mi casa”.

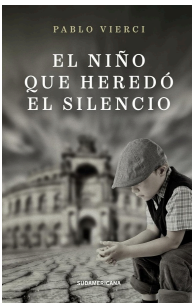
Guardo el plano, me incorporo y abro la puerta. La enfermera, que espera afuera, vuelve a entrar.

–¿No regresa? –me pregunta el mayordomo cuando me ve salir.

–No, no vuelvo.

Me paso la mano por la mejilla, y está húmeda.

Salgo al aire, respiro en el jardín. Luciérnagas titilan en la gramilla. ¿Cómo se llamaba esa médica que me llamó la atención? Luisa... tal vez debería volver a verla... Cincuenta y dos años tirados a la basura.



Una mañana como tantas en su rutinaria vida, Andrés Pardos recibe una misteriosa llamada. Alguien que conoció en otros tiempos lo convoca para hacerle un pedido bastante especial. Por esa razón, el exitoso empresario abandona sus ocupaciones diarias para visitar a un hombre agonizante, y lo hace incluso motivado por un impulso cuyo origen no logra descifrar.

A partir de ese momento, se desatará un torbellino en la vida del protagonista. Poco a poco, Andrés volverá a ser Andy, aquel niño inteligente y solitario que sufrió abusos por parte de próximos y ajenos, los que dejaron una marca indeleble en su personalidad.

A medida que la trama que debe recrear ahora le va rememorando detalles inimaginables, el Andrés adulto se verá enfrentado a un pasado que ha querido sepultar para siempre. Esta retrospectiva lo llevará a descubrir recónditos secretos sobre antiguos enigmas, en una experiencia que quizá acabe por resultarle catártica.

Al recorrer esta narración planteada sin tapujos, el lector se irá compenetrando con una historia a la vez increíble y verosímil, en la que se destacan temas tan vigentes como destructivos: la pederastia, el poder ilimitado de los poderosos, la impunidad de las estafas.

Junto al protagonista, se irá transitando una historia de redención y liberación que estremece, conmueve y apela a la reflexión.



PABLO VIERCI

(Montevideo, 1950). Escribió *Los tramoyistas* (1979, traducido a dos idiomas), *Pequeña historia de una mujer* (1984), *Detrás de los árboles* (1987), *99% asesinado* (2004), *La sociedad de la nieve* (2008, traducido a nueve idiomas), *De Marx a Obama* (2010), *Artigas - La Redota* (2011), *El desertor* (2012), *Ellas 5* (2014), *Tenía que sobrevivir* (2016, en coautoría con Roberto Canessa, traducido a tres idiomas), *El fin de la inocencia* (2018) y *La redención de Pascasio Báez* (2021).

El libro *La sociedad de la nieve* fue llevado al cine con el mismo título, película en la que el autor fue además productor asociado, y obtuvo dos Nominaciones al Oscar 2024, incluyendo la de Mejor Película Internacional, así como la Nominación al Globo de Oro 2024 y BAFTA 2024 como Mejor Película de habla no inglesa.

Escribió guiones para los largometrajes *Aqueles dois* (1985), *El viñedo* (1999), *Matar a todos* (2007) y *Artigas - La Redota* (2011).

Obtuvo dos veces el segundo Premio Nacional de Literatura de Uruguay (1987 y 2004) y dos veces el Premio Libro de Oro de la

Cámara Uruguaya del Libro (2009 y 2024). Sus guiones obtuvieron el Premio Fona (1999), el Premio al Mejor Guion en el 29° Festival de Cine de La Habana (2007) y el Premio al Mejor Guion en el 14° Festival de Cine de Lérida (2008). En 2003 obtuvo el Citi Journalistic Excellence Award en la Universidad de Columbia de Nueva York.

Foto del autor: ©Adriana Vierci



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: agosto de 2025

Edición en formato digital: agosto de 2025

© 2025, Pablo Vierci, representado por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© 2025, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo, Uruguay

Imagen de portada: © Shutterstock / Jenny Sturm

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-9915-697-56-7

Índice

El niño que heredó el silencio
Capítulo 1. El principio del fin
Capítulo 2. El limbo
Capítulo 3. El árbol genealógico
Capítulo 4. El entierro
Capítulo 5. Papá
Capítulo 6. Mi cumpleaños
Capítulo 7. El Soberano de Oro
Capítulo 8. El secuestro
Capítulo 9. El primer secreto
Capítulo 10. Fotos de familia
Capítulo 11. Aristóteles
Capítulo 12. El heredero
Capítulo 13. El testamento
Capítulo 14. Adolescencia
Capítulo 15. El incendio
Capítulo 16. Airearse
Capítulo 17. Imaginar
Capítulo 18. Pipo Mariño
Capítulo 19. El hurto
Capítulo 20. Accidente o asesinato
Capítulo 21 P. L
Capítulo 22. El sobrino
Capítulo 23. El final
Capítulo 24. Brown & Brown
Capítulo 25. Cero

Capítulo 26. Destellos

Capítulo 27. Cholo Cuevas

Capítulo 28. El plano

Capítulo 29. Mamá

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos